

Fernando Bermúdez de Castro

Pasos sin huellas



Lectulandia

Un español estudiante de economía, ingenuo y despistado, vaga por Londres sin interesarse mucho ni por las ciencias económicas ni por el aprendizaje del inglés; va conociendo a imprevisibles personajes extranjeros como él que llevan una vida entre bohemia y estudiosa, y entre todos componen un extravagante mosaico de tipos que no se dejan asimilar por el ambiente inglés, pero que tampoco se sabe muy bien adónde van. Deambulan por Londres como seres irreductiblemente exóticos, que están entre el humor, el desbarajuste, la picardía y la tragedia.

Lectulandia

Fernando Bermúdez de Castro

Pasos sin huellas

ePub r1.0

lezer 08.08.14

Título original: *Pasos sin huellas*

Fernando Bermúdez de Castro, 1958

Ilustración del interior: Josep Serra Llimona

Ilustración de cubierta: Helke Hesser, *Silhouette of Mans Legs Walking on Cobblestone Street at Night*

Diseño de cubierta: lezer

Editor digital: lezer

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com



A mi padre

CAPÍTULO PRIMERO

A LOS POCOS DÍAS de mi llegada me embriagué como un patricio de las Guerras Civiles, época en la cual, según he leído, los patricios romanos bebían desmesuradamente. También he leído que ningún mamífero es tan propenso a la melancolía como el *homo sapiens*, afirmación que juzgo gratuita, pues me consta que existen otros animales tan melancólicos: el asno de mi tío Felipe, por ejemplo; un animal siempre cabizbajo y tristón, cuyos rebuznos, cuando aprieta el calor, expresan la más escalofriante y aterradora de las hipocondrías.

Ateniéndonos a los hechos, mi borrachera nada tiene que ver con el tío Felipe ni con su asno; ni tampoco con la melancolía, estado anímico muy lejano a mí, que si menciono es porque con algo hay que empezar y porque, en cierto modo, por aquellos días mi carácter había perdido parte de su habitual alegría. Y se comprende. Solicitar una beca para ampliar estudios en un país cuya lengua se desconoce, es estulticia comparable a la de intentar extraer agua de un pozo con un cubo sin fondo. Eso fue lo que yo hice. Solicité, conseguí, gracias a mi modesto expediente, lo que quería, y me puse en Londres sin encomendarme a Dios ni al diablo. La imprevisión característica de los Canel, como diría mi tía Martine, quien por francesa y viuda de un español, mi finado tío Jorge, sabe un rato de estas cosas... Y ya habiendo tocado a mi familia, debo confesar que tengo nombre —o nombres— de animal: Martín Canel Cerdá; el primero de ave, el segundo casi de perro, y el tercero, si lo hacemos grave, nombre de puerco. Puede pensarse que, con tal denominación, voy por la vida con un complejo auestas, con querencia de tristeza, y que por ello me emborracho como un patricio de las Guerras Civiles. Absurdo e irreal. Yo soy un tipo corriente y campechano, ligeramente ingenuo y poco dado a afectarme por el comportamiento de mis semejantes. No, insisto; me embriagué porque estaba levemente irritado con mi imprevisión y porque me encontré con un conocido, una tarde de soledad y aburrimiento.

Mi imprevisión, o si se quiere mi ignorancia del inglés, me hizo pasar malos ratos. Aún recuerdo con bochorno mi entrevista con Mr. Peckham, de la London School of Economics. ¡Qué admirable paciencia la de Mr. Peckham, y qué firme su fe en el hombre como ente racional! Sonreía cual un querube mientras hojeaba mis papeles y trataba de descifrar mi particularísimo inglés. Menos mal que mi amigo Antonio Ordovás me sirvió de introductor. Supongo que por atención a él, alumno de la Casa desde un año antes, fue por lo que Mr. Peckham me dio al final la mano y se despidió con palabras cuyo sentido aún hoy desconozco.

Después dije a Antonio que el inglés era un idioma bárbaro e impropio de una civilización tan brillante como la del siglo xx.

—Tonterías —comentó mi serio amigo—. Te acostumbrarás. Para cambiar ideas

con un isleño, sobran trescientas palabras. Se aprenden pronto. Lo esencial es abrir poco la boca y pronunciar con aire desdeñoso. Logrado esto, ya puedes aspirar a un escaño en los Comunes.

Mi amigo Antonio Ordovás, pontevedrés taciturno, ponderado y trascendente, me sirvió de mucho los primeros días. Fue un magnífico, aunque arbitrario, traductor y comentador de las lecciones de la Escuela. Y me llevó a una Academia de Idiomas de Cavendish Square, donde por las tardes pululaba una sórdida y variopinta turbamulta de continentales que ponía la carne de gallina. Me extrañó grandemente que Antonio se encontrase tan a gusto entre italianos mal hablados y franceses equívocos.

Pasaron siete días, y mi amigo recibió el telegrama anunciando la enfermedad de su padre. Creo que adivinó el verdadero sentido de la noticia, ya que aquella misma mañana cogió un billete de avión y se largó a España, vía París.

Y yo, entonces, retorné a la naturaleza, aprovechando los postreros calorcillos del otoño y la aún tonificante luz solar. Me pasaba las horas muertas por el césped y los bancos de Hyde Park y Kensington Gardens. Fue en estos últimos, frente al *round pond*, donde me encontré con el conocido que dio origen a la borrachera tantas veces citada. La tarde era estupenda, los árboles seguían con verdor en las ramas, y los ingleses, grandes y chicos, divertíanse jugando con barquitos en el estanque y paseando perros.

Le vi antes que él a mí. Venía bordeando el estanque, a cuerpo y con una serie de periódicos bajo el brazo. Tan pronto como distinguió mi aburrida presencia sobre un banco, apresuró el paso y sonrió. Yo me levanté y estreché la mano que me tendía; una mano seca, caliente y cordial, como todo él, que desprendía afecto a través de todos los poros de su cetrina y enjuta humanidad.

—¡Amigo mío! —exclamó enseñando unos dientes muy blancos—. ¡Y yo que os creía muertos, a Ordovás y a ti!

—Ordovás y yo aún vivimos —repliqué—. El único muerto es su padre.

—¿Cómo...?

Pareció perplejo, pero no perdió su sonrisa.

—El de Antonio, quiero decir —aclaré.

Y añadí que mi amigo se había ido tres días antes a España, y que momentos antes yo había recibido un telegrama suyo anunciándome la muerte del progenitor.

—¡Vaya por Dios...!

Su piadoso comentario, expresado con cantarino acento, me sorprendió por lo sincero. Pero es que en aquel momento aún no conocía a fondo al panameño Sebastián Armijo. Me lo había presentado Antonio el mismo día de mi llegada a Londres. En un cafetucho de Inverness Terrace. Según Ordovás me contó, el panameño era hombre adinerado y una especie de institución para mucha gente. Meses atrás funcionario de la Embajada de su país en Londres, a la sazón estaba

cesante a causa de la caída de un Presidente. Era un tipo interesante, que lo mismo sacaba de un apuro económico como enseñaba la ciudad, proporcionaba un profesor o buscaba un alojamiento. A Ordovás se le notaba muy impresionado por su amistad centroamericana, hecho bastante raro en una persona tan poco sociable como el lerense.

Pues bien, sentado junto a mí tenía yo a esta maravilla humana; y lo cierto es que no le encontraba nada de particular. De estatura mediana, muy bien vestido, tenía una cara morenísima y delgada, donde el labio inferior caía un poquito dándole expresión de hombre desorientado; el superior estaba adornado por un bigotito ridículo.

—Antonio y tú sois muy amigos, según creo —dijo.

—Bastante —respondí.

—Él siente una gran admiración por ti.

—Antonio es un gran chico.

Sonrió, como disculpando mi frivolidad, y comprendí que con aquel panameño privaba lo serio.

—Sí lo es —asintió—. Pero debo aclarar que esa admiración se refiere exclusivamente a tu carácter. Cuando te concedieron la beca, y le anunciaste tu venida, me dijo que al fin iba yo a conocer un ejemplo típico de despreocupación e inconsistencia humanas.

Yo no soy suspicaz, y me sentí halagado.

—Antonio es un gran chico —repetí.

—Un gran chico. Me apena lo de su padre. Creo que padecía del corazón. ¿Fue de eso?

Me encogí de hombros.

—¿En qué situación económica queda?

—Es de familia de conserveros —contesté algo extrañado.

—¿De veras? Pues me alegro; sinceramente. Habla tan poco de sí y de su familia, que apenas sé de su posición económica.

Me limité a asentir, porque los asuntos familiares de Antonio sólo le atañían a él. Además, no acababa de encajar muy bien a este americano tan afectado, al parecer, por la desgracia de mi amigo.

—Antonio no está maduro —aseguró—. Y sería lastimoso que torciese su vocación por penurias económicas.

Hablaba de una forma rara, quizá panameña, y equivocada, pues dudo mucho que Ordovás tuviese una vocación. Era el clásico estudiante indeterminado de nuestros tiempos. Lo mismo que yo, que aún no acabo de entender muy bien mi interés por la Ciencia Económica.

A mis pies, de pronto, se posaron hasta cinco gorriones. Durante unos segundos los observé, ajeno al silencio que mi actitud provocaba en el panameño. Luego, su

voz, suave y educada, me sacó de mi momentánea abstracción.

—Son graciosos, ¿verdad?

—Y descarados. Nunca he visto pájaros más atrevidos que los de esta tierra.

Me callé, pasmado, al ver como mi acompañante sacaba un trozo de pan de un bolsillo y empezaba a desmenuzarlo. Desperdigó las migajas con infinito cuidado, cual si ejecutase un rito, y los animalitos brincaron entre sus pies con revuelo de alas y piar alborozado.

—Sólo en Inglaterra es posible sentir los pájaros tan cerca de uno —dijo—. Lo atribuyo a que dañar aquí a estas criaturas tiene tanta importancia como atacar a un súbdito de Su Graciosa Majestad.

Yo suspiré.

—¡Bendito e increíble país!...

Sebastián Armijo tiró lejos de sí las últimas migas; volaron los gorriones, y ya pude estirar las piernas sin temor a alterar el orden público.

—¿Qué sucede? —se interesó—. ¿No te habitúas a Londres?

—Yo me habitúo a cualquier sitio.

—¿Cómo van tus cosas? ¿Asistes ya a la Escuela?

—Como si no asistiese. De momento, el inglés tiene para mí tantos secretos como el sánscrito. Me aburro en las clases.

—La Economía es una ciencia fascinante —dijo.

—Es mi carrera. Y no la encuentro fascinante. ¿Te interesa la Economía?

—Todo lo que sea leer me interesa —respondió.

Y señalando el libro de Wicksteed que yo tenía junto a mí en el banco, añadió:

—¿Lees bien el inglés?

—Me defiendo.

—Ya... ¿No das clases?

—Me llevó Antonio a una Academia de Cavendish Square. No voy nunca.

—No me extraña. La conozco. Sólo se pierde el tiempo. Muchos la usan para agenciarse chicas.

Eso no debía de ir por Antonio Ordovás, a fe mía...

—Lo que debes hacer es empezar una clase particular con un buen profesor. Y sólo cuando estés metido en harina, pensar en las colectivas. A propósito, ¿dónde vives? ¿Con Antonio?

—No; en un hotel de Gardens Square. Un asco.

—¿El Robert's?

—Justo.

—Es el primer paso de cuanto español viene a Londres. Seguro que te lo buscó Antonio. ¿Cómo no vives con tu amigo? La señora Arlington es una buena patrona.

—Nada me ha dicho Antonio, y no he querido forzar su sacrosanta soledad.

Me miró de una forma intensa, franca, como si tratase de calar en mis entretelas. Sus ojos eran oscuros, de pestañas largas y espesas; unos ojos casi seráficos y muy fáciles de resistir.

—¿Tienes algo que hacer ahora?

—Nada —confesé—. Esperar la cena y meterme después en el cine de Notting Hill Gate.

—Pues acompáñame al hotel. Tomaremos una copa y te mostraré mis libros de Economía.

—Encantado —dije.

Nos levantamos y echamos a andar. Kensington Palace quedó a nuestras espaldas, reluciendo al sol mortecino. Armijo acomodó el fajo de periódicos bajo el brazo y yo aspiré fuerte los últimos aromas otoñales del parque, que, por primera vez en varios días, abandonaba con cierta confianza en mi futuro.

Salimos a Bayswater por Lancaster Gate y cruzamos la calle frente a una iglesia muda y triste, rodeada de un jardincillo amarillento. El hotel estaba detrás. Tenía buen aspecto por fuera; parecía una casa particular. El vestíbulo era largo y oscuro, con el *comptoir* al fondo. Armijo me hizo atravesar una puerta y pasar a un salón tan caluroso como el mismo infierno. ¡Qué espectáculo, San Martín de mi alma! ¡En mi vida he visto mayor cantidad de viejos en torno a una chimenea! Viejos y viejas a puñadas, con la pátina de los años y con el *Made in England* impreso en sus fisonomías y aspectos. Tomaban té y tosían.

Yo me estremecí y murmuré:

—¿Están vivos?

Sebastián se rió levemente para no alterar el silencio de museo de antigüedades.

—Son de la XVI dinastía —me dijo a manera de contestación.

—Son de la VI —contradije—. Están amortajados de una forma que ya en la VII se consideraba heterodoxa...

La habitación de Armijo era una *suite* con alcoba y una salita con dos balcones a la calle. Desde ellos se veía la iglesia, amenazante en su grisácea austeridad; la torre, esbelta y sin estridencias, perdíase en lo alto enmarcada por la masa todavía umbrosa de Hyde Park. La sala tenía una chimenea con estufa de gas y un par de butacas a su frente. Había una gran cantidad de libros. Por todos los sitios. Abarrotando una estantería, por encima de la repisa de la chimenea, por las sillas, por las mesas, por el suelo... Lo menos dos mil libros calculando por lo bajo. De todos los géneros y en varios idiomas: español, inglés, francés, alemán, italiano... Aquel hombre era una especie de Pico de la Mirándola, por citar un políglota ilustre.

—¿Qué, te gusta mi *igloo*?

—Estupendo *igloo*.

Eché una mirada al libro que yo había cogido al azar, y preguntó:

—¿Lees el francés?

—Y lo hablo.

Empezó a charlar en un francés muy pasable, dulzón; un francés de la Martinica, que diría mi tía Martine. Cuando oyó el mío, sonrió como chico cogido en falta y me dio unos golpecitos en la espalda.

—¿Dónde has aprendido esa maravilla? ¿De niño acaso?

—Justo. Obra de una francesa: mi tía Martine. Mientras no la oigas hablar, no te harás una idea del favor que Dios concedió a los franceses con su lengua.

—Me encanta el francés. Pero jamás conseguiré pronunciarlo como es debido.

—Tienes libros en varios idiomas. ¿Tantos conoces?

—¡Psh...! Bien el alemán y regular el italiano.

Me pareció triste al añadir:

—He tenido una juventud viajera y afán constante de aprender.

Y abrió un pequeño bar, de lo más lujoso, para sacar vasos y botellas. Yo bebí ginebra con soda y él *whisky* con agua natural. Conversamos largo y tendido, sin decir gran cosa de nosotros mismos hasta que comenzaron a aparecer las visitas. Comprendí que venían no sólo a saludarle, sino a rendirle pleitesía. La primera de todas se llamaba Jacinto Soler, chileno alto y desgarbado, de hablar cansino y dengoso, que estudiaba piano en la Royal Academy of Music. Más tarde compareció un catalán, Jaime Vert, que andaba por Inglaterra en faenas de cristalografía, ventruado, inteligente y muy nervioso; traía consigo dos latas, salchichas y melocotón en almíbar, que despachamos pronto. Cuando ya habíamos perdido la noción de la hora y del mundo que vivía más allá de nuestras paredes, se presentaron dos alegres opositores a la Escuela Diplomática y un veterinario que preparaba cátedras, bastante animalazo él.

No recuerdo la hora de mi retirada, pero sí el trabajo que le costó a Sebastián convencerme, en la puerta de mi hotel, de que era muy de madrugada para trasladarme con los bártulos al suyo.

Me mudé a la tarde siguiente.

A los pocos días de vivir con Armijo me expliqué el interés de Ordovás por tan especialísima personalidad. Yo mismo me las vi moradas para defenderme de su calidad y de su encanto. Porque los poseía. Y en grado sumo. Nunca he conocido a nadie con semejante calidad humana. Estoy seguro de que por las noches, en su cama, dedicaba algún tiempo a planificar los favores que al día siguiente llevaría a cabo. Inconcebible, ya lo sé, un tipo así de hombre en tiempos tan prosaicos y bastardos como los que vivimos. Pero aquí estoy yo, y tantos otros, que pueden dar fe de cuanto afirmo. A medida que iba intimando con él, y eso fue cuestión de días, me decía a mí mismo que no hay razón ni derecho alguno a sentirse tan interesado por los demás como Armijo se sentía por su prójimo. En cierto modo resulta pecaminoso. Es como

hacer, como representar de dios en el reducido escenario de un barrio londinense. Y desempeñar papeles divinos siendo sólo un ciudadano panameño, en mi parecer, que definiría exactamente a Sebastián Armijo es «atragantante». Un sujeto «atragantante». Pero no oficioso, entendámonos. Él nunca pedía el favor de hacer favores a otros; jamás. Eran los otros los que de favor solicitaban sus mercedes. Favores variados, que iban desde el simple préstamo de unos chelines al más complejo de buscar un empleo ¡en Inglaterra! No puede negarse que estaba relacionado. Conocer lo que se dice conocer, conocería unos cuatro millones y medio de londinenses, entre aborígenes y población flotante. Tratar, trataba algunos menos: cosa de cuatro millones cuatrocientos mil. La fuente de sus amistades y relaciones habría que buscarla en su antiguo destino de Embajada; mas eso no justificaba ni el número ni la clase. No casaban la amistad de un humilde refugiado polaco o letón con la no menos humilde de un estudiante español, pongamos por caso, muerto de hambre y sin tabaco. Tampoco casaba el conocimiento del secretario de un *Under Secretary* con aquel otro que le unía a un funcionario de Abastos.

Los primeros días me pudo la indignación. Fui su sombra por algún tiempo: todo el que duró su amable oficio de cicerone. Me llevó a la Policía, a solucionar lo del racionamiento, al Banco donde recibía mi beca, al Consulado... Y a la par que hacíamos todas estas cosas, me enseñaba Londres y alrededores con una minuciosidad y erudición dignas de otro acompañante. Yo no es que me aburriese a su lado; todo lo contrario. Lo que sucedía es que luchaba con empeño para no verme envuelto en las redes de su *bonhomie*. Y si al final lo conseguí me costó lo mío. A veces, fui rudo, pese a mi magnífica educación, como último recurso. Creo que a menudo, en esos días, abusé de su amabilidad y paciencia. Por qué me aguantó, lo ignoro; supongo que caló lo bastante en mí como para comprender que los desplantes eran la reacción natural con que un espíritu ni sensiblero ni afectivo se defendía de sus atenciones.

Sí. Pasé unos días ajetreados y completamente ajenos a mis actividades estudiantiles. En una semana no pisé la London School of Economics, donde imagino no me echaron de menos. Recorrí Londres hasta que desprendieron humo mis pies. Todo. Museos, almacenes, templos y parques. Me llevó incluso a los muelles, que visitamos en sus más íntimos rincones con ayuda de un pase conseguido a través de alguna de sus innúmeras amistades. No quedó nada por ver, así Dios me valga. Su Morris Minor descapotable encogió mis piernas y me hizo pillar un catarro. Asistí al *Mesías* de Haendel en el Albert Hall y a una sesión de Ópera en el Covent; fuimos a dos representaciones teatrales y varias veces al cine; pero cines y teatros del Centro, con precios que bastarían para sufragar mis gastos de pensión durante una semana. Mis reservas monetarias —¡que él diría!— desaparecieron vertiginosamente, debido a que todo lo hacíamos a medias. Creo que fue en estos detalles donde comencé a ver

su calidad. Yo sabía que era un manirroto, un dispendioso, y, sin embargo, nunca insistió en invitarme, como si temiera que eso pudiese afectar nuestra naciente amistad.

Pensaba yo que su interés en ayudarme desaparecería a la primera semana, sustituido por el que le inspirase el próximo despistado que cayese en sus manos. Ni soñarlo. Estoy convencido de que si llego a quedarme por aquellos barrios, aún estaríamos visitando las ceras de Madame Tussauds o las exposiciones al aire libre de los jardines del Muelle Victoria.

Una mañana, en el British Museum, me preguntó señalando cierta momia con los pies fuera y desparramados:

—¿De qué dinastía supones esta mortaja?

Se rió de mi asombro.

—¡Y yo que te creí un entendido la tarde que conociste a los viejos del hotel!

Me quedé un poco mosca y sospeché si no se estaría divirtiendo aquellos días a mi costa, observando mis juveniles reacciones ante cosas y personas hasta entonces ignoradas.

Poco a poco fui comprendiendo que le interesaba como típico ejemplar de despreocupación e inconsistencia. Le intrigaba; ésa era la madre del cordero. Mi aire indolente, mis encogimientos de hombros y mis manos eternamente en los bolsillos despertaban su curiosidad. Y yo, ¿para qué ocultarlo?, exageraba mi papel de cínico y hombre que está de vuelta en todo; gran mentira, pues soy ingenuo y sin dobleces... ¡De alguna manera tenía que sostener mi integridad humana ante semejante alud de finezas!

Transcurrida una semana comprendí que no le seducía yo solo, sino el género humano en común. A todo bicho viviente que caía por el hotel, fuese estudiante, turista, investigador o periodista, atendía por igual.

Y entonces, cuando sentí algo parecido a los celos porque ya andábamos en grupo y no los dos solos, me inquieté y me dije que habría que preocuparse por la ciencia, por el inglés y por un alojamiento a propósito, esto último muy oportuno para mejorar lo precedente.

Se lo comuniqué una tarde camino del cafetín del Inverness Terrace, su «despacho», llamémosle así, ya que era allí donde «despachaba» con parte de sus amistades.

Expresé mis intenciones poco más o menos en estos términos:

—¿Sabes de un buen profesor de inglés? ¿Y de una buena casa particular donde me tengan por unas cinco libras, o guineas, a la semana?

Su cerebro, en materia de favores, era una especie de computadora electrónica: recogía los datos sin inmutarse y pasaba inmediatamente a soluciones con el menor número de variables posibles.

—¿En algún barrio determinado?

—Eso es mucho pedir, Sebastián; incluso para un omnisciente como tú. Cualquier cosa servirá.

—Te haré una lista en el «Zanzíbar».

Así, como quien no quiere la cosa, ¡me haría una lista! ¡Y seguro que con números de teléfonos, autobuses más apropiados y bocas de Metro más cercanas! E insistiría en acompañarme...

El «Zanzíbar» estaba en Inverness Terrace. Era una «sala de degustación», que para mí no dejaba de ser un local corto y estrecho, con venta de grano a la entrada e interior con media docena de mesitas a cada lado y una enorme cafetera al fondo. Tenía motivos africanos al temple, por las paredes. Distribuían un brebaje como sólo en Inglaterra se puede saborear. Un verdadero vomitivo. En contraste, no se respiraba de humo y apenas había espacio para estirarse.

Armijo solía sentarse en una esquina, nada más entrar a la derecha, Primero dejaba su sempiterno fajo de periódicos sobre el asiento, y luego iba en busca de una taza de *black*, ya que allí cada uno tenía que agenciarse su propia consumición. Volvía con ella, se sentaba y bebía. Y así hasta las cinco y media o las seis, hora en que ya había despachado sus asuntos, leído *The Manchester Guardian*, media docena más de periódicos y bebido otros tantos cafés.

Una vida interesante y complicada, en la que tomé parte durante bastantes días.

Me hizo la lista entre sorbo y sorbo de café, mientras yo me tragaba desganadamente tres *cokes* con sabor a serrín y miel.

Y me dijo:

—Llevo una semana preguntándome cuánto tiempo resistirías esta vida de persona desocupada.

Yo repliqué:

—Llevo una semana preguntándome cuánto tiempo necesitaría para romper con esta historia a lo Dorian Gray.

Se rió como nunca le había oído reírse: a carcajadas.

—¡Qué terriblemente presuntuoso eres, Martín!

Carraspeé al recordar las prendas físicas de Dorian; pero como soy bastante desvergonzado, no me resultó difícil adoptar una actitud indolente y virtuosa.

Aún no se le había pasado la risa cuando apareció una pareja un tanto extraña. Dos individuos. Uno, de edad y muy alto; el otro, bajo y joven. Hubo presentaciones, en francés, y se sentaron; el de más edad junto a Armijo, y el joven a mi lado. Este último se llamaba Andrés Gembitski, y era rechoncho, aniñado y con abundante cabellera rubia. Se agachó sobre mí y me habló en un español pintoresco, cuyas erres parecían pistoletazos. Su compañero, el coronel Novoveski, calvo, de ojos azules y saltones, hierático y con la camisa desflecada por puños y cuello, no le dio tiempo a

pronunciar más de una docena de palabras, pues se dirigió a mí y expuso en francés:

—Me dice Armijo que no habla usted inglés, mi joven amigo.

—No por ahora, *monsieur*.

Sonrió como pudiera hacerlo un cadáver y movió las manos cual un director de tráfico.

—Coronel, mi joven amigo; coronel Novoveski, si no le importa.

A mi lado, en tono normal, Andrés Gembitski aclaró en español:

—No le haga usted caso. Está venático. Plenamente.

El coronel le miró de forma asesina, pareció que iba a decirle algo y concluyó por dedicarse otra vez a mí.

—Usted será estudiante, claro es, mi joven amigo. ¿Y qué estudia usted?

—Estoy en la London School of Economics, mi coronel.

El coronel cobró vida.

—¡Gran institución! ¡Magnifico centro de cultura! Inútil, claro, como la misma ciencia que enseña. Porque —añadió dirigiéndose a Sebastián, que le oía en silencio—, ¿qué clase de ciencia es la Economía que no impidió que gastase diez cuando tenía cinco, y que no me impide ahora que gaste tres cuando no tengo ni cinco?

—Está loco —insistió Andrés Gembitski en español—. Y borracho. Viene de comer y de beber a mi costa.

—¡Andrés Gembitski! —chilló el coronel—. Perro e hijo de perro moscovita, ¿qué hablas a nuestro joven amigo español?

—Nada, mi coronel —respondió, sin inmutarse, el otro—. Perfecciono mi castellano.

—Eres mi siervo calmuco, Andrés Gembitski; un vástago despreciable de calmuco.

—Cierto, mi coronel.

Yo me mordía los labios y procuraba no mirar para Armijo. Aquellos dos polacos, y su duelo verbal, valían por toda la semana que llevaba perdida.

—Sí, mi joven amigo —prosiguió el coronel—. Un gran centro de cultura la School of Economics. Inútil, pero grande. En ella tenemos un compatriota; un gran polaco y un gran maestro. Pero es un perro y un hijo de perro vendido a Moscú. Que se lo coman las arañas.

—Está loco —siguió insistiendo Andrés—. Plenamente.

—Andrés Gembitski —insinuó suavemente el coronel—, ¿te he dicho alguna vez que eres hijo de padre emasculado?

—Sí, mi coronel; muchas veces. Un insulto aparentemente propio de un imbécil, pero que no lo es, ya que al llamarme hijo de tal padre se pone en duda su masculinidad y se llama ramera a mi madre.

—Exacto, Andrés Gembitski, hijo de mi hermana María.

No estoy habituado a esta clase de escenas, por lo que me soné ruidosamente para evitar la risa que se me iba. Estaba en tal faena cuando entró una chica de pelo caoba, alta, piel blanquísima y figura ejemplar. La vi sonreír a mis compañeros y luego dirigirse al fondo del café. Allí se acomodó ante una mesita y se puso a leer una revista gráfica.

—Hermosa criatura —suspiró el coronel Novoveski—. Pero fría, muy fría; ¿no le parece, amigo Armijo?

—Qué sé yo, mi coronel...

Andrés Gembitski, al parecer más interesado en otros asuntos, dijo en francés correcto y escolar:

—Sebastián, necesito quince chelines. ¿Podrías prestármelos?

—¡Andrés Gembitski! —estalló su compatriota—. ¡Campesino ineducado...!

—Perdón, mi coronel. Olvidaba sus apuros. Contando con ellos, serán un total de dos libras... ¿Podrías, Sebastián?

—Naturalmente, Andrés.

—No sé cuándo podré devolvértelas.

Armijo sonrió de una forma seráfica y tiró de la cartera. Pensé, en ese preciso momento, que su vida era mucho más compleja de lo que yo imaginaba. Y me dije que si hay alguna manera en este cochino mundo de prestar dinero con humildad y elegancia, era precisamente la suya.

El coronel, parpadeando, cogió los dos billetes y tocó con ellos, un aleteo de mariposa apenas, la mano que los ofrecía. Luego dio una libra a Andrés, se levantó, saludó con la cabeza y abandonó el café, erguido, recto como un barandal de sacudir castañas. Su sobrino aún se quedó unos segundos: los necesarios para abonar nuestras consumiciones y saludarnos con una sonrisa que me acongojó, por triste y sumisa.

Yo maldije y pregunté:

—¿Qué se siente al hacer de dios misericordioso?

—Una gran pena, mi cínico amigo.

Estaba irritado, indignado conmigo mismo; absurdamente emocionado por algo que había ocurrido en un brevísimo espacio de tiempo.

La chica de la revista gráfica dejó su mesa y se aproximó a nosotros. De cerca, Dagny Honsted era aún más impresionante. Dientes como la nieve, labios sin pintar, piel inverosímil y cabello corto, de una tonalidad de caoba maravillosa. Estuvo sólo unos minutos, en los que yo no despegué los labios. Ella y Armijo hablaron en alemán. Cuando se fue, estrechó mi mano fuertemente y dijo un «¡hasta la vista!» que en otras circunstancias me hubiera hecho gracia.

—¿Qué te parece esa chica? —preguntó Sebastián.

—¿Qué debo contestar?

—No lo sé. Aún no te he clasificado. ¿Te pareces a Ordovás, en ese aspecto, o al

resto de los españoles que conozco?

—Yo soy un indiferenciado, amigo mío; me gustan todas sin distinción de razas, colores u opiniones políticas. Ordovás no es como yo, porque le preocupan demasiado. Timidez, ¿comprendes?

—Ya... Esa chica, Dagny Honsted, me ha preguntado quién eres.

Un tanto molesto, inquirí:

—¿Qué pasa con Dagny Honsted?

Respondió con una mueca.

—¿Y qué pasa contigo, vamos a ver? —repuse aún más molesto—. ¿Cuáles son tus opiniones sobre las mujeres, los sablistas y los que piden favores?

—Variadas.

Mirándolo bien, la culpa de que yo estuviese descompuesto por cosas con la significación de un comino, no era de Sebastián Armijo. Así que, a la fuerza, me disculpé:

—Perdona mi estupidez. Estoy fastidiado, ¿comprendes? Llevo dos semanas en Londres, y como el primer día... Tú eres la única persona a quien puedo soltar inconveniencias.

—Es natural. A todos les pasa lo que a ti. Lo que sucede es que empiezas a necesitar algo más que visitas a Museos y conversaciones con Sebastián Armijo.

Algo había en sus ojos y en sus labios que sugería sinceridad. O pena. Lo que en ese momento pasaba entre nosotros ya le había sucedido otras veces; estoy seguro. Probablemente con cuanto desorientado caía en sus manos. El hombre se sentía solo, muy solo, y necesitaba de sus relaciones, de sus amistades, quizá de mí, en un sentido sólo alcanzable para los que como él pensaban y sentían. Le intuí conocidos, muchos, pero ni un solo amigo; era fácil intuirlo, viéndole frente a mí, afable, sensitivo, comprensible y humano, pero terriblemente a solas con su inaudita calidad.

Me atreví a preguntarle:

—¿Qué haces aquí, Sebastián?

—No te entiendo.

—Sí me entiendes. Dime qué se te pierde en Inglaterra. Explícame por qué llevas esta vida, y me harás un favor; un grandísimo favor.

—Cualquier sitio es bueno para vivir.

—Puro sofisma. Sé sincero. A ti no te costará serlo.

—Soy sincero. Cualquier sitio es bueno para vivir, si no podemos hacerlo donde deseamos y con quien deseamos.

—Palabrería —dije—. ¿Quieres que nos larguemos?

—Espera. Antes tengo que expresarte mi gratitud por tus palabras. Han sido un mensaje y una revelación.

Me tendió la mano. Por instinto, sin molestarme en analizar sus complicadas

frases, se la estreché. Estaba, como siempre, seca y caliente, agradable.

—Gracias —dijo.

Yo dije una palabrota.

Abandonamos el «Zanzíbar» en silencio. Había anochecido. Inverness Terrace tenía el aspecto acostumbrado de las calles inglesas poco concurridas: misterioso, lleno de sombras, con los ecos espaciados de pisadas que vienen y pasan. Apenas había luz y sí una ligera niebla. Un perro cruzó ante nosotros, seguido de su dueño, que le reñía, supuse, en tono mimoso. Los dos se perdieron por una esquina. Luego pasó un coche, insidiosamente, hacia el tráfico de Bayswater. Por allí, Kensington Gardens era una mancha siniestra más allá de la claridad de la calle. El cielo, por encima del parque, hacia Kensington High Street, relucía con una luminosidad mate y anaranjada.

Recuerdo que aquella noche, después de cenar, me fui solo al Odeón de Marble Arch. Y que me aburrí soberanamente con una cinta sobre los Borgias. Sobre los Borgias; ¡fue lo único que conseguí entender!

CAPÍTULO SEGUNDO

A PRIMEROS DE NOVIEMBRE aún continuaba en el hotel, pero ya encajado y pulsando teclas. Había visitado tres casas particulares con resultado adverso. No me importó gran cosa el fracaso, por tener puestas mis miras en la vivienda de Ordovás, con la esperanza de que éste no volviese o tardara todavía mucho en regresar.

Las clases marchaban. Hice amistades interesantes, que me ayudaron grandemente. Sobre todo dos mejicanos, Méndez y Cortina, cuyo ideario político difería bastante del mío, si es que tengo alguno, mas que a la hora de prestar servicios y facilitarme notas y apuntes no tenían rival. Mi inglés, por otra parte, iba mejorando gracias a las clases que daba con un profesor particular; un tal Mr. Tibet, simpaticón y borrachín como un personaje de Dickens. Vivía en Ebury Road, una calle tenebrosa no lejos de Victoria Station, a la que yo acudía tres veces por semana después de la cena. Huelga decir que tal profesor me fue buscado por Sebastián Armijo. Mis relaciones con el panameño habían posado, precipitado. Últimamente ya no era su sombra, pero seguía agradándome la idea de vivir bajo el mismo techo y de tenerle a mano para cualquier contingencia.

Un día de primeros de noviembre no comí en el hotel. Me acuerdo que fue el 3, fecha en que hizo un mes justo de mi llegada a las costas blancas de Dover. Aquel día almorcé con los mejicanos en un Lyon's de Charing Cross. Tras aquella pitanza nos separamos en Tottenham Court Road; allí cogí la Central Line y en ella fui hasta Holland Park, donde me apeé con el propósito de visitar, o adular, a la señora Arlington. La patrona de Ordovás era una mujer añosa, viuda, alargada y agradable. También era fiel a sus pupilos, pues mi constante pelotilleo no hizo nunca vacilar su lealtad hacia Antonio y su habitación. Me obsequió con una taza de té horrible y me dijo que nada sabía de su huésped desde la carta del 20, que yo conocía. Insistí lo menos diez veces en advertirle que caso de saber algo me avisase.

Dejé a la señora Arlington y subí por Holland Walk pensando en Antonio y en cuáles serían sus proyectos para lo futuro. Me lo imaginé pasando una mala racha, neurasténico perdido, encerrado en sí y más solo que nunca con sus problemas...

Al llegar a Inverness Terrace decidí acercarme al «Zanzíbar» y enterarme por Armijo de cómo iban las cosas por el mundo; ¡a esas horas ya habría devorado su habitual media docena de diarios...! Pero mi amigo no estaba. Gianna, la italiana de la cafetera, morena, pequeñita y metida en carnes, me dijo que había parado poco tiempo: el indispensable para beberse dos tazas de café.

Yo me senté en nuestro rincón y me dediqué a poner en limpio las notas casi taquigráficas que Méndez había cogido en la conferencia de un economista australiano. Me abstraí tanto en mi quehacer, que me pilló de sorpresa el saludo de cierta persona: Dagny Honsted, con su precioso pelo caoba más corto que la primera

y única vez que le vi, y su *duffle coat* —comando— favoreciéndola en alto grado.

—¿Yo poder sentarme?

—¡Estaría bueno que alguien se opusiera!

—¿Perdón...?

—Tú sentarte y yo traer café. ¿Solo o con leche?

—¿Perdón...? Tú hablar muy de prisa.

—Yo decir tú sentarte; tú contestarme «negro» o «negro y blanco».

—Yo misma ir.

—Tú sentarte.

Creo que estaba algo sorprendida por mi manera de hablar y por la invitación a café.

Al colocarle la taza delante, Dagny Honsted preguntó:

—¿Cómo ser tú tan alto y rubio? Tú ser español y tener los ojos claros.

—Yo ser de una parte de España donde haber celtas. Rubios celtas.

—Tú burlarte de mí.

—Ser cierto. Muchos celtas. Tocar gaitas celtas.

—Tú burlarte no por celtas; tú burlarte por mi español.

Reí, satisfecho, feliz, porque a solas con una chica guapa me encuentro tan cómodo como una golondrina sobre un cable.

—No me burlo, Dagny. Lo hablas muy bien. ¿Cuándo lo has aprendido?

—Yo aprenderlo con Juan.

—¿Juan? ¿Quién es Juan?

—Juan Peláez. Él ser mi novio. ¿Tú no saber?

—¿Español?

—¿Tú no saber? ¿Tú no preguntar a Armijo por mí el otro día?

Los hombres somos unos bichos tan innobles, que basta que una desconocida pasable nos diga que tiene novio para que nos sintamos ofendidos.

—Yo no preguntar por ti —dije—. Es raro, ¿verdad?

—Tú hablar despacio... Yo preguntar por ti a Armijo.

Había que oírla pronunciar el nombre de Armijo. Y había que fijarse también en unas lucecitas especiales espejeantes, latiendo en sus pupilas; decían bien a las claras que me estaba tomando la cabellera.

—Yo quise indagar, bien valía la pena; pero los polacos, ¿recuerdas?, estaban aquí soltando tal sarta de disparates, que se me fue el santo al cielo.

—¿Santo al cielo...? Tú hablar rápido y raro.

—Santo al cielo, ¿comprendes? Ideas que nacen, viven y, ¡zas!, desaparecen...

—Yo entender. Eso. Idea, ¡zas!, desaparece... Polacos estar locos. Ser buenos, simpáticos, pero locos. Como niños, infantiles, *toqués*, nunca quietos... Tú..., ¿tú qué mirar, Martín, no?

Yo miraba, bien cierto, para aquella boca increíble, blanca, sin pintar, jugosa, de la que escapaba un torrente de sustantivos y adjetivos sin ilación alguna.

—¿Tú qué mirar?

—Yo mirar tu boca, Dagny.

—¿Qué tener mi boca?

—Tu boca tiene cuanto puede tener una boca, amiga mía.

—¿Gustarte mi boca?

Yo suspiré y cogí el cigarrillo que ella tenía entre los dedos; aspiré una buena bocanada y se lo encajé en los labios.

—Tú ser simpático.

—Gracias. Tú eres una maravilla. Como una *disen*.

—¿*Disen*? Tú conocer cosas de Noruega. ¿Tú estudiante?

—London School of Economics.

¡Qué criatura, manes de mis muertos! Me hubiera estado siglos contemplándola. Si alguien puede simbolizar en este mundo la juventud y la belleza, ese alguien es Dagny Honsted. Tuve curiosidad por saber quién era el afortunado novio, y se lo pregunté. Resultó ser naranjero, o algo así. Delegado en Londres de un grupo de exportadores. Al presente andaba por España, circunstancia que como persona sociable que soy, me halagó lo suyo. Aunque su español no era precisamente académico, la escuché deleitado por espacio de algún tiempo. Hablaba sin cesar, ayudada por unos ojos azules maravillosos y una mímica excitante. Me contó que llevaba seis meses en el país aprendiendo el idioma. Por lo visto, se sufragaba sus gastos sirviendo a un matrimonio que vivía en Leinster Gardens. Le daban comida, casa y dos libras con ocho chelines a la semana. Después, quizá para que la catalogase socialmente, me dijo que su padre era ingeniero y dueño de una fundición de aluminio en Stavanger. Por añadidura, Dagny Honsted sabía alemán y francés. En fin, una chica completa; de esas que sólo se encuentran por encima de los Pirineos.

La acompañé hasta el *flat* de Leinster Gardens. La niebla que había amenazado durante todo el día, cuajaba ahora ensombreciendo las calles de una forma asustante. Leinster Gardens era un pozo nauseabundo, lleno de ruidillos recelosos, difusos, de carrerillas de perros...

Le pregunté si quedaría libre después de la cena.

—¿Tú querer salir conmigo?

—Si tu novio no es celoso...

—Juan ser celoso. Pero yo salir cuando quiero. ¿Dónde ir?

—Donde tú dispongas. Conocerás más sitios que yo.

—Yo pensar esta tarde patinar. ¿Tú saber?

—¿Patinar?

—Sí. *Ice skating*.

Nunca había patinado sobre hielo; sólo sobre ruedas. Y me dije que lo mismo daba una cosa que otra. Lo realmente agradable sería pasar un rato con aquella diosa escandinava.

Nos citamos para hora y media más tarde.

Yo me perdí en la niebla y llegué al hotel con el primer plato. Una contrariedad. Aquellas mozas irlandesas, camareras, se sabían tan al dedillo las normas sindicales, que todo comensal retrasado no veía ni por asomo lo ya servido, fuese pan o margarina, arenque salado o huevo.

Cada huésped tenía su mesa. La mía estaba al fondo del comedor, inmediata a la de Sebastián. Me senté cuando éste finalizaba una sopa de hierbas.

—Has perdido un plato, gallego —avisó.

—Estuve en tu «despacho»; ya te habías ido.

—He tenido que hacer.

—Apareció la noruega y pasamos un rato inolvidable.

—¿Lo pasaste tú, o los dos a la vez?

—Los dos, viejo. ¿Por tan mal conversador me tienes? Acabo de dejarla en su casa. Quedamos citados.

—*Veni, vidi, vici!*

—Patinaremos. Sobre hielo. ¿Conoces el *skating* de Queensway?

—Claro. A veces, yo mismo patino.

—¿Sí? Pues vente con nosotros.

—Los viejos nos acostamos pronto, gallego.

—Una noche es una noche. No quisiera perderme el espectáculo de un cliente de Savile Row sobre el hielo.

—Eso no lo verás nunca. Tengo ropa especial para patinar.

—¿Será posible, Petronio?

No niego que soy vanidoso. Es una lacra hereditaria en los Canel. Mi difunto padre, que en gloria esté, era el ser más vanidoso de toda la geografía peninsular. De él heredé tal virtud, así como la estatura y los ojos. Menciono la vanidad porque yo tenía la esperanza, o la ilusión, de descubrir en Dagny algún signo de contrariedad, ya que la pareja se convertía en trío. Ni soñarlo. Acogió a Sebastián con genuina sorpresa y alegría, con más alegría que a mí. Parecían simpatizar mucho.

Verdaderamente, era una noche como para quedarse en casa con las ventanas bien cerradas, los burletes ajustados y las cortinas corridas. La niebla pasaba ya de tesitura meteorológica; era un ser vivo, protoplasma gelatinoso con la consistencia de una manta palentina. Sólo cuando llegamos a Queensway y sus luces, se difuminó lo bastante como para distinguirnos unos de otros.

Repito que he patinado sobre ruedas. En mis años mozos. Sin alcanzar el virtuosismo de mis hermanas pequeñas, Constanza y Martina, conseguí hacerlo

regularmente. Sin embargo, tan pronto como me puse los patines de hielo comprendí que una cosa es Adviento y otra Pentecostés. Los primeros tres metros lineales me costaron tres culatas con resonancias en los senos frontales, el cuarto metro, ayudado por Dagny y Sebastián, sin novedad; y a partir del quinto, el milagro de poder deslizarme sobre el hielo cual una nereida sobre la linfa de un río. Ya se estaba diciendo mi presunción que no sería difícil lograr la soltura de Sebastián, cuando reventaron unos altavoces con los compases de un vals, y me vine al hielo. Me sacaron de la pista de una manera indecorosa, se despejó aquella y los maestros comenzaron a bailar. Dagny y Armijo hacían una buena pareja, al menos danzando sobre patines. Él, con los giros y el jersey de patinar, parecía una barra multicolor de barbería; ella, una *disen* bañada en lluvias y nieves árticas.

Finalizó el baile y volvimos los malos. A mí me tomaron todos por el pito del sereno. Me formaron corro, fui llevado de un lado a otro, empujado ignominiosamente... Dejé de hacer el payús cuando tuve a tiro a Dagny Honsted. Me lancé sobre ella con el ímpetu de un aerolito, y allí fue Troya. Se tronzó la rueda, Dagny arrastró al vecino, el vecino al siguiente, y éste a toda la culebra humana... Trastabillamos y caímos, pero reímos con toda la fuerza de nuestros corazones... Porque ¿quién osará decir que la vida es un calvario mientras unos rapaces y unas chicas puedan reunirse en una pista de patinaje sobre hielo?...

—¡Tú ser el hombre más gracioso, Martín! ¡Yo morir de risa!... ¿Tú ver, Sebastián, a él? ¡Puf, paf, pof... un bólido!, ¡zas!... ¡Yo morirme con tú, Martín!

—Y yo con tú, Dagny. Y tú, viejo, ¿morir con alguien?

—Yo morir de los riñones, gallego bestia por culpa de tu gracia bastarda...

Después nos fuimos a tomar una botella de Pommery a la *suite* de Sebastián. También hicimos música en el *pick-up* del panameño y en el piano del hotel. Recuerdo que al final del disco de moda entonces —*the Harry Lime's theme*—, Dagny suspiró y dijo:

—Yo soñar por tocar así. Cítara, ¿no? Antón Karas, ¿no? Yo siempre querer tocar el piano. Yo decir: padre, yo querer un piano; padre, yo aprender. Pero padre no saber. Ser ingeniero bruto, sin sensibilidad. Ingeniero sólo silbar. ¿Vosotros tocar algún instrumento?

Con mi modestia habitual aseguré que aporreaba bastante el piano.

—¿Tú tocar, sí?

—Cuando Martín ejecuta —comentó Sebastián—, el piano suena a máquina de escribir.

—Muy gracioso.

Estudí la carrera de piano con el mismo interés que se pueda poner en el estudio de un lobanillo axilar. Mis hermanas y yo, excepto la pequeña Martina, que se negó en redondo, pasamos por ese suplicio por no disgustar a nuestra madre, exquisita

pianista, y, naturalmente, porque resulta más sensato obedecer que desobedecer a la tía Martine.

Pero si con música seria soy un organillero, con la esquizofrénica de hoy en día parezco un mago. Si no, que lo digan noruega y panameño cuando atacé los tres *blues* y el *swing* con que suelo poner broche a mis actuaciones. Primero el *Widow's blue*, al que sigue *Corner blue*; luego, el electrizante *Sorry, baby, I got blue devils*, que rematé con el vertiginoso *swing Kiss me, daughter, at Pennsylvania Station*. Dagny se impresionó tanto que me revolvió el pelo y me puso en los labios el cigarrillo que estaba fumando.

—¡Tú ser maravilloso, Martín!

—Pero sólo al piano —dije quejumbrosamente.

Algunas de las noches que siguieron, a fuerza de dar vueltas en la cama, descubrí que ese sentimiento absurdo que llamamos amor no es más que la consecuencia de un proceso secretorio glandular, originado por una precaria alimentación. Llegué a este descubrimiento por la vía experimental y con la ayuda de Dagny Honsted. No puedo negar que me costó un gran trabajo, pues me faltaba certeza de conocimiento. En otras palabras: no sabía entonces, con exactitud, qué era el amor. No obstante, una vez descubierto que es un estado patológico cuya sintomatología viene tipificada por ideas erráticas, irritabilidad, inapetencia y flojera de articulaciones, descubrí también que estaba enamorado, ya que Dagny Honsted producía en mí tal síndrome. Mi memoria ya no registra fielmente la aparición de las primeras manifestaciones de mi estado, pero sí conserva ordenadamente las conclusiones a que me condujo mi autoanálisis. Fui lógico como Aristóteles y empírico como Bacon: usé de la inducción y de la deducción, llegando incluso a aplicar a mi caso métodos puestos hoy en práctica por la Ciencia Económica. Los resultados fueron desconsoladores, pues probaron que mi equilibrio basal se hallaba afectado por un predominio del soma sobre la psico. Descendí, en mis reflexiones, a niveles más vulgares, y gracias a una báscula parlante de Victoria Station comprobé que había perdido peso: cuatro kilogramos. Un espejo me dijo que tenía una cara pésima y un veterinario, opositor a cátedras, que debía vigilar mis encías, blanquecinas y con tendencias a sangrar.

En resumen: falta de peso y escaso de vitaminas, era terreno propicio para cualquier ataque bacilar o virulento que llegase de fuera. Y el ataque llegó de Stavanger (Noruega) bajo la forma —¡y qué formas, los cielos me valgan!— de una muchacha nívea y de precioso pelo caoba.

Fueron unos malos tiempos; unos terribles tiempos. Dormía mal, comía mal, hecho nada extraño en las Islas, y vivía en constante desasosiego. Pasaba por una de esas fases que mi tía Martine llama *méprisable conduite africaine*, porque para mi encantadora tía francesa España es *une toute petite partie de l'Afrique*.

Hasta pasadas las cuatro de la tarde existía como entre nubes. Y por tal motivo

descuidé mis deberes profesionales. La verdad, estaba indignadísimo conmigo mismo. Personas que desde el comienzo de la carrera había sentado en el Olimpo Económico, a diestra y siniestra de John Maynard Keynes, carecían ahora de significación y valor. A algunas podía verlas y escucharlas a diario. Como si nada. Muñecos, figuras de guiñol gesticulantes y tediosas, que retrasaban mi encuentro vespertino con la chica noruega de Leinster Gardens.

En mi desesperación llegué a escribir un cuento tristísimo sobre un niño enamorado de la luna. No me salió mal, debo confesarlo; pero no tenía mi sello, pues todas mis obras literarias —cultivo el género por afición y sin gran fortuna— se caracterizan por un hedonismo explosivo y coruscante.

También me dio por no hablar. Apenas si rumiaba un saludo o una inconveniencia. Naturalmente, un comportamiento tan insólito en persona a diario tan distinta preocupó a mi amigo Sebastián Armijo. Una tarde en que yo, como todas las tardes, esperaba en el «Zanzíbar» por mi sol de medianoche, me dijo:

—¿Alguna contrariedad estos días, gallego?

—Muuú...

—Sin que sea inmiscuirme en tus asuntos, ¿me permites un comentario?

—Muuú...

—Gracias. El comentario es éste: ¿no estarás descuidando un poco tus quehaceres?

—Mi discreto y cabal amigo del Caribe...

—Yo no soy del Caribe, gallego. A mi provincia, Panamá, la baña el golfo del mismo nombre.

—Bueno. Mi discreto y cabal amigo del golfo de Panamá: yo no descuido un poco mis quehaceres, sino que los olvido absoluta y completamente.

—¿Alguna contrariedad, entonces?

—Muuú...

Precisamente aquella tarde fuimos Dagny y yo a un cine de Bishops Road. Recuerdo que la película narraba las aventuras de un arquitecto yanqui en lucha con los criterios de una pandilla de reaccionarios y retrógrados burgueses. Lo recuerdo no porque haya entendido nada, sino por la traducción que Dagny Honsted me hizo de los diálogos. Una de las ocasiones que acercó su cara para explicarme *sotto voce* una escena, la besé. Su pelo olía a abeto, sus ojos eran dos fiordos y su boca guardaba reminiscencias de pasta dentífrica; por tales razones, y otras muchas, la besé por primera vez. Debí de hacerlo con excesivo empeño, porque al concluir se quejó en la penumbra de la sala:

—¡Tú ser un salvaje!

—Tú ser la más endiablada de las noruegas.

—Tú no conocer ninguna otra. Tú no saber...

—Yo conocerte a ti y yo gritar: ¡viva Noruega!

—Tú estar loco.

Volvió a llamarme loco una hora más tarde, en la oscuridad de Leinster Gardens.

—¡Ah, Dagny, Dagny, hueles a árbol y sabes a fiordo! ¡Dagny!... ¡Dagny!..., doncella nórdica... Porque tú serás doncella, ¿verdad?

—Tú estar loco. Yo no saber nunca cuándo hablas en serio o en broma.

—Dagny..., ¡oh, Dagny..., Dagny, noches soñando con hundir mi cara en tu pelo caoba!... ¡Ser bombón para disolverme en tu boca! ¡O guante, Dagny, para estar siempre en tus manos!

—Tú decir cosas muy raras. Yo nunca oírlas.

—Porque Peláez ser necio. ¡Ah Dagny!, *disen*, doncella de los lagos... porque tú serás doncella, ¿verdad?

—Tú ser cínico, descarado, caprichoso, estúpido, infantil, pero gustarme. Ser muy alto, muy charlatán, muy alegre y muy guapo. Yo reírme.

—Y yo sufrir, Dagny. Sufro, no duermo, no como, no trabajo...

—¿Mi culpa?

—No, de Peláez. Tú no querer a un tipo con ese nombre; estoy seguro.

—Yo querer a Juan. Ser moreno y feo. Tener mucho vello. Ser como mono.

—¡Ser como mono!... Tú estar *toqueé*, mi doncella boreal... porque tú ser doncella, ¿verdad?

No hay bien comparable a la salud. Al menos, para uno que siempre ha sido sano. Salvo la escarlatina, la tos ferina y la varicela, no creo haber tenido ninguna enfermedad definida. Ni siquiera he padecido el sarampión. Por eso aborrezco cualquier mal funcionamiento del organismo cuando no estoy rodeado de los míos. Y también por idéntico motivo decidí cambiar de vida. Me compré un reconstituyente francés, en ampollas, y sorbí una en cada comida. Mejoró mi apetito, mas empeoró mi insomnio. Dejé de ir por el «Zanzíbar», reforcé mi volición y anulé mi memoria... Pero la voluntad es oblea para el recuerdo. Siempre domina éste, auxiliado por nosotros mismos. Es asombroso el comportamiento de nuestras neuronas: nace una idea, dos, tres: se mezclan, se interconexionan, quizá lleguemos a rechazarlas... Pero interviene la memoria, y las ideas, ya imágenes de recuerdos, quedan almacenadas hasta el fin de nuestros días. Otra cosa: he podido observar que se sobrellevan mejor las nostalgias de la libido que las de nuestros momentos de pureza e inocencia. A las primeras se las puede vencer, pero las segundas, una vez grabadas, no hay detergente que las borre. Resulta desconsolador que un joven como yo haya llegado a tal convencimiento.

Una noche, al regreso de mi clase con Mr. Tibet, visité, como todas las noches, a Sebastián en sus habitaciones. Le encontré bebiendo cacao. Se lo preparaba él mismo en la estufa de gas. Él es culpable de que yo me haya aficionado a tan detestable

poción.

—Asco de país —dije al sentarme—. ¿Será la niebla súbdita también de su Graciosa Majestad? Debo de tener los bronquios como una chimenea de alto horno.

Como quien no quiere la cosa, comunicó:

—Esta tarde he visto a Dagny.

—¿Dagny?... ¿Alta ella, feúcha y hablando una porquería de castellano?

—La misma. Ya veo que la recuerdas.

—Muuú...

—Vamos, Martín. Dime de una vez qué sucede. Hace una semana os veía tan alegres, tan ilusionados, que yo mismo me sentía feliz pensando que el mundo aún tiene remedio si su juventud se entiende.

Así era Sebastián Armijo. Estoy convencido de que se sentía dichoso viendo a dos jóvenes europeos, alegres y sanos, en amor y compañía.

—Tú creo que conoces a un tal Peláez, ¿no? —expuse por todo comentario—. Naranjero él. Tiene novia.

—Bueno, ¿y qué? ¿Tratas de decirme que esta averturilla te coloca ante un caso de conciencia? ¡Qué ingenuidad, Dios mío!...

¿Caso de conciencia...? Absurdo. No estoy muy seguro, pero en el fondo pienso que era temor, prevención, autodefensa...

—Vamos, Martín. Deja de hacer el cadete y vuelve a salir con ella. Diviértete.

—¿Y me lo pides tú? ¿Un hombre tan impertinentemente honesto me aconseja eso?

—¿Lo dices por Peláez?

Me encogí de hombros.

—Soy de un país joven y virgen, gallego. Y todavía sigo creyendo que los mejores platos, los más sabrosos, son para los oportunistas. La vida, mi ingenuo amigo, es una selva tenebrosa donde sólo evolucionan los más aptos.

—San Martín de Tours me proteja. ¡Y yo que creía sin hiel tu buche!

—En mi buche hay hiel para amargar el universo. Pero disimulo. Me gusta presumir de educado y de hombre con muchos amigos. Eso es todo.

Y se bebió el cacao que quedaba en la taza.

Se disculpará que con tal consejero yo volviese a la compañía y regalo de Dagny Honsted. Nunca me he arrepentido. La encontré al día siguiente en el «Zanzíbar». Sola en una mesita, leyendo y fumando. No me extrañó verla sola, pese a que Sebastián estaba en su rincón habitual con dos estudiantes españoles y un sefardita egipcio que hablaba como en los tiempos de Elio de Nebrija. Digo que no me extrañó, porque Dagny solía huir de los grupos donde había más de dos ibéricos. Me imagino que por Peláez.

Me dirigí a ella después de saludar a los otros.

—¡Hola! —dije.

—¿Tú enfermo una semana?

—Yo escapar de ti una semana. ¿Yo poder sentarme?

Y, cosa sorprendente, habló, por primera vez en nuestra breve amistad, en francés, en una lengua en la que ambos podíamos cambiar ideas matizando:

—*Je t'en prie.*

Pero no me senté. No podía hacerlo con aquellos pares de ojos sobre nosotros. Le dije si quería dar una vuelta y asintió con la espontaneidad que ponía en todos sus actos.

Paseamos hasta la «Serpentine» y allí alquilamos un bote de remos. Fue una tarde algo triste. Creo que a causa del francés. No parecía que fuésemos los mismos. Cambiar conceptos plenamente con Dagny Honsted se me antojó menos sincero, menos nuestro. Como si estuviésemos traicionando una vida anterior, que los dos recordábamos alegre, divertida, jubilosa, a través de unas palabras incapaces de hacernos poner serios. Ella debió de pensar algo por el estilo, pues ya de retirada me dijo:

—¿Por qué no me pareces en francés el muchacho de la pista de hielo, Martín?

—Explícame por qué no eres tú, en francés, la chica que me revolvió el pelo delante del piano del hotel, y sabré contestarte, Dagny.

Tenía las manos ateridas en el atardecer de aquel día de noviembre. Y sus labios, dulces una semana antes, me parecieron amargos, furiosos, acaso despreciativos.

—Escúchame bien, español. Si tú deseas una compañera divertida y alegre, aquí está la noruega Dagny. Pero si buscas una mujer seria o enamorada, nunca la encontrarás en la noruega Dagny. ¿Has comprendido? Yo quiero a Juan.

—Que se lo coman las arañas...

Enamorarse de una *disen*, o interesarse, no es buen asunto. Jamás se entiende a una *disen*. Es, lo dice la palabrita, una diosa. Y como tal se comporta. Nunca tiene, como pudiera suponerse, la cabeza ocupada en el pasado o en el mañana. Lo único que le importa es danzar sobre un lago o encaramarse a una nube. Se comprende que con tal persona uno no sepa a qué atenerse. Se cree tener una mujer, algo humano y vibrante, en los brazos, y al segundo siguiente resulta que lo que se abraza es un pájaro loco que ríe de todo y que, caso de mi *disen*, dice en un español calamitoso:

—Tú, Martín, chiquillo, no reír, ¿por qué, Martín?

—No sé, Dagny.

—¿Tú no ser feliz con tu *disen*?

—Yo no soy feliz pensando en tu Peláez.

—¿Juan? ¿Juan no dejarte ser feliz? Juan estar en España. Tú olvidar a Juan. Yo no pensar en Juan.

—Tú ser una golfa, amiga mía.

—¿Golfa? ¿Qué ser golfa, Martín?

—Una palabra fea para una mala chica.

—¡Oh, Martín!...

—¡Oh, Dagny, Dagny, me volverás tarumba!

—¿Tarumba?

—¡Loco, *toqué*, desequilibrado!... ¡Maldita sea tu estampa, Dagny! ¿Cuándo vendrás a mi hotel?

—¿Tu hotel? ¿Tu cuarto de hotel?

—No preguntes; nunca preguntes. Una diosa adivina; no pregunta.

—Tú ser estúpido. Yo ir a tu hotel; yo ser después golfa. ¿Ser así, Martín?

—¡Dagny! ¡Maldita!...

—Tú ser estúpido.

—Yo ser lo que tú quieras, pero ¿cuándo vienes a mi hotel?

—Cuando venir Juan, ir los tres. Y charlar de naranjas.

—¡Que se lo coman las arañas! ¡Ya veo a Juan en sueños!

Interesarse por una *disen* es llevar vida de perro.

Un día fuimos a Tottenham a ver un partido internacional: Inglaterra contra Italia. Las entradas se las dio a Dagny su patrono, que tenía algo que ver con la «Socca». Creo que fue el 30. Mejor dicho: seguro que fue el 30. Tengo tan grabada la fecha en la memoria, que podría dar todos los detalles que de ese día se me pidiesen. Fue una fecha fatal, clave. Un diablo maligno se metió por medio, y mis ilusiones, unas hermosas ilusiones, se frustraron.

El *kick-off* ocurrió a las 2,15 p. m. ¡Si recordaré todas las minucias! Cogimos el bus en Manchester Square a eso de la una y, como sardinas en lata, a través de calles y barrios tristes, llegamos a Tottenham, sombrío y sucio, acongojante. Las localidades eran de *standing accomodation*, que quiere decir de pie y expuestos a subir y bajar en dos horas mil veces el graderío, empujados por una muchedumbre más bien excitable que flemática.

A Dagny le entusiasmó el partido, pero no por el juego, sino porque entre los jugadores italianos, según ella, no había uno solo desaprovechable por guapo y por moreno.

Era su día libre, y de regreso en Londres cenamos en un restaurante francés del Soho, que yo conocía por haber estado en él con Armijo.

Después, la oscuridad de un cine y la de una calle londinense hicieron el resto. No sé qué demonios me sucedió aquella noche. No puedo explicármelo, y bien sabe Asmodeo que he pensado sobre ello con una profundidad propia de más dignos menesteres. Sería el destino, especialista en jugarretas. No sé, repito. La cuestión es que cuando cerré la puerta de mi cuarto del Copperfield Hotel, sentí náuseas. Y no por ella; por mí mismo. He cavilado si sería el halo que en su precioso pelo ponía la

luz del techo. También pudo haber sido el simple acto de quitarse el «comando» y dejarlo a los pies de la cama. O la sorprendente sonrisa de sus ojos y sus labios cuando me tendió los brazos.

Yo sólo pude decir con la gracia de un eunuco enamorado:

—¿Me quieres, Dagny?

—No preguntes; nunca preguntes, Martín.

—Tengo que preguntar, Dagny. Eres tan magnífica, tan llena de vida... ¿No comprendes, Dagny? Me parece nauseabundo, de pronto, que tú y yo hagamos algo sin mediar nada legítimo.

—Bésame —pidió en francés—. Y no preguntes.

—¡Dagny, escúchame! Si te beso ahora, sé que estropearé algo estupendo... Nunca volveré a pensar de la misma manera sobre tu alegría y tu belleza, sobre esta luminosa vitalidad de *disen*. Dagny...

No he logrado saber si su sonrisa expresaba sorpresa, cansancio o desprecio.

—Creo que debo irme, Martín.

—Dime que me quieres, Dagny.

—Eso es pedir mucho. Demasiado. No puedo.

—Eres una...

—Por favor. ¿Para qué acabar nuestra camaradería con unos insultos inmerecidos?

—¿Acabar, Dagny?

—Acabar, Martín.

Se puso el «comando» tranquilamente, y no menos tranquila repuso:

—Me iré sola.

—Te acompaño.

—No, Martín.

Yo no creo que el francés sea, pese a cuanto la literatura afirma, un idioma adecuado para el amor. Es racional en exceso; lógico. Tan preciso y exacto que no deja resquicio para sugerir, para insinuar que no se ha querido decir lo que se dijo, sino algo completamente distinto; no se presta para medias tintas. Inútil. Lo que se afirma en francés, no hay forma de negarlo un segundo más tarde...

En vista de lo cual volví a embriagarme como un patricio romano en las Guerras Civiles, que no sabía si a la mañana siguiente encontraría su nombre en las listas de proscripción. No consigo acordarme del *pub* donde la cogí. Sé que tiene que estar en algún sitio entre Gloucester Terrace y Bayswater; nada más que eso. El *pub* tenía una máquina «tragaperras» a la entrada, que se comió muchos de mis peniques; no era precisamente aquélla mi noche y ni una sola vez se encendieron las lucecitas del éxito. Bebí metros cúbicos de cerveza y cosa de un hectolitro de ginebra, una mezcla en verdad extraordinaria. Allá por la cuarta cerveza, espesa y agria, comenzó a

protestar mi hombría hasta entonces abochornada. Me encontré hablando solo, diciéndome: «Eres un cerdo, Martín; un eunuco, un frustrado... No sirves para nada. Quizá para vigilante de serrallo. Eso. Martín, pasmo de los Canel, eres un poca cosa...».

Seguí ingurgitando mi desolación hasta que me animé a ir hacia el ruido. Del fondo del local llegaban voces y las notas de un piano muy mal pulsado. En la rebotica, un cuartucho alegre y con trofeos deportivos, hallé un grupo de seis o siete ingleses en torno a un piano vertical. Me miraron al entrar, y estropajosamente inquirí si molestaba. No comprendo cómo me entendieron ni cómo los entendí. Uno de ellos dijo:

—*Come here, folk.*

A los cinco minutos, la gracia característica de los Cerdá les había hechizado y me invitaban a cerveza mezclada con ginebra. Sentado al piano, me creyeron *juke-box*, y en vez de monedas metieron en mi boca litros de líquido para que tocara.

Nos echaron con el cierre. Hermanados por el alcohol, uno de mis anfitriones se empeñó en llevarme hasta Lancaster Gate.

—*You all right, Spaniard?*

—*Fine, dandy, sweet, nice...*

El portero de noche, Preston, un escocés borrachuzo y cotilla, me vio tan mal que quiso facturarme en el ascensor, proyecto absurdo, ya que mi habitación estaba en la primera planta. Conjeturo que estaría más borracho aún que yo.

Hallé a Sebastián Armijo delante de un rimero de cuartillas y una copa. Escribía. Gustaba de la literatura. Tenía publicados dos o tres libros de poesías, incomprensibles, y uno de viajes francamente ameno.

—¿Qué hay, gallego?

—Lo que hay, bien se come. Estoy borracho. ¿Escribes?

—Escribo. ¿Qué festejas?

—El fracaso de mi masculinidad. Eso. Hoy he comprendido que soy un tipo despreciable; un soprano; un guardador de serrallo. Eso soy. ¿Qué te parece?

—Que exageras. Aparentemente, resultas un magnífico espécimen de Cromagnon evolucionado. Un soberbio animal.

—Eso. Un soberbio buey... ¿Qué bebes?

—Oporto.

—¡Ajajá!... Oporto, ¿eh? Como en las novelas victorianas. Después de la cena, ¡un vasito de oporto! Vives como un nabab, viejo.

—¿Quieres?

—¡Claro que quiero! ¡Seguiré bebiendo por mi hombría avergonzada!

Me sirvió el vino en una copa fina, vibrátil.

—¿Qué ha sucedido, Martín?

—Nada. Ésa es la palabra: ¡nada! He subido una mujer a mi cuarto, y..., ¡viva la virtud triunfante!

—Ya.

—¿Ya?... Ya, ¿qué? ¿A qué viene ese «ya» tan maligno? ¡Ah! ¡No lo digas! ¡Lo adivino! ¡El cotilla de Preston te comunicó que el míster del 14 subió una chica esta tarde!

—No ha sido Preston.

—¿No? ¡Ya! No me lo digas. Alguno de mis simpáticos compatriotas del hotel, llevados del típico y siniestro complejo nacional: ¡envidia!

Me bebí la copa de oporto, que me sentó como cianuro.

—Tengo ganas de llorar —confesé.

—Pues llora.

—Hoy he ofendido a una mujer sin quererlo. Es terrible ofender a una mujer sin intención.

—Lo sé. Pero el sol saldrá mañana.

—No. No saldrá ningún sol para esta ofensa. Nunca. Convencer a una mujer para que haga algo, eso, y no hacerlo, es defraudarla. No te lo perdonan. ¿Comprendes?

—También he sido joven, gallego.

—No; no es eso...

—Lo es. Allá por los veinte fui estudiante en Europa. París, Bolonia, Friburgo, Viena... Estuve un año en Lovaina y fui el lector de español en Heidelberg... Conocí mujeres extrañas, que me trajeron problemas por la misma razón que a ti: por no entenderlas. Así como me ves, tuve novias a docenas. Supongo que por mi dinero y por el interés que lo latino-americano despierta en Europa.

—Modestia. Tuviste novias porque todo lo fatal se cumple. Un tipo que llega a interesar a los hombres, tiene que volver locas a las mujeres. ¡Yo mismo estoy enamorado de ti!...

—¡Mi pobre Martín!... ¡Y yo que al principio te creí un joven cínico, con ribetes de volteriano! Mi ingenuo y torpe amigo, ¡si te viese tía Martine!...

—Muuú...

Maldije la hora en que tuve la debilidad de hablar de mi familia a aquel caribeño. ¡Todo el día a vueltas con la dichosa tía Martine!...

CAPÍTULO TERCERO

BARNES ES UN ENCANTADOR barrio londinense. No tiene la prestancia de otros más superferolíticos, pero no puede negarse su gracia casi bucólica. Vivir en Barnes es como vivir en la aldea. El río, en una gran curva apuntada que va de Fulham a Mortlake, lo envuelve y separa amorosamente de la ciudad-monstruo. Barnes es Londres y no es Londres, al igual que cualquier barrio de esta estrambótica babilonia. Es, claro está, autárquico. Uno cae en Barnes y puede, si así lo desea, no pisar la ciudad en toda la vida. Tiene tiendas, campos de polo, de críquet, tenis y un *swimming pool* hacia la parte de Putney. También cuenta con un cine piojoso y una selecta minoría católica, con capillita y párroco. Sus calles son desiertas, silenciosas, sin estridencias mecánicas. Y si uno se encuentra a alguien —todos se conocen en Barnes— se cambian saludos, que siempre son los mismos:

—¡Buenos días!... Un día encantador, ¿no? —cuando el tiempo es pasable.

—Asqueroso día, ¿no? —cuando es desapacible.

Yo viví en ese edén. En un pequeño chalet de dos plantas, con jardincillo delantero e insignificante huerta trasera, alargada y angosta, donde miss Margaret, una de las dueñas, solía cultivar hortalizas y ruibarbos, con los que preparaba una mermelada francamente repulsiva. Mis patronas eran admirables, liliputienses y hermanas; ambas de cabello grisáceo, caritas rosadas y movimientos espasmódicos. Solteronas de excepción, miss Elisabeth y miss Margaret congeniaron conmigo desde el primer día; tanto congeniaron, que a partir del décimo salían a la ventana para verme; ¡decían que les gustaba ver a un joven tan alto irse a sus quehaceres!... Las pobrecitas eran tan reducidas, que me apreciaron más por mi estatura que por cualquiera otra de mis múltiples virtudes. Cuando recibieron una carta de mi tía Martine agradeciendo las atenciones que tenían conmigo, ya me consideraron como hijo de sus vientres yermos.

Me vine a Barnes por una casualidad. Un rapaz español, Pedro Puig, ayudante en la Facultad de Farmacia madrileña, avisó a Sebastián —«cónsul» de los estudiantes españoles en Londres y lonja donde se negociaban todo género de informes— que se iba a España y que dejaba unas patronas muy recomendables. Me lo dijo Sebastián y fui a ver qué tal cosa era. Me entusiasmó no sólo por las dueñas, sino por el sitio. La única objeción que se podía alegar era su alejamiento de mis clases, pero no me importó. Sinceramente hablando, me pareció un regalo del cielo, llegado en momento tristísimo de mi existencia. Tuve a mano una disculpa para huir de lugares —léase «Zanzíbar»— y personas —léase Dagny Honsted—, cuyo recuerdo me ponían hipocondríaco perdido.

En la primera semana de diciembre trabajé mucho más en mis asuntos que había trabajado en los dos meses anteriores. Por las tardes, cuando regresaba a casa y me

ponía a estudiar en mi cuarto, me decía a mí mismo que para ser completamente feliz sólo necesitaba entender las lecciones orales de la London School of Economics. En esto sí que no mejoraba. Tenía amistades, sí, que me ayudaban mucho, pero la labor verbal de los profesores se estragaba en mi cerrazón para el inglés. Contribuía a complicar mi entendimiento la gran variedad de acentos y voces que se oyen en una Escuela como ésta, donde un día se escucha a un inglés, al siguiente a un sueco hablando como un motor de explosión, y días más tarde a un americano de South Carolina.

Creo que la culpa de mi retraso radicaba en la poca práctica que hacía del idioma. Contaba con escasas ocasiones para soltarme. En la Escuela, cada uno estaba a lo suyo, y lo de cada uno era lo económico; apenas había campo para un estudiante, que para atender a lo crematístico tenía antes que adiestrarse en la lengua en que aquello se explicaba. Yo seguía con Mr. Tibet, pero a Ebury Road puede decirse que iba a beber ginebra con limón y a oír hablar de Oscar Wilde, una especie de dios tutelar de mi *teacher*. Lo que yo precisaba era algo que me disciplinase en el estudio del inglés, que poco a poco fuese abriendo agujero en mis cerriles entendederas.

La oportunidad me la proporcionaron las patronas a través de un irlandés —las dueñas eran católicas y trataban a todos los irlandeses de Albión—; el que nos ocupa vivía en nuestra misma calle y era profesor de Fonética en el London College for Foreign Students, una institución especializada en la enseñanza de idiomas. Mr. Mitcham, simpático, esmirriado y guasón, me dio folletos y me dijo que hasta el próximo *term* —*Lent Term*—, que empezaría en enero, no podría matricularme. Eran ocho libras la matrícula. Las materias que allí se daban, me demostraron que aquello era serio y que había estado perdiendo el tiempo miserablemente. Hoy puedo decir que en lo único que me falló el inefable panameño fue en facilitarme el aprendizaje del idioma.

En estos menesteres me sorprendió una visita la víspera de Nochebuena. Miss Margaret me avisó que un joven *gentleman* preguntaba por mí en la puerta. El joven *gentleman* resultó ser mi viejo amigo Antonio Ordovás, a quien pensaba en España. Antonio Ordovás era un muchacho alto, delgado y que caminaba ligeramente encorvado. Tenía aspecto de héroe de novela romántica. Su elegante cabeza caía hacia un lado, de la manera que cuentan los antiguos se inclinaba la de Alejandro. Su cara, muy pasable, presentaba un tono marfileño que nada bueno decía en favor de su hígado. Como tenía dinero y gusto, andaba siempre de punta en blanco, aunque en mi opinión abusaba de los colores sombríos. En lo que no se le podía poner ni un pero, era en el calzado, que desde niño constituía para mí motivo justificado de reivindicación social.

Le encontré tan triste y serio como de costumbre y algo más flaco.

—¡Vaya, hombre! —dije yo por decir algo—. ¡Podías haber avisado tu vuelta!

—Avisado, ¿para qué?

—¡Qué sé yo!... Para ir a esperarte, pongamos por caso...

—¿Esperarme? ¿Y para qué necesito yo que vayas a esperarme? Sé andar solo.

Así era mi amigo Antonio Ordovás. Cordial, efusivo, simpático y comunicativo. Un neurasténico *per se*. Nada ni nadie tenía culpa de su neurosis. Había nacido neurasténico como pudo nacer tuerto o sietemesino.

—Has faltado el último día de clase —acusó.

—Pero, vamos a ver, hombre de Dios, ¿cuándo demonios has vuelto?

—El jueves pasado.

—¡Caramba! ¿Y qué has hecho estos días? ¿Dormir?

—Eso me pregunto yo. Nadie sabe de ti desde hace semanas. Sebastián está quejoso.

—¡Vaya por Dios! —suspiré—. Seguro que ya ha descubierto que le birlé tres libros.

—No hagas chistes fáciles, por favor.

No eran chistes, así me valga el Señor. Le había robado tres libros preciosos y raros. ¡Tenía tantos!...

Antonio, después de revisar despreciativamente mi habitación, se sentó a los pies de la cama y me miró a los ojos con fijeza.

—¿Cómo van tus cosas? Méndez me ha dicho que progresas.

—Te ha mentado. Estoy como el primer día. Mejor instalado, pero como el primer día. Sólo vivo con la esperanza de un futuro mejor.

—Y tu fichero de conquistas, ¿ha engrosado últimamente en estas frías latitudes? Modestamente, intenté cambiar de tema.

—¿Qué tal por España? ¿Me traes algún paquete?

—No avisé que venía.

—Tan gentil como siempre...

—Ya me han contado tus paseos en cercado ajeno.

—Pasear es bueno, viejo. Saludable. Si tú pasearas algo, perderías ese color de cara dieciochesco.

—Las naranjas se presentan bien este año.

—Estupendo. Mejorará la reserva de divisas.

—¿Y la presunción?, ¿va mejorando?

—¿Qué presunción?... ¿La de tu abuelo, que en paz descansa?

—La tuya, humillado amigo. La tía Martine, seguro, cogerá un berrinche cuando se entere de que las noruegas te dan tiritona... Por cierto. ¿Tu cambio de barrio fue anterior o posterior a tu ruidoso fracaso? ¿Te mudaste para cambiar de vida, o cambiaste de vida porque te mudaron?

—Me mudé para cambiar de pluma. Y ahora, una pregunta: ¿por qué no te cuidas

de tus berberechos y de tus mejillones en escabeche?

—Es que estoy abochornado. ¡Mi mejor amigo ha recibido calabazas de una chica de café!...

—¿Desde cuándo soy tu mejor amigo? ¡Qué disparate! Un joven sencillo y campechano como yo no puede hacer migas con un pollo tan complejo como tú.

¡Una chica de café!... Era un genio para generalizar. Se le daba un concepto particular, jugaba con él y devolvía una verdad universal. Ejemplo: una mujer así, todas las mujeres así... Tenía experiencia propia, y quizá motivo. Pero no había derecho a que Antonio, porque su madre resultó algo gallina, reputase de tales a unos seres tan encantadores como las mujeres. Las reputaba a todas. Antonio no veía a su madre desde hacía muchos años; desde que ésta se fue de casa por razones que yo no soy nadie para juzgar. Y no es que la disculpe, pero habiendo conocido al recientemente finado, uno no sabe qué decir. Dios lo tenga en Su gloria, pero era un tipo bien extraño: una mezcla explosiva de neurosis contemporánea y complejo patriarcal bíblico.

Antonio preguntó:

—¿Por qué no vas por el «Zanzíbar», Martín? ¿Por temor de esa noruega?

—¡Esa noruega!... ¡Parece como si se te llenase la boca de porquería al nombrarla!

—No te excites, muchacho; te dará algo. Cálmate y, por favor, no me sueltes un discurso sobre la honestidad de tus amoríos. Estoy en ayunas.

—No ha habido ningún amorío. Ni ha pasado nada. Me asquea que hayas creído alguna suciedad de esa chica. Es decente y está enamorada de su novio.

—¡Vivan las naranjas!

—Vivan. Si no me crees, pregunta a tu idolatrado Armijo. Él te dirá la verdad. La sabe. Nos hemos divertido los tres juntos varias veces.

—¿Los tres? ¿Tan baja ha caído la concupiscencia de Sebastián?

Y añadió una grosería de mal gusto impropia de él.

Mi pobre amigo regresaba un poco raro. Lo achaqué al mal rato que vivía. La muerte de un padre suele ser cosa seria. Para Antonio, estoy seguro, la más seria de este mundo. Era la única persona para él, digna de ser respetada y querida.

Dudé bastante en preguntarle por su hermana, casada en Madrid con un médico. No se llevaban muy bien, supongo que porque ella nunca rompió con la madre.

—¿Cómo sigue Sofi?

—Bien. Está esperando.

—¿Otra vez?

—Es una coneja.

Luego me habló, con cierto entusiasmo, de su sobrino mayor. Me agradó escucharle, por ser la primera vez que parecía interesado por un hijo de su hermana.

Antonio despertaba en mí, cuando estábamos solos, vocación de sepulturero; y como soy poco dado a lo fúnebre, le propuse ir a algún sitio. Nunca tal hubiera hecho. Me insinuó con la más aviesa de las intenciones que fuésemos al «Zanzíbar», con la excusa de que estaba citado con Armijo. Mentira podrida, claro está. Aunque me contó una historia de cupones de chocolate que tenía que entregar al panameño, no le creí. Regalarle cupones a Sebastián, goloso empecinado, era compensar en algo sus muchas atenciones; pero estoy bien cierto de que Antonio no había pensado dárselos precisamente aquella tarde.

Le acompañé, y aprovechando su mentira en fines propios, cambié mi ración de chocolate por una cajita de bombones, que adquirí en Hammersmith. Antonio se puso suspicaz, mas no dijo ni pío. Sólo al verme escribir en la caja, ya sentados en el Metro, no se pudo contener.

—¿Para quién son los bombones?

—¡Ah...!

—¿Una nueva conquista a base de chocolatinas?

—Vamos, Antonio, ¿qué mal concepto tienes de mí?

—Déjame ver lo que has escrito.

—Son unos versos. Muy líricos. Quizá no los comprendas.

Sobre la cajita yo había escrito: «Te obsequiamos con bombones —¡oh, noruega!
— por mandato de nuestros corazones».

Creí que iba a vomitar.

—Repulsivo —dijo.

A causa de la visita de Antonio volví a mi antiguo amor al cabo de muchos días; ¡de unos días eternos...! El reencuentro fue en el «Zanzíbar». Ella estaba con Armijo. Nos saludamos como buenas camaradas:

—Estás más guapa —dije yo en inglés.

—Tu acento es muy bueno —afirmó ella graciosamente.

—Barnes. Si te interesa mejorar el tuyo, hay habitación libre en la casa.

—Lo tendré en cuenta. ¿Qué es esto?

—Bombones. Una porquería. Los buenos son los versos.

Los leyó con su pronunciación, para mí nostálgica, y nos reímos todos. Sospecho que tanto Antonio como Armijo se sintieron un poco defraudados. Dagny y yo, según creo, nos sentimos liberados de un gran peso. O de una gran pena, que también éstas pesan...

Pocos días después me hicieron los polacos una marranada que sólo se les ocurre a unos chiflados. Fue la noche de fin de año. Sebastián me había invitado a cenar con él y un «grupito de personas alejadas de sus hogares». No acepté por haberme comprometido con mis patronas, quienes habían hecho cena especial ¡con vino y licor de ciruelas! Le dije, pues, al panameño que iría más tarde a tomar las uvas, y

cenamos dueñas y huésped en medio del más puro jolgorio. Con el vino se animaron un tantillo; batieron palmas y se ruborizaron cuando las besé en las mejillas al desearles, con algo de antelación, un feliz y próspero Año Nuevo. Se lo deseé de corazón.

Yo no sé quién es el cenizo, o los cenizos que se preocupan por la confraternidad humana y niegan la identidad de la especie. A esos sujetos debieran comérselos las arañas. Pero antes habría que llevarlos esa noche de fin de año a las habitaciones de Armijo en el Copperfield Hotel de Londres. Se sentirían más aliviados. El panameño había reunido una pequeña ONU. Me encontré con Dagny Honsted y los dos polacos. También estaba Jacinto Soler, el pianista chileno, y una pareja norteamericana en luna de miel —se les notaba—, que al día siguiente de alojarse en el hotel habían caído bajo la férula de Sebastián Armijo. Eran simpáticos, rozagantes; ella, algo ordinaria; él, charlatán y boceras.

En aquel ambiente cosmopolita y fraterno, Antonio Ordovás y yo dimos una muestra más de lo bien que se llevan los españoles. Fue bochornoso. Ya había observado yo al llegar que mi amigo estaba cargado. Se le notaba en seguida. Tenía el vino más triste que su habitual tristeza. El alcohol marcaba un pliegue en su ceño; se congestionaban sus ojos y los labios desaparecían a fuerza de rumiar sus melancólicas ideas.

Yo no tuve culpa alguna. Como vi, cuando llegué, que Dagny bailaba con Antonio, y que luego se ponían a charlar junto al *pick-up*, ni siquiera me acerqué a ella más que para saludarla. Me pasé la primera parte de nuestra espera de las campanadas hablando con los polacos. Y con ellos estaba cuando recibí un mensaje, un guiño y un mohín de la noruega. Se la veía harta ya del hosco y depresivo Antonio. El pontevedrés aburría a las chicas normalmente; con unas copas encima, las ponía en trance de maldecir.

En ese momento me decía el coronel Novoveski:

—Ruidosos y grotescos, mi joven amigo.

Se refería a la pareja yanqui, que reía y agotaba la paciencia de Armijo y de Soler.

—América es una magnífica tierra poblada por simples de espíritu, mi joven amigo. Engendros de la mezcla de lo peor de nuestra vieja Europa. Sin clase ni hondura.

Yo deseaba ir en busca de Dagny, y me levanté.

—Mi coronel —dije—, la vida es de los sencillos de espíritu.

—Mi joven amigo, ¿intenta usted iniciar una polémica?

—¡*Vade retro*, mi coronel! Detesto las polémicas.

Andrés, bastante bebido, comentó en español:

—El coronel es detestable cuando polemiza.

El tío miró al sobrino afablemente.

—No hables con nuestro joven amigo en su lengua, Andrés Gembitski. No seas perro.

—Sí, mi coronel.

—Esta noche puedes llamarme tío, hijo de mi hermana María.

—Sí, tío Ladislao.

El coronel cogió su copa y la alzó:

—No polemizaremos. Beberemos. Por usted, mi joven amigo; por ti, Andrés Gembitski; por mí, por todos... Brindaremos por tu pobre madre, Andrés Gembitski, y por el perro de tu padre. ¿Habrán ya depurado al perro traidor de tu padre, Andrés, hijo?

—No creo, tío; es un militar inteligente.

—Andrés, hijo, eres un perro malintencionado.

Se bebió de un trago la copa de champaña. Luego se ensimismó, inexplicablemente, y me pareció triste, envejecido.

Dejé a tío y sobrino para bailar con Dagny. Bailamos un tanto alejados de nuestros compañeros. Al principio, en silencio; más tarde, ella dijo:

—No me ciñas tanto.

—Tengo que ceñirte. No hay derecho a andar en esta época del año con tan poca ropa interior.

—Es sano. Y así lavo menos.

—Dagny, *disen*, ¿te dije que estoy loco por ti? He perdido seis kilos y la costumbre de dormir. ¿Tú duermes?

—Siete horas diarias.

—Me he enamorado inútilmente, Dagny; sin ningún provecho. Es absurdo. Va contra las leyes de la Economía. ¿Te casarás con el naranjero?

—No sé. En Semana Santa iremos a Stavanger. Quiere conocer a mi padre.

—Juan es un cretino. ¿Para qué quiere conocer al padre si tiene a la hija? No lo comprendo.

—Aún tienes que hacerte hombre. Entonces lo comprenderás.

—¿Hombre? Maldita sea tu estampa, Dagny, ya sé por qué lo dices. Pero dame otra oportunidad. Te demostraré que soy un chico normal.

—Toda tu vida serás un romántico, mi agradable muchacho de la pista de hielo.

No puedo remediarlo. Si hay algo en este mundo que me entusiasme, es una chica guapa, alegre y cordial. Me gustan todas, lo confieso, pero siento predilección por las que se parecen a Dagny Honsted: jubilosas, simpáticas, abiertas, sin prejuicios ni ideas absurdas, verdaderas camaradas... ¡Y pensar que un tipo llamado Peláez iba a retirar de la circulación a una chica así!...

—¿Qué voy a hacer después de Semana Santa, Dagny?

—Qué vas a hacer «antes» de Semana Santa... Juan llegará el día nueve.

—Aún puede caer en un nido de arañas... ¿Piensas serle fiel? Los españoles somos un poco raros en esas cosas. ¿Lo sabías?

—Si los españoles son la milésima parte de lo raro que tú eres...

—Maldita sea tu estampa, Dagny; yo no soy raro. Lo del otro día fue una jugarreta de mi ángel de la guarda.

Sebastián cortó nuestra conversación con unas palmadas. Avisó que faltaban cinco minutos para las doce y que debíamos prepararnos. Nos colocamos alrededor de una mesa cubierta por un primoroso mantel, ¡que Sebastián cuidaba hasta esos detalles! Sobre la mesa había una fuente con un gran montón de uvas ya sueltas de sus racimos, dispuestas para que se las llevase directamente de la fuente a la boca.

Fue muy agradable el momento de las campanadas. De ser dado yo a la política y sus problemas escribiría un libro sobre lo bien que resulta reunirse un grupo de hombres y mujeres del mundo, una noche de fin de año en torno a una mesa, para tragar doce uvas y beber una copa de champaña. Se brindó por el país de cada uno, nos dimos la mano y las mujeres nos besaron las mejillas. Juro por Sancho IV el Bravo que fue divertido. Me emocioné como un majadero, barrunto que por el alcohol trasegado, y me sentí feliz, absurdamente feliz.

A poco se fueron los recién casados, según ellos «a pintar de rojo Londres». Luego, Dagny Honsted dijo que era tarde para ella, y pasó al baño.

—¿Otra copa, mi joven amigo? —ofreció el coronel Novoveski.

—Cuando regrese de acompañar a esa hermosa criatura, mi coronel.

Antonio, que hacía tiempo estaba mudo como un sepulcro, preguntó:

—¿Vas a acompañarla?

—Pues claro, viejo; no va a ir sola.

—Iré yo —aseguró tajante.

—Iremos entonces los tres.

—No. Iré yo solo.

Como aún no vislumbraba la significación de este súbito floreo, repuse:

—¿Hacemos una apuesta?

—No apostaremos nada. Iré yo solo. Ya tengo bastante de ti esta noche. Me la has amargado.

—Oye, oye...

—¡Iré yo solo! ¡Antes me has quitado a Dagny, pero ahora me la llevo yo!

En otras circunstancias me hubiera hecho gracia ver tan excitado y fuera de sí a mi amigo. Porque nunca había visto a Antonio como aquella noche. Incluso llegó a dar un paso amenazante. Era tan ridícula la escena, que tuve ganas de atizarle una morrada.

—Eres un imbécil —dije.

—Y tú un asqueroso. Ella estaba conmigo. No tenías derecho a llevártela.

Ninguno.

Sebastián, conciliador, pidió:

—Vamos, Antonio...

—No te metas en esto, Armijo. Es algo entre este tipo y yo. Me ha quitado a Dagny.

No sé cómo se me ocurrió, cómo empecé a columbrar la explicación del comportamiento de Antonio. Fue algo repentino, insidioso; quizá la forma en que pronunció el nombre de Dagny, o el tono que puso en «tipo». Lo cierto es que adiviné claramente lo que latía en la irritación de mi amigo. Y sentí lástima. O bochorno. Por él, que con auxilio de unas copas desnudaba sus sentimientos delante de todos nosotros.

—Perdona —dije—. No quise molestarte cuando la saqué a bailar.

Fue lo peor que pude haber dicho.

—¡Lo sientes! ¡Ahora que la has encelado bailando y que piensas llevártela para Dios sabe qué!

Sebastián dio un puñetazo terrible en la mesa. Una copa cayó y se hizo añicos contra el suelo. Los polacos cesaron en el acto de cuchichear en su idioma, y Jacinto Soler, muy discreto él, se dedicó a revisar discos junto al *pick-up*.

—En mi casa —habló suavemente Armijo—, y esto es mi casa, no permito que se discuta sobre una invitada mía. Si queréis dirimir diferencias, os vais a la calle. ¿Entendido?

Antonio recobró el sentido, opinó que era muy tarde y se marchó deseándonos un feliz año. Todo en unos segundos.

—Beberé esa copa ahora, mi coronel —dije yo lo más frívolamente que pude.

—¡Magnífico, mi joven amigo!

Bebimos. No parecía haber pasado nada. Y nada había pasado, salvo la disputa de unos estúpidos jovencitos alternando con sensatos hombres maduros.

Me puse a masticar uvas del montón. Mordía la octava cuando apareció Dagny. Le avisé que la acompañaría Sebastián.

—¿Sucede algo? Estáis muy serios.

—¿Qué va a suceder, Dagny? Nada. Feliz Año Nuevo.

—Feliz Año Nuevo a todos. He pasado un rato delicioso. Gracias a todos.

Jacinto Soler se fue tras ellos, y el coronel suspiró:

—¡Hermosa criatura! Despide un aura boreal, fresca, excitante... Es la vida misma.

—Bebamos, mi coronel.

—¿Por qué no ha ido a acompañarla, mi joven amigo?

—Por brindar con usted y con Andrés, mi coronel.

—Miente usted mal, pero es un joven de sentimientos puros.

—Brindemos, mi coronel.

—Andrés, hijo, despierta. Eres un perro descortés. Brinda con nuestro joven amigo español. Es puro e ingenuo como lo fuimos nosotros hace mil años.

Seguimos bebiendo hasta que regresó Armijo. Le pedí tres libras, y me las prestó de tal manera que comprendí que lo hacía porque nos fuésemos cuanto antes.

Desde que salimos del Copperfield no me acuerdo de nada. Tengo una ligera idea de que hablé con Preston para preguntarle si había habitación para una noche, y que tan pronto como le di media corona me aseguró que en la casa siempre habría un cuarto para míster Cánel. Después, nada. Ideas confusas de gentes y sitios raros. Un taxi, unas ropas exóticas y multicolores, voces y canciones llenas de sugerencias de libros por mí leídos. Abrazos, bebidas fuertes, aromáticas y por encima de las brumas de esa noche, una vaga remembranza de hombres generosos, expansivos y tristes a la vez, tiernos y afectuosos conmigo, que me abrazaban y decían cosas muy agradables de España y los españoles.

Luego no recuerdo nada más hasta que me vi en una cama, con una luz cegadora encima de mi cabeza. Una sombra se movía cerca de mí. Negrísima. Creí ser víctima de una pesadilla. Creí estar muerto. Me dolía la cabeza y me deslumbraba la luz. Gemí y sonó una voz. La discerní femenina. No entendía lo que decía. Alguien se volcó sobre mí. Un rostro negro, satánico, de dientes y ojos blanquísimos. Sonreía... Chillé horrorizado y me incorporé en la cama. La cabeza me dio vueltas. Todo se oscureció. Alguien seguía hablando. Ahora distinguí que era inglés... Abrí los ojos... ¡Santo Obispo de Tours! ¡Una negra! ¡Había una negra en mi cuarto! ¡Se sonreía! ¡Era oscura como una noche de noviembre! ¡Qué dientes! ¡Y qué ojos...!

—¿Quién... es usted? ¿Qué... hace aquí? ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy...?

Me dijo, apenas si entendí su inglés sincopado, que se llamaba Grace y que nada hacía, porque yo nada podía hacer, salvo roncar toda la noche. Ahora se iba, con las luces del alba y antes de que abriesen el hotel, como se había acordado la noche anterior con el portero.

Me dejé caer en la cama, anonadado. ¡Una negra! ¡Una negra, por San Pedro Abad! No comprendía nada y me iba volviendo a poner malo por momentos. Empecé a gemir y ella debió de compadecerse, ya que algo habló de un coronel borracho y de un guapo joven con cabellera rubia...

Se fue sin ruido, cual una visión de la Santa Compañía.

Me amodorré unos minutos, pero me dominó la intranquilidad y me levanté. Vi mis zapatos por el suelo y la gabardina sobre una silla. Nada más recorrer el cuarto, me di cuenta de que estaba en mi antiguo hotel. Rompí a llorar como un crío castigado, y me fui dando tumbos hacia la habitación de Armijo. No sabía la hora que era, pero no me importó despertarle. Me abrió en seguida.

—¡Ay, Sebastián de mi alma!... ¡Una negra horrible, Sebastián! ¡Como el

chapapote! ¡Se llama Grace, Sebastián, amigo mío! ¡Ya no podré dormir una noche en toda mi vida...!

Creo que lloré por mi madre, por mi tía, por mis hermanas... Y continué llorando acurrucado en una butaca, mientras Sebastián, tronchándose a carcajadas, me hacía cacao y me obligaba a tomar alka-seltzer.

—¡Qué amigos tienes, Sebastián, qué amigos tienes! ¡Hacerme esto a mí, que nunca me meto con nadie!

—Pero ¿qué ha sucedido, gallego borracho? ¡Deja de llorar y explícate!

—¿Qué ha sucedido...?

Apenas tuve tiempo de meterme en el baño. Vomité en medio de unos espasmos espantosos. Vomité todo lo que tenía dentro: estómago, tripas, pulmones, vino, asco, todo...

Pero no acabó la cosa ahí, pues tres días más tarde apareció por casa el coronel Novoveski. Venía empapado, con aquel guiñapo que tenía por gabardina chorreando. Sin su hieratismo y su erguimiento hubiera sido una figura lastimera. Yo, un tanto sorprendido, le hice pasar a mi cuarto y quitarse aquel harapo inmundo.

—Mi joven amigo —empezó, sentándose y aceptando un pitillo negro—, vengo a través de este aguacero a presentarle mis excusas por lo que, según me cuenta nuestro común amigo Armijo, considera una mala interpretación.

—Por Dios, mi coronel, no ha tenido importancia alguna.

—La tiene y muy grande. Usted, mi joven amigo, lo habrá creído una broma de mal gusto... No, no me interrumpa; se lo ruego... Recapitulemos: esa noche usted y su compatriota discutieron, según me tradujo mi sobrino, sobre esa hermosa criatura del Norte. Luego, usted se emborrachó y nos hizo el honor de su compañía. Estuvimos, no sé si recuerda, en varios sitios. Visitamos amigos míos, como yo, en desgracia. Y todos me preguntaban: «Ladislao, viejo lobo de las llanuras, ¿qué le sucede a tu joven amigo español? Sus ojos son tristes y su beber inmoderado. ¿Acaso sufre como nosotros?». Yo callé y reflexioné: «Dejemos que ahogue su pena y hagamos algo por él». Y con mis mejores propósitos, mi joven amigo, le dimos amistad con que compensar la de su amigo enojado y una presencia femenina con que llenar la ausencia de esa asombrosa hija de las nieves.

Atónito, intenté decir algo, expresar algo. Este derrotado personaje me había ofrecido afecto una noche a cambio de un estúpido enfado; y había convencido a una prostituta negra para que hiciese compañía a un borracho inconsciente, a quien presentía nostálgico por una chica noruega.

Sólo pude decir, abrumado:

—¿Y ha venido usted, una noche como ésta, a explicarme lo ocurrido?

—Claro está, mi joven amigo. No gusto de que juzguen mal mis actos; y mucho menos que un joven como usted me crea capaz de una broma indecorosa.

—Tan pronto como recobré la cabeza, señor, adiviné que no era broma, pues venía de ustedes.

Se emocionó y todo.

—Gracias —dijo—. Sólo siento que mi recomendada haya sido negra. La hubiera elegido circasiana para usted, mi joven amigo, pero era tarde y ella la única que aún buscaba por Bayswater. Le hice jurarme que no atentaría contra su pudor y que le velaría como una enfermera hasta el alba. Preston, ese torpe e indigno escocés, se avino a todo por media libra, que, naturalmente, me permití coger de su cartera. Lo mismo que el dinero con que se pagó a la ramera de ébano. Porque, mi joven amigo, mis buenos deseos no están acordes con mis recursos monetarios.

Era ya la hora de la cena y le invité a acompañarnos, tras consultar previamente a las dueñas. Aceptó, como a la fuerza, y durante una hora emocionó a mis patronas con su trato de caballero de otros tiempos.

Después me invitó a asistir a la opereta de Iván Novello, en la cual su sobrino Andrés cantaba con desenvoltura y gusto su papel de partiquino.

CAPÍTULO CUARTO

ESTIMO QUE SE DA EXCESIVA importancia a los monjes, anacoretas, eremitas y demás padres del yermo. Entendámonos. Yo no es que niegue el mérito de estos santos varones; lo único que me atrevo a insinuar es que tienen, amén de su gran santidad, su poquito de picardía. Me explicaré. La vida de cueva es dura, de acuerdo; pero ofrece compensaciones, ya que nos obliga a vivir con nosotros mismos, compañía ésta la mejor y más saludable en este perro mundo. Se cavilará que algo había ocurrido en mi vida para que yo me muestre tan cínico y mordaz, tan distinto a lo que ordinariamente soy. Que se piense lo que se quiera; lo peor, incluso, y se acertará... ¡Qué terribles decisiones pueden llegar a tomarse cuando se es joven e ingenuo, forzados por la desesperación! Difícil y compleja situación la de enamorado y no correspondido. Nada hay que altere tanto el metabolismo como un fracaso amoroso. Lo sé por experiencia. Lo he pasado. Todo vacila. Hasta la fe en uno mismo, que después de la que el Señor y Sus Cosas nos inspiran, debe apreciarse como la más santa. Yo estaba en un callejón sin salida. La vida era un desierto, un paisaje sin verdor ni sol, donde sólo vivían alimañas ponzoñosas y chacales devoradores de carroña. Y ya se sabe: cuando un hombre discurre sobre tales asquerosidades, no preguntéis la causa; sencillamente, *cherchez la femme*, que dicen los franceses...

Yo, entusiasta partidario del eterno femenino, renegué aquellos días de las mujeres. Por una de ellas había roto con mi mejor amigo, con el más triste; y por la misma mujer pensaba en abandonar la sociedad y el trato de los hombres.

A mí, la verdad sea dicha, no es que me preocupase mucho lo ocurrido con Antonio. Prueba de ello es que lo mandé a freír espárragos cuando me llamó. Cogí yo el teléfono porque las patronas andaban en la capilla católica.

—¡Hola! —saludé con la palabra española más parecida al inglés telefónico.

—Soy yo —dijo mi amigo al otro extremo del hilo.

—¿Y bien?

—Quiero hablar contigo.

—Lo estás haciendo, ¿no?

—En serio. ¿Dónde podemos vernos?

—Ya sabes mi dirección.

—No. A tu casa no iré. Dime cualquier sitio.

—El Valle de Josafat. ¿No...? Pues reclúyete en una clínica, hazte aplicar media docena de *shocks* insulínicos, y avísame cuando te hayas repuesto de ellos. Entonces hablaremos.

Y colgué.

Fui rudo y descortés. Cierto. Pero es que aún me podía la indignación. Antonio tenía buena vitola, inteligencia, dinero y salud. Sí, salud; porque si su color de tez era

equivoco, había que achacárselo al hígado, noble órgano cuya proverbial aptitud para regenerar células quita importancia a sus dolencias. Repito, por ello, que mi amigo tenía facilidades para sentirse satisfecho, y lo único de que se preocupaba era de presentarse como el más incomprendido y desgraciado de los vivientes.

Yo, con mis múltiples problemas, no tenía tiempo para contemplarle.

Dagny Honsted: ésa sí que me trastornaba. Y no se piense mal, que ya me había yo resignado con mi fracaso. Sabía que el naranjero estaba de regreso, pero tal idea no me robaba el dormir. Resignado, como antes he dicho, hacía semanas que no cavilaba sobre el motivo por el cual prefería a Juan y me rechazaba a mí. Aunque vanidoso, concluí por decirme a mí mismo que nada tenía que hacer frente a un moreno que a fuerza de vello parece un mono. Yo soy rubio, y la poca pilosidad que me adorna, salvo en la cara, no va más allá de pelusa. Vencido, pues, por Peláez, y por mis cogitaciones, renuncié a la noruega, físicamente hablando, y me dediqué a soñar. Era feliz soñando despierto. En clase, en la calle, en el Metro o en los autobuses, soñaba. Me hice misántropo. Paseé mi soledad sin odio por la orilla del Támesis, por las calles de Barnes. Era feliz en mi propia compañía, y ya no me inspiraron admiración ni asombro los santos varones del yermo, al comprender que sólo puede hallarse uno a sí mismo cuando convive únicamente consigo mismo.

De ahí mis opiniones del principio sobre la vida de ermitaño.

Es agradable soñar con un afecto no correspondido cuando se tiene una cabeza ponderada, fría como la de este gallego que narra. Es consolador. Sólo si se tiene una mente racional, científica, como la mía, se puede superar un gran amor frustrado. Un Upo así de cerebro permite separar la paja del grano, echar a un lado lo baladí y quedarse con lo verdadero; un cerebro así nos capacita para discernir, como en mi caso, y decirnos: «No busques más, Martín. No pierdas el tiempo en razones ni causas, como cualquier imaginativo poeta pudiera hacerlo. El motivo único de tu fracaso es este que yo he analizado y te ofrezco para tranquilidad de tu amor propio: Juan es moreno y con mucho vello; tú rubio y con pelusa».

Y una vez sabido que la razón de nuestro fiasco con una mujer no radica en ser bajos, gordos, feos o antipáticos, nuestro orgullo varonil se restablece y sólo nos queda una leve desazón, una vaga protesta por las cosas que pudieron ocurrir de haber sido aceptados, y que no nos suceden porque hemos sido rechazados.

En mí, debido al frío tecnicismo de mi mente, la desazón, el ligero desconcierto que quedaba en el fondo se fue disipando poco a poco. Cada día, al levantarme, podía decirme ante el espejo: «Martín, pasmo de los Canel, progresas. Hoy te encuentro mejor que ayer, y estoy seguro de que mañana te veré peor que pasado». Y como el espejo sólo miente a quienes gustan de ser engañados, yo creía en la sinceridad mi espejo. Fui de nuevo feliz. Con cualquier cosa. Como antaño. Todo me hacía gracia. Mis patronas volvieron a sonreír y ahorraron su precioso azúcar, pues las pobres, al

verme tan melancólico, me endulzaban la existencia con platitos delicados y realmente odiosos.

Cierto que aún seguía algo misántropo, y misógino, pero no me costaba trabajo. Después de la Escuela comía en cualquier Lyon's o ABC y regresaba en el Metro que me caía más cerca. Si la tarde era buena, cruzaba Hammersmith Bridge, y Castlenau abajo bien pronto llegaba a casa. Un baño caliente me entonaba, y ya con ropa cómoda me ponía a trabajar. Una vida hogareña, tranquila, aprovechada. Anochecía pronto y todo cobraba mayor hondura. ¡Cómo gusté esos días de asomarme a la ventana de mi cuarto para fumar un cigarrillo y ensimismarme! Toda mi vida recordaré aquellos preciosos instantes. Tenía mi habitación en la planta baja, con una gran ventana al jardincillo delantero. Bien abrigado, solía apoyarme en el antepecho y fumaba. A veces, el olor a tierra húmeda, a seto verde, a parterre de flores, me hacía cerrar los ojos. Yo seguía soñando. Todo en silencio. Sólo el rumor alejado del tráfico de Castlenau o el más próximo de las barcazas del Támesis... Es lástima que no sienta lo poético como siento lo económico, porque escribiría cinco docenas de anacreónticas para plasmar unos momentos como aquéllos... La calle quieta, oscura, húmeda... Silencio pleno y sugerente. Unas pisadas tal vez. Luego, una sombra que pasa, apresurada, la cabeza hundida en el pecho a causa del airecillo que llega del río... Me divertía saludar aquellas sombras. Solamente un buenas tardes, un good evening para un desconocido. La sombra, casi siempre, levantaba la cabeza, miraba mi ventana, a tres metros escasos, y dudaba —con esa desconfianza isleña a saludar por saludar— en devolver mi mensaje de buena voluntad...

Y lo qué son las cosas de este pícaro mundo: fue precisamente por mi afición a asomarme a la ventana por lo que volví al trato con mis hermanos. Sucedió una noche de mediados de enero. Yo silbaba muy bajito cuando vi llegar por la acera dos sombras. Una de ellas se detuvo, avizó y gritó risueñamente:

—¡Eh, amigo español!

Le conocí en seguida. Era el irlandés vecino nuestro, que las patronas me habían presentado como profesor de Fonética.

—¡Míster Mitcham!

Mi salida por la ventana le hizo reír a carcajadas. Aún continuaba riendo cuando abrí la pequeña cancela de madera; y también cuando me presentó a su mujer.

La señora Mitcham exclamó:

—Pero ¡qué alto es usted, Dios mío!

Soy bastante alto, desde luego; pero había que ver a la señora Mitcham: tenía, aproximadamente, la longitud de una algarroba.

El encuentro fortuito con el irlandés revivió mi proyecto de matricularme en el London College for Foreign Students. No es que lo hubiera olvidado: lo había ido dejando de un día para otro. Al principio, por falta momentánea de las ocho libras que

costaba el curso, y después por vulgar pereza.

Así se lo expliqué a Mr. Mitcham.

—Escasez de caja, ¿eh, amigo?

—Transitoria. Ya vuelvo a estar en fondos.

La señora Mitcham repitió su asombro:

—Pero ¡qué alto, Dios mío!

Modestamente, dije:

—Ya ve usted, señora Mitcham.

—No haga caso de mi mujer, amigo Martín. ¡Venimos de casa de mi madre, y eso siempre la trastorna!

Y se rió, volvió a reírse, cual si toda la risa de la Verde Erín vibrase en su garganta.

Después de citarnos para la tarde siguiente, vi desaparecer al matrimonio más allá de la acacia del jardín vecino. Muy confusa, llegó a mis oídos la voz de la señora Mitcham:

—¡Qué alto, Dios mío! ¡Y yo que creí que todos los españoles eran enanos!

Nuestra pobre y vilipendiada España...

A la tarde siguiente fui al London College for Foreign Studens. Estaba en una plazoleta cercana a Gloucester Road. Era un caserón que recordaba mejores y más victorianas épocas, con sus lacras y su hollín por las paredes. Pero sólo por el exterior, ya que dentro me encontré con una distribución y un funcionalismo de lo más moderno. Allí resplandecía todo como en un hospital recién inaugurado. Era tal la serenidad y el recogimiento de su ambiente, que al entrar me pregunté si no me habría equivocado de sitio. Pero no fue así. Bien pronto di con Mr. Mitcham. Éste me dejó en manos del secretario, un tal Mr. Cary, cuadrado y fúnebre, quien me hizo algunas preguntas a manera de examen, y que luego, por no entendernos muy bien — él era gales y yo gallego—, me dio un impreso, que, según él, serviría para catalogarme. Se lo devolví una hora más tarde, tras haberlo rellenado en la Biblioteca. El galés lo examinó cuidadosamente, creo que no le caí simpático, y me remitió al Grupo C, seguro que porque no había el D.

Mí entrada fue algo patosa. El aula era reducida y en ella habría una veintena de alumnos. Éstos no me hicieron gran caso, pero el profesor me cogió por banda y me tuvo en pie cerca de un cuarto de hora. Resultó bastante aburrido. Él preguntaba algo, yo no entendía, la clase se impacientaba, y él repetía insistentemente:

—*Gol it?... Gol it?... Got it?...*

Un desastre. Aún es hoy el día que no sé qué demonios me preguntó. Quizá se interesaba por mis convicciones políticas, pues datos personales y procedencia bien claritos iban en la ficha que en Secretaría me dieron para entregarle. Este sujeto se llamaba —y seguirá llamándose, imagino— Mr. Blyth, y lo que es por mí ya puede

estar muerto, bien muerto y dando margaritas. Me cogió fila desde el primer minuto y no me dejó en paz durante varios meses. Barrunto que porque yo tengo aspecto muy viril, y él era barrigudillo, catarroso, mórbido y un sí es no es femenino.

Se me ocurre en este momento que me ocupó más de lo que sucedía fuera de la London School of Economics que de mi vida en esta culta Casa. La explicación es obvia: aunque profesional, no me gusta, en absoluto, hablar de mis asuntos profesionales. Detesto a los que sólo tienen conversación para marearnos con las cosas de su ramo. Revelan una mente lineal, unas células grises inhábiles para seguir otros senderos que los que atraviesan el campo de su especialidad. Por eso prefiero siempre tratar de cualquier tema menos del económico y de lo que a éste concierne. Porque escribiendo con franqueza, ¿a quién diablos le puede interesar la Ley de la Utilidad Marginal o las consecuencias de las fluctuaciones del tipo de descuento? ¿Le preocupa a alguien una curva de costes o el número de garbanzos que produce Méjico, pongamos por caso? Rotundamente, no. Tengo gran fe en las gentes, y sé que éstas siempre sentirán menos devoción por un sistema monetario que por el sistema de hacer el amor con éxito a una chica mona y cordial... Y ya que ha vuelto a salir en mis páginas el eterno femenino, la chica mona y cordial, creo conveniente añadir otra razón más de mi repugnancia a hablar de la carrera. Veamos cuál es. No sé si se habrá observado que no me disgustan las faldas. Lo confieso. Por mi parte, en este mundo sólo habría mujeres. Y un solo hombre, claro está: el gallego que escribe. Ahora bien, no se piense por esto que soy un tipo libidinoso que en toda mujer ve una ninfa propicia. Ni mucha menos. Influencia quizá de la educación recibida de la tía Martine, considero a la mujer de muy distinta manera a cómo es considerada por la mayoría de mis estimados conciudadanos. En mí se ha superado el concepto sarraceno de que la mujer es un instrumento de placer y un reservorio de hijos. Para mí resulta un ser encantador y adorable, que además de servir para eso nos deleita con su inconsecuencia cerebral y su desequilibrio innato. Todo lo contrario, justamente, de lo que suelen ser mis compañeras de estudio, cuya categoría humana se valoriza a través de unas gafas inquisitivas. Estas temibles y afanosas sufragistas ahogan el instinto de todo varón respetable, obligándonos a aborrecerlas y a huir de todo cuanto a ellas se refiere, particularmente de aquellos momentos que la vida o un quehacer común, nos fuerza a compartir. De ahí que me repugne hablar de mi carrera, contaminada por la presencia de estas tediosas *bas bleues*.

Sospecho que lo expuesto puede parecer sofisma con el que intento disimular mi desinterés por la profesión, o mi vagancia. También puede pensarse de mí que doy excesiva importancia a lo femenino, que soy una especie de enfermo sexual que valoriza cada minuto de su vida por lo que de agradable o molesto extrae de las mujeres. Ni lo uno ni lo otro. Primero, porque siento por mi actividad el interés que pueda sentir cualquier estudiante de nuestros tiempos. Y segundo, que la

reproducción de la especie podría hacerse por partenogénesis sin que a mí me importase un rábano. Ya que en el fondo, a pesar de cuanto digan la tía Martine y mis hermanas, si me encantan las mujeres es porque son parte de esta estupenda vida que el Señor nos brinda, y porque considero más correcto preferirlas a ellas que a cualquier otro animal de la Creación, incluido, naturalmente, el hombre.

Aclarado lo que me inquietaba, prosigamos tejiendo la trama de nuestra historia.

Dos días después de haberme matriculado en el London College for Foreign Students, recibí una visita en la School of Economics. Mi primera impresión al ver por los pasillos a Sebastián Armijo fue de sorpresa. Recuerdo que pensé si el panameño, llevado de su extraordinario interés por todo, no vendría a oír alguna conferencia. Me acerqué a él y ni me dio tiempo a saludarle.

—¿Ha venido Antonio? —preguntó de sopetón.

—¿Antonio? No; no le he visto. ¿Sucede algo?

Antonio no venía por clase desde Navidades. La ausencia era típica de su carácter. Estaba convencido de que no aparecería hasta que yo diese el brazo a torcer y le demostrase, yendo a su encuentro o llamándole, que la culpa de lo ocurrido era mía, sólo mía, aunque en el fondo supiese que era suya, sólo suya. Era así de infantil. Yo lo sabía de otras ocasiones, que no en balde se conoce a un neurasténico largos años.

La presencia de Armijo, sin embargo, me hizo pensar si no pasaría algo.

—Antonio me preocupa —confesó.

—A mí hace años que dejó de preocuparme —dije yo—. Claro que hace más tiempo que le conozco.

—En serio, Martín. Ayer por la tarde estuve a visitarle, porque hacía semanas que no os veía. No me gustó su aspecto. Está... raro. No sé. Por eso te llamé esta mañana por teléfono; ya habías salido.

—¡Mi buen Sebastián! —exclamé riendo—. ¿Qué sería de estos pobrecitos jóvenes españoles si no estuvieses tú para cuidarlos?

Me miró a los ojos con aquella intensidad seráfica de los suyos, y repuso:

—He venido para rogarte que vayas a verle.

—Pero ¡si eso es lo que él está esperando, Sebastián de mi alma! ¿Cómo no lo entiendes? Tiene complejo constante de ofendido.

—Aunque sólo sea un momento, Martín. ¿Irás?

—Claro que iré, si ése es tu deseo. Pero que conste que yo tenía pensado «castigarle» hasta finales de mes.

Armijo no debió de quedarse muy convencido de mis intenciones, porque a la salida me lo encontré esperándome en su Morris Minor.

—Te invito a almorzar, gallego —dijo, abriendo la puerta desde dentro.

—¿No es incómodo preocuparse tanto por el prójimo?

—No lo es cuando el prójimo vale la pena.

Después de comer me llevó hasta Holland Walk, quizá para hacer máxima la probabilidad de mi visita al confinado lerense. Y me hizo prometerle que iría más tarde por el «Zanzíbar» a contarle nuestra entrevista.

—Así podrás conocer a Juan Peláez. Suele encontrarse all: todas las tardes con Dagny Honsted. ¿La recuerdas?

—¡Ay, Sebastián, amigo mío!, ¿qué ocurrirá el día que ya no me quede ni su recuerdo?

—Te repondrás. Aún eres muy joven.

Se fue en su cochecillo Holland Walk arriba, y yo me dirigí a mi tarea de reconciliación.

Antonio, en efecto, ofrecía pésimo aspecto. Al verle, ya no me extrañó que Sebastián se hubiese impresionado. Tenía una cara horrible, ojerosa, cenicienta, con los ojos congestionados, no sé si de beber, del humo o de llorar su arrepentimiento.

En su cuarto, yo me senté al calor de la estufa de gas y él se quedó junto a la ventana, mirando quizá para la desolación invernal de Holland Park.

—Tienes cara de muerto —comenté por empezar de alguna manera—. ¿Duermes mal?

—Duermo perfectamente.

—¿Será que bebes, entonces? *Whisky*, seguro... Apuesto un penique a que te emborrachas con *whisky*. No lo niegues. Siempre has sido un *snob*. ¿Bebes *whisky*, verdad?

—Bebo...

—¡Qué tontería! Eso se come, Antonio; no se bebe. Y dime, ¿cuánto tiempo hace que estás enamorado de esa chica noruega de café?

No se movió. Su elegante cabeza, algo caída como la de Alejandro, se perfilaba nítidamente contra la claridad mortecina de la tarde.

—¿Desde cuándo estás enamorado de esa chica, Antonio? —repetí.

—Desde el primer día que la vi —respondió arrancando algo de su garganta.

Yo suspiré, nostálgico:

—A mí me sucedió lo mismo. Chicas así no deberían salir de sus casas. Son fatales.

Siempre de espaldas, preguntó:

—¿Tú la quieres?

—Claro. Pero eso no es una tragedia. Los censos prueban que hay más mujeres que hombres.

—Tú no puedes comprenderlo. No puedes. Es algo...

—No; yo no puedo. Yo soy un tipo alegre y dicharachero que nunca piensa con seriedad en el amor. ¿No es eso, Antonio, lo que intentas decir?

—No.

—Eres un hipócrita, Antonio. Un fariseo. He venido exclusivamente a decírtelo.

—El otro día estaba borracho. Y... celoso.

Y hoy estaba enfermo por estar dos semanas antes borracho. Siempre igual. Cuando se tiene un hígado a lo Ordovás no hay por qué beber; sobre todo, para crearse paraísos con pimpantes noruegas. Es absurdo comportarse así cuando se es joven y se tiene fachenda pasable. Es más lógico tratar a esas chicas que nos atraen, intimar con ellas y buscar la manera más conveniente de interesarlas. Y la más rápida, porque así, con oportunidad y rapidez, se puede ganar la regata a cualquier naranjero, por muy murciano que sea. En estos términos se lo expresé a mi amigo, que me escuchó en silencio, sin chistar. Y aún dije más, llevado de mi modestia acostumbrada:

—¿Tú crees que si yo llego a estar aquí cuando apareció Dagny, se la iba a llevar ese cretino...? Ni soñarlo, viejo. No, Antonio; no tienes perdón de Dios.

—Ni tú presunción, fatuo asqueroso. Eres el más indecente presumido que se pueda soñar. ¡Qué asco de tío...!

Críe usted milanos y le comerán las manos...

—Bueno, viejo, me largo —dije.

—¿Dónde vas?

—De momento, al «Zanzíbar». A conocer al apuesto Peláez. ¿Es guapo?

—Lárgate de una vez. Y ándate con tiento. Es lo que se dice un hombre-deporte-
aire-mar-tierra...

Ahora sí se volvió de la ventana para soltarme una buena noticia con su sonreír de caballo hepático:

—Practica el boxeo, ¿sabes? Siempre habla de esas cosas. Un rico tipo. De los que hacen sentirse seguras a las mujeres...

¡Había estado robando naranjas en el huerto de un murciano partidario del boxeo! ... ¿Cómo es que nadie me había advertido? Sebastián Armijo, pensé camino del «Zanzíbar», me había engañado miserablemente. No en un sentido activo, pero sí pasivamente, con su silencio. En esa ocasión descubrí que no prevenir a los amigos de los riesgos de una aventura puede constituir también mentira...

El muy canalla me esperaba leyendo sus periódicos vespertinos. Incluso me guiñó un ojo cuando pasé muy digno por delante de él en dirección a mi inolvidable noruega. ¡Mi inolvidable noruega!... Nunca había mostrado tanta felicidad la indina estando en mi compañía. Los dos muy satisfechos y juntos. ¡Juan Peláez! ¿Qué había de particular en Juan Peláez? Tenía piernas, brazos y cabeza. Como yo, que además le llevaba lo menos tres palmos. Allí estaba. Muy moreno, con rizado cabello, sonrisa blanca y deportista. Vestía bien y estrechaba la mano con fuerza.

—Encantado —dijo—. Dagny me ha hablado de lo mucho que la hiciste reír en el *skating*.

—¿Te hablé también de lo mucho que hice para convencerla de que te dejase?

No se descompuso. Es más; acompañó en la risa a su novia, quien me invitó a sentarme. Yo rechacé, muy cortés, la invitación, con la disculpa de que me esperaba Sebastián.

Juan Peláez miró hacia el panameño e inquirió:

—No serás otro garzón más de su corte, ¿verdad?

No adiviné el sentido de su pregunta, pero presentí que allí algo olía mal. Vino a ratificar mi sospecha la intervención apresurada de Dagny Honsted.

—Tú no hacer caso a Juan —dijo, y me sonrió como en los buenos tiempos—. Juan siempre estar de... guasa, ¿no...?

Puso una cara tan deliciosa en su duda, que tuve que reírme. Los dejé con una leve inquietud, con un ligero desconcierto.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó Armijo cuando me senté a su lado.

—Antonio, sin novedad —respondí—. Ya se le ha rendido acatamiento; de forma que mañana reanudará una vida normal, que en su caso no lo es.

Sin darle tiempo a hacer ningún comentario, añadí:

—No me gusta ese tipo. Le sudan las manos.

—¿Para qué mientes? Siempre las tiene heladas.

—Pues algo habrá, ¿no? Si no me gusta, será por algo.

—Quizá porque te gusta demasiado su novia.

—No hagas retruécanos, por favor...

Me miró intrigado, sorprendido de que un muchacho tan superficial como yo se sintiese afectado por la presencia de Juan Peláez.

¿Garzón...?

Me pasé toda la tarde dándole vueltas a la palabrita.

CAPÍTULO QUINTO

YA SE RESPIRABA ambiente electoral cuando conocí a Huguette de Guenard. Discursos, conferencias, altavoces, radio, televisión... Todo en actividad. Los «oradores de cajón» —así los llamaba Armijo— de Marble Arch se ocupaban menos de las religiones y de las injusticias de los dioses, para maldecir más las perversidades de los que mandaban, de los que pensaban mandar y de los que nunca mandarían. Laboristas, conservadores y liberales pregonaban programas y ofrecían panaceas. Más casas, más seguros sociales, más nacionalizaciones... O más sanas directrices en política monetaria, en comercio exterior, más libertad, más desnacionalizaciones... Sólo los liberales, porque no soñaban con el poder, se atrevían a hablar de los impuestos.

Inglaterra era feliz; vivía sus elecciones con desconsiderado regocijo. Yo mismo, aunque me reviente reconocerlo, me sentía admirado de aquellas alegres elecciones de hombres serios.

En la School of Economics, naturalmente, se estaba por encima de las elecciones. No así en el Instituto de Idiomas, donde nos soltaban unos discos terribles sobre las ventajas del sufragio universal. Especialmente míster Blyth, barrigudo mariquita, siempre con un diccionario bajo el brazo, se ponía irritante con sus ditirambos acerca del sufragio. Hablaba con genuino embeleso de un país, no sabía si europeo o africano, cuyo proverbial retraso era debido «precisamente» al poco respeto que profesaba a las votaciones. Me miraba con sus gorrinos ojillos y, como transido, afirmaba que en tan cívico país se atentaba contra las urnas, y que incluso había una palabra para designar tan vandálico acto...

—Puedo señalarle esa palabra, míster Blyth, si promete no estremecerse.

—¿De veras, míster Cánel, sabe usted esa palabra?

—Pucherazo, míster Blyth.

—¿*Pucharrazo*, míster Cánel?...

—Aún tenemos más, míster Blyth.

—Pues expóngalas, míster Cánel; no nos tenga usted en esta impaciencia.

Y yo decía, en español, claro está:

—Eres un cerdo, craso amigo. Un día te daré un puntapié en el trasero.

Era algo suspicaz Mr. Blyth.

—Muchas palabras son ésas, míster Cánel.

—Es que el español es un idioma riquísimo, míster Blyth. Más rico que el inglés, que es lenguaje de bárbaros,

—¿De bárbaros, míster Cánel?

—Bárbaro, míster Blyth. Mi inglés no es bueno.

—Su inglés es repelente, míster Cánel.

En tal ambiente y circunstancias conocí a Huguette de Guenard. Tuvo que ser un lunes. Lo digo porque ese día teníamos Fonética, única clase a la que asistía por aquella época, en que Antonio y yo andábamos de coronilla con un trabajo sobre Monopolio que había que presentar en la Escuela antes del 15 de febrero.

La conocí en el rellano del primer piso. Miraba el tablón con anuncios, horarios, ofertas de alojamiento, excursiones y demás cosas por el estilo. Al sentirme bajar la escalera, levantó la cara y me miró. Recuerdo que me chocó, desde el primer momento que la vi, su seriedad, la de sus ojos y su aspecto. No encajaba en aquel sitio. Ni ella ni su ropa. Luego pensé que aquel rostro estilizado, moderno, por así decirlo, me recordaba a alguien que no pude concretar. No era una chica que hiciese volver la cabeza. Era, sencillamente, una muchacha más bien alta, esbelta, con zapatos de tacón bajo, pelo negro y recortado a lo joven Napoleón, ojos oscuros y serios, observadores, y boca grande y bien dibujada.

Esperó a que llegase al rellano para preguntarme en un inglés tan horrible como el mío:

—Por favor, ¿sería tan amable de indicarme dónde está la Dirección?

—Señorita —dije yo en tono paternal—, ¿de dónde ha sacado usted tan extraño idioma?

Luego eché una ojeada a mi alrededor y, aprovechando que no se veía a nadie, me acerqué al tablón, desclavé un plano del Metro de Londres, lo doblé y me lo guardé en un bolsillo. Lo tenía previsto desde días antes; pero aquél era el primero en que podía robarlo sin testigos. Salvo esta chica desconocida, que por continental no daría mucha importancia al hurto. Es curioso, pero nunca he conseguido explicarme qué demonios me pasaba con los planos del Metro; ya iban por la media docena los que extraviaba.

Tiré los clavitos con aire misterioso.

—Un secreto en común, señorita —dije.

Tenía, verdaderamente, unos ojos muy serios; miraban sin pestañear, analizadores.

—¿Es usted portero, profesor o alumno de este Colegio?

En mi francés *pointu*, a lo tía Martine, confesé:

—Soy actor teatral, señorita.

Me dijo, también en francés, algo así como que eso se veía a la legua. Y repuso:

—¿Me enseña usted o no la Dirección?

La conduje a la primera planta, donde nos encontramos al ínclito Mr. Mitcham, en un pasillo y con una taza de té en la mano.

—¿Qué hay, español? Blyth ha vuelto a quejarse al Secretario. Asegura que tiene usted manía persecutoria.

Yo le mostré a la seria francesa, que seguía registrando todo con sus terribles ojos.

—Aquí le entrego esta señorita, míster Mitcham. La capturé en la escalera. Habla un idioma rarísimo. Creo que es marciana.

Mr. Mitcham inclinó ligeramente la cabeza hacia mi recomendada. Fue la primera vez que vi sonreír a Huguette de Guenard, pues a mí no me había hecho ni el favor de una mueca. La escuché un momento mientras explicaba dificultosamente al irlandés que se había matriculado por correo y que venía a incorporarse. Mitcham la atendió con amabilidad campechana y se ofreció a acompañarla a Secretaría.

—Por favor, señorita —rogué cuando se iban—. Su cara..., ¿a quién me recuerda su cara? ¿Se parece usted, acaso, a algún rostro de periódico?... ¿Artista de cine, rica heredera, reina en exilio?...

Me miró de nuevo sin parpadear. No resultaba desagradable sostener la mirada de sus ojos, serios y oscuros. Reparé en que olía exquisitamente; tenía que ser ella, ya que Mr. Mitcham apestaba a tabaco de pipa.

—¿Ha dicho usted que era actor teatral o payaso de circo?

Debo confesar que me olvidé completamente de Huguette de Guenard y de su insólita seriedad por espacio de algunos días. Creo que en circunstancias normales no me hubiera ocurrido así, pero aquella misma tarde, la de nuestro conocimiento, sucedió algo que me tuvo confinado en casa cerca de una semana.

Me había citado yo con Antonio en su casa para trabajar en nuestra monografía, y decidí, ya que iba por aquel barrio, detenerme un rato en el «Zanzíbar». Sebastián, cosa rara, brillaba por su ausencia. Me encontré con Juan Peláez y otros conocidos, haciendo grupo en el rincón del panameño. Con Peláez estaban dos opositores a la Escuela Diplomática, simpáticos y joviales, y el sefardita amigo de Sebastián. No me era simpático el tal judío. Me hacía gracia su castellano, pero ninguna su cara grasienta y su afición a las historias procaces, que él narraba con virtuosismo de *Las Mil y Una Noches*.

Pregunté por Sebastián, y Peláez rompió a reír.

—Pero, hombre, ¿cuándo será el día que dejéis de interesaros por Armijo? ¡Parecéis todos enamorados de él!

Rodrigo Suárez, uno de los opositores, rapaz menudo y coloradito, pidió secamente:

—No empecemos, ¿quieres? Deja a Sebastián en paz de una condenada vez.

Yo, recordando lo de unos días atrás, inquirí:

—¿Qué pasa con Sebastián?

—Nada —contestó Rodrigo—. Peláez tiene lengua de sierpe y la ha emprendido con él. Una broma pésima.

A mí la indignación me ataca a las rodillas. Es un defecto que heredé de los Cerdá. Todos los berrinches de mi madre terminan con grandes sentadas a causa de las rodillas, que le flaquean y le duelen. Papá siempre decía que eran mimos y

arrumacos. Pero desde que hice el servicio me convencí de que era verdad, puesto que a mí me sucede lo mismo. Cuando me emociono, cuando me indigno de una forma súbita, impensada, las rodillas me empiezan a bailar, a inquietarse; parece como si fuesen a desencajarse al menor movimiento.

—Una broma pésima —repetí yo, tranquilo—. No me gusta.

Aquel naranjero era muy jovial; se rió en mis narices descaradamente.

—¡El que no te gusta, soy yo, no la broma...!

—Tú no me gustas; lo reconozco. Te sudan las manos.

—¡Qué ganso eres!...

—Pero tampoco me gusta esa broma sobre Sebastián. Si es lo que yo pienso, no me agrada.

—¿Y qué es lo que tú piensas?

—Pienso que te hace hablar el despecho. Seguro que le hiciste alguna proposición deshonestas, que él rechazó justamente abochornado.

—¡Estaría bueno...! ¡Semejante bardaje rechazando a un tipo como yo!...

Suárez, indignado, se levantó soltando un terno. Su inseparable Ossorio — siempre andaban en pareja— le imitó. Se fueron casi sin despedirse, haciendo exclamar al divertido naranjero:

—¡Estos jovencitos suspicaces!...

Yo me quedé. Aún permanecí un gran rato, haciendo que leía, cambiando escasas palabras con Peláez y el sefardita. El incidente parecía olvidado. Pero mi cabeza rugía de santa indignación. La extrañeza que había experimentado días antes, cuando conocí al murciano, se había concretado, tomado cuerpo. Garzón y bardaje... Así. En la cara de unos muchachos que nunca habían sabido lo que era calidad y clase en una persona hasta que trataron a Sebastián Armijo. Estaba seguro, lo probaba la actitud de los dos que se habían ido, que todos los que debían atenciones a Sebastián pensaban igual que yo. Decir aquella asquerosa indecencia de un hombre como Armijo clamaba al cielo. Era repulsivo, anormal, casi siniestro. Ignoro si resultará ridículo defender así el honor de un hombre, con tanta devoción como yo empleo. Pero había que conocer a Sebastián para explicárselo. Había que tratarle, recibir sus atenciones, escuchar sus consejos, verle molestarse por su prójimo como si alguna fuerza categórica le obligase. Y todo por nada. Por una sonrisa o unas palabras. Todo por el simple placer de ser amable, afectuoso, paternal: de sentirse apreciado por unos muchachos que vivían más tranquilos sabiendo que en cierto sitio de una ciudad, la mayoría de las veces hostil, siempre encontrarían un hombre atento, cordial y comprensivo, que sólo pensaba en resolver lo mejor posible sus problemas, cualesquiera que éstos fuesen. Como me pasaba a mí, como les pasaba a ellos, como les sucedía a todos sus incontables conocidos. Docenas de personas para las cuales Sebastián Armijo, el hombre solitario y de edad incierta, era el arquetipo de la

amistad más pura, inefable y desinteresada...

Me fui calmando poco a poco. Mis rodillas volvieron a encajarse. Mi fría y ponderada mente fijaba ideas y esbozaba proyectos. A la hora de haber ocurrido el incidente, ya estaba en condiciones de actuar como un hombre sensato. Por eso, cuando Peláez se levantó para irse, yo hice lo mismo. Nos despedimos del sefardita y abandonamos el local. En la acera, le dije con mi inveterada petulancia:

—Tengo una idea. Tú me dirás qué te parece.

—¿De qué estás hablando?

—Verás. Yo sé que esta noche no podré dormir si no nos damos unos golpes. Soy un tipo obsesivo, ¿comprendes? No puedo meterme en cama con la idea de que no he defendido el vilipendiado honor de mi amigo Sebastián.

La luz del escaparate del «Zanzíbar» daba a su rostro un tono cobrizo, saludable. Peláez se divertía. Era notorio.

—¿Hablas en serio?

Sonreí como sonrían los Cerdá: angélicamente.

—¿No es otra de tus gansadas?

—¿Cuándo te parece que cambiemos esos mamporros?

—Loco no estás, ¿verdad?

—Sí, lo estoy, por mi adorable Dagny Honsted.

—Oye, no será esa tontería por ella, ¿verdad? Ya sé que la rondaste mucho mientras estuve fuera.

—Es por el honor de mi amigo, viejo. Tú no lo entiendes porque eres de baja extracción. ¿Cuándo?

Comprendí que además de divertido estaba perplejo. Cosa bien disculpable. Tipos tan de otras épocas como yo apenas se encuentran.

Se decidió de pronto. Muy risueño, me señaló el restaurante italiano vecino al «Zanzíbar».

—Te invito a cenar —dijo—. Dentro de una hora. Después iremos a Hyde Park. ¿De acuerdo?

—Asunto estrictamente confidencial. No comunicable ni siquiera a las novias. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo!

Yo volví al café y llamé por teléfono a Antonio para advertirle que no me esperase. Estuve haciendo tiempo hasta las siete en compañía del judío. Le dejé para irme al «Sorrento», doñee cogí mesa y esperé a Juan Peláez. Éste hizo su aparición a los diez minutos. Tan alegre y dicharachero como una hora antes. En un tris estuve de preguntarle por Dagny, pero temí pecar de insistente.

Me tomé un filete de hígado con *spaguetti*, y luego repetí porque era una delicia y porque estaba invitado. El *ice cream* ya no fue tan bueno, por lo que pedí una tarta de

manzana que sabía a limón.

—Has cenado poco —dijo Juan Peláez—. ¿No te apetece un par de huevos?

—Me molesta que me echen en cara lo que como. No volveré a aceptarte otra invitación.

—Tú eres bastante fresco, ¿verdad?

—Sólo con los que simpatizo. ¿Por qué no pagas ya? La camarera se está poniendo nerviosa. Tienes cara de irte sin abonar la cuenta.

Pagó y salimos. Hacía buena noche. Fría y húmeda; reconfortante. No charlamos de grandes cosas hasta llegar al parque sin verjas. Saltamos el parapeto despreocupándonos de los escasos peatones de Bayswater. Bajo los árboles, casi sin follaje, todo era más oscuro. A los pocos metros encontramos un guarda, cosa extraña en Hyde Park y por la noche. Juan se acercó a él y le habló durante cinco minutos. Le dijo, claramente, que éramos dos buenos amigos con ganas de darnos unas trompadas por una diferencia sin importancia; unas trompadas amistosas y sin trascendencia. Le escuché, ya un poco arrepentido de mi desafío con un hombre que hacía tan bien y tan tranquilamente las cosas. El guarda se rió por lo bajo y dijo algo que yo no entendí, imagino que por su dejo cockney. Después sí le entendí, cuando se ofreció a llevarnos a un sitio despejado y muy a propósito.

Todavía se nos juntaron otros dos guardas antes de llegar al pradillo donde nos atizamos, con la «Serpentine» al fondo, una línea de agua sombría quebrada por la luna.

¡Cómo me puso, San Martín de mi alma...! Me dio más golpes que lentejas por un duro. No creo que se recuerde paliza igual en las Islas desde aquella que dio el Marqués de Queensberry a un cochero de punto que maltrataba su caballo. ¡Qué paliza, Santo Obispo de Tours! Y eso que era mucho más alto que él y que hago deportes los veranos. Pero soy joven e inexperto, y él ya criado y lleno de sucias mañas boxísticas.

El abuso se consumó bajo la interesada e imparcial asistencia de tres guardas de Hyde Park.

Antes que nada me sacudió un puñetazo en el ojo derecho que me tuvo encerrado en casa una semana. Luego me propinó una puñada terrible en el oído del mismo lado. Y por si esto fuera poco, me atizó un tarascazo sobre el corazón que elevó mis palpitations a ciento noventa por minuto.

Yo me cansé de hacer el *sparring partner* y le acerté un cabezazo en la tripa con despido a dos metros. Cuando se erguía escupiendo obscenidades, le pegué en mitad de la cara, así, de revés, con el puño cerrado. Aún no había cesado de girar en el momento que le di otro trastazo en el cuello.

Después yo dejé de actuar y él comenzó a zurrarme sistemáticamente y científicamente por todo el cuerpo.

Cosa de diez minutos.

Me tiró por el suelo con un puñetazo que yo reputo bajo, pero que él asegura que fue sobre el hígado, y ya que sabía de boxeo habrá que concederle cierto crédito. Tras este último golpe se cansó y comenzó a aspirar fuerte y sosegado, y a dar saltitos sobre la punta de los pies. Yo le veía desde el suelo, en la penumbra de una noche con luna, como una gigantesca pelota que botase junto a mí.

Los guardas se repartieron entonces las apuestas cruzadas —el colmo, vamos...— y opinaron que la pelea había sido digna de dos *gentlemen*.

El que había pujado por mí, engañado quizá por la diferencia de estaturas, se retiró mascullando quejas, mientras los otros dos se acercaron para ayudarme. Pero ya Juan Peláez me tendía la mano y me decía:

—¿Olvidado todo? Si tú olvidas esto, yo reconoceré que lo que dije de Armijo fue una suciedad que ni yo mismo creo.

Me dolía todo el cuerpo y el ojo castigado se hinchaba por momentos.

—¿Olvidado? —insistió.

—Olvidado lo de Sebastián —convine dejándome levantar por su mano—. Pero dentro de un mes volveremos a darnos otros guantazos. Ésos por mi adorable Dagny. Hay que demostrar quién es el mejor.

—Tú eres el más guapo, muchacho. Conténtate con eso.

—Fui el más guapo. Veremos mañana. Tendrás que ponerme un estanco.

Los guardas no quisieron aceptar nada de lo que Juan les ofrecía para unas cervezas; y no me sorprende, pues habían visto los toros desde barrera *gratis pro Deo*.

Nosotros nos retiramos cambiando leves reproches.

—Ese cabezazo en la barriga fue digno de un sucio gallego —dijo él.

—Amigo Peláez —dije yo—, ya peinas canas en los aladares para comprender que yo, sabiendo que boxeas, no iba a estarme cruzado de brazos. Pensar lo contrario es torpeza y necesidad.

—A pesar de todo, fue una sucia jugada de gallego.

—Eres lerdo, amigo Peláez. Estoy seguro de que con una semana de entrenamiento te pongo la cara que no te conoce ni tu abuela. ¿Tú tienes abuela?

—¿Cuál de ellas?

—¿Cómo cuál de ellas?... Tú sabrás, amigo mío. Las abuelas son tuyas, ¿no?

—Eres un ganso. No comprendo cómo puedes hacerle gracia a Dagny.

Yo no tenía fuerzas en aquel momento ni para hablar de Dagny. Lo único que deseaba era encontrar un taxi y tomar un baño caliente. El primero me lo buscó Juan Peláez, y el baño me lo di yo al llegar a casa.

Las pobrecitas de las patronas, al verme tan averiado, quisieron llamar a la Policía y todo.

Sí. Bien mirada fue aquélla una paliza muy respetable. Sin embargo yo no quisiera que por nada del mundo se pensase que con ella se había quebrantado mi moral. No se imagine tal disparate. Que si yo estaba molido de cuerpo, mi estado anímico nunca fue mejor. La paliza, en cierto modo, me reconfortó profundamente. Juan Peláez, después de mallarme durante media hora, había reconocido su error, y demostrado con ello que el afán de superación es virtud innata en los hombres. Lo cual me produjo gran alegría e hizo que me sintiese como purificado, y disciplinado a través de unos extraños cilicios: los puños de un naranjero murciano.

¡Cómo me cuidaron aquellos días mis buenísimas patronas! Tisanas, vuelta a los platitos azucarados, mucha leche, en libertad con motivo de las elecciones, mucho huevo y demasiada pasta de anchoas. Fueron para mí unas verdaderas samaritanas. Y yo, queriendo pagar tantas atenciones, me dediqué los días de mi autodesmierzo a escardarles el huerto trasero, dejándoselo tan limpio de malas hierbas como un tiesto de balcón.

Volví a salir a mis ocupaciones a los seis días, cuando el ojo, los labios y la oreja ya habían recobrado parte de su antigua apariencia. Fue un jueves por la mañana. Habitualmente yo no iba a esas horas por el Instituto de Idiomas, debido a mis clases en la School of Economics. Sólo aquellas mañanas que me interesaban por alguna razón determinada. El jueves a que me refiero aparecí por el «London College for Foreign Students» creyendo que ése era el día de la excursión a la Fábrica Ford. Pero en Secretaría me encontré con la desagradable sorpresa —me interesaba conocer la factoría— de que ya se había verificado el martes anterior. Tampoco me devolvieron los chelines del asiento de autocar; y es que a los ingleses, cuando pillan una cosa, hay que cortarles las manos para que la suelten...

Ya en malos trances, decidí asistir a la última clase de la mañana: la de *Newspapers* —Prensa—, una de las tres a cargo de Mr. Blyth. Pero aún me distraje un ratillo en la Biblioteca hojeando un *Punch* atrasado, hasta que supuse que Mr. Blyth habría ya comenzado su perorata. Nada había que molestase más a este buen señor que las interrupciones en sus discursos, y a mí poco que me agradase tanto como interrumpírseles.

Al entrar en la clase C vi mi asiento del primer banco ocupado, y recordé a la chica de ojos serios y rostro que no podía precisar.

Mr. Blyth se volvió para saludarme y lanzar la primera andanada:

—¡Caramba, míster Cánel! ¿Qué sucede con su cara?... ¿Un accidente...? ¿Sí? Lo siento. ¿Y qué milagro usted por la mañana? ¿Es que «ya» le han expulsado de la London School of Economics?

—En absoluto, míster Blyth. Cuento con muchas simpatías entre el culto profesorado de esa culta Casa.

Como era mórbido y flojo, inmusculado, acusaba las pullas sin elegancia.

—Siéntese, por favor, míster Cánel. Como de costumbre, interrumpe usted mi clase.

La seria francesa y yo discutimos breves segundos acerca del asiento.

—Vamos, míster Cánel —apuró Mr. Blyth—. ¿Tiene usted inconveniente en que prosigamos la clase?

—En absoluto, míster Blyth; prosiga usted.

Me senté al fin en mi sitio habitual, que por estar en el primer banco me permitía estirar las piernas, y escuché un instante al profesor. Hablaba de la trascendencia que la Prensa había tenido en la declaración de la guerra franco-prusiana. No me interesaban ni él ni su comadreo periodístico, y me puse, ostensiblemente, a escribir a los míos. La única vez que levanté la cara de las cuartillas fue para descubrir que mi vecina me observaba con detenimiento.

Nos miramos unos segundos.

—¿Le gusto a usted? —pregunté inocentemente.

—Payaso —respondió casi sin despegar los labios.

Las clases de Mr. Blyth aburrían; se aprovechaban poco. Vocalizaba mal, muy mal, a causa de sus dientes cascados, y todos sufríamos con resignación sus disertaciones. Por eso el aula se llenaba de suspiros cuando él finalizaba y se iba con su diccionario encunado en la axila derecha... Aquella mañana, la clase C tenía pocos alumnos: los «desocupados», los que estaban en Inglaterra con el único fin de aprender el idioma. Por las tardes, en cambio, solíamos reunimos los veintitrés del Grupo. Recuerdo que la mañana a que aludo saludé a Michel Krieg, suizo esquelético, y a John Malimanzi, negro matabel de Rhodesia del Sur, siempre con su cuello duro brillante y su amplia y tímida sonrisa en mi honor. El pobre no tenía mucho ambiente en la clase debido a su olor, caliente, a vaca enferma; pero yo, que soy español y misionero, le atendía todo lo posible. También andaba por clase la maestra italiana, del Véneto, fláccida y fea como la gula. Y Antonella Fucci. Nunca he citado a Antonella Fucci. Era compañera de banco. Una italiana frágil, muy delgada, de aspecto elegantemente enfermizo; jamás se quitaba su abrigo gris mezclilla, de enorme cuello levantado y enmarcando su preciosa cabeza rubia, escarolada, de cara pálida y boca desvaída. Olía bien y simpatizábamos. Pero no me hacía mucho caso. Decía que yo era demasiado guapo para inspirar confianza a una chica italiana, apasionada, que cuando se enamora da todo... Tenía ojos inocentes, glaucos, pero su inocencia era comparable a la del difunto Carlos Marx.

Le hablé, con la interferencia de la francesa entre nosotros:

—Antonella, heroína de D'Annunzio, te invito a almorzar. En un Lyon s, se entiende.

—Gracias. Ya estoy comprometida.

—Seguro que con ese pavisoso de la clase B. Antonella, querida, ¿cómo se te

ocurre salir con un griego? Los griegos ya han hecho cuanto tenían que hacer. Hoy no sirven para nada.

—¡Vaya si sirven!

—¿Será posible? ¡En fin!... Almorzaré solo.

—Invita a Huguette.

—¿Huguette? ¿Quién es Huguette? —pregunté, aunque lo sabía de sobra.

Nuestra vecina estaba corriendo la cremallera de su espléndida cartera de piel de cerdo. Me miró. Seria y analizadora. Terrible.

—Yo soy Huguette.

—Encantado. Yo soy Martín. Su servidor. ¿Almorzaría conmigo? En un Lyon's, se entiende.

—No.

Claro. Una chica así, con esa ropa y esos perfumes, no descendería nunca a probar el condumio de un Lyon's.

Añadió, con displicencia de una matrona romana:

—Si no quiere almorzar solo, yo puedo invitarle. Le debo el favor de haberme presentado a Mr. Mitcham.

Antonella Fucci ya debía de estar habituada a su señorío, porque ni siquiera se rió; limitóse a echar humo por su flébil nariz y a guiñarme un ojo.

Huguette de Guenard me llevó a almorzar a su hotel. Caía éste por Knightsbridge, en una paralela de Cadogan Place, y era el típico mesón, pequeño y lujoso, de tan sereno y respetable barrio. Tenía nombre francés: Hotel Brunet. Todo el silencioso personal que yo vi era de esa nacionalidad; y todos, también, la llamaban «Mademoiselle de Guenard».

Sentado a una mesa resplandeciente, me atreví a comentar en tono humilde:

—Huguette, dígame la verdad: usted es la dueña de esta alhajada pocilga.

—No —respondió muy tranquila—. El dueño es un antiguo amigo de mi familia: Mr. Lambert.

—¡Ah!...

Yo, confieso mi glotonería, me puse hasta tocar con los dedos de comida y de bebida. Pero la culpa la tuvieron el chef y la bodega del hotel Brunet. Y acaso la indignación, que bien irritado estaba yo de ver cómo viven algunos estudiantes y cómo se mueren de asco otros. Yo no soy hombre que aguante ciertas cosas. Por ejemplo, cuando el camarero abrió la botella de vino tinto, no se piense que llenó nuestras copas sin más ni más. ¡Qué va! Antes echó un culín de vino y esperó a que «Mademoiselle de Guenard» lo saborease y diese su aprobación. Me quedé abochornado; más aún porque lo que yo creí una roñosería del camarero, resultó ser un detalle, un rito del que gustan los buenos criados y los optimistas a quienes sirven.

Al finalizar, no obstante, se esfumó un poco mi indignación y me sentí tan

satisfecho como una anaconda con un borrego dentro.

—¿Quiere usted café? —ofreció mi anfitriona.

—Lo que yo quisiera, Huguette, amiga mía, es un poco más de cordialidad por su parte. Es usted fría, seria, terrible. ¿Por qué no nos tuteamos? Dos jóvenes como nosotros... Por cierto, ¿qué edad tienes?

—Es usted un completo payaso. Resulta irritante.

Se levantó sin darme tiempo a que le retirase la silla, lo menos que yo podía hacer para pagar el festín que me había regalado.

Y dijo:

—Tomaremos café en mis habitaciones.

Así como suena: «¡En mis habitaciones!...». Como soy bastante tardo en reaccionar, la seguí por el pequeño comedor y me introduje en el ascensor con ella. Yo disimulaba. Mejor dicho, simulaba un aire desenvuelto, desenfadado, de hombre habituado a este tipo de invitaciones. Y no me costó mucho esfuerzo, porque siempre he creído que nací para este tipo de vida.

Sus habitaciones no pasaban de una especie de *hall* con dos butaquitas, y un dormitorio, no muy grande, con cuarto de baño. Huguette de Guenard tenía libros. No es que tuviese tantos como Sebastián Armijo, pero sí una cantidad respetable. Eran libros concretos, precisos; libros de Historia y de Literatura exclusivamente. Horrorizado, me di cuenta de que estaba en la cueva de una especialista, y que además esa especialista debía de saber, ¡latín y griego!...

—¡No! —murmuré.

Ella me miró, intrigada, al mismo tiempo que retiraba un enorme volumen de una de las butacas.

—No me diga que sabe usted latín y griego —supliqué.

—Sé latín y griego —replicó—. Soy licenciada en Letras.

—¡Dios mío!

—Es usted desesperante. Nunca he visto persona más empeñada en hacer el payaso.

Acaso se me eche en cara que soy un sátiro, un abominable rijoso siempre dispuesto a atentar contra la honestidad de una chica. Eso no es cierto. Si me porté incorrectamente aquella tarde con mi anfitriona fue porque me aburrió durante media hora enseñándome *El Paraíso Perdido*. Lo había comprado dos días antes en Foyles, y su entusiasmo de bachillera la obligó a mostrármelo con una minuciosidad inaguantable. Reconozco que era un volumen precioso, grande y con ilustraciones de Doré, pero a un hombre que había almorzado lo que yo no se le puede hacer una cosa así. ¡Milton en pleno sopor digestivo!... De lo que es capaz una chica cultivada, sólo Santo Tomás lo sabe...

Mi incorrección consistió en inclinarme un poco, con el fraterno propósito de

besarla. En la boca, naturalmente. No pudo ser, porque ella cruzó sobre los labios un lápiz; el cochino lápiz con que me había estado señalando los grabados de Doré.

Se me quedó mirando con aquellos ojos temibles, oscuros, inmóviles, y ante mi sorpresa se le subieron los colores a la cara. Se puso, hay que reconocerlo, muy bonita, y su extraño rostro cobró animación, luz, calidad...

Yo dije:

—Huguette, sabionda licenciada, ¿qué es lo que ven mis ojos? ¿Una bachillera con pavo? Es irritante, desesperante...

Me aparté un poco porque nunca se sabe qué puede venir de una mujer cuya ira es silenciosa.

—Piense bien lo que va a decir —aconsejé realmente—. Tiene que ser algo fuerte. Que pruebe que es usted una sabia indignada porque se la interrumpe mientras estudia a Milton.

—Cerdo —dijo.

Lo dijo en francés, que suena peor. E insistió:

—Acepta mi invitación, se hincha de comida y bebida como un puerco, y en agradecimiento intenta besarme. Cerdo.

—Bachillera De Guenard, un almuerzo como el suyo bien merece un beso.

—No de usted, puerco español. Yo escojo a los que me besan.

—Yo también; por eso quise besarla.

Creo que la afectó mi requiebro. Quizá la sutileza gala del piropo le prendió hondo. No dejó de mirarme, es cierto, pero sus aterradores ojos ya no estaban llenos de chispitas airadas.

—Explíqueme por qué intentó besarme —pidió.

—Bachillera De Guenard...

—Deje de hacer el estúpido y responda. ¿Por qué intentó besarme? No le he dado pie.

Yo levanté los brazos al cielo.

—¡Qué pregunta!...

—¿El vino acaso?

—La mujer —aseguré lo más galantemente posible.

—Falso. No hice nada que le indujese a pensar que a mí me agradaría.

—¡He ahí una razón de peso! No volveré a besarla hasta estar seguro de que le guste.

—No me ha besado. Ni nunca me besará. Es usted rubio y superficial; dos cualidades que me repugnan. Además, es increíblemente vanidoso. Si ha intentado besarme fue porque creyó que caería en sus brazos. Usted se encuentra irresistible. Alto, rubio y simpático. Desenvuelto. Desde que le invité a almorzar tuvo usted la certeza de que yo era otra conquista más. Y cuando vio que subíamos a mi cuarto a

tomar café, se dijo que ya estaba madura. Pero se equivoca. Yo sólo he tratado de ser amable con un compañero. Llevo pocos días en Londres y no conozco a nadie. Me ha parecido usted un muchacho más de mi condición que el resto del grupo, y pensé que podríamos llegar a ser buenos camaradas, a pesar de su presunción y de su petulancia. Dos buenos camaradas; nada más que eso. Necesito hacerme aquí un grupo de amistades. Siempre lo hago cuando llego a un sitio. Y usted, por universitario, me pareció adecuado. Por nada más.

Y volvió a insistir:

—Por nada más. ¿Queda bien claro?

Vencido, humillado, la miré, moví la cabeza de un lado para otro y exclamé:

—¡Viva Francia!

—Viva España —dijo ella, pues lo suyo no fue exclamación, sino cortesía.

—Es la superioridad de la raza; no hay nada que hacerle. Se lo escribiré a mi tía Martine.

—¿Quién es su tía Martine? ¿La que le ha enseñado tan estupendo francés?

Asentí, sin dejar de observarla con toda la curiosidad que me inspiraba.

—También me ha enseñado que el uso del «tú» en Francia prueba, más que otra cosa, que dos personas se estiman.

—Opino lo mismo. Pero yo aún no te estimo.

Así conocí yo a aquel extraño espécimen de intelectual femenino.

CAPÍTULO SEXTO

HUGUETTE DE GUENARD me interesó como caja de sorpresas. Bastaba la palabra justa para activar un resorte en aquel pasmoso cerebro, y, ¡zas!, lo inaudito, lo increíble surgía... ¡Qué cabeza la de Huguette, San Martín de mi vida! Un prodigio. Sus neuronas estaban todo el santo día en ebullición; segregaban ideas constantemente, sin cesar, a miríadas. Un huracán de ideas. Nunca estaba en reposo. Lo captaba todo. Las sensaciones las recogían sus sentidos exclusivamente para ocupar en algo útil sus células grises. En aquella pavorosa fábrica de pensamientos que era su cerebro, jamás entraba el descanso. Estoy seguro de que dormida seguía pensando. Era, cerebralmente hablando, como una vaca que almacenase sensaciones diurnas para rumiarlas por la noche.

La primera semana de nuestra incipiente camaradería sólo me ocupé en saborear su capacidad para asombrarme. Fui avaro de su compañía. La disfrutaba a solas. Yo no podía consentir que aquel sorprendente animal, por mí descubierto, pudiera ser admirado por nadie. Gocé de su inteligencia y de su saber. Sabía de todo. Tenía un conocimiento renacentista de todas las cosas. A su lado, yo era el lastimoso arquetipo de una civilización de especialistas. Su portentoso saber me convertía en un Neanderthal recién caído del árbol.

—Huguette, amiga mía, eres repulsiva. ¿Cómo puedes saber tanto? No es humano.

Ya estaba cogiendo confianza y se mofaba copiándome:

—Martín, amigo mío, tu saber es vano, inútil, concreto, paradigma del más puerco escolasticismo.

Hay que reconocer que poseía un léxico preciso, vivo y humanístico, consecuencia quizá de su cultura en lenguas clásicas. También tengo que reconocer que su vocabulario escatológico estaba a la altura de su cualidad de alumna de la rue des Écoles. Como buena estudiante parisiense, pronunciaba ciertas palabras con un énfasis en verdad extraordinario.

—Huguette, sabia amiga mía, ¿cuántos vocablos conoces que designen a ese admirable cuadrúpedo llamado puerco?

—Conozco uno que designa al cerdo como ningún otro: Martín.

Admitiendo que ése sea uno y sin pecar de exagerado, juro que conocería dos docenas más de sinónimos.

Su talento para la polémica me sobrecogía. No se podía con su exactitud de lenguaje, con su precisión de ideas y su avasallante erudición. Los conceptos salían de su cabeza tan concisos y esquemáticos como una figura geométrica. Se comprende que un muchacho como yo, con tendencia a lo churrigueresco en la exposición, no fuese rival para ella. Jugaba conmigo, me moldeaba como algo deleznable, y así que

me tenía bien destruido, me tiraba. Porque Huguette, polemizando, destruía. Era de las que creaba destruyendo. Nada encontraba bien; todo había que hacerlo de nuevo: costumbres, instituciones, leyes, ciudades y países. Todo. Este afán demoledor me lo expliqué el día que habló de su carrera. Se había licenciado el año anterior en la *Faculté des Lettres*, y ya tenía —¡cómo no!— el doctorado. Escalofriante. Me refiero a la tesis con que se doctoró: «Obras literarias de Juan Damasceno y su importancia como fuentes para la investigación del fenómeno iconoclasta bajo la dinastía de los isáuricos». Así de corto. Y de significativo, pues sabiéndola erudita en iconoclasta se disculpaba que fuese mujer destructiva.

Mentiría si negase que me entusiasmó.

Pero mi entusiasmo por Huguette de Guenard era de tipo intelectual, no amoroso. Con Huguette sucedía algo pintoresco: no inquietaba el instinto. Yo no me explicaba muy bien lo que pasaba con aquella chica. Lo correcto sería que despertase cierta intranquilidad, cierta impaciencia en mi infraestructura. Nada. Yo reaccionaba, en ese sentido, de la misma forma que reacciono con un antiguo compañero de Bachillerato. ¿A qué achacar esa tesitura en un sujeto tan masculino como yo? Creo haberlo adivinado: mi libido, atemorizada por la fuerza mental de Huguette de Guenard, se aletargó en su inframundo. Lo adiviné sin gran esfuerzo. Tenía que ser así. Yo sabía que no estaba muerto; pero la veía, la trataba, y frío como un carámbano. Y no es que me repeliesen sus oscuros ojos ni su bonita boca; ni que me desagradase contemplar su cara, moderna, o el resto de sus prendas físicas. No. Incluso me seducía su olor — ¡un perfume para cada momento y traje!— y me encantaba su manera de andar, decidida, ligera, elegante, fruto de su desconcertante equilibrio psicossomático. Pero esa seducción, ese encantamiento carecía de raíces adecuadas; se parecía siniestramente al que puede inspirarnos la forma de montar o de lucir sus galas un teniente de húsares.

Aquella semana me habló de su familia. Era huérfana de padre. Su madre, desde la muerte de aquél, llevaba una vida algo retirada en Meudon. Huguette tenía una hermana, casada en París con un pez gordo del Ministerio de *Finances*. Hablaba bastante de Jacqueline y de René, poco de su madre y mucho, muchísimo, de su abuelo materno. Éste, como vulgarmente se dice, debía de ser «la llave de los rayos». M. Jacques Jourdain era muy rico. Barcos y construcciones navales. Pero a lo grande. Tanto, que me parece que Huguette se sorprendió un poco de que yo ignorase quién era M. Jourdain y cuántos francos tenía.

Precisamente hablando de su familia me regaló la mayor sorpresa de todas. Aquella tarde la había notado abstraída y silenciosa en clase, hecho significativo en ella, que volvía locos a los profesores a fuerza de preguntas. Cuando ya nos retirábamos en el Metro para nuestras casas, le pregunté si le ocurría algo. Me dijo que nada de particular. Había recibido carta de su hermana, y ésta le contaba cosas de

la madre. Cada día estaba más rara, más metida en sí. Según Jacqueline escribía en su carta, ahora le daba por el misticismo y se pasaba el día en oración. Yo, por gastarle una broma, opiné que a lo mejor se les iba monja. Con una hija casada y otra doctora, nada le impedía refugiarse en un convento.

Huguette me tomó en serio.

—¡Qué tontería! —exclamó.

Su tono fue tan tajante, tan formal, que mis deseos de meterme con ella aumentaron.

—¿Por qué tontería? Quizá te conviniera a ti el convento. Tiene que ser un lugar ideal para la investigación iconoclasta.

Como la cosa más natural, sentenció:

—Pues yo jamás investigaré en un convento. Soy hugonota.

Me quedé boquiabierto.

—¡No! ¡Hugonota no, por favor! ¡Lo único que faltaba!

—Eres un cretino. Nunca parece darte cuenta de que puedes molestar con tus payasadas. O no te importa.

—Disculpa mi asombro, amiga mía. Hazte cargo... ¡Hugonota!... Es absurdo. Sólo encuentro una razón que lo explique: ¡eres hugonota porque te llamas Huguette!

—¡Imbécil! ¡Ser hugonote en un país de católicos es más genuino que ser papista en un país de curas! ¡Y España es tierra de curas! ¡Siempre lo he oído!

—No divaguemos, bachillera De Guenard. España es una víctima de la propaganda; estrictamente eso. Hay tantos carabineros como curas, y nadie ha dicho hasta ahora que sea tierra de carabineros.

—¡Imbécil!

Y se quedó muda, indiferente, ajena a mí. Yo también callé, mas seguí mirándola. De frente y con aire preocupado. ¡Hugonota! ¿Qué diría mi madre de saberme en un Metro con una hugonota? La tía Martine y mis hermanas son más comprensivas, más europeas. Pero mi encantadora madre, pese a sus chifladuras literarias, es una auténtica cavernícola, que me obliga, a través de su cuñada Martine, a comulgar todos los primeros viernes.

—Huguette, pequeña hugonota, lo que a ti te falta es sentido del humor. Y se comprende. Calvino fue un neurótico, triste y depresivo. Lutero, por ejemplo, un tipo morboso a quien siempre se le aparecía el diablo en el retrete. ¡En el retrete, repara! ... Es histórico; no creas que es propaganda romana y contrarreformista.

Entonces me miró. De una manera especial; distinta a lo acostumbrado en ella. Me pareció seria, sí, pero no irritada; más bien sorprendida, infantil casi.

Dijo, pero en tono frívolo:

—Martín, amigo mío, eres un cerdo papista.

No añadió palabra alguna. El Metro se detuvo en la estación de Knightsbridge, y

ella se apeó sin despedida. Pensé que era paradójico, en ella, no parecer enojada y comportarse como si lo estuviese. Luego reflexioné. ¿Qué quería decir aquella mirada especial de minutos antes? Aún seguí unos momentos convenciéndome de que no valía la pena ocuparse en una tontería. No pude. Acabé dominado por una absurda y leve irritación, que me obligó a descender en Earls Court, cambiar de andén y desandar el camino hasta Knightsbridge.

Me he preguntado a menudo que fue lo que provocó ese desasosiego en mí, un rapaz tan despreocupado por naturaleza. Sí. He intentado adivinar qué me indujo a cambiar de dirección en Earls Court. Todavía no estoy muy seguro, pero me inclino a pensar que me había habituado a su insaciable actividad cerebral. Me servía de ayuda y diversión. ¿Cómo iba yo ahora a caminar por la vida sin saber a ciencia cierta cuántos ángeles caben en la cabeza de un alfiler, o por qué unos hombres se quedan calvos y otros no?... Imposible. Fui sincero conmigo mismo, en aquella ocasión, y comprendí que enfermaría de tedio sin sus bizantinismos...

Regresé, pues, para encontrarla en el *chic* saloncito del hotel Brunet. Con un *cock-tail* delante y un cigarrillo entre los dedos, las pantorrillas cruzadas y el pie derecho moviéndose insistentemente.

—¡Hola! —saludé de no muy buen talante.

—¿Qué quieres?

—No estoy seguro. No sé si aplicar un puntapié a tu redondo trasero, o pedirte que hagamos las paces.

—¿Por qué has venido?

—¿Por qué no me haces el cochino favor de no interesarte en absoluto por la razón de las cosas? Tu afán de pormenorizar motivos es enfermizo.

Me descompuso aún más verla tan tranquila y poseída de sí, cual si no le cupiese duda alguna de que yo volvería con las orejas gachas.

—Bachillera despreciable —aseguré muy formal—, estoy pensando en cómo le sentaría a tu impecable peinado una ducha de *cock-tail*. ¿Te parece bien que vacíe la copa sobre tu pelo?

Por toda respuesta, comentó, como para sí misma:

—Estoy fastidiada. Haber simpatizado con un tipo tan presuntuoso como tu, me fastidia. Rubio, engreído y papista. Es desmoralizador que ya esté arrepentida de haberme enfadado en el Metro.

—Doy por buenas tus disculpas —concedí muy digno—. Y ahora, que ya me has puesto de mal humor y que no tengo ganas de irme a casa a trabajar, ¿qué te parece que hagamos?

—Daremos un paseo. Se me cae el hotel encima.

¡Daríamos un paseo porque se le caía el hotel encima! ¡Y tal vez porque yo, habiendo humillado la cerviz, me había ganado el honor de un ratito de su

inapreciable tiempo!...

Paseamos. Por Hyde Park. Huguette volvió a ser la misma, y en el espacio de la primera media hora ya había demolido con furor demoníaco el Albert Hall, el Albert Memorial, la Apsley House y el Parque mismo. Afirmó que los ingleses no tenían idea de lo urbanístico —Londres lo probaba— ni de la localización más conveniente de sus zonas verdes. Un parque tenía que ser el pulmón que purifique la ciudad; un aspirador clorofílico de inmundicias. ¿Y qué era éste, Hyde Park, y casi todos los parques de Londres? ¡Hierba!... ¡Acres y más acres de hierba para que los ingleses se crean un pueblo libre porque no se les impide refocilarse sobre ella!...

Creo que exageraba un poco y que nadie debe criticar a los ingleses porque gusten de la hierba.

Además, Hyde Park estaba sugerente y acogedor en las antevísperas vernaes. Había comenzado a rebrotar la vida en algunos árboles y por los prados, y todo, bajo la luz casi crepuscular, cobraba un matiz misterioso y propicio. Nada en esta semipenumbra invitaba a la destrucción, aunque fuese dialéctica. Se respiraba una alegría esencial, subterránea, que dentro de pocos días florecería llenando todo el parque con el eterno y multicolor entusiasmo de la primavera inglesa.

En aquel silencio de atardecer únicamente pude pensar en el inmenso e impagable favor que el Señor nos dispensa cada mañana permitiéndonos vivir un día más.

Se lo dije a Huguette y ella guardó silencio. Luego, inopinadamente, se cogió de mi brazo, con naturalidad, nada forzado, un gesto de camarada.

—Martín —dijo—. ¿Tú sientes la poesía?

—A veces —respondí.

—¿Tienes ya alguna opinión sobre mí?

—Pudiera ser.

—¿Qué piensas de mí?

—Que resultas más tratable en el atardecer de un parque que poseída de ímpetu iconoclasta.

—En serio, Martín, ¿qué opinión has sacado de mí?

—Creo que eres una chica estupenda, letrada en demasía y algo romántica, pues te afectan las puestas de sol. Y un poco decadente, quizá.

Se rió. De mí, supongo.

—¡Romántica y decadente! ¡Martín, amigo mío, eres un necio!

Por unas palabras triviales, las anteriores, llegué a saber que una intelectual puede tener corazón y sentir la poesía. Claro está que a su manera, porque los sentimientos en ella estaban refrenados por su conciencia de clase, y su anhelo poético tenía entrañas metálicas.

Huguette hacía versos. Me lo dijo una tarde, tomándonos sendas cervezas en un *pub*, y al día siguiente me los llevó al London College. Estaban prologados por una

firma existencialista de cierto relumbrón.

Le dije.

—Oye, ¿no serás también existencialista?

—¿Yo? No sé. De momento, floto.

—¿Flotas, amiga mía?

—Floto. Todos flotamos en la existencia. Ni nos hundimos ni nos movemos. Flotamos.

—¡Caramba!

—Por eso te digo que no sé. En la *cave* de la rue de l'Eperon no nos decidimos. Insinuamos, solamente eso, fíjate bien, sugerimos que si ser existencialista consiste en sentirnos amos del cuerpo, esclavos del alma y criaturas de destino, nosotros somos existencialistas... ¿Queda bien claro?

—Clarísimo, amiga mía.

—¿Qué te han parecido mis versos?

—Menos claros. Incomprensibles.

—Es que careces de unción para leerlos. Son... ¿cómo te diría yo?... lineales, sin carne, esenciados, geometría del espíritu.

—Amiga mía, con todo el temor y respeto que me inspiras, tus versos no son ni carne ni espíritu: son hueso.

—Tú, en cambio, eres un obtuso puerco español.

—Tus versos son, definiendo, la metafísica del hueso.

—Martín, obtuso y yermo amigo, creo que tendré que mandarte a la mierda.

Siempre abandonaba el inglés para estos menesteres, y en sus labios, el vocablo *emmerder* era eufonía y didactismo puro.

Los versos, insisto, eran inauditos. No los entendería ni el propio don Luis de Góngora, que buena gloria haya. Asonantes, sugerían latigazos y fritos de seso. Eran substancia gris trasfundida en palabras; unas palabras, eso sí, pintiparadas para engarzar y exponer los fulgores poéticos de mi flotante amiga.

Huguette llegó a irritarme como poetisa. Un muchacho vitalista como yo tiene que considerar pecaminoso, deshonesto, el mal uso del don divino de la poesía. Y no es que sea trovero, que bastante asendereada está la vida para complicárnosla más; pero admiro la gaya ciencia porque soy sensación pura y rendida cuando observo, gozo y vivo los bienes inapreciables que el Señor nos brinda.

Exponer estos pareceres a Huguette y verse escarnecido era todo uno.

—¡Pero, Martín, esa poesía ya la escribió el Santo de Asís en su *Cántico al hermano sol!*

Yo, a veces, me pongo hasta serio.

—Yo escribo todas las noches esa poesía, sin palabras, cuando recuerdo las

nimias cosas que he gozado durante el día.

—¡Las cosas nimias suelen ser horrorosas!

—Cuestión de opiniones. Yo creo que en lo insignificante puede haber tanto interés como en esas gordas preocupaciones que tú geometrizas. Hay fondo en todo; sólo hay que buscarlo.

—¿Tú buscarías una perla en un cubo de basura?

—Incluso sin estar seguro de encontrarla.

—Piensas como un troglodita. Un día te llevaré a mi *cave* para que te analicen.

—Sabia amiga mía, yo nunca pisaré ese sucio y rocambolesco zaquizamí del subsuelo de la rue de l'Eperon. Me llenaría de piojos.

—¿Y qué importa? ¡Tu amor a la vida, a todo lo viviente, hallará poesía hasta en un piojo!

Sí. Creo que soy un poco troglodita. Y como estaba un tanto molesto aquella tarde por algo que había visto, añadí:

—Poesía la hay hasta en el insignificante detalle de ser amable con John Malimanzi. Hoy, como de costumbre, le has dado un desplante impropio de una buena chica.

—¡Ese negro huele a establo! ¡No lo resisto!

—Huguette, si yo tuviera tiempo, lo perdería en limpiarte de esa asquerosa conciencia de clase que te domina. Pareces un brahmín constantemente amenazado de intocables.

—¡Si yo tuviese conciencia de clase, Martín, no me degradaría con tu inútil amistad!

—Solo tengo un adjetivo para ti: ¡hugonota!

—¡No empecemos, *sapristi!*

—Retoño despreciable de plutocracia europea; eso eres. La peor de las plutocracias, pues gasta su dinero como diferenciador de calidades sanguíneas.

—¡Charlatán!... ¡Y todo por un negrazo que usa cuello de celuloide y apesta a bovino! ¿Qué intentas, misionarme?

Con donaire, resumí:

—Soy de un país donde todos nos sentimos un poco misioneros.

—¡Eres de un país de insuficientes, entre los cuales podrías ser el primero a poco que te esfuerzases!...

Un día, sobresaturado de su furia dialéctica, decidí que había llegado el momento de repartir con mis amistades la compañía de aquella criatura de destino. Empecé por llevarla al «Zanzíbar». Allí nos encontramos con Sebastián y el coronel Novoveski. A los cinco minutos de la presentación, Huguette llevaba la voz cantante, en francés, y se los tenía metidos en un puño. Comprendí que los había clasificado como «gente», si no igual, al menos digna de ella. Si mal no recuerdo, les hablé sobre el uso del café

en Inglaterra y sobre las elecciones, tocó a Mallarmé, un poco a Lisenko, y remató su disertación hablando en alemán —lo dominaba— con Armijo y el polaco. A mí, la verdad, no me hicieron gran caso. Sólo Novoveski me concedió un inciso en medio de la charla:

—Una señorita encantadora, mi joven amigo —suspiró, como siempre que hablaba de una mujer—. Con clase y hondura. Y delicada belleza de antigua faraona tuberculosa... ¿Qué demonios hace usted para andar tan bien acompañado en una ciudad de nauseabundas arañas como Londres?

Observé a Huguette con detenimiento. Así, dominada por la oratoria, no recordaba tanto a una «faraona tuberculosa». Pero su parecido con Nefertiti, la extraña esposa real de Amenofis IV, era chocante. Ése, y no otro, era el rostro que me había sugerido desde nuestro primer encuentro frente al tablón de anuncios del London College for Foreign Students. ¡Y yo, el sempiterno enamorado del Viejo Egipto, había creído moderna una cara tan antigua como las venerables momias del British Museum!...

Aquella tarde, Sebastián nos invitó a cenar en el «Sorrento», el pequeño restaurante italiano de Inverness Terrace. Pasamos un rato divertido oyendo las cosas del coronel. Huguette, sobre todo, se rió hasta saltársele las lágrimas con la severidad cadavérica del polaco. Nos contó un poco de todo: de su vida durante la guerra, de la campaña en el ejército polaco de Anders, de su expulsión como ayudante del agregado del gobierno en exilio...

—Me echaron a las arañas, mis jóvenes amigos. ¡A las arañas! De entonces vienen mis desgracias... ¡Y todo por comentar unos insulsos papelitos, cuyo oscuro significado era de todos conocido!

No nos reveló qué papelitos eran ésos y cuál su significado.

Huguette y yo nos fuimos en seguida, después de citarnos con Armijo para el día de las elecciones. En Bayswater cogimos un autobús, que dejamos en Marble Arch para descender lentamente por Park Lane, ya desierto de coches y personas.

Le pregunté su opinión sobre Armijo.

—Encantador —me dijo en tono poco afable—. Igual que el polaco. Son dos caballeros.

—Tienen clase, ¿eh?

—La tienen. Mucha más que tú, cerdo embustero.

Se sulfuró en un santiamén; con la rapidez característica en ella para perder los estribos. La oí, divertido y sin saber al principio de qué estaba hablando. Su excitación, en la penumbra de la acera del parque, parecía la de una chiquilla vehemente, malcriada; y por infantil estaba ofendida conmigo, a causa de lo que creía burla, tomadura de pelo. Sebastián, por lo visto, le había estado hablando de mí con el entusiasmo que el panameño ponía para biografíar a sus amigos. Oyendo a Huguette,

yo venía a ser una especie de sabelotodo, un Leonardo de Vinci proyectado en pleno siglo xx. Yo recitaba primorosamente, devoraba libros, asimilaba todo, sabía música, piano, escribía unos cuentos preciosos...

—¡Payaso!... ¡No te lo perdono! ¡Me has engañado como a un gascón! ¡Todo el día tirándome de la lengua, haciéndome poner en ridículo con mis... mis...!

—Discursos. A cada uno lo suyo. Unos magníficos discursos.

—¡No ha sido leal! ¡Has estado presumiendo de... de... imbécil, eso es!... ¡Muerto de risa mientras yo hacía el ridículo tratando de insuflar, sí, de insuflar, algo de interés por las cosas a un universitario que creía sin inquietudes!

—¡Un universitario sin inquietudes!... ¿Hay pecado mayor, bachillera De Guenard?

—¡No lo hay! ¡Un estudiante, un hombre del mañana que debe ejercitar su razón y no lo hace, es un chimpancé con dos extremidades afuncionales!

Razón sobrada tiene quien afirma que por la boca muere el pez. Yo diciendo siempre que aborrezco las chicas letradas, y héteme aquí clasificado por una bachillera francesa de chimpancé atrofiado...

Algo más calmada, en Hyde Park Corner, me preguntó:

—¿Por qué no me has hablado nunca de tus aficiones literarias? Yo te conté las mías. Incluso te mostré mis versos.

—Mis aficiones literarias carecen de la gordura metafísica de las tuyas. No vale la pena hablar de ellas.

Esto es lo que yo opino. No vale la pena. Es una afición sin valor alguno, que he heredado de mi madre, supongo, ya que mi difunto padre no cogió en su vida la pluma más que para proyectar ingenios bastardos de la técnica. Mi madre, puede decirse, se ha especializado en biografía. No tiene nada publicado. Su afición es una especie de *hobby* con el que hace más llevadera su existencia de flor. Al decir que no ha publicado nada, debería añadir que afortunadamente. Caso contrario, todos sus hijos nos habríamos sentido violentos. Nadie en casa se explica por qué nuestra madre siente esa predilección por las grandes equívocas de la Historia. Ya lleva empezadas —nunca las termina; se cansa antes— lo menos veinte vidas de cortesanas ilustres, reinas pendones, traviesas favoritas y demás mujeres fatales. Friné, Cleopatra, Julia, Diana de Poitiers, Catalina y Dios sabe cuántas más, han recibido el tributo de mi madre a través de su pluma. La tía Martine se muere de risa viendo a su frágil cuñada loca por estas mujeres, pero a mí, francamente, no me hace ninguna gracia. Tengo cuatro preciosas hermanas y me disgustaría que alguna de ellas heredase este entusiasmo, sobre todo no teniendo el freno de devoción cavernícola que mamá tiene...

Cosido a preguntas, tuve que contar a Huguette que mi producción literaria se limitaba a unos cuentos y narraciones cortas aparecidas en revistas de tipo

universitario. También le confesé que tenía por algún cajón tres novelas, de esas gruesas y en que pasan muchas cosas, al estilo moderno norteamericano.

Su ardor ante tal noticia casi logró contagiarme:

—¡A tu edad y ya con tres novelas! ¡Es maravilloso! ¡Qué no daría yo por escribir una!... ¡Pero no puedo; jamás he conseguido escribir nada imaginativo en prosa!...

A mi edad y ya con tres novelas, cobré a los ojos de mi camarada una importancia que no había tenido nunca; dejé de ser un cuadrumano con miembros afuncionales y me convertí en un «zoom» racional...

Y llegó el *Election Day*...

Tal como habíamos quedado, Sebastián pasó después de cenar a recogernos en su coche. Fuimos a dar con nuestros huesos a Trafalgar Square. La plaza estaba abarrotada de un gentío alegre y alborotador, que acogía con aplausos y silbidos —o ambas cosas a la vez— los resultados que iban apareciendo en pantallas instaladas al efecto. Con los resultados se proyectaban caricaturas de los jefes de partidos; una expresión hosca o divertida en ellas indicaba mejor que nada quiénes eran los vencedores en el distrito electoral correspondiente. El espectáculo sucedía bajo una lluvia pertinaz, grimosa. Nelson, perdido en las alturas de su columna, asistía, después de muerto, a otra victoria más de su país, porque viendo el tranquilo regocijo de aquellos electores, comprendí que quien gana realmente las elecciones en Inglaterra es Inglaterra misma...

Sebastián, a mi lado, comentó:

—Una chica estupenda, ¿eh? Hace reír a Antonio...

Unos pasos más adelante de nosotros, Huguette y Antonio charlaban. Ella, animadamente; él, riendo a carcajadas.

—Una gran chica —asentí.

Huguette se volvió un poco, hacia nosotros, y su mirada y la mía se encontraron. Por espacio de unos segundos nos miramos. Sin un gesto, sin un parpadeo, en silencio. Luego, ella apartó la vista y siguió charlando con Antonio.

El observador panameño habló de nuevo; esta vez para preguntar:

—¿Estás interesado por esa chica?

La pregunta era absurda y contesté sinceramente:

—En absoluto. Somos dos buenos camaradas.

—Ya.

Le miré, suspicaz, porque matizaba el adverbio de una forma primorosa. Sonreía. Su cetrino rostro tenía chispitas de lluvia y sus ojos no expresaban más que inocencia.

—¿Aún continuas pensando en Dagny, gallego?

Fui también sincero:

—Demasiado.

—¿Sabes que Juan está fuera estos días?

Yo estaba enterado por Antonio. Me lo había dicho una mañana en la escuela. Y no se molestó en disimular su alegría. Se le veía tan dichoso, tan expresivo, que sentí por él idéntica pena a la que sentía por mí mismo. Es repulsivo ver cómo nos ciega el virus amoroso: un rapaz tan inteligente como Antonio, engañándose con la ausencia de un novio... Claro que había que conocer a Dagny Honsted, que por no sentirse sola era capaz de seducir a un estilista...

Sebastián dijo:

—Supongo que será la marcha de Juan lo que hace que nos veamos poco. Ahora no pisas aquel barrio.

—La culpa es de mi cordura, viejo.

Me ofreció un pitillo. Lo acepté sin ganas. Me sentía aterido, preso de escalofríos y desazonado por la humedad.

—¡Qué distintas somos las personas, gallego! Yo me interesaría antes por Huguette que por Dagny. ¿Será que me hago viejo?

Se reconocía maduro y decadente, más atraído por el tipo de mujer francesa, supercivilizada y compleja, que por el de una chica vital e instintiva como Dagny Honsted. Yo, mientras él hablaba, no dejé de observar a Huguette. Las palabras de mi amigo parecían descorrer un velo de mis ojos. Yo las oía, y segundo a segundo Huguette iba tomando otra forma, otra apariencia. Tuve que fijarme en ella, a la fuerza, conducido por los triviales comentarios de Armijo. La vi allí, a unos pasos, alta, erguida, esbelta, los pies firmemente afincados, la figura perdida bajo sus «tres cuartos» de cuero, la cabeza grácil y elegante, su perfil pálido y extraño, los ojos..., que al principio había encontrado analizadores, serios y que ahora, de pronto, se me antojaban almendrados y exóticos.

Sebastián dijo:

—Buen resultado laborista, gallego. Ese distrito le costará a los conservadores una buena punta de libras. Fíjate en la diferencia de votos.

Y yo repuse:

—Que se los coman las arañas a unos y a otros. ¿Nos vamos? Me pide el cuerpo cama y calor. Creo que he pillado algo.

¡Vaya si había pillado algo!... Una magnífica pulmonía. No sé dónde pero barrunto que en el interior de alguna casa. Hasta que uno ha vivido en Inglaterra desconoce el peligro que puede encerrar una corriente. Vivir en una casa inglesa es como tener un puesto de cerillas en un cruce de cuatro calles con vistas al mar. Ventanas y puertas ajustan mal; la abundancia de chimeneas hace el resto. Todo ruge con sonos de galerna, y es obligatorio pegarse a las paredes y respirar por las narices.

Fuese casera o callejera la pulmonía, lo cierto es que a la mañana siguiente desperté con fiebre, cerca de 40°, un gran dolor en el costado derecho y un pitido tremendo cada vez que aspiraba hondo. Me asusté y contagié mi aprensión a las

patronas, quienes decidieron llamar en seguida al médico.

No fue el suyo, sin embargo, quien atendió mi pulmonía, porque cuando miss Margaret se disponía a avisarlo llamó por teléfono Sebastián para preguntar cómo había pasado la noche. Naturalmente, una vez enterado Armijo de lo que sucedía, todo corrió de su cuenta. Trajo el médico de la embajada de Panamá, que era el suyo propio, y no se movió de casa en todo el día. Yo, sinceramente, no me hice mucho cargo de las cosas, muerto de miedo como estaba por verme enfermo fuera de casa y atendido por un galeno serísimo, que hablaba por monosílabos y cuya caja craneométrica recordaba algo la del monstruo de Frankenstein. Pasé mala noche, insomne y febril, pero amanecí con menos temperatura gracias a los antibióticos. Volví a ser yo mismo y me tranquilicé un tanto. Incluso comí un poco al mediodía y cambié algunas bromas con mis patronas. Luego me dormí y ya no desperté hasta media tarde. Cuando así lo hice, me encontré con que en la habitación había una mujer. Estaba sentada en mi butaca de trabajo y leía abstraída. Tenía cruzadas las pantorrillas y su pie derecho se movía sin cesar. Tal detalle me recordó algo y miré su cara. Desconocida. Aquel rostro tenía gafas; unas gafas rarísimas, alargadas, estrechas, luciferinas.

Al fin suspiré, gemí y pude murmurar:

—¡Intelectual y con gafas, Dios mío! ¿Cuándo dejarás de sorprenderme?

La mujer poseía unos reflejos admirables, y en un periquete las gafas desaparecieron de su cara y de mi vista.

Seguí murmurando:

—¡Con gafas San Martín de mi alma!

Se levantó y vino hacia mí.

—¿Cómo estás, payaso?

Se agachó un poco, me tentó el diablo y susurré:

—Tienes una pechuga preciosa.

La casa estaba en silencio, quieta, y yo no comprendía nada.

—¿Qué haces tú aquí?

—Lo último que creí hacer en mi vida —contestó—: Velar a un papista.

—No han debido dejarte entrar. Quizá me muera. Y me condenaré con una disidente al lado. ¡*Vade retro*, Satanás!

—¿Quieres callarte? Te subirá la fiebre.

Cada vez me explicaba menos su presencia, y volví a preguntar:

—¿Cómo es que estás aquí?

—Me trajo Sebastián. Me he quedado un rato mientras las hermanas van a la capilla. Sebastián ha salido a comprarte pócimas.

Entonces de súbito experimenté un gran contento, una gran dicha por vivir en un mundo donde los unos se preocupan de los otros sin que medien el deber o los lazos

familiares. Sólo razones de convivencia cristiana, de simpatía o de simple afecto.

—Gracias, Huguette, amiga mía. Tienes vanidad, tus gafas secretas lo prueban, y corazón, pues velas a un papista moribundo. Eres una mujer, después de todo. Gracias.

—No me las des. Estoy aquí como estudiante. Vivimos fuera de nuestros países, de nuestras casas y debemos protegernos. Nadie lo hará si no lo hacemos nosotros mismos. ¿Queda bien claro?

Indignado, recriminé:

—El Santo Obispo se apiade de mí, ¡qué morboso temperamento de bachillera! ¿Por qué no te calas las gafas y sales en busca de estudiantes enfermos?... ¡Los hay a patadas!

Y pasaron los días... No muchos ni muy rápidos, pero bastantes para que yo comenzase a disfrutar de mi enfermedad, que por hombre de buen carácter y contentadizo he llegado a gozar incluso de las enfermedades. Creo que esta especie de entusiasmo mío por estar enfermo viene de la infancia. Se explica. Yo estoy acostumbrado a que cualquier desarreglo de mi salud sea un acontecimiento, que no en vano se es varón único en familia de mujeres. Cuando niño, unas vulgares anginas o un ligero constipado volvían la casa patas arriba. Yo, encantado, me sentía el eje de mi círculo familiar, y en el fondo, viéndolas tan afanosas por mí, llegaba a sospechar que todos, menos yo, tenían la culpa de que estuviese enfermo. Y, consiguientemente, disfrutaba de lo lindo con tanta mujer pendiente de mis menores deseos. La única pega venía de mi tía Martine, que con manía genuinamente francesa me llenaba el cuerpo de sinapismos, cataplasmas y ungüentos a base de yodo. Mamá, por el contrario, me hacía menos caso. Solía entrar a verme, me daba un beso y se iba, no sin antes preguntar con aire de reproche: «Martín, hijito, ¿cómo te encuentras?», cuando en realidad lo que quería decir era: «Martín, hijito, sólo a ti se te ocurre ponerte malo en el momento que empiezo la vida de Aspasia». Mis hermanas, pequeñas entonces como palomas, entraban de puntillas, lo miraban todo husmeando y me rodeaban como cuatro angelotes rubios. «¿Qué tienes, Tinín? ¿Es contagioso?». Yo, a veces respondía: «No me duele nada. Yo mismo subí el termómetro. Es que no quiero ir al Colegio estos días. Pusimos un petardo al cura de Geografía e Historia. Pero cuidadito con decírselo a la tía, ¿habéis oído? Os cortaré las trenzas». Y las pobrecitas, aún no muy convencidas de que mi mal no se «pegase», murmuraban: «No, Tinín, no; no diremos nada... ¿De veras que no es contagioso?». Siempre solía pasar así. Hasta que el termómetro no descendía de los treinta y siete grados, la casa no recobraba su aspecto normal. Y sólo entonces cesaban los cuchicheos y las pisadas silenciosas. Todo en honor del único varón de los Canel. Así he salido yo, algo flojo y blandengue, lleno de arrumacos y con el ánimo ya marcado para el resto de mi vida, pues me priva sentirme enfermo, no por

ver mi organismo en malas condiciones, sino por el relieve que a uno presta la enfermedad...

Por todo lo cual, con ocasión de mi pulmonía lo pasé en grande viendo a tanta gente desvelada por mí. Se preocupaban las dueñas, Sebastián, mi camarada francesa, el párroco irlandés, e incluso su grey, que a través de mis patronas se interesaban por la salud del joven español que a veces ayudaba a misa en la capilla. Porque si es estupendo ser católico en cualquier lugar del Globo, en país de herejes resulta sublime por el interés que mutuamente nos inspiramos.

También recibí visitas de amigos y conocidos. Antonio, sin embargo, no se portó muy allá, que digamos... Creo que fue por casa dos veces, una de ellas con mi adorable Dagny Honsted. Cuando la vi entrar en el cuarto me pareció que la primavera se anticipaba exclusivamente para mí. ¡Qué criatura, Dios mío! ¡Y el muy infeliz de mi amigo comprometiendo más y más su triste corazón en la ausencia de Juan Peláez!...

Otra visita que me emocionó fue la del coronel Novoveski. Apareció una mañana por casa. Venía hecho un brazo de mar: traje nuevo, camisa impoluta y calzado fulgente; un atuendo impropio de hombre que anda siempre como un pordiosero. Lo que me emocionó fue el ramillete de violetas que él depositó con delicadeza de otras épocas en mi mesilla de noche. No supe si maldecir o llorar —yo estaba muy débil— a causa de este estrafalario personaje y de su humilde presente.

—Un mensaje primaveral, mi joven amigo. Usted, como joven de sentimientos puros y honrados, lo saboreará.

—Señor —dije—, es usted increíble.

Tosió, se estiró los puños de su flamante camisa y guiñó varias veces sus ojos claros y saltones.

—Usted y yo, mi joven amigo, somos dos personas altamente sensibles en un mundo de arañas. Por eso nos identificamos.

Se fue en seguida. Había ido a expresarme su afecto; a nada más, ya que por entonces no era hombre desocupado sino un militar que se «degradaba» atendiendo una pequeña tienda de accesorios e instalaciones eléctricas en Clapton. Me dio una tarjeta con las señas, y no sé por qué, quizá ya lo presentía, no me sorprendió ver que la razón social era «Novoveski and Armijo». No quiero ni pensar qué será del mundo el día que falte Sebastián Armijo...

Pero de todas las visitas que recibí ninguna me sorprendió tanto como la de John Malimanzi, mi compañero negro del Instituto de Idiomas. Y no es que extrañase la visita en sí —el pobre me apreciaba más de lo que merezco—, sino la forma en que la hizo: en compañía de Huguette de Guenard. Ella fue quien me lo trajo una tarde de mi convalecencia. Durante todo el tiempo que permaneció con nosotros, no abandonó su sonrisa amplia y generosa, tímida, de rapaz negro conviviendo entre blancos

esquivos. Al dejarnos, se despidió de Huguette de una manera que llegó a impacientarme, por lo que tenía de temerosa, casi de servil.

Huguette le tendió la mano y le dispensó el honor de una sonrisa.

—Adiós, John.

Con su aire de superioridad, le tenía comida la moral al bueno de John. Éste, ya en la puerta, me dijo con la inocencia de un bienaventurado:

—¿Verdad que ya no huelo tanto a sudor, amigo español? Me he comprado lo que tú me recomendaste.

Yo carraspeé y procuré no mirar para la francesa. Le acompañé hasta la salida y volví a mi cuarto. Huguette, sentada a mi mesa, se golpeaba los dientes con uno de mis lápices. Tenía los ojos y los labios pletóricos de guasa.

—Veo con gusto —dije yo— que no solamente descienes a los barrios pobres, sino que convives con razas inferiores. Te felicito.

Rompió a reír. A chorrillos, contenidamente. Se rió como para sí, mirándome con auténtica curiosidad.

—Martín, amigo mío, ¡qué admirable tu empeño de misionar glándulas sudoríparas!

Muy digno, abandoné la habitación. Me fui a la cocina y allí me entretuve unos minutos con miss Elisabeth, que preparaba nuestro condumio vespertino. Al regresar, Huguette ya se había puesto la gabardina y tenía la cartera en la mano.

—Martín, apóstol desodorante de malolientes infieles, me voy con pena de tu compañía.

—Lárgate a tu preciosa choza. Y toma un baño bien caliente. Hoy te has contaminado con el hedor de un intocable.

Sin perder mi aire digno cogí el vade de la mesa, una libreta del cajón y la pluma. Me senté en mi butaca, coloqué los pies sobre la cama, el vade en el regazo y comencé a escribir.

—Lárgate —insistí—. Tengo que escribir. Y embotas mi inspiración.

Se puso alerta en un segundo. Se acercó a mí, indagadora. Miró la libreta.

—¿Eh?... ¿Qué es esto?... ¿Qué estás escribiendo?

—Una novela —respondí con modestia.

—¿Una novela...? ¡Cerdo!... ¡Estás escribiendo una novela y no me has dicho nada! ¡A ver!... ¡Cuéntame, explícame, dime...! ¡Martín!... ¡Es maravilloso! ¡A tu edad, y ya con cuatro novelas!...

Recuerdo que estaba tan débil por aquellos días, que me ponían nervioso hechos tan triviales como una chica sentada en el brazo de una butaca, un simple perfume o el peso de una mano femenina sobre mis hombros.

CAPÍTULO SÉPTIMO

NO ME ACUERDO MUY BIEN de cómo nació en mí la idea de escribir aquella novela. O por mejor decir, de cómo me decidí a empezarla, ya que el tema y algunos personajes estaban en mi cabeza desde tiempo atrás: lo menos desde el segundo de la carrera. Yo me había contentado con tenerla en el magín, arrinconada y a la espera de que se fuesen amontonando materiales suficientes para que, maduro el asunto, se produjese la eclosión. Y ésta sobrevino. Supongo que la causa primera fue la confesión que hice a Huguette de Guenard acerca de mis pinitos literarios. Ella, a través de charlas y discusiones, prendió en mí el entusiasmo, y me encandilé con la pasión creadora. Al principio, de una manera subterránea, solapada, sin darme cuenta. Vino la pulmonía, y la cosa estalló. Noches febriles, insomnes, ideas inconexas, visiones disparatadas, ansias incontenibles de escribir antes de que se borrara todo... Así que el segundo día que me levanté, cogí un cuaderno y la pluma, y me puse a emborronar páginas. Cuando me di cuenta habían pasado tres horas y miss Margaret me regañaba por no estar acostado.

Todo fue como una seda. Al día siguiente seguí escribiendo. Y al otro. Llegué al tercer capítulo y me enfrenté con algo bastante peregrino: los personajes, en un sentido físico, eran conocidos de la vida real. Vivitos y coleando. Sin notarlos, había incrustado en la novela a un periodista que se asemejaba a Sebastián; la chica rubia del segundo capítulo era melliza de Dagny Honsted, y un muchacho americano, desenfadado y optimista, mi retrato; la estudiante parisiense, frágil analizadora, era, naturalmente, un trasunto de mi amiga Huguette.

Rasgué los tres capítulos que más fácilmente había escrito en mi corta vida de novelista.

Volví a escribir. Tenía tiempo para ello. En plena convalecencia, sin salir de casa y con la Semana Santa en puertas, no me preocupé mucho de mis estudios. Escribía todo el día. Febrilmente, ya que saltaba de la cama con la imaginación bullendo, ahíta de situaciones y diálogos nacidos en el insomnio de la noche. Y callaba, encerrado en mi concha, tímido y a la vez egoísta de mi propio delirio creador. Deliraba. Vivía mi obra. ¡La vivía! Con más intensidad que la misma vida que me rodeaba. Las patronas, los amigos, eran fantasmas; los personajes imaginativos, carne y hueso, veraces que tan pronto estaban sentados junto a mí, muy corteses, como se mofaban de una forma harto indecorosa para ser hijos de mi cacumen...

La primera persona a quien revelé mi secreto fue Huguette de Guenard. ¿Y qué resultó mi entusiasmo comparado con el de aquella estudiante de Letras, fanáticamente chiflada por todo lo literario?... Agua de borrajas. Como soy hombre, y Canel por añadidura —vanidoso—, no pude prescindir de ella en mi trabajo. Nadie echa a un lado, en estos asuntillos, a una persona que se interesa tanto como uno

mismo en lo que uno mismo está haciendo. Máxime si esa persona es sensitiva, temperamental, perfumada, terriblemente femenina y con un vocabulario de cargador de muelle.

No sé cómo diablos sucedió, pero cuando reparé en ello Huguette ya tomaba tanta parte en la novela como su autor. El ambiente, pongamos por caso, era casi suyo. Me lo «daba» para la situación. En diez minutos, «colocaba» mis criaturas en una calle, en un café o en una Facultad de París... En ocasiones, su intervención se acusaba más: ya a través de una idea propia, ya alterando otra mía con innegable provecho para la marcha de la obra.

Pero no siempre andábamos de acuerdo, pese a nuestro común entusiasmo. Una tarde, sin ir más lejos, armó tal pelotera, que miss Margaret debió de pensar que nos estábamos pegando. El motivo fue una tontería, una estupidez, que me demostró hasta qué punto «vivía» aquella bachillera nuestra novela. La noche antes, en cama, me nació un nuevo personaje. A la mañana siguiente ya brincaba en las páginas. Nació maduro, sensato, impertérrito, poco encajable en el ambiente estudiantil y joven de la historia. Cuando llegó Huguette a media tarde, como de costumbre, le traduje al francés de pasada lo que había escrito desde el día anterior. Le gustó el recién nacido; le entusiasmó, imaginó que por contraste con el personaje número uno, al que profesaba un odio a muerte.

—Pues a mí no me dice nada —aduje yo—. Es cartón puro.

—Se hará carne en el próximo capítulo. Con otro nombre. Hipólito es ridículo. ¿Cómo se te ha podido ocurrir un nombre así? ¡Hipólito!... Se llamará Pedro. Eso. ¡Pedro! Yo me haré cargo de él. ¿Queda claro?

Me encogí de hombros, y pensé que yo venía a ser una especie de madre a la que van robando sus hijos a medida que los echa al mundo. Nacía uno, y Huguette corría hasta con el bautizo.

—¿Cómo nació Pedro? —preguntó.

Señalé mi cama con la cabeza.

—Ahí. Por la noche. Dormimos juntos.

—*Tiens!* ¡Un sujeto tan mujeriego como tú, durmiendo con hombres! ¡Martín, amigo mío, eres desconcertante!

Se reía con toda su alma, porque toda su alma estaba llena con la alegría de la novela.

Insistí en que Pedro era un caballo de cartón:

—No tiene cuerpo, ¿comprendes? Se me va de las manos. No logro aprehenderlo. ¿Qué te diría yo?... No me recuerda a nadie. Eso es. Carece de sosia en la realidad, en la vida...

—¡Oye!... ¡Un momento!...

Aguardé a que cogiese la primera libreta de las cuatro que ya iban escritas. Se

sabía de memoria dónde estaba cada escena, y me señaló una página, precisamente una, del primer capítulo.

—Tradúceme esto —pidió ceñuda—. Empieza aquí y termina aquí.

Miré la libreta. Una descripción. La de la estudiante parisiense.

—Léeme eso, Martín. Y no alteres nada. Me lo sé fielmente y lo notaré.

Se lo leí con fruición, especificando, recreándome, con verdadera saña...

Sucedió todo tan rápido, que no tuve tiempo de defenderme.

Cuando me di cuenta, ella tenía en la diestra uno de sus frágiles zapatos y me atizaba en la cabeza un taconazo descomunal.

—¡Puerco!

La miré con reproche y me llevé la mano al chichón.

—Eres un tipo lombrosiano —acusé—. ¡Hacerle esto a un convaleciente!

La vi tan iracunda, tan fuera de sí, que juzgué más oportuno callarme. Erguida ante mí, con el zapato en la mano, cojeando, parecía la maga Medea a punto de hacerle una barrabasada al apuesto Jasón.

—¡Puerco! ¡Te has atrevido a meterme en nuestra novela! ¡Y me tiras al estiércol! ¡Me encenagas en los brazos de ese asqueroso tipo con el que tú te identificas! ¡Sapo!

—Sapo no, Huguette, por favor. Son grimosos.

—¡Sapo! ¡Ha sido tu puerco subconsciente! ¡Tú me has dicho que sientes al protagonista como a ninguno! ¡Y te has visto tú mismo, emborrachando a esa estudiante para...!

Giró en redondo con la marcialidad disciplinada de un legionario. Y con su rapidez. De espaldas, con un pie descalzo, tremante, me produjo una sorprendente sensación que era estremecimiento y ternura, pero una ternura especial, como la que se puede sentir por un niño desvalido.

—Esa estudiante soy yo —dijo, trémula.

—No es cierto, Huguette —repliqué muy serio.

—Sí lo es. Me he dado cuenta.

—No es cierto, Huguette.

—¡Mientes! Te has recreado conmigo. Me has soñado en esa estudiante. Estoy segura. Te habrás refocilado en esa escena de la seducción...

La oí suspirar, un sollozo casi.

—¡Qué... asco, Martín!

La repugnancia que había en su voz era por mí, a quien atribuía unos apetitos muy distintos de los que un rapaz tan sano y sencillo como yo suele experimentar.

—Ponte el zapato —dije—. Esta casa es propensa a las pulmonías.

Fue cojeando hacia la ventana, siempre de espaldas, y allí se lo puso. No se volvió ni habló. Sospecho que no sabía qué hacer y que ya estaba un poco arrepentida, o avergonzada, de su anterior enfado.

—Esa estudiante no eres tú. He cogido solamente algunos de los rasgos físicos que adornan tu encanto de faraona tuberculosa.

—Puerco.

—Te devolveré tu belleza impoluta. Ya buscaré otras envolturas carnales. ¿Satisfecha?

—Puerco.

Yo empecé a escribir, y al cabo de un ratito vi de reojo como se sentaba en la butaca y se ponía a leer unas cuartillas mecanografiadas.

—¿No te calas las gafas?

—Vete a la mierda.

Siempre que hablaba así nos sentíamos más tranquilos. El hábito.

—¿Te dije que me has ofendido atribuyéndome esas porquerías de enfermo sexual?

Silencio.

—Tú no serás una enferma de ese tipo, ¿verdad, bachillera?

Rumor de hojas.

—No. Pese a tu obsesión por refocilaciones y demás erotismos, me inclino a creerte un producto frígido de nuestra brillante civilización matriarcal. ¿Me equivoco, bachillera?

—De plano. Yo no soy frígida.

Sonreí dulcemente.

—Demuéstramelo y te creeré.

—Sólo lo demuestro con hombres que son de mi agrado.

—No me digas más, amiga mía. Los hombres que te agradan son morenos, vellosos y con aspecto de orangután. Es mi sino.

Cuando al fin decidió irse, se levantó y previno:

—Mañana no vendré.

—Bien. Me tiraré al Támesis. O quemaré este engendro, culpable de nuestra ruptura.

Comprendí que se iría sin añadir nada más, y rogué:

—Espera. Dime por qué no vendrás mañana.

—He quedado en llamar a Jacqueline. A media tarde.

Salí al pasillo con ella y esperé a que regresase de despedirse de miss Margaret. Le abrí la puerta de la calle y me incliné a la *versailleise*.

—Imbécil —dijo.

—Sargentona —dije yo.

También hablé de la dichosa novela a Sebastián. Precisamente la tarde en que saldamos la cuenta del médico y la farmacia. Un montón de libras que dejó tiritando mi mensualidad.

—Quisiera que te llevases estos cuadernos y los leyese a ratos perdidos —le dije tendiéndole los tres primeros.

Los cogió y estuvo hojeándolos por espacio de unos minutos.

—Conque ¿estás escribiendo una novela, gallego?

La culpa era suya, expliqué, por haberle hablado a la francesa de mis aficiones. Era tanto, desde entonces, lo que ella y yo habíamos hablado sobre la vida y la muerte, que mi histeria reventaba ahora con esto.

—Ya. Huguette despertó el «gusanillo», y enfermedad y convalecencia hicieron lo demás.

—Tu omnisciencia, amigo mío, es inhumana.

—Aquí hay trozos en francés ¿qué significan?

—Traducciones para Huguette.

—No entiendo. ¿Es que colaboráis?

—Pues sí; supongo que nuestro *duetto* se llamará colaboración.

—Ya.

—Ya ¿qué?

—Nada, gallego. ¿Cuándo vas a comprender que mis «ya» sólo expresan conformidad?

Se acomodó en mi butaca, un asiento que nunca podía yo usar cuando tenía visita, y se puso a leer tranquilamente. Yo me dediqué a luchar con las cuentas, tratando de disfrazarlas para que mis peticiones a la tía Martine resultasen lo más patéticas posible.

—Tienes letra de pendolista —dijo Sebastián—. Es impropio de un muchacho inteligente tener una letra tan clara.

—Ya.

—Otra cosa impropia de un muchacho inteligente es crear algo tan tenebroso. A simple vista, aquí no hay un hombre ético ni una mujer decente.

—Tú lo has dicho. Exagero aposta. Jugando con lo absurdo extraigo una moraleja aleccionadora. ¿Cómo no has caído en ello? Tú eres listo.

Me soltó unas palabras bastante raras:

—Creo que vas a echar mucho de menos a Huguette, gallego.

—Ya.

—¿A que a lo mejor acabáis casándoos? Tiene dinero y es francesa. Dos condiciones importantísimas para la tía Martine.

—La tía Martine no es mujer interesada —repliqué como ofendido.

Armijo se marchó muy satisfecho de su inocente broma, y yo me quedé rumiando ideas y conjeturás.

En la primera oportunidad que tuve, hablé con Huguette de Guenard.

—A ver si adivinas lo que se le ocurrió ayer a Sebastián...

—¿A Sebastián? ¿Sobre qué?

—Sobre nosotros. Piensa que quizás acabemos casándonos.

Por su parte, indiferencia absoluta.

—Absurdo. Yo nunca me casaré con un papista.

—Yo tampoco. Pero imagínate que los dos somos católicos y que me tiño el pelo —no te gustan los rubios—; ¿qué contestarías a una oferta de matrimonio?

Juro por mi Santo Patrono que me miró escrutadora, como si yo fuese un animal en venta.

—¿Por qué no? El destino de la especie es aparearse y reproducirse. Reconozco que eres agradable y que pareces fuerte y sin defectos. Tendríamos hijos sanos y espigados.

—Virago despreciable, ¿tendré que recordarte que no estamos en una feria de ganado ni tú eligiendo príncipe consorte?

—Tú preguntas; yo contesto.

Así: ¡yo preguntaba y ella contestaba!...

Salí por primera vez desde mi enfermedad el Viernes de Dolores. Después del almuerzo y bien abrigadito por mis dueñas, vagabundeeé por las solitarias calles de Barnes. Aspirando el aire fresco y sabroso a bocanadas, fui acercándome lentamente al río, ebrio de gozo y aún tembleque de piernas. Todo cantaba a mi alrededor. Las casas ya tenían sus jardines llenos de vida recreada, y la alegría de la primavera prendía en mis venas de nuevo mi viejo afán por los seres y por las cosas. Llegué a Lonsdale Road y paseé de arriba abajo, con el río a mis pies, una, dos, diez veces... Luego me apoyé en el pretil y permanecí cerca de una hora observando el cansino esfuerzo de un remolcador y la escasa animación de la otra orilla.

Cuando regresé a casa me encontré a Antonio tumbado en mi cama.

—Felices —saludé.

Su respuesta fue un ladrido. Estaba muy borracho.

—Dagny se ha ido —comunicó—. Para siempre. No volverá a Londres. Se casará en julio. Vivirán en Valencia.

—Grandes noticias. ¿Te emborrachas por eso?

—Me emborracho porque no puedo vivir sin ella. Y porque me da la gana.

—Dos razones de peso.

—¿Cómo va tu novela?

—Bien.

—Y la francesa, ¿cómo va?

—Bien.

—Eres un tipo con suerte. Todo lo tuyo va bien. Porque la francesa es tuya, ¿no?

—La francesa es de su madre, supongo yo. Padre no tiene.

Se rió como un poseso. A aullidos. Luego, en uno de sus cambios de neurótico,

cerró el pico y enterró la cara en la almohada. Le observé sin pena. Estaba pasando por lo que más tarde o más temprano tenía que pasar: el fin del asunto Honsted-Ordovás. Nadie le había engañado. Si se había metido en un callejón ciego, culpa suya era. Desde el principio sabía que Dagny tenía una cita con Juan Peláez: en Stavanger y en Semana Santa.

Varió de postura y dijo:

—Vengo a pedirte un consejo; un consejo legal.

—Veamos.

—¿Tú crees que debo ir a Noruega?

No supe qué contestar.

—¿Qué me aconsejas?

—No sé. No te entiendo. Dime primero qué pintas tú allí.

—Quiero convencer a Dagny.

—Dagny, según tengo entendido, está enamorada de Peláez.

—No lo está. Sólo comprometida con él. Sé que no puede estarlo. Si lo estuviese, no habríamos...

No necesitó añadir más para que yo adivinase lo que faltaba.

—Si buscas un consejo —dije— aquí lo tienes: no vayas a Noruega.

—¡Dagny no quiere a Juan! ¡No puede quererlo!

—¿Por qué? ¿Porque se haya acostado contigo?... Antonio, eres un completo imbécil. De siempre te he dicho que Dagny es una chica decente a su manera. Ve ciertas cosas de modo distinto a nosotros. Y el hecho de que se haya acostado contigo no prueba que no quiera a Juan.

—¡No puedo creerlo! ¡Cuando una mujer...!

—Cuando una mujer como Dagny Honsted consiente ciertas cosas es porque le apetece consentirlas y porque no les da la importancia que nosotros les damos. Por nada más.

Antonio se incorporó de la cama y se puso en pie. Hacía más de una semana que no le veía, y le hallé cadavérico. Me imagino que llevaba martirizando a su hígado desde que la marcha de Dagny fue un hecho en puertas.

—¿Crees sinceramente lo que acabas de decir, Martín?

—Sinceramente, Antonio.

—Venía con esperanza, y me la cierras.

Le enseñé las palmas de las manos e hice una frase que ya estaba en las páginas de la novela:

—Esperanzar es mentir, Antonio; al menos casi siempre.

Puso cara de asco o de desprecio, ¡quién puede saberlo!, y presentí que se iría después de soltarme algo desagradable. Le tenía bien aprendido.

—Gracias por el consejo, Martín. No iré a Noruega. Sería absurdo ahora que tu

gran experiencia me ha abierto los ojos. Me quedaré aquí y seguiré pensando que las mujeres son tan innobles que no dudan en acostarse con un hombre queriendo a otro. A propósito, ¿tu francesa está interesada por ti o por otro?

¡Justo al final de un largo parlamento!...

Opté por explicarle en tono calmo que mi francesa, como él decía, era de las que sólo se acuestan con sus maridos.

—No te sulfures, hombre. Fue sólo una broma.

—Lo sé. No estoy sulfurado. Es que me impacienta tu fe en las mujeres. Debes pensar alguna vez que no todos tienen tus motivos para estimarlas tanto.

Entonces, el muy bestia y muy perro dijo algo que me cubrió de sonrojo:

—¿Eso de los motivos va por mi madre o por Dagny?

—Estás asquerosamente borracho, Antonio. No sabes ni lo que dices.

Tuvo, en un segundo, otro de sus cambios, y su sonrisa, dulce, aniñada, me acongojó.

—Perdona, Martín.

—¿Quieres quedarte a cenar?

—Gracias. Otro día.

—¿Te ha dicho Sebastián que mañana vamos a Whipsnade?

—Algo le he oído.

—¿Vendrás, no?

Dudó y asintió.

Estoy plenamente convencido de que ya pensaba, en ese momento, no ir a Whipsnade.

La idea de la excursión era del panameño, quien desde febrero venía prometiéndome un sábado en aquel zoológico. El mal tiempo y mi enfermedad habían ido retrasándola. Aquel sábado fuimos sólo los dos y Huguette de Guenard. Antonio, según me dijo Sebastián al recogerme, había llamado para avisarle que no contásemos con él.

Huguette nos esperaba en la acera del hotel. Se había vestido de *camping*, con pantalones largos y ajustados, calzado fuerte y zamarra escocesa. Traía una bolsa de respetable tamaño al hombro.

A pesar de mis protestas, Se sentó en la delantera porque prefería ir al lado de Sebastián.

Tardamos en llegar a Dunstable poco más de una hora. Dunstable estaba primaveral, recoleto y precioso. Lo recorrimos de cabo a rabo en espera del almuerzo. Vimos poca gente, mucha sombrerería y horrores de bicicletas. También estuvimos sentados un rato viendo el recreo vocinglero de unos colegiales. A través de las rejas, niños uniformados chillaban su alegría aquella mañana quizá, sólo el Altísimo lo sabe, para que una francesa, un panameño y este humilde celtíbero se extaciasen

contemplándolos.

—Señor y Dios mío —comenté en voz baja—, ¡qué fácil es ser feliz en esta vida!

—Payaso —masculló Huguette.

Sebastián me dio unos golpecitos en la espalda y me dijo que a fuerza de romántico resultaba depresiva. Tenía razón. Es que yo, siempre que me siento a gusto con unas personas, me da por agradecerlo todo a Dios...

Almorzamos en una posada con un nombre bastante raro: «The Black Orange», que Inglaterra es país tan singular que hasta las naranjas son negras. El mesón era típico, con paredes chapeadas en roble oscuro y una camarera terriblemente estrábica. Tomamos rosbif sanguinolento con puré de patatas, y tostadas de *Welsh rabbit*, un cocimiento de queso fuerte y sabroso. De postre nos dieron unos flanes, regados con *custard*, que parecían goma de mascar. Yo estaba en plena convalecencia y no me llenó el rosbif, por lo que encargué un par de huevos con lonchitas de *bacon*. Me quedé, al final, *fed-up*, como dicen en la tierra, pero que en castellano antiguo viene a ser algo así como «farto en demasía». Sebastián me observó con buenos ojos, satisfecho de mi restablecimiento, pero la francesa era toda ella reprobación y náusea ante mi pantagruelismo.

—Es indecente comer tanto —dijo— cuando en China y en la India el hambre es aún endémica.

Me recordó a mi madre, siempre a vueltas con lo que como: «Martín, hijito, ¿cómo puedes comer tanto? Es una ordinariez. Me estremeces...».

Así que almorzamos nos fuimos a Whipsnade. Llegamos a eso de la una. Toda mi vida recordaré la tarde de aquel sábado que tres buenos amigos pasamos en el pintoresco Parque Zoológico de Whipsnade. El sol resplandecía como un disco de metal al rojo blanco y el cielo, azul y puro como un mar, parecía asombrosamente alejado. Hacía calor, un poco, el indispensable para sentirse a gusto en aquel paisaje lleno de animales bravíos, de plantas rarísimas y de aves torcaces...

Después de cansarnos yendo de un lado para otro, nos sentamos al pie de unas plantas desconocidas, umbrosas y esbeltas, con apariencia de bejucos. El panorama, desde allí, era realmente hermoso. La colina iba cayendo hacia el fondo de un pequeño valle, y luego ascendía, muy a lo lejos, para cerrar el horizonte. Hileras de árboles y cuadrados de verdor extendíanse a derecha e izquierda por todo el ondulado paisaje de los Chilterns. Había animales por doquier. Se veían hasta donde alcanzaba nuestra vista; en grupos, por parejas, solitarios; unos, pacíficos, quietos, rumiantes; otros, ágiles, como asustados o perseguidos, que botaban con la gracia de pelotas vivas... Un camello enorme, horroroso, nos hizo reír —nos pusimos malos de risa— a causa de su melancólico mirar. Nos cogió cariño y no se movió de nuestro lado durante el tiempo que allí permanecimos.

Transcurrió una hora, charlando, y Sebastián, abstraído, se incorporó y dijo que

iba en busca de refrescos. Le vi desaparecer detrás de un quiosco de un mal gusto terrible, y exclamé:

—¡Al fin solos!...

—Sebastián no ha debido irse —dijo ella.

—Sebastián es un hombre discreto. ¿Sabes por qué?

—Quizá. Y no me gusta.

—Dime una cosa: ¿es que no hay algún momento en tu vida estéril de bachillera que te apetezca coquetear con un muchacho simpático?

—Naturalmente. Pero no es éste el momento.

—Ni yo el muchacho, claro...

Me erguí para sentarme en cuclillas y quedarme mirando a nuestro amigo el camello. Su espalda casi coincidía con el lejano horizonte, ahora cuajado de manchones blanquecinos, grisáceos, inmóviles. Eran nubes. Quizá lloviera. Todo había sido demasiado hermoso en aquel día para que finalizase bien.

Me sentí huérfano y desamparado.

—Mi alma está triste hasta la muerte, sargentona innoble —dije.

Me desagradó su risa.

—¿Te hago gracia, bachillera De Guenard?

—Eres un chico estupendo, Martín. Si alguna vez vas por París, te presentaré docenas de amigas que se volverán locas por ti al minuto de conocerte. ¡Tu optimismo es único en el mundo que se precipita!...

—No hagas frases. Y vete a reírte de tu honorable abuelo.

Me levanté. Abajo, a mis pies, quedaba ella, un fulgor de ojos y labios risueños, una línea hecha carne de cálida femineidad, que yo podría aplastar con dos buenos pisotones de mis amplias bases.

Me consideré más persona después de pensar en esas morbosidades.

—La culpa es mía —dije—, por haberme interesado por un virago.

—Tú no estás interesado por mí, Martín. Tú sólo piensas en esa rubia desvaída del Norte. Por eso, la próxima vez que te pongas meloso, no emplearé palabras de reproche; te partiré la cabeza con lo primero que tenga a mano.

—¿Un zapato?

—¡Un...!

Había desaparecido la sonrisa y la guasa. Estaba irritada, dolida; se había sentado y movía las manos con esa gracia alada que la indignación ponía en ellas.

—¡Salaz! ¡A mí no se me hace el amor por pasar el rato! ¡Y menos un sucio español que tiene la cabeza perdida en esa gorda de Stavanger!

—¿Gorda, amiga mía?

—¡Sí, gorda!... ¡Dentro de veinte años estará en último grado de elefantiasis!

—Dentro de veinte años, bachillera De Guenard, todos calvos.

El bolsón salió de sus manos cual una pelota de *rugby*. Lo cogí en el aire, a tiempo, y empecé a hacer el péndulo con él. Di la espalda a mi amiga y me alejé silbando. Encontré pronto a Sebastián, que venía con una botella de naranjada en cada mano. Con él retorné a Huguette y el camello. La primera hacía ejercicios gimnásticos: con las piernas rígidas, se agachaba una y otra vez para alcanzar el suelo limpiamente con las palmas de las manos.

—Marimacho —dije.

—Cretino en celo —replicó.

Volvimos a Londres anocheado y cantando. Huguette reveló una voz entonada, sugestiva. Yo insisto en decir que mi debilidad era grande, porque al oírla cantar el cuerpo se me llenó de gusanitos cosquilleantes, deliciosos, desde luego, pero también impertinentes...

La despedimos en la puerta del Brunet.

—Muchas gracias, Sebastián —dijo—. He pasado un día inolvidable.

A mí me tendió la mano y me preguntó:

—¿Trabajaremos mañana?

Se refería a la novela.

—Trabajaré yo —corregí—. Tú no harás más que molestar.

—Dile a las hermanas que almorzaré con vosotros. Llevaré un plato. La carne. Y el postre.

Sebastián aún se reía cuando puso el coche en marcha.

—¡Quién tuviera veinte años menos, gallego!...

Huguette de Guenard y yo no almorzamos en Barnes como habíamos planeado la noche anterior.

Porque a la mañana siguiente me despertaron unos golpecitos en la puerta. Era miss Elisabeth avisándome que me llamaba *mister* Armijo. Miré el reloj y vi que eran las ocho y cuarto. Sorprendido de la hora, me puse la bata y fui al teléfono.

—¿Estabas en cama?

—Claro. Es domingo y son las ocho. ¿Tú no duermes hasta tarde los días de fiesta?

—Dejemos las bromas. Vístete y ven lo más pronto posible. Te necesito. Te espero en casa de... la señora Arlington.

—¡Oye...! ¿Qué demonios...? ¿Le sucede algo a Antonio?

—Ya te explicaré. En casa de la señora Arlington cuanto antes. Por favor.

Y colgó.

Yo me quedé haciendo cruces a causa de su comportamiento. Ni la hora de la llamada ni el tono quebrado de su voz auguraban nada bueno. Estuve a punto de telefonar a casa de Antonio, pero desistí porque sobre poco más o menos me imaginé lo que ocurría: el hígado de los Ordovás había hecho explosión. Otra vez

más. Antonio estaría amarillo como un girasol y su hígado regenerando células a todo meter. La señora Arlington se había asustado y llamado a Sebastián; y éste, llevado de su celo amistoso, no dudaba en levantarme a deshora por culpa de aquel Macías enamorado...

No me di muchas prisas. Me afeité, tomé un buen baño caliente y me desayuné en compañía de miss Margaret. Cuando salí ya eran más de las nueve. Hacía una mañana radiante; la adecuada para un Domingo de Ramos. Cogí por los pelos un autobús en Castlenau, y al poco llegué a Hammersmith. Allí me remordió la conciencia, y en vez de tomar el Metro subí a un taxi, que en diez minutos me dejó delante del chalet de la señora Arlington. A la puerta había una ambulancia. Dos individuos vestidos de blanco fumaban apoyados en el capot. Me miraron con indiferencia al empujar yo la cancela del jardín. Me abrió la puerta, en el acto, un hombre alto y flaco, de cara sonrosada, de tísico; también llevaba puesta una bata blanca, brillante, como de rayón. Yo dije quién era, y en ese momento apareció en el pasillo otro hombre, éste de gabardina verde botella, rechoncho y calvo. Me hizo un ademán, fui hacia él, repetí mi nombre y me invitó a pasar a la salita, donde la señora Arlington solía celebrar sus *tea-parties*. El hombre de la gabardina cerró la puerta a mis espaldas y se quedó en el pasillo. En la salita estaban Sebastián y un sajón de cara hosca, embutido en uno de los trajes azules ingleses que parecen vainas de espadín. Era esmirriado de hombro, de torso y de cuello. Se levantó al hacerlo Sebastián. El panameño, cerúleo como un agonizante, me lo presentó: Mr. Latimore, de la Policía...

—¿Qué sucede? ¿Qué le pasa a Antonio?

Sebastián recogió de la mesita de té de la señora Arlington un sobre cuadrado y pequeño.

—Míster Latimore —dijo en tono cortés—, ¿hay algún inconveniente en que vea esto míster Canel?

El policía, o quien demonios fuese, asintió con un mohín.

El sobre era blanco. Dentro había una carta. ¿Carta? No. Uní s letras. Una explicación, si se quiere, del acto de un loco. La leí sin gran extrañeza. La carta me estaba diciendo que alguien a quien trataba desde la niñez, a partir de aquel preciso instante era ya un recuerdo.

Decía:

Me muero porque me sale de dentro. Este dinero será bastante para saldar el consumo de gas. Que la señora Arlington avise a mis dos únicos amigos. Sebastián Armijo y Martín Canel. Sabe sus direcciones. Mierda.

Una última voluntad original y concisa.

Dije:

—Razonando, ¿qué somos más que mierda?

Sebastián miró para el suelo y el inglés se sonrió de labios adentro. Se me fue la mano a la cara y me santigué en una fracción de segundo. Vi sorpresa en los azules ojos del policía. Perplejidad. Luego creo que en su cara nació algo parecido a la ironía o el sarcasmo.

Sebastián me previno en español:

—Nada de Dagny.

El otro levantó una mano y, afablemente, nos rogó que hablásemos en inglés. Sebastián empezó a contarme lo ocurrido. En pocas palabras. La señora Arlington había notado a las siete y pico, al levantarse, un fuerte olor a gas. Venía de la habitación de Antonio. Dentro había un cadáver, la carta y un dinero. Había llamado a la Policía y a Sebastián. Eso era todo.

Mr. Latimore me formuló varias preguntas. Tenía una pronunciada aséptica, clara, a lo B. B. C. No se me escapó ni una sola contracción de las pocas que utilizó. Cuando me preguntó cuál era en mi opinión la causa del suicidio, le hablé de la muerte del padre de Antonio, meses atrás, y de lo mucho que le había afectado.

—¿Cree usted que pudo haber sido eso lo que le impulsó a poner fin a su vida?

La frase me sonó ridícula, ampulosa. Respondí, no muy cortésmente, que en mi opinión Antonio se había suicidado porque toda su vida había sido un lipemaníaco, un mimado de la fortuna y un inepto para saborear los bienes que esa fortuna le había dispensado.

—¡Martín!

Ignoré el reproche de Sebastián y pregunté a míster Latimore si podía ver a mi amigo. Creo que tenía intención de acompañarme.

—Gracias —dije—. Conozco el camino. He venido mucho por esta casa.

La puerta de la habitación de Antonio estaba cerrada. La abrí. Aún olía a gas. Un olor sutil, embriagante, sugeridor. Con la ventana abierta y las cortinas corridas, el cuarto estaba en penumbra. Junto a una mesa, percibí la silueta cilíndrica de la estufa. Al lado de la cama, muy erguida en la silla, estaba la señora Arlington. ¿Habría estimado a Antonio lo bastante como para hacerle compañía en los últimos instantes que pasaba en su casa?... Me acerqué. La señora Arlington había levantado el rostro y fijaba sus ojos en mí. Yo sonreí débilmente y toqué con afecto su hombro. Se desasíó con rudeza, con furia. No la comprendí. Nunca le había hecho nada...

Sobre la cama, bajo una sábana, la figura de Antonio Ordovás. Me pareció excesivamente largo y voluminoso aquel bulto. Me incliné un poco sobre el lecho y tiré de la sábana. No necesitaba nada más que ver su cara. No parecía muerto. Más bien dormido. Lo que estaba: dormido para siempre. Sin esperanza ni consuelo. Sin remedio. ¿Sin esperanza...? ¿Quién había hablado de esperanza en una mujer, en un viaje, en un amigo, en un consejo?...

Solté la sábana. La serenidad del rostro de Antonio se borró de mi vista, y mi propia serenidad me abandonó. Caí, de golpe, sobre mis pobres rodillas. Hice hasta ruido, pero me sostuve firme. Y recé. Frenética, desesperadamente, como un poseso. Credos, salves, avemarías, padrenuestros, rezos de niño... Todo lo que acudía a mi memoria salió de mis labios en un murmullo histérico... Rezaba por Antonio, por mí, por mi miedo y mi desesperación... Un horror viscoso, mágico, me envolvió durante unos minutos. La sensación de culpa fue tan grande que adquirió cuerpo, la pude casi respirar; densa, envolvente, irrechazable. Me mareó y sentí náuseas. Antonio... ¿Quién puede fiarse de un lunático? ¿Por qué preguntan los locos a los cuerdos? ¿Y por qué un muchacho sano y sencillo no comprende a tiempo que una respuesta es siempre una arma de dos filos en la mente de un orate?

Mejor no contestar. No preocuparse más que de los propios asuntos, porque en esta vida sólo cuenta uno mismo, a través de Dios, que nos ama por nosotros mismos y nuestras propias acciones. Nadie puede cargar con la pena de otro; nadie debe purgar la penitencia de un loco. Si alguien abre una espita, se tiende en una cama, y espera...

Sentí una mano sobre mi hombro. Me estremecí. La señora Arlington, con los ojos empañados, sonreía; trataba de sonreír, pero sólo conseguía una mueca. Yo también sonreí. Alegrementemente. Liberado. Y me levanté. Y volví a sonreír. Luego abandoné el cuarto, el olor enervante, cálido, el hechizo del muerto y mi propia culpabilidad. Cerré la puerta y aspiré fuerte. Allí estaba el flaco enfermero, o médico, y el de la gabardina verde. Los miré desafiante. También desafié a Latimore y a Armijo. Con la mirada y de palabra.

—Señor —dije al policía—. A mí no se me pierde nada en esta casa. Apesta a gas; a muerte. Quiero irme. ¿Puedo irme?

—Naturalmente, míster Cánel.

Me dijo que al día siguiente tendría que firmarle unos papeles, y algo añadió acerca de las leyes inglesas sobre el suicidio. Asentí con la cabeza y estreché la mano que me tendía. Salí seguido de Armijo. En la calle, junto a la ambulancia, continuaban los enfermeros de antes. Ahora había un grupito de cuatro mujeres con bolsas de papel en los brazos. Nos miraron con verdadera hambre, y por un momento creí que se acercarían a preguntarnos por lo ocurrido.

Sebastián y yo caminamos. Creo que subimos por Holland Walk primero, y que más tarde nos perdimos por calles sucias, populosas, llenas de negros. Muchos. Y llegamos a Notting Hill Gate. Y a Bayswater Road. ¡Qué hermosa estaba la mañana! Hyde Park bullía, los coches parecían seres vivos, los autobuses brillaban más rojos que nunca. Londres reía su primavera. ¿Quién no sentiría la vida y el amor un Domingo de Ramos?... ¡El Señor ha entrado en Jerusalén! ¡Hosanna al Hijo de David!... ¡Regocijémonos, que ha llegado el día en que incluso los borriquillos ríen

porque en sus lomos ha cabalgado el Dulce Rabí de la Misericordia y la Vida!...

Sebastián suplicó:

—Martín, ¿almorzarás conmigo?

—No. Lo siento. Otro día. ¡No puedo! ¿Qué vamos a hacer tú y yo todo el día juntos? ¿Recordar las excelencias de ese erotómano?

—Martín...

—¡Martín... Martín...! ¡Yo me voy a mis cosas, a mis asuntos! ¡Tengo que trabajar, que estudiar, que escribir! ¡Eso! ¿Cómo no lo comprendes? He quedado en verme con Huguette; tú lo sabes...

—Lámala. Que venga ella también.

—¿Tú crees que voy a llamar a alguien para que almuerce con dos sujetos que apestan a gas y a muerto?...

Alguien pasó por nuestro lado y rió. Me volví. Dos mozas, jovencitas y risueñas, se divertían viéndome agitar los brazos y oyendo mis voces. Las insulté en español, y aún rieron más. Apresuraron el paso. Lo menos se volvieron diez veces...

Repentinamente aplanado, dije:

—Almorzaré contigo. Hablaremos con su hermana, ¿te parece? Es una vergüenza que estando nosotros aquí se enteren por el Consulado...

Fuimos a buscar a Huguette de Guenard. Como la mañana anterior. Unas horas de diferencia... Llegaríamos al hotel Brunet y ella estaría aguardando en la acera, esbelta, segura de sí, el bolsón al hombro, unos pantalones ajustados y una zamarra a cuadros...

Pero no había nadie... Bajo el toldo, un portero, Jerome, sonriente y zalamero en honor de dos amigos de *Mademoiselle* de Guenard.

En el bar, Sebastián pidió un «Manhattan». Lo bebió de un trago. Otro más; y otro. Yo trasegué a sorbitos una *guinness*. Me dio náuseas. A lo mejor no fue la cerveza. Tuve arcadas, y algo amargo ascendió hasta mi boca. Pedí un vaso de agua y lo bebí sin respirar. Estaba helada —¡en Inglaterra!— y cayó en mi estómago como una piedra.

Luego entró Huguette, una chica sonriente y atractiva, que empezaba un nuevo día sin preocupaciones.

—¡Hola! —saludó—. La vida se repite, ¿no? ¡Otra vez juntos! ¿Qué será de mí cuando me falte la escolta de dos caballeros hispanoamericanos?

A bocajarro, dije:

—Antonio ha muerto. Esta madrugada. Como un perro.

Sebastián, indignado, quizás algo descompuesto por los *cock-tails*, me salió al paso:

—¡Respeto, Martín!

—¡Como un cerdo! ¡Sólo cambio de animal! ¡Ha echado sobre mis espaldas el

muerto! ¡Anteayer buscó un consejo, se lo di, y en la cara me soltó que cerraba su esperanza!

—Cálmate, Martín —rogó Huguette—. Por favor, camarada.

La risa se me salió a borbotones. Incontenible. Huguette se desconcertó tanto, que se puso colorada. Cual un relámpago, el sonrojo cubrió su cara y desapareció. Yo chillé:

—¡Camaradas estudiantes de todo el mundo, uníos!

Aún le duraba el desconcierto; por eso no me insultó.

No me explico qué indujo a Sebastián a llevarnos al Savoy. Almorzamos allí. A mí el sitio acabó por ponerme de peor humor. No me sentía a gusto. Desentonado. La música, las personas, la naturalidad de mis dos acompañantes me pusieron nervioso y sarcástico. Mis ropas me parecieron vulgares y mis maneras acartonadas.

No les hizo gracia mi compostura en el comedor del Savoy.

Cuando salimos yo estaba algo bebido.

—¿Por qué no te largas a tus cosas, bachillera? —aconsejé al meternos en el coche de Armijo—. Los duelos envejecen.

—He sido educada para duelos y bautizos —respondió secamente.

Yo reí, muy bajo, pero alegre.

—¡Repara en lo afiligranado de su ingenio francés, Sebastián! ¡Para bodas y bautizos!... ¡No! ¡Para duelos y bautizos! ¡Camarada De Guenard, un estudiante ha muerto: vivan los estudiantes!

—Jamás imaginé tanta chabacanería —murmuró.

—Es el alcohol, camarada plutócrata. Trae a la superficie mi condición de hijo de la baja burguesía.

Estábamos detenidos en Marble Arch. Eran las dos de la tarde. El sol seguía luciendo. Incidía sobre el Arco, arrancándole mil destellos, haciendo de él un ascua de fuego deslumbrante. Temblaron unas luces, sonó un silbato, unas gentes corrieron, y nuestro coche arrancó, suave, muellemente. En la esquina del parque, tres sujetos, uno de ellos con barba patriarcal, peroraban subidos a unos cajones. Apenas tenían auditorio. Distinguí un grupo de marineros de la Royal Navy y dos o tres personas.

Pedimos la conferencia desde la suite de Sebastián. Yo continué bebiendo. Ginebra con soda. Armijo, lo habitual: *whisky* con agua del grifo. Huguette sólo aceptó una copa de licor de manzana holandés. Tardaron cosa de diez minutos en darnos Madrid. Sebastián me hizo un gesto indicador, y me puse al aparato. La línea estaba tan límpida y vacía de parásitos como si la conexión fuese con Holborn. Hablé primero con una muchacha, a la que dije que avisase al señor. Pero no fue Ramón Salazar quien se puso, sino Sofía Ordovás. Oí su voz clara, cerquísima.

—¡Martín! ¡Chiquillo, cuánto me alegro de oírte!

Y se alegraba. Sofi es buenísima. A los dieciséis años me enamoré de ella. Tiene

una figura preciosa y un pelo castaño que llama la atención. No es muy guapa, pero su cara resulta. Tiene el ojo izquierdo ligeramente estrábico, y eso le da una gracia especial.

—¿Qué es de vosotros, Martín? ¡Esta mañana he visto a Constanza! ¡Con ese imbécil de Soto! ¿Cómo no hacéis algo?...

¡Qué raro parecía todo! La línea tan nítida, la voz tan cercana, la conversación tan insubstancial... ¡Y un hombre muerto!... Le pedí que avisase a Ramón. Se puso éste, y en dos minutos le comuniqué lo ocurrido.

Respondió por monosílabos. Antes de que pudiese evitarlo, volví a oír la voz de Sofía, ahora sin calor, alejada...

—¿Qué horror es éste, Martín?

La dejé sin respuesta y entregué el auricular a Sebastián. Me senté y quise beber. El vaso no estaba en su sitio. Lo vi delante de Huguette, junto a su copa.

—No quiero que bebas más.

—A la orden, camarada De Guenard.

Ya no me importaba seguir bebiendo. En realidad, lo había hecho pensando en la conferencia con Sofía. Dada la noticia, todo volvía a la normalidad. El muerto dejaba de ser una complicación, se iba para su tumba, y los vivos a seguir existiendo...

—Una pregunta, camarada francesa: todos flotamos, ¿verdad? Ni nos movemos ni nos hundimos; ¡flotamos! Esa *cave* de la rue de l'Eperon es un nido de superdotados. ¿Me llevarás un día, camarada?

—¿Quieres callarte? Me crispas los nervios.

—¿Te he dicho alguna vez que te desprecio con todas mis fuerzas? ¿Te lo he dicho, camarada? Para mí eres un erial; no hay en ti una sola gota de vida. Sólo inmunda devoción de clase. Estás asquerosamente muerta, Huguette, amiga mía.

—Eres un estúpido borracho. Cállate.

—¡Estás asquerosamente muerta! ¡La única diferencia que hay entre un cadáver y tú es el olor!

Sebastián apareció a mi lado. Me había olvidado de él y de la conferencia.

—No debéis discutir —dijo—. Tampoco debéis ocultar vuestros sentimientos. No es decente.

—¡Sebastián, viejo pirata, es indecente preocuparse tanto del prójimo como tú lo haces! ¿Qué es el prójimo?... ¡Una tonelada de estiércol!... ¿Y quién puede interesarse por el estiércol? ¡Nadie! ¡O quizá los agricultores! Pero tú, Sebastián, pirata caribeño, ¿no eres agricultor, verdad?

Huguette de Guenard gruñó:

—¡Puerco borracho!

—Tú a callar, camarada; estás muerta. Y los muertos son mudos por naturaleza.

—¡Así te ahogues! —maldijo, y me puso el vaso de ginebra delante.

—No discutáis, por favor —rogó Sebastián.

Se pasó las manos delicadamente por la cara; fue el suyo un ademán casi femenino.

—Hoy he vuelto a fracasar —habló como para sí—. Otra vez más. Huguette, ¿recuerdas?, esta mañana, en el bar de tu hotel, dijiste que la vida se repite...

Luego comenzó a hilvanar una historia, que mi cabeza harto brumosa no comprendió muy bien. Nos habló de un hombre que se había casado cosa de veinte años atrás. Nació un hijo. El chico creció y los padres se separaron. El hijo siguió creciendo. Cuando alcanzó cierta edad, dijo que deseaba estudiar Medicina. Su padre lo envió a la Facultad más cercana: El Salvador. Le gustaba tenerle, saberle cerca. Pero el hijo tenía otras miras. No le bastaba una Facultad centroamericana, y convenció a su padre para ir a Ciudad de Méjico. Allí estuvo dos años. El padre, mientras tanto, andaba por Europa en un destino de la Embajada de su país. Allí recibió un telegrama anunciando la enfermedad del muchacho. Cogió un avión y llegó a tiempo. Su hijo estaba enfermo: algo intestinal. Nada de importancia, si se hubiese atendido a tiempo. Pero ¡claro! Un joven entre jóvenes, vida de pensión, soledad, sí, soledad, porque el rapaz estaba solo, por carácter y por ambiente, por culpa, tal vez, de sus padres. Metido en sí, con pocos amigos, estudioso, independiente. Y joven, terriblemente joven para andar solo por el mundo. Su padre lo comprendió al llegar a Méjico y verle en su cama, consumido, indiferente a todo... Se murió dos días después. Todo había acabado. El padre volvió a Europa. Fue a parar a Londres. Un cambio político en su país le privó del puesto. Ya nada le retenía en Londres. Pero aquí había conocido una serie de muchachos. Estudiantes. Primero a uno; luego a dos; por éstos, a cinco... Y así llegó a tratar a muchos de ellos. Le agradaba verlos a su alrededor, recibir sus visitas, saber que regresarían a su país y que con ellos llevarían su nombre, su dirección, para entregarlos a otros, que repetirían el ciclo. Era tan satisfactorio sentirse estimado por esos chicos, que un buen día descubrió que había encontrado la razón para permanecer en un sitio determinado. Allí estaban sus jóvenes amigos, alegres o preocupados, con sus problemas y sus intrascendencias, que acudían a él para pedir un favor u obsequiarle con cualquier insignificancia recibida en algún paquete familiar. El hombre era feliz; muy feliz, y se engañaba a sí mismo, diciéndose que cada uno de sus jóvenes amigos era una prolongación del hijo muerto en una pensión de estudiantes de Ciudad de Méjico. Se consideraba un poco el padre de todos ellos; y como padre los velaba, los cuidaba, los protegía... Le gustaba pensarse a sí mismo como una especie de ángel guardián de sus pasos inciertos, dudosos, de hombres del mañana...

—El muchacho de Ciudad de Méjico era mi hijo. Diecinueve años. Se llamaba como yo: Sebastián. Se parecía a Antonio. Los dos murieron solos. Sin dejar huellas. Pero Antonio pudo ser salvado con un poco de comprensión. Debí atenderle más.

Organizar un viaje, quizá. Convencerle para que me acompañase. Hacer algo. Estaba solo. Y yo, que debí protegerle, permití que tirase su vida. Nunca me arrepentiré bastante de lo ocurrido esta madrugada. Jamás.

Yo me había quedado tan asombrado, estaba tan atónito, que al levantarse Huguette, bruscamente, di un respingo. Tragué saliva y mi boca, seca, produjo un ruido parecido a un bostezo. Idiotizado, vi a la francesa acercarse a Sebastián, cogerle la cara entre las manos, mirarle... Después le besó en una mejilla, fuertemente, y dijo con una voz que yo nunca le había oído:

—*Merci. Merci beaucoup. De tout mon coeur.*

Recogió su abrigo y se marchó sin una sola palabra más. El ruido de la puerta provocó un nuevo sobresalto en mí.

—Sebastián —dije.

—Es una chica estupenda.

—Estás loco —repuse—. Si tú te portas así con todos nosotros, con propósito preconcebido, es que estás loco.

—Una chica estupenda —repitió—. No consientas nunca que se separe de ti.

—De modo que todo tu misterio es el de un padre doliente, mi buen Sebastián... ¡Estás barrenado; completamente!

—¿Por qué no vas en busca de Huguette? Id a divertirlos esta tarde.

Yo di un puñetazo en la mesa.

—¡Estás loco! ¡Por el Santo Obispo, si no estás para que te encierren!

Empecé a temblar. Me pasa a menudo cuando bebo. Si por alguna razón me afecto, si vomito, me da tiritona. La impresión había sido bastante fuerte, y todo mi ser comenzó a estremecerse. Me aproximé a uno de los balcones y a través de los cristales contemplé la calle, la iglesia, la tranquilidad de Lancaster Gate, los árboles de Hyde Park. Estuve así un gran rato, hecho un ovillo, los dientes repicándome unos contra otros. Tanto tiempo permanecí junto a la ventana que vi correr el sol hasta ocultarse tras la masa confusa del parque.

—Padre de los pobres —dije.

—Anda con Huguette, gallego. Estará en su hotel. Llévala a algún sitio. Divertíos.

—¿Quién se divierte con un cabo de mar? ¿Acaso tú, Padre de los pobres?

—Es otra cosa que Dagny, ¿verdad?

—Es una chica afectuosa, sencilla, de carácter tierno. ¡Un ángel! Lee todas las noches la *Crítica de la Razón Pura* y el *Discurso del Método*. Femeinidad quintaesenciada. Tratarla y enamorarse. Simultáneo.

—Me alegro que ya no pienses en Dagny.

—¡Dagny es adorable! ¿Quién dice que no piense en ella? Lo que pasa es que no tengo madera de Werther. Como el difunto Ordovás.

Una moto cruzó por detrás de la iglesia. Llevaba *sidecar* vacío y las luces

encendidas. Pronto sería de noche. Quizás aún tuviera tiempo de cruzar el parque con algo de claridad. Sí. Y quizá después de todo, estuviera Huguette de Guenard en el hotel Brunet.

Me dio cierto remordimiento dejarlo allí, solo, pensativo, en la penumbra de su cuarto. ¿En qué pensaría cuando le abandoné? ¿En su hijo de diecinueve años, muerto en Méjico? ¿En Antonio Ordovás, muerto en Londres? No sé. Pero creo no equivocarme al asegurar que prefería quedarse a solas con sus ideas. Mi charla de borracho tenía que irritarle; mi silencio, incomodarle.

Me fui del Copperfield con tiempo suficiente para atravesar el parque. Despacio y absorto. Pensando. No mucho en Antonio y más en mis propias preocupaciones. Sobre Antonio pensaría más adelante, cuando echase de menos su presencia depresiva, sus sarcasmos, su perenne pesimismo y su característica desconfianza por todo y por todos.

Tardé en llegar al hotel Brunet cerca de una hora. Jean, el cortés anciano del *comptoir*, llamó por teléfono a *Mademoiselle* De Guenard, cambió breves palabras y me tendió el tubo con una sonrisa.

—Soy yo —dije.

—Lo sé. ¿Qué quieres?

—Verte.

Dudó tanto, que a punto estuve de colgar e irme.

—Sube.

Hallé la puerta de su habitación entreabierta. Huguette, de espaldas, echaba sifón en un vaso. El dormitorio estaba a oscuras y el vestíbulo apenas alumbrado por la lámpara de la mesita rinconera.

—Siéntate —invitó—. ¿Quieres beber algo?

—¿Por qué no te vuelves? ¿Por la misma razón que has dejado la puerta abierta?

—¿Quieres beber algo?

—¿Por qué no enseñas la cara? ¿Te violenta que sepa que eres capaz de llorar? Eso no es vergonzoso.

—Ni exacto. Yo nunca lloro sin motivo.

—Hoy se ha muerto un hombre. Ahí tienes un motivo. Llora.

—Hoy se ha muerto un desconocido.

—Antonio no era un desconocido. Al menos para ti.

—Antonio era un desconocido. Tan desconocido como puedes serlo tú.

—Mientes. Has llorado. Tu sentido del deber sufre. Tu alma estéril de bachillera llora porque un estudiante ha muerto.

—¡Imbécil! Siempre tu verborrea sensiblera de borracho. Lárgate y déjame en paz.

—Hoy has traicionado a tu Dios, camarada. El terrible Jehová de los hugonotes

estará iracundo. ¡Una de sus ovejas llora porque ha muerto un estudiante desconocido!

Dejó el vaso sobre la mesita y se volvió. Había llorado. Bien a las claras se veía.

—¿Quieres largarte de una vez? Sigues borracho y me molestas. Me irritas como nunca me ha irritado nadie.

La visita había sido corta: unos cinco motivos estirados.

—Antes de irme quiero comunicarte algo, camarada De Guenard. Una advertencia. Si te vuelvo a oír alguna vez que yo soy un desconocido para ti, te retorceré ese pescuezo de faraona. ¿Queda bien claro?

La vi sonreír y perdí la cabeza. Me acerqué a ella llevado de un impulso irrazonable. Hasta que la prendí por los hombros y la zarandeeé no supe que la razón era el simple deseo de tocarla, de suplicarle que borrara con alguna palabra el efecto de su sonrisa.

—¿Por qué has sonreído, Huguette? ¡Dímelo!

—Quítame tus sucias manos de encima, español.

La solté convencido de que se había roto algo precioso, para mí, por culpa de unas cochinas palabras.

—Hasta nunca, camarada De Guenard. Que te coman las arañas y que yo me entere por la Prensa de su festín.

Con un dedo, el índice, le hice una levísima caricia a lo largo de la mejilla. Bueno. No fue caricia. Más bien reproche o desprecio. Ella debió de comprenderlo así, porque le temblaron los labios y parpadeó muy rápido. Su desmedido orgullo de casta debió de sufrir mucho en ese brevísimo espacio de tiempo.

Dijo algo así:

—Puerco español.

Nada nuevo. Además, yo fui el último en hablar, enviándola a un lugar muy común y muy impropio de tan perfumada francesa.

En la calle hacía frío. Caminé. Mucho. No sé las millas que andaría aquella noche de primavera. Seguí la línea de las grandes calles hacia mi barrio. Recorrí Kensington Road, Kensington Hight Street, Harnmersmith Road... Hacia abajo, hacia el río, hacia casa... En Broadway me metí en un *pub* y allí tomé unos emparedados de queso, y cerveza. Y ginebra. En Inglaterra cierran pronto las tabernas, y de nuevo me encontré en la calle, con la cabeza brumosa y las piernas tambaleantes. Bajé por Harnmersmith Bridge Road y llegué al puente. Estuve un rato contemplando las aguas sombrías, turbias. Y los cisnes, sucios y quietos bajo el puente, con las cabezas enterradas en el plumaje, durmiendo o pensando... ¿Quién demonios puede afirmar que un cisne no piensa? ¿No pensamos los hombres, aun los más sandios?...

Reemprendí la marcha, pasé el río y bajé por Castlenau, desierto, oscuro, con sus buenos chalés y sus magníficos jardines. Frente a una casa, un número cualquiera, oí

un piano. Bien pulsado. Algo de Franck... Mi madre, seguramente, lo hubiera interpretado menos presto, pero ¿qué vida sería ésta, tan aburrida y necia, si todos interpretásemos las *Béatitudes* en idéntica cadencia? Sería una vida absurda y tediosa.

Llegué a casa borracho y extenuado. Mis dueñas me miraron suspicaces, algo preocupadas por mi aspecto. Miss Elisabeth calcetaba y miss Margaret zurcía ropa blanca. Habían encendido la chimenea y estaban sentadas a su calor.

—Señoras —me disculpé a lo tartamudo—, mil perdones por haber faltado al almuerzo y a la cena. Tampoco he ido a Misa. ¡Un Domingo de Ramos! Y si llego lamentablemente borracho a su casa de ustedes, mil perdones de nuevo. Celebro con cerveza y ginebra la muerte de un amigo: ¡míster Antonio Ordovás! R. I. P.

Después, sentado en una butaca, la que había ocupado miss Elisabeth, lloré un poco. Mis buenas patronas me consolaron mucho. Muchísimo. Pero en balde. Porque a mí la cerveza mezclada con ginebra me ataca a los lagrimales y me hago pura agua.

CAPÍTULO OCTAVO

PRIMERO LE HICIERON LA AUTOPSIA y después nos entregaron los restos para que les diésemos sepultura. No se la pudimos dar cristiana. Le enterramos como a un animal descuartizado. Aquella tarde, mi corazón se descompuso y mi alma se estremeció por el viejo amigo muerto sin dejar huellas.

Asistió bastante gente. Hasta veterinarios hubo. Allí, para ver como le echaban unas paletadas de húmeda tierra inglesa, se reunió un apiñado grupo de muchachos que andaban por las Islas en faenas de estudio. Los menos acudimos porque habíamos tratado a Antonio; los más, en atención a Sebastián y a su amistad con el muerto. Cómo se enteraron, no lo sé, aunque supongo que la noticia partió del «Zanzíbar» y se difundió con la celeridad típica de lo macabro. La nueva de su muerte llegó incluso a la Escuela, y Méndez y Cortina, los dos mejicanos que tanto le habían apreciado, aparecieron por el entierro en compañía de Giulio Luzzati, un piamontino regordete, malhablado y cabelludo, que no acababa de explicarse muy bien la decisión de Antonio. Todo el tiempo se lo pasó mascullando:

—*Ché specie di brutte bestie!* ¡Matarse por amor en pleno siglo xx!...

¡Matarse por amor en pleno siglo xx! ¿Quién sabía por qué Antonio Ordovás había abierto una espita de gas? Yo, en el fondo, lo ignoraba. Pasada la primera impresión, el sentido común decía que nadie en estos tiempos bastardos se mata por motivo tan sentimental y bello como un fracaso amoroso. Esas épocas han pasado, creo yo, y hoy sólo se quita de en medio la gente por razones políticas y económicas, prosaicas pero de mayor peso.

El único toque cristiano del entierro lo dio el coronel Novoveski con su manía floral, depositando un ramo de lilas sobre la tumba.

Más tarde, el coronel se acercó a mí y me estrechó la mano con fuerza.

—Una pena, mi joven amigo. Un muchacho triste, pero muy cortés. Un rasgo blasfemo, pero valeroso. Yo nunca tuve ánimo para llevarlo a cabo, y me sobraron oportunidades... Y dígame, mi joven amigo, ¿cuándo tendré el gusto de verle por mi modesta boutique de asquerosos accesorios eléctricos?

Se marchó a la *boutique* tras abrazar a su socio capitalista.

Nosotros nos fuimos desperdigando poco a poco. De no tratarse de un entierro me hubiera reído a carcajadas viendo a Sebastián Armijo rodeado de sus jóvenes amigos. Parecía un padre recibiendo pésames por la muerte de un hijo. Todos, a medida que se iban despegando del cortejo fúnebre, le abrazaban efusivamente. Emocionante. Para los flojos, se entiende; no para mí, que soy un tipo duro y poco afectivo.

Al final nos quedamos solos y le acompañé un rato hasta su hotel. Me dijo que a primera hora de la tarde había hablado con Madrid. Por lo visto, los hermanos habían decidido no acudir de momento. La señora Arlington no había puesto inconvenientes

en guardar las cosas mientras tanto. Sebastián estaba afectado por la despreocupación de la familia. A mí no me sorprendió mucho. Ramón Salazar y su cuñado no habían congeniado gran cosa, y Sofía... Bueno. Sofía estaba muy enamorada de su marido, tenía hijos y acaso se dijera que nada había que hacer en Inglaterra por un hermano muerto.

Yo, a veces, soy un poco cínico y cáustico:

—¿Crees que pondrán el mismo interés y diligencia cuando se trate de recoger el montón de perras que deja nuestro finado amigo?

—No hables de Antonio en ese tono, por favor.

Si hay alguien que estime a los amigos cuando vivos y los respete cuando muertos, es Sebastián Armijo.

Aquel día había tenido otras llamadas telefónicas. Huguette de Guenard, por ejemplo, se despidió telefónicamente muy de mañana. Se iba a su casa, a Francia, sin decir la fecha del regreso, porque al parecer aún no estaba muy segura de si lo habría.

—Mentira podrida —aseguré indiferente—. Regresará. Es de esas personas que nunca dejan nada sin acabar. Volverá para conseguir hablar el inglés como un locutor de la B. B. C. Te apuesto una onza de oro.

—Habéis reñido, ¿no?

Me encogí de hombros.

—Has hecho mal. Es una chica de excepción.

Con énfasis, algo insólito en mí, le acusé de haber idealizado a la francesa. No era nada de excepción, sino una chica corriente, sabionda en exceso y dominada por un complejo de clase inaudito. Desde su más tierna infancia estaba encaramada a un pedestal; se la podía mirar, mas no tocarla, ya que sus repelentes hermanos de especie despedíamos un olor fétido, de cloaca, que lo impregnaba todo. Ése era, a mi parecer, el retrato de Huguette de Guenard. Porque a una persona se la puede canonizar cuando se la trata «en visita», no cuando se convive con ella dentro de cierta intimidad. Napoleón, un hombre bastante sensato, ya aseguró que nadie hay grande para un ayuda de cámara.

Sebastián dijo:

—Mientes.

—Padre de los pobres —reconvine—, ¿qué lenguaje es ése para un diplomático?

—Soy un exdiplomático. Nada hay que me impida decirle a un lerdo y desenfadado gallego que miente con la perversidad estúpida de un retrasado mental.

Yo hice un comentario jocoso, una especie de voltereta verbal, y el educadísimo panameño me envió a un sitio incorrecto. Pero aún añadió más el muy barbián:

—¿Qué será de esa obra maestra de la literatura contemporánea al romperse el equipo creador?

—¡Ah, Sebastián, viejo pirata del Istmo!, ¿qué será de la obra?

—¿Y qué será de ti, Martín, viejo druida gallego?

A mí, por sencillo y bondadoso, todos me toman el pelo imitándome.

—Quizá me arroje al Támesis —murmuré pensativo—. Yo no tengo gas en el dormitorio; sólo chimenea.

—Tú no morirás de forma tan sencilla. Eres demasiado vanidoso para eso. Tu muerte será sonada. Te ahorcarán por incendiar Buckingham Palace. Con los reyes dentro.

No se contentó con mofarse de mí, sino que la emprendió con la tía Martine y su orgullo herido por el desastre sentimental del sobrino. Remató sus sarcasmos con una pregunta que dejé sin respuesta.

Insistió:

—Contesta, gallego. ¿Desde cuándo te tiene sorbido el entendimiento esa compatriota de la tía Martine?

—Padre de los pobres —dije yo—, ese afán de ver triunfar el amor entre tus jóvenes amistades es reprobable.

—No es afán; es necesidad de saberos a todos satisfechos y felices.

Me dio unos golpecitos en la espalda, lo cual me encantaba, y me soltó de sopetón que el jueves salía para el Continente. Todas las primaveras planeaba un viaje; en ésta tenía pensado llegar a Grecia. En su Morris Minor. Me invitó, y yo reí mefistofélico y malhumorado. Una invitación así, en el mes de julio, haría de mí el hombre más feliz del planeta; en abril, me convertía en el más desgraciado...

Sebastián partió y yo me quedé solo. Entristecí y me agosté como una flor sin sol. Y no es que faltase éste. Lo inundaba todo. La primavera había reventado sobre la rubia Albión, cromatizándola con más colores que cuenta la paleta de un impresionista. No. Mi tristeza y mi desánimo nada tenían que ver con el tiempo. Venía de dentro. Había nacido por generación espontánea. Me temblaba el alma, por usar de una imagen alambicada. Mi ser se embargaba, víctima de una laxitud misteriosa, avasallante. Yo era sensación voluptuosa, estremecimiento puro y esenciado.

Naturalmente, viéndome atacado de tan extraño mal, me dediqué al vagabundaje y escribí al tío Felipe. La afición a vagabundear la he heredado de mi padre, que en vida fue un *globe trotter* de la ingeniería. Recorrió Sudamérica de punta a cola: construyó carreteras en Venezuela, levantó presas en el Brasil, abrió canales en el Bermejo, y a poco le limpian el forro los paraguayos en la Guerra del Chaco. Hizo de todo, según he oído al tío Felipe, su hermano mayor y único. El tío Felipe es lo contrario que fue papá. Es sacerdote. Pudo haber llegado a obispo, pero prefiere encerrarse todo el año en la aldea, dedicado a sus estudios históricos y a disfrutar de grandes paseos a grupas de su asno hipocondríaco. Dentro de poco piensa publicar algo exhaustivo sobre el Camino de Santiago. Dice que dará mucho que hablar. Y que

leer, imagino, pues por lo que se infiere de sus palabras tendrá, aproximadamente, la extensión de la Enciclopedia Espasa. Yo siento, todos sentimos en casa un gran cariño por tío Felipe. Nos vemos los veranos. En esa época me espulga de los pecadillos invernales, saturándome el espíritu de firmes propósitos. Creo que gracias a él he salido tan pío y endomingado. Y a él recurro cuando me encuentro en callejones de conciencia y económicos. En esta ocasión, abrí correspondencia con mi tío Felipe a causa del rarísimo temblor que en mí provocaba el recuerdo de una hereje. También le conté de mis pesadillas sobre Antonio y el consejo que le había dado.

Esperé su contestación deambulando por Londres. Lo curioso e irritante es que sólo recorrí sitios que ya conocía por haberlos visitado con otra persona. Volví por Regent Park, y me estuve durante dos horas contemplando las asquerosas criaturas del «Serpentarium». ¿Por qué, si a mí los ofidios me dan repeluznos? ¿Qué deleznable arcilla ésta de la que hemos sido formados! A mí me dan arcadas las culebras, pero como a cierta persona la fascinan, héteme aquí fascinado por esos inmundos animalejos... Confieso que estaba moral y cerebralmente degradado... Si no resisto la carne de cordero ¿por qué volví a un restaurante de Liverpool Street a saborear unas chuletas, especialidad de la casa? ¿Y aquel *pub* del subsuelo de Picadilly Circus? ¿Y la Wallace Collection? ¿Y la National Gallery? ¿Y por qué visité, por tercera vez, la Torre de Londres? Y, en fin de cuentas, ¿por qué pasaba varias veces al día por el London College for Foreign Studens, cuyo primer banco de la Clase C estaba más triste que un desierto tibetano?...

Nunca había pensado yo que el ser humano pudiera caer tan bajo.

¿Qué horrible es la soledad cuando no se la busca! Huir del trato de los hombres por voluntad propia no es sacrificio y resulta hasta saludable. Pero verse recluido con uno mismo sin desearlo, es morir en vida. Y la vida es tediosa, estúpida, insípida, sin alicientes. Uno se acuesta y no da un rábano por despertar al día siguiente. Es mejor dormirse para siempre; no vale la pena llegar vivo a la mañana, sabiendo que seguiremos solos, malhumorados, vacíos de ilusiones y sobresaturados de nostalgias de unos ojos inmensos, serios, de una boca maldiciente y preciosa...

Soy un tipo frívolo, voluble, ligero, lo reconozco; enamorarse dos veces en un semestre habiendo tantos problemas por el mundo adelante, es impropio de personas de bien y sensatas...

En este estado de ánimo me cogió la respuesta de mi tío Felipe. ¡Qué carta, Señor de los Cielos!... Yo le había planteado un caso de conciencia, por llamarle de alguna forma, y él me rebotó una exégesis del movimiento reformista con alusiones a los albigenses... ¡Los albigenses, Dios mío! ¡Como si a mí me importaran los albigenses, o que la palabra hugonote sea una corrupción del alemán *eidgenossen*, que significa «unidos por juramento»!... No hay sacerdote más culto en la Iglesia Romana que mi

tío Felipe: puedo asegurarlo. Ni nadie que sepa más que él sobre la Reforma y la Contrarreforma. Me pintó en su carta una matanza de valdenses que ponía los pelos de punta; ¡y qué Noche de San Bartolomé, por mis muertos!... ¡Qué erudición la de mi tío Felipe! No hay derecho a saber tanto y estragarse en una vida horaciana.

Terminaba su carta diciéndome que pidiese consejo a mi madre y que no buscase la opinión de la tía Martine, «cuyo especial sentido de las cosas roza los linderos del más endiablado jansenismo...». Tengo que hacer constar que el tío Felipe siente un gran respeto por mi madre, desde que vio que ella, con su pasividad, conseguía meter en cintura a mi padre. Porque mamá, que no presume de carácter firme, lo tiene, y diamantino, cuando le interesa algo; mi padre le interesó en grado sumo, y lo convirtió en el más sedentario de los ingenieros.

El tío Felipe intentó borrar mis preocupaciones sobre Antonio contándome una anécdota del padre, que demostraba palpablemente que la esquizofrenia era tan común en los Orдовs como las orejas y las narices en los seres humanos.

La carta del tío Felipe no mejoró mis inquietudes, mas sirvió para espabilarme un poco. Por lo pronto, la mañana que la recibí falté a clase y empleé ese tiempo en presenciar la regata Oxford-Cambridge desde Lonsdale Road. El día estaba tristón y nublado, pero la gente lo pasó en grande a la orilla del río. Nunca he visto tanto colegial inglés uniformado como aquella mañana. Esgrimían banderitas alusivas y se metían con los mayores como cualquier jauría de niños continentales. La regata, como es consiguiente, la ganó Cambridge. Yo, ¿para qué mentir?, me aburrí de lo lindo. Y es que está visto que cuando las grandes cosas ocurren al pie de casa, nos parecen insignificantes y sin valor...

Después de almorzar un bodrio inmundado en un restaurante griego y cochambroso de Earls Court, me desplazé a Clapton. Me costó la intemerata dar con la calle del coronel Novoveski, una calle bien poética por cierto: Nightingale Road, que vertido al román paladino quiere decir calle del Ruiseñor. Tenía su entrada por Hackney Downs; no parecía muy comercial y sí más desierta que la Isla de Pascua. Por fuera, la razón social «Novoveski and Armijo» presentaba regular aspecto. Era una tienda con escaparate estrecho y lleno de cacharros eléctricos, con una puerta que al abrirse hacía sonar una campanilla cristalina. Dos escalones traicioneros atentaban contra la integridad física de los posibles clientes.

Cuando yo entré, el coronel atendía a una señora con retoño. Enfundado en una chaqueta de resplandeciente alpaca mostraba una plancha con la suficiencia que un gran joyero debe de poner al enseñar su mercancía. Me vio y apenas me hizo una leve inclinación de cabeza. Me fijé en cómo observaba al niño: talmente un cazador a la espera de su presa. En el momento que el muchacho cogía con sus manos inocentes un cazo eléctrico, el coronel, cual un relámpago, actuó, atizándole un gran palmetazo en los dedos con un trozo de flexible. El niño soltó su botín, miró horrorizado para su

madre y rompió a llorar. Creí que la cliente golpearía al coronel con la plancha, pero se contentó con increparle. En unos segundos le aplicó dos docenas de adjetivos sajones por haberse atrevido a atacar a su *poor little thing*.

—Muy señora mía —dijo el coronel, impertérrito, yendo hacia la puerta—, su *poor little thing* es una nauseabunda cría de araña que apesta mi establecimiento.

Abrió la puerta, sonó la campanilla y esperó a que madre e hijo, la una maldiciendo y el otro a moco tendido, abandonasen su *boutique*. Volvió a sonar la campanilla, se miró la muñeca, y dijo:

—Hora de cierre, mi joven amigo.

Falso; lo menos quedaban dos horas. Se conoce que lo hacía en mi honor. ¡Un gesto de caballero metido a comerciante por avatares de la vida! También me satisficieron grandemente su abrazo y sus disculpas por no haber estado más expresivo al cruzar yo el umbral de su casa.

—Mi joven amigo —expuso invitándome a pasar al interior—, desde que he abierto esta humilde *boutique*, gracias a la munificencia de nuestro admirable Armijo, me propuse separar mi vida social de mi actividad comercial. Por ello, yo no puedo consentir ni permitirme la descortesía de saludar a un amigo, descubriendo mis sentimientos más íntimos, delante de toda esa gallofa que acude a este bohío para proveerse de artilugios caseros.

—Señor —repliqué de corazón—, genio y figura hasta la sepultura.

Pagó mi requiebro con una sonrisa y me hizo pasar a una salita, que adiviné comedor, cuarto de estar y quizá dormitorio. Había algunos libros, unas sillas de paja, una mesa, un aparato de radio y un diván. La salita tenía una ventana francesa que daba paso a un patinillo con gran cantidad de cajones y una bombona de regular tamaño, de hierro, que recordaba un mojón de carretera.

Me obligó a sentarme y trajo una botella de vodka. Polaca, según me dijo, y no tan buena como antaño, «desde que el Gobierno de sicarios moscovitas había creado el Monopolio estatal del Alcohol». La bebida era demoníaca, con sabor a aguardiente del Ribero edulcorado. A la tercera copita, mis problemas sentimentales se habían esfumado y una gran beatitud comenzaba a dominarme. Cuando íbamos por la cuarta apareció Andrés Gembitski. Estaba más gordo y con menos pelo. Me dio un abrazo, que en mi laxitud espirituosa me emocionó. Andrés no gustaba del vodka para empezar. Pero cuando ya llevaba despachadas tres botellas de cerveza, dedicóse a alternar copita de licor y sorbo de lo otro. Yo me dije que aquello debía de ser muy parecido a mezclar ginebra con *ale*, y le imité.

Hablamos de todo un poco: de la vida, del viaje de Armijo, de política, de nuestros países, del *bel canto*, de música, y otra vez de la vida, que en palabras del coronel era una ciénaga donde sólo pueden vivir a gusto hediondas arañas.

Andrés tuvo un extraño capricho.

—Mi coronel... —dijo.

—Puedes llamarme tío, Andrés Gembitski, hijo de mi hermana María. Que nuestro joven amigo español se sienta como en familia.

—Tío Ladislao —prosiguió entonces Andrés—, ¿te importaría que hiciese una apuesta con Martín?

—Andrés, hijo, ¿desde cuándo te dedicas a atentar contra el dinero de nuestros invitados?

Andrés explicó que la apuesta sería en sorbos y no en moneda. Él tiraría la primera botella; si acertaba a la bombona, yo tendría que tomar un sorbo de cerveza o de vodka: a elegir. Yo tiraría la segunda, y así sucesivamente. Lanzamos tres cada uno y los tres hicimos diana. Reímos y bebimos alegremente. El coronel se animó y participó en el tiro. Falló la primera, mas acertó la siguiente. Fue un derroche de botellas, lo comprendo, pero teníamos un cajón entero de ellas. Así que cuando queríamos probar suerte, apurábamos el contenido y disparábamos el continente.

También cantamos. Andrés lució su voz de bajo y las paredes temblaron. Al poco de empezar los latines, sonaron golpes y gritos en el piso de arriba. El coronel, cadavérico e inmutable, pidió al sobrino algo con que acallar a las arañas del primero. Andrés trajo los trozos del tubo de una aspiradora, y el tío los fue empalmando con parsimonia. Cuando el tubo alcanzó la longitud adecuada, con ritmo telegráfico sacudió contra el techo unos puyazos aterradores. Yo me puse tan malo, que me dolió la tripa y la inserción maxilar a fuerza de reírme. Mi risa, sin embargo, se cortó de súbito al repiquetear un timbre. El coronel se levantó, y con su estrambótica lanza se fue pasillo adelante. Andrés, aún riendo, me prendió de un brazo y me condujo tras los pasos de su tío. Éste había abierto la puerta y escuchaba en silencio los denuestos de una mujer seca de carnes y arpía de compostura. El coronel levantó una mano y la vecina calló.

—¡Guau, guau, guau! —ladró tres veces el coronel.

La mujer abrió una boca de a palmo.

—Señora mía —añadió él en inglés—, nuestros lenguajes, aunque perrunos, son diferentes. Nunca nos entenderemos. ¡Buenas noches!

Cerró la puerta de golpe. Parecía indignado por la conducta del vecindario. A mí me cogió de un hombro y me llevó de nuevo a la salita. Allí, ya sentados, arrojó con tino una botella contra la bombona, y rogó:

—Andrés, hijo de mi hermana María, canta *La Pulga* para nuestro joven amigo español. Con tu voz, Andrés, hijo, *La Pulga* es angustia pura.

Cantó *La Pulga* y creí que se venía la casa abajo.

Abandoné aquella gorrinera después de haber estrellado veinticuatro botellas de cerveza y dos de vodka del Monopolio estatal polaco.

Como me sentía solo y el vicio es tentador para la juventud, volví a la tarde

siguiente con dos botellas de ginebra y una de coñac español, que guardaba como oro en paño desde meses atrás. Se las llevé de obsequio a mis amigos, pero yo también bebí de ellas. Esta vez nos acompañó otro polaco, un tal Billevich, cincuentón algo amadamado, que olía a perfume y escupía al hablar. Los cuatro bebimos, cantamos y lloramos, pues yo tuve que seguir con morriña galaica aquella corriente incontenible de nostalgia eslava.

Al día siguiente, lo mismo. Y al otro. Llevé vida de golfo por espacio de una semana. Fui una víctima de mis sentimientos. Conocí gentes extrañas y afables, que nunca hubiera tratado en circunstancias normales. Descuidé totalmente mis estudios y apenas escribí de mi novela. Un crápula. Incluso una noche permití que Andrés me presentase dos *girls* de la Compañía americana de operetas que llevaba en el «Hippodrome» cerca de un año. ¡Qué chicas aquéllas! Dos hermanas gemelas de Savannah (Georgia), rubias, monísimas y verdaderamente gallinas. Buen trabajo le costó a mi virtud salir incólume...

Esta canita al aire provocó la intervención paternal del coronel y puso fin a mi vida disipada.

—Mi joven amigo —me dijo un día después—, pocos tíos se sienten más orgullosos de un sobrino como yo de Andrés Gembitski. Es noble y sincero; es una pepita de oro. No obstante, los medios y amistades que frecuenta por razón de su carrera artística son inadecuados para un joven estudiante de la London School of Economics. Item más: mi conciencia me recrimina por consentir que uno de los pupilos favoritos de mi gran amigo Armijo lleve tan empecinadamente una vida como la que usted, mi joven amigo, sigue de una semana a esta parte...

Expuso con afecto y sensatez una serie de argumentos que me hicieron dejar Nightingale Road con las orejas gachas y un sí es no es avergonzado por mi conducta pasada.

Al llegar a casa me llevé un susto de muerte. Nada más abrir la puerta mi pituitaria registró un aroma delicado, nostálgico, perfectamente definido: loción D’Houbigant; algo que yo asociaba a cierta *toilette*: un chaquetón de ante, una blusa de seda cruda y una falda negra. Para esa ropa —admitía pequeñas variantes, claro—, siempre una loción, más fuerte que la colonia, pero menos penetrante y duradera que una esencia... ¡Si entenderé yo de perfumes con una tía francesa en la familia!...

No me equivoqué. En el cuelgacapas estaba el chaquetón causa de mis cogitaciones asociativas. Yo adopté un aire indiferente, serio, de hombre cansado que llega a casa después de una dura jornada de trabajo. Me moví despacio, con pisadas arrastradas. Llegué a la sala-comedor y desde la puerta di las buenas noches. Una escena de *home, sweet home*. Miss Elisabeth desenvainaba guisantes y miss Margaret bordaba en bastidor el cojín número doce del invierno. Fue ella quien me miró por encima de sus gafas —siempre las tenía en la punta de la nariz— y me dijo:

—¡Mire quién ha venido!

La hugonota fumaba reclinada en una esquina del sofá, llenándonos de clase y de humo nuestra humilde morada. Me miró como si me hubiese visto media hora antes. Sus ojos seguían iguales: serios, inmóviles, tremendos.

—*Ça va?* —dije yo.

—*Ça va* —dijo ella.

Me tendió la mano como si me hiciese un favor; yo apenas se la toqué. Aún permanecí unos minutos en la sala. Pocos. Huguette me preguntó si había regresado Sebastián; respondí que no, y ella repuso que el panameño, a su paso por París, había cenado una noche en casa de Jacqueline y René.

—¡Ah!... —exclamé yo—. ¡Ah...!

Luego miré el reloj y dije que tomaría un baño antes de cenar. Lo hice con toda calma, recreándome en la cochina sensación que me embargaba. Desde el cuarto de baño me fui directamente a la habitación. Sentada en mi butaca, naturalmente, estaba la hereje. Tenía una revista gráfica española en las manos y la hojeaba con displicencia.

—Esto es pésimo —dijo dejándola caer al suelo—. ¿No sabéis hacer nada mejor en España? Es una confección de hace treinta años.

No respondí, ocupado en meterme un jersey y en domeñar mi pelo con auxilio de un cepillo.

—Estás más delgado, ¿no?

—Culpa de las viejas; me matan de hambre.

—Ellas no opinan lo mismo. Dicen que faltas mucho a cenar. Y que bebes demasiado.

—Cierto. ¿Te han dicho también cuándo me echan?

—No creo que te echen nunca. Te quieren mucho. Lo clásico: dos señoras de edad, solteras, que se enamoran de su pupilo.

—Lo clásico.

—¿Por qué no vas por el Instituto?

—¡Psh...!

En realidad, ya no lo necesitaba. Sólo perdía el tiempo. La única clase interesante era la de Mr. Mitcham, y a éste le tenía bien cerca. Algunas noches le visitaba para charlar y meternos con nuestros respectivos países. Mrs. Mitcham, ya acostumbrada a mi estatura, solía darme té, horrible, y un tomatito crudo, muy pequeñín, con cada taza.

—¿Sabes que pronto empezarán las pruebas para el título de Cambridge?

—Sí. No me interesa.

—Yo me he inscrito. Sólo nos hemos apuntado Antonella y yo.

—¡Ah, Antonella...! ¿Sigues de abrigo?

—Ya se lo ha quitado. Me preguntó por ti. Te echa de menos. Todo el Grupo C te echa de menos. Se aburren sin tus peleas con Blyth.

Mi amiga francesa venía muy locuaz. Estuvo hablando sin parar cerca de diez minutos. Yo respondía por monosílabos y me hacía el interesante. A ella, como me despreciaba, le tenía sin cuidado mi tesitura. Miss Elisabeth vino a interrumpir su insulsa cháchara sobre el Instituto de Lenguas y las ofertas de trabajo agrícola para estudiantes que habían colocado en los tablones.

—Amiga mía —dije yo al avisar miss Elisabeth que la cena estaba servida—, no irás a sorprenderme metiéndote a agricultora...

—¿Por qué no? Hace dos años estuve en Suecia en un campamento. Repoblando montes. Nos pagaban bien.

Éstas eran las cosas que me irritaban en la hereje: cuando uno creía saber toda su vida, ¡zas!, dos o tres palabras bastaban para convencerme de mi error. ¡Un campamento en Suecia! ¡Repoblación forestal! Cada día que pasa me doy más cuenta de lo inframontano que soy. «Zapatero, a tus zapatos». Las señoritas que se respeten, a zurcir sus cositas y las de sus hermanos, en tanto no aparezca un marido. Después, si Dios lo estima oportuno, a repoblar; pero sus hogares con mocosos, no montes con abetos nórdicos.

—Ejemplar —mascullé.

—Ejemplar, ¿qué? —inquirió ella, que tenía oído de tísico—. Te encuentro muy nervioso, Martín. Llevas gruñendo media hora.

Yo me reí como una hiena, y aseguré que mi gran simpático sufría los efectos de una vida de crápula: vino, mujeres, drogas...

—¿Cenas en casa?

—Sí. Las hermanas se han empeñado.

A las hermanas, como ella decía, se las tenía metidas en el bolsillo a fuerza de obsequios y atenciones.

—¿Qué les has traído? —pregunté con fina ironía.

—Y a ti, ¿qué demonios te importa?...

Miss Elisabeth y miss Margaret eran tan sencillas y Cándidas que se sentían un tantico impresionadas de que en su humilde hogar dos jóvenes «doctores» —«eso» éramos para ellas— estuviesen gestando una obra literaria. La novela, para las dos hermanas, era una especie de tabú, y barrunto que en sus *tea-parties* motivo principal de conversación. Estoy convencido de que el respeto de las hermanas por el fruto de mi caletre fue debido al interés que por él se tomó Sebastián al principio. Y se comprende. Ver a un caballero como Sebastián, a quien tanto admiraban, preocuparse de la novela, comentarla, debió de hacerles sospechar que bajo su techo se estaba fraguando el escándalo del siglo.

Aquella noche, miss Elisabeth nos preguntó si «trabajaríamos» con la máquina de

escribir en mi cuarto. Le aseguré que no, y pareció más tranquila, cosa natural, pues hay que oír en el silencio nocturno el tableteo de mi viejo cacharro. Antes de marcharse con el mantel lleno de migas, nos rogó —miss Elisabeth era la pillina de las hermanas— que no discutiésemos sin antes cerrar las contraventanas, para que la cotilla del chalet vecino no se desvelase.

—No discutiremos, miss Elisabeth —prometí formalmente—. Váyase tranquila.

Razón tienen las mujeres en no hacer caso de las promesas de los hombres.

La bronca no fue inminente.

Primero Huguette salió un instante para volver con un paquete alargado y rectangular, que dejó sobre el brazo de mi asiento.

—Un cartón de tabaco —dijo.

—No has debido molestarte —aduje yo sin tocarlo—. Ya sabes que no me gusta el rubio.

—Eso de que prefieres el negro es un decir, ¿no? Desde que te conozco, mis paquetes duran tres veces menos.

Se acomodó en el sofá con su estilo personal, en un rincón y estirando las pantorrillas sobre el asiento.

—Amiga mía, ¿estás insinuando que gorroneo tu insípido tabaco rubio?

—No insinúo; formulo una verdad inconcusa.

Gruñí algo por lo bajo, que ella no captó, y por molestarla saqué la petaca, el librito y me puse a liar un cigarro de esos gordos y que todo lo apestan.

—Háblame de la novela —pidió al fin—. Estaba deseando que se fuesen las hermanas a la cama para hablar. ¿Has escrito mucho?

—No. Muy poco. Capítulo y medio. O menos.

—¿Capítulo y medio en quince días? Es absurdo. ¿Cómo es que has adelantado tan poco? ¿Mucho trabajo en la Escuela?

—No mucho —confesé.

—Si no has tenido trabajo, ¿puedes decirme en qué has perdido el tiempo, además de emborracharte?

—Claro, amiga mía: además de emborracharme, perdí mi tiempo en lo que me dio la gana.

Había conseguido un pitillo gordísimo, estallante. Dentro de unos segundos no se pararía en la salita de humo, y mi refinada compañera lanzaría venablos sobre el tabaco español y los españoles.

—¿Cómo has resuelto el capítulo diez?

—Bien —respondí.

—¿Cómo?

—Matando a Hipólito.

Pasó un ángel. Pero un ángel de categoría: un arcángel. De los que provocan un

silencio trascendente, pesado, denso, palpable...

Su voz era suave, dulcísima, acariciante.

—Cuando dices que has matado a Hipólito, ¿te refieres a Pedro?

—Cuando digo Hipólito, me refiero a Hipólito.

—Martín, amigo mío, eres un...

—Hipólito ha muerto. Respetemos su óbito evitando las palabras profanas.

Me recliné, orondo, en mi asiento y expulsé una tufarada de gases hacia el techo. De soslayo, la veía quieta, dominada por la ira, aterrada por la muerte de su favorito.

—Martín, amigo mío, ¿te he dicho alguna vez que eres una personalidad infectada de resentimientos?

Yo seguí exhalando humo protoplasmático.

—¡Puerco vengativo! —dijo.

Y estalló en abanico.

—¡Bellaco!... ¡Cerdo!... ¡Te has atrevido a matar a Pedro! ¡No tienes derecho, me oyes! ¡Pedro es mío!... ¡Habíamos quedado...!

—Yo hago lo que quiero con mis personajes. Los mato, los tronzo, los descuartizo, los mutilo o los abraso. ¡Lo que quiero! Soy un padre de la Vieja Roma.

—¡Pues Pedro no morirá!...

—Hipólito ha muerto; hace semanas; ya huele.

—¿Dos justas, verdad, innoble rencoroso? ¡Anda, véngate en Pedro de tus...!

—¿De mis...?

—¡De tus...!

Empezó a dar puñetazos en el brazo del sofá; igualito que una niña emberrenchinada. Yo, en la gloria, apuraba mi cigarrillo negro.

—Martín, hablemos con calma... Pedro no morirá...

—Hipólito es hoy comida de gusanos; carroña semilíquida fluida...

—¡Martín, no me provoques! ¡Pedro no morirá!

—Cierto; ya se ha muerto.

—¡Pues resucítale, *sapristi!*

Vislumbré como su diestra, insidiosa, se acercaba a los zapatos, y agarré un morillo de los de la chimenea.

—Camarada De Guenard —avisé con dulzura—, nada de juegos de tacón, o te parto la cabeza de un morillazo. ¿Queda bien claro?

Inexplicablemente, sentí un escalofrío. No creo que fuese por ver su mano sobre la pantorrilla, pues no soy de natural voluptuoso. Más bien lo achaco a la pregunta que en ese instante nació en mi magín: si tan chiflada y temperamental criatura de destino se entusiasmaba así por un ser imaginativo, por un ente literario, ¿qué no haría por un individuo de carne y hueso? Nunca se me había ocurrido, y la respuesta a mi pregunta me deslumbró, llenándome el cuerpo, otra vez, de aquellos impertinentes

y cosquilleantes gusanitos.

Enfurrñada, pero ya más calmada, pidió:

—Dime cómo te has deshecho de Pedro.

—Hipólito muere a manos de un aduanero alemán.

Contrastando reflejos, yo no tenía nada que hacer con Huguette de Guenard; por tal motivo no pude evitar que su zapato golpease mi pecho con la fuerza de un ariete.

—Ah, *ça non...!* —chilló—. *Jamais de la vie!... Ça non!...* ¡A manos de un alemán! ¡Te has atrevido, puerco, a matar a Pedro así!... ¡A manos de un alemán, de un *boche!* ¡De un *boche!*... ¡Cerdo! ¡Puerco! ¡Gorrino! ¡Marrano! ¡Cochino! ¡Guarro...!

Y así hasta quince sinónimos, que no hay idioma más rico que el francés en cuestiones porcinas.

—¡A manos de un *boche!*... —gimió.

Yo dejé el morillo y cogí el zapato. Era nuevo; al menos no se lo conocía. Una fruslería. Una insignificancia. Apenas tres centímetros cuadrados de piel. No era honrado romper una cosa así cuando tanta gente se muere de hambre en este mundo. Y decidí hacer algo que quizá la molestara más. Me levanté y me acerqué a ella; prendí su pierna por el tobillo y apreté. Huguette no hizo el más ligero movimiento, acaso dominada por la sorpresa. Le encajé el zapato, la solté, y volví muy serio a mi asiento.

—Me has hecho daño —dijo en una voz bastante rara.

—Pasará pronto. No es nada físico. Sólo repugnancia de sentir sobre ti las sucias manos de un español.

Me encantó verla sofocada por tercera vez en nuestra amistad. Y como las anteriores, sucedió en un segundo; flujo y reflujo de sangre fueron casi simultáneos.

Luego se levantó.

—¿Te vas?

—Sí.

—Te acompaño.

—No hace falta.

—He dicho que te acompaño.

La acompañé hasta Harnmersmith, donde la metí en un taxi y la envié a su hotel.

No pegué ojo en toda la noche, pero me levanté contento como una calandria. Y como tal asoné la casa desde el baño. Me desayuné con un ferrado de *corn-flakes* y emprendí una nueva jornada. Fui a la Escuela. Las clases pasaron volando, y al finalizarlas invité a Paul Manning, un neozelandés de Auckland, recastado en maorí, a quien debía el favor de suministrarme apuntes. Me lo llevé a un restaurante birmano de las cercanías de Charing Cross. Me gasté mis buenos chelines, mas valió la pena. Servían una ensalada caliente de verduras exóticas con trocitos de carne, sabrosísima.

Claro que los trocitos eran de rata de río, pero como el neozelandés no lo sabía, se creyó que tomaba faisán. Yo conocía el sitio y el plato por unos químicos bilbaínos que sólo pensaban en comer.

Regresé a Barnes temprano: a eso de las cuatro. Me puse a escribir en el acto, sin cambiarme de ropa. ¡Esperaba visita y soy presumido! Durante la primera media hora todo marchó bien. Recorté el capítulo décimo con ánimo de rehacerlo. Un truco indigno de un novelista que se precie pero asunto de ser o no ser para mí. Por ello, pillé a un pobre estudiante americano que vivía despreocupado en el capítulo doce y lo pasé al décimo, dándole una muerte abominable. Hipólito-Pedro resucitó con las mismas características que antes; o quizás un poco más taciturno, que no en vano se vuelve del Más Allá... Al acabar mi faena leí el capítulo entero y lo encontré bastante bueno como para hacer las paces con Huguette de Guenard.

La tarde fue cayendo y mis buenos propósitos enfriándose. La visita no llegaba. A las seis dudé si matar de nuevo a Hipólito y resucitar al estudiante. Me contuve hasta las seis y media; luego, hasta las siete. A esa hora ya no pudo hacer nada mi indignación, porque miss Elisabeth vino a avisarme que la cena estaba servida. Casi no probé bocado. Tuve que disculparme con las patronas, atribuyendo mi falta de apetito al festín birmano.

—Por la mañana se sentía mejor, ¿no es cierto, Martín? —preguntó miss Margaret, que también tenía su malicia.

—Por la mañana aún tenía yo fe en las personas.

—¡Oh, Martín!...

La casa se me convirtió en una jaula, y dije a las dueñas que me iba al cine del barrio. Pasaban una cinta sobre la Legión Francesa, que me entretuvo en su primera parte. De la segunda no tengo ni idea. A media película se entreabrió la puerta y una sombra más penetró en la penumbra de la sala. La distinguía en seguida. Alcé un brazo y crují los dedos, con la confianza que nos da sabernos en un local pequeño, malo y desierto. Huguette me oyó primero y me vio después cuando me levanté. Vino taconeando, segura de sí y sin preocuparse de los siseos de la docena escasa de personas que allí había. Se sentó a mi lado, y la pantalla ya no me dijo nada.

—¿Qué haces aquí?

—Las hermanas me advirtieron que estabas en el cine. ¿Qué tal es lo que pasan?

—Heroico. Como todo lo de tu sublime país. Ya oí diez veces *La Marsellesa*. ¿A qué has venido?

—He venido por Pedro.

En la penumbra de la sala su voz resultaba desconocida, amistosa. Me pareció vivir un momento ya vivido; algo ocurrido muchos años atrás o en otra vida...

—¿Me dejas cogerte la mano?

Mi petición debió de indignarla tanto, que no pudo ni supo contestarme.

Cuando se encendieron las luces me comporté como si no la conociese, envuelto en mi aire de dignidad herida. Esta actitud, sin embargo, vaciló un poco a la salida, porque en la misma puerta del cine se cogió de mi brazo y me miró con sus ojos serios y almendrados.

—No es muy tarde —dijo—. ¿Damos un paseo?

Barnes era un mausoleo. Todos estaban muertos. Ni una persona por las calles; ni un perro ni un gato. Viendo aquel paisaje nocturno hay que disculpar esa afición tan inglesa a los crímenes complejos. Un país con calles tan a propósito, tiene que producir fatalmente ese tipo de aberrado. La noche, la soledad, la escasa luz, las calles que reptan y se entrecruzan, los jardines poblados de sombras, una esquina aquí, los ecos de unas pisadas allá... Propicio y tentador. Yo mismo, que soy un muchacho sano y sencillo, me siento a veces seducido por el atractivo siniestro de la noche urbana inglesa, y de mil amores cometería alguna barrabasada a lo Jack el Destripador. Somos hijos del ambiente, y evolucionamos y actuamos según éste nos induce.

En el cruce con Nassau Road, Huguette preguntó:

—¿Por qué has querido cogerme la mano en el cine?

—En España todo el mundo se coge las manos en el cine. Hasta los soldados.

—España es un país bastante raro, ¿no?

Y cambió de tema:

—Martín, resucitarás a Pedro, ¿verdad? ¡He pensado tanto en nuestra novela estas semanas!...

Yo juré por dentro.

—Tengo material para cien capítulos. Ya verás. Hablaremos y confrontaremos ideas. Tú darás ese toque especial a las mías, y las pasarás al papel.

—Resucitando a Hipólito, ¿no?

—Claro, Martín. Lo harás, ¿verdad?

Se detuvo y me apretó el brazo. Y me miró con sus ojazos oscuros, implorantes...

—Lo harás por mí, ¿verdad, Martín?

Yo detoné, exacerbado por aquella seducción de novela barata. Paseo en la noche, voz arrulladora, apretoncitos de brazo y ojos suplicantes.

—Lo harás por mí, ¿verdad Martín? —repetí yo copiando su tono de voz—. ¡Pues no lo haré, te enteras! ¡Vete a seducir a tu honorable abuelo! ¡A mí, ¿has entendido de una cochina vez, calvinista farsante?, no me torea en una noche sin luna un virago como tú! ¡Estaría bueno!... ¡Yo necesito una mujer y una luna para dejarme seducir!

...

Se soltó de mi brazo, y yo callé. Callamos los dos. Habíamos llegado a Lonsdale Road. Un coche cruzó rauda, deslumbrándonos. Se fue perdiendo hacia Barnes Terminal. De allí vino un silbido de tren; luego, el rumor de una estación en la noche.

Cruzamos la calle. Siempre en silencio. Huguette se apoyó en el pretil sobre el río. El Támesis, dos metros más abajo, discurría lento y sombrío. Estremecía. El agua, negra como el betún, daba grima. Parecía fango animado de vida. Atracada a la rampa, casi al alcance de mis manos, una pequeña lancha golpeaba mansamente el muro con cadencia monocorde, espaciada. A la izquierda, hacia Mortlake, brillaban unas luces. Pasó una barcaza, un monstruo mudo, río abajo. Cuando ya se había confundido en la oscuridad, chifló dos veces. Aún repitió su lamento quejumbroso cerca del puente de Hammersmith.

A mi lado, Huguette encendió un cigarrillo. Sus labios, su perfil todo, cobraron una luminosidad cobriza con el resplandor de la brasa. Percibí un ruidillo, un repique; era el mechero, que nerviosamente hacía golpear contra el pretil. Estaba furiosa; había escogido el desprecio olímpico, y tenía que desahogarse por medio de aquellos golpecitos. Yo dije, con voz añorada:

—Lo harás por mí, ¿verdad, Martín?... ¡Serpiente!

La sobresalté, y el mechero se le escapó de la mano. Resbaló por la piedra, y acabó cayendo en la estrecha faja de hierba que quedaba entre el pretil y la orilla del muelle.

—¡Me has asustado! ¡Mira mi mechero! ¡Como lo pierda...!

—¿Algún recuerdo sentimental?

Me incliné en busca del encendedor. No pude verlo. Mis manos no alcanzaron el suelo, y me senté en el pretil. Salté a la franja de la orilla y empecé a buscar el dichoso artilugio. La hierba estaba húmeda, desagradable. Refunfuñé bastante, a Dios gracias.

—¿No lo encuentras?

—¡No! ¿Por qué demonios no usas cerillas?

—¿Resucitarás a Pedro, español?

Agachado como estaba, refunfuñando, no reparé ni en el tono de su voz ni en el adjetivo, gravísimo descuido por mi parte, pues por experiencia sabía que cuando me llamaba «español» algo iba mal en su cabeza.

—Contesta, español. ¿Resucitas a Pedro?

—¡Y dale con Pedro! —mascullé, yendo de un lado a otro casi de rodillas.

—Tú nadas bien, ¿no es cierto, español? Te he oído presumir de que eres el mejor nadador del mundo.

Al fin di con el mechero, solté un bufido y me erguí.

—¿A qué hora has acabado de cenar, español?

—¿Eh...?

Adiviné sus intenciones al entregarle el mechero. Ya era tarde. Quise agarrarla, maldecir, insultar, pedir socorro... Inútil. La muy miserable me empujó con nocturnidad, premeditación y alevosía.

Caí a plomo. Me hundí en aquella asquerosidad levantando una columna de agua que debió de alcanzar la calle. Hasta que atravesé la superficie no me hice mucho cargo de que aquello me estaba sucediendo a mí. Pero me tragó el río, yo tragué al río y el mundo se precipitó sobre mis pobres espaldas. ¡Señor, qué negro es el Támesis! ¡Qué mal saben sus aguas, bacín marinero de los Siete Mares!... Y yo descendiendo, descendiendo... Y mi cabeza dando vueltas, reflexionando, convenciéndome de que yo, Martín Canel, no era el que caía en aquel negrísimo pozo... ¡Qué pesadilla, qué horror nauseabundo y viscoso!

Después reaccioné y ya fui el experto nadador de las costas gallegas.

Subí sin aire y lastrado con diez hectolitros de miasmas en mi interior. Volví a atravesar la línea del agua, en sentido inverso, con el ímpetu de un proyectil. Y aspiré a estertores. ¡Qué delicia! ¿Quién ha dicho que el aire de Londres está viciado por las toneladas de carbón que queman sus chimeneas? ¡Mentira! No hay aire más sano ni más embriagante.

—¡Martín, amigo mío, qué salto más maravilloso el tuyo!

La voz vino de arriba. Sobre el pretil, alguien fumaba. ¡Qué lejos parecía la brasa roja del cigarrillo!

—¿Hay cangrejos, Martín, camarada? ¿Y anguilas? Tienen fama de voraces las anguilas. Por lo menos las del Sena.

¿Cangrejos?... ¿Anguilas?...

Empecé a nadar, horripilado, presa del asco, de la aprensión, de la náusea, pensando que en aquella negrura tenía que haber de todo... Tiburones, anguilas, cangrejos, barracudas, pirañas...

Arribé a la rampa. Una chispa pasó por delante de mis ojos y se extinguió en el agua. Una colilla... Miré otra vez hacia arriba. Se despedían de mí agitando una mano. Percibí el rumor de unos pasos corriendo.

Y entonces me sucedió algo muy curioso: oí la voz, casi olvidada, de mi padre dentro de la cabeza. Juro que sentí una voz. ¡Lo juro! Tenía que ser la de mi padre. Sólo un padre puede acudir en momentos tan azarosos junto a su hijo. Era la voz de mi padre, que decía: «Martín, hijo, eres un completo imbécil. Me siento avergonzado de ti. Jamás pude imaginar que un hijo de tu madre y mío se viese tan escarnecido. ¡Y por una francesa! Estabas allí, humillándote, con la cerviz vencida y buscando un encendedor; te llamó español, te preguntó si sabías nadar, llegó a interesarse por la fase digestiva de tu cena... ¿Y tú, qué?... ¡Botarate!...».

—Bueno ¿y qué? Para ti es muy fácil saberlo todo. Estás muerto. Pero ¿y yo? Yo estoy vivo. ¿Y qué puede un vivo frente a las marrajerías de una lagartona?

¡Estaba hablando solo!... ¡Sostenía un coloquio con mi padre muerto!... ¡San Martín de mi vida, qué estremecimiento tuve! Subí corriendo la rampa, mirando para todos los lados, temblando de frío y de pánico. Lonsdale Road seguía desierto. Lo

atravesé a paso de carga y me metí por Gerald Road. cuya oscuridad me atrajo como un imán. A carreritas, bien pegado a las sombras de las casas, me fui acercando a mi hogar, a mis buenas señoras. ¡Qué triste y desamparado me sentía! ¡Cómo necesitaba sus atenciones! ¡Y cómo huí por Westmoreland Road cuando se abrió una puerta pocos metros delante de mí! Escapé del chorro de claridad, de las voces, dejando un rastro de agua y de zapatos chirriantes.

Volví a mi calle y avizoré. Nadie. Eché a correr de nuevo. Pasé como una exhalación por delante del chalet de los Mitcham. Vi luz en la ventana de la sala, y me imaginé al profesor de Fonética leyendo las oscuridades de su idolatrado James Joyce.

Llegué jadeando a casa. Abrí la puerta con infinito cuidado. Sorprendido, vi que estaba encendido el *hall* y que en la cocina había luz. Oí el ruido de una plancha sobre su parrilla. Estaba perdido. Miércoles: noche de planchar. Sonó la voz de miss Elisabeth:

—¿Es usted, Martín?

Antes de que pudiese contestarle, salió al pasillo. Se quedó de una vez. Comprendo que yo no debía de estar muy presentable, en pleno vestíbulo, chorreando agua, con las ropas empapadas, el pelo sobre la frente y un charco de lo más equívoco a mis pies.

—¡Martín! —hipó—. ¡Martín! —chilló—. ¡Pobrecito! Pero ¿qué le ha pasado. Dios mío? ¡Si viene...! ¡Pobrecito!...

—Señora —dije con voz cavernosa—, me he caído al Támesis.

—¡Virgen Santa! ¡Se cayó al Támesis! ¡Margaret! ¡Margaret! ¡Nuestro pobrecito Martín!... ¡Margaret! ¡Por Dios, Margaret!... ¡Ay, qué cosas le pasan, Martín! ¡La cara desfigurada, la pulmonía, y ahora se nos cae al río!...

—Señora —dije con voz aún más cavernosa—, soy un desdichado. Lo sé. No me lo recuerde; por favor.

Margaret apareció en la escalera abrochándose la bata. Su impresión fue tal, que tuvo que agarrarse al pasamanos.

—¡Pero, Martín...!

Yo la miré, y me sacudí del cuerpo un galón de agua. Salpiqué a miss Elisabeth y puse perdidas las paredes.

—¡Fíjate, Margaret; fíjate, mujer, cómo viene nuestro pobrecito Martín!

—¡Pero, Martín...!

—¡Se cayó al río, Margaret! Qué cosas le pasan, ¿verdad?

—¡Martín, a su edad! ¡Y con la pulmonía tan reciente! ¡Recaerá, Elisabeth!

—¡Pobrecito, pobrecito...! Qué cosas le pasan, ¿verdad?

Empezaron a revolotear a mi alrededor, me tocaron, me exprimieron las ropas, me acariciaron, ¡qué sé yo lo que hicieron las dos hermanas!

—¡Y qué sucio, Margaret! ¡Fíjate! ¡Está negro!

—¡A su edad, Martín!

—¡Qué cosas le pasan a nuestro pobrecito español! ¿Verdad, Margaret?

—¡Si está llorando, Elisabeth! ¡No, Martín, no llore! ¡No será nada! ¡Le limpiaremos y le secaremos!

Repetí mi sacudida y el agua las apartó un poco.

—Señora —dije yo muy digno, a lo ampuloso—, un español no llora por caerse a un río. Es el petróleo de su asqueroso Támesis, que irrita mis ojos.

Me sacudí por tercera vez, subí dos escalones y con aire ofendido afirmé:

—Voy a bañarme, señoras.

Me pasé por tres aguas, y no me gusta desorbitar las cosas, pero firmemente creo que solté petróleo para abastecer unas maniobras no muy largas de la *Home Fleet*.

Tardé bastante en bañarme, y aún más en convencer a mis dueñas de que todo estaba en orden y de que podían irse a la cama. ¡Qué bonísimas personas, qué inigualables samaritanas para un muchacho que se sentía tan desamparado, tan desvalido y desgraciado! Nunca podré pagarles lo que hicieron aquella noche de mi caída al fétido Támesis.

A las once y media ya volvía a estar la casa en silencio. Me tomé en la cocina mi buen tazón de cacao con bizcochos y me fui a mi cuarto. No me acosté porque estaba muy nervioso. Me senté a la mesa, abrí un libro de A. P. Lerner y me puse a estudiar el control en la economía. ¿Estudiar? Inexacto. Nadie puede leer, y menos estudiar, después de caerse a un río, empujado por la más artera de las francesas. Lo único que conseguí fue quedarme ensimismado en el párrafo primero de la página 37 de un volumen llamado *The Economics of Control*. Con la cabeza entre las manos, mirando fijamente para el párrafo primero, me abstraí durante no sé cuánto tiempo. Hasta que me picaron las narices y olí humo. De tabaco. Pensé que alguna colilla ardía en el cenicero y lo registré con la vista. Luego me di cuenta de que el humo venía de fuera. Se colaba en la habitación a través de la rendija que dejaban las cortinas. Me levanté, sobresaltado, para investigar el origen de aquella flébil columna de humo. Descorrí las cortinas de golpe.

Allí estaba. La francesa, la hereje, la... Muy seria, fumando, apoyada en el antepecho de la ventana...

—¡Hola! —dijo.

Yo no respondí. No podía. Tenía que buscar algo conciso, cabal, exacto; un solo epíteto que expresase con fidelidad mis sentimientos en ese momento, algo rotundo, fuerte, contundente.

No se me ocurrió nada.

Ella sonrió. Y yo, enfurecido conmigo mismo, por encontrar su sonrisa deliciosa, di un paso.

Seguía sonriendo.

De pronto, la voz de mi difunto padre sonó de nuevo en mi cabeza. Sí. Lo juro. Sonó como un clarín. Me prevenía: «¡Cuidado, Martín! ¡Esos ojos! ¡Esta gabacha tiene los mismos ojos que tu madre!...».

—Falso —murmuré—. Los de mamá son azules.

«¡No seas mentecato! ¡Me refiero a la calidad! ¡Hay más fuerza en ellos que en las entrañas de un remolcador! ¡Cuidado, hijo!...».

¡Estaba tan cerca, por el Santo Obispo...!

—Te voy a retorcer el pescuezo, hereje traicionera.

¿Cómo pudo suceder? Lo ignoro. Sólo recuerdo que sus manos, en mis mejillas, eran suaves, acariciantes, muy frías; que subieron, gráciles y sedosas, hasta mis sienes; que llegaron a mi pelo y allí se quedaron, crispadas, posesivas.

—Papista —dijo.

Y me besó. ¡Me besó, por mis muertos! ¡Me besó! ¡La bachillera De Guenard me besó! ¡Por San Pedro Abad! ¡Por mi Santo Patrono!... ¿Quién sabe de sensaciones semejantes?... ¡Por toda la corte celestial! ¡Por...! ¡Me estaba besando! ¡Me besaba, la hugonota! ¡Por las barbas del profeta!...

—¡Me estás besando, Huguette! ¡Por todos los demonios...! ¡Si me estás besando con los ojos cerrados! ¡Con los ojos cerrados!...

¡Me estaba besando con los ojos cerrados! ¡Tenía corazón, sentía...! ¡La bachillera De Guenard... sentía!

Todo vaciló a mi alrededor, subí a los cielos y aprisioné aquel rostro muerto entre mis manos. Y lo besé. Ahora yo. En los ojos, en las mejillas, en la frente, en el pelo, en los labios... Yo no sé cuánto tiempo la besé. Quizá centurias. Con hambre, con sed, identificándome con los poetas que escriben madrigales sobre las delicias del beso... Y hubiera estado besándola por los siglos de los siglos si aquellos ojos y aquellos labios, hasta entonces mudos, no se hubiesen abierto para susurrar:

—Resucitarás a Pedro, ¿verdad, español?

La solté de un empujón.

—¡Serpiente! ¡Farsante! ¡Seductora! ¡Solterona!... ¡Fuera! ¡Vete de mi vista! ¡Te maldigo, entiendes! ¡Largo!

—¡Pues claro, amigo mío! No pensarás que voy a saltar la ventana para caer en tus brazos, ¿verdad, buzo del Támesis?

Dio un brinco y se puso fuera de mi alcance. En tres saltitos llegó a la cancela, la abrió y salió a la calle. Me echó un beso con los dedos y corrió, con gracia, no puede negarse. Yo me mordía los labios, las uñas, golpeaba el antepecho con los puños...

Al fin reventó mi cólera y atroné la calma de Barnes:

—¡Así te salga un inglés loco y te mancille, hereje inmunda!

Oí sus carcajadas y, por mi abuela Remedios, que me parecieron vibración de

cristal veneciano.

Dejé la ventana y comencé a dar patadas a todo mueble que encontraban mis pies. Me planté delante del espejo y solté una palabrota terrible. Pero de súbito rompí a reír. Como un idiota. Y me di golpes en los muslos, en los costados. Y palmas. Reí. Al techo, a la cama, al espejo. Reí a mi propia y maravillosa alegría.

—¡Me ha besado!... ¿Lo oyes bien, Mahoma, viejo profeta barbudo?... ¡Me ha besado!

¡Tenía que verla otra vez aquella misma noche o me daría un berrinche! ¡Tenía que oírla, que olería, que tocar sus manos! ¡Qué hermoso es saltar una ventana, pisar unos parterres, abrir una cancela, correr por una calle!... ¡Qué maravilloso ser joven y poder volar en pos de una chica que se nos escapa en la noche! ¡Qué bello es vivir, qué dicha saberse hijo de Dios y gozar de sus cosas!...

Sólo pude verla. Fue bastante. Me crucé con su autobús cuando llegaba jadeando a Castlenau. Iba en el primer piso. En una ventanilla. Me vio agitar los brazos. ¡Y me sonrió, San Martín de mi vida! ¡Y se puso el pulgar en la punta de su preciosa naricilla para hacerme un molinete con los dedos! ¡Y me sacó la lengua en un mohín que aflojó mis averiadas rodillas...!

Me senté en el borde de la acera, metí la cara entre las manos y dije:

—Santo Obispo de Tours, soy un desdichado.

Y lo era: por enamorarme de esa forma en un siglo como el xx.

CAPÍTULO NOVENO

PARECE MENTIRA que un muchacho con un sentido del deber como el mío, y tan devoto, haya ido a caer en aquella pocilga luterana de Medmenham. Me refiero a la granja modelo que allí tenía una famosa empresa de restaurantes ingleses. ¿Por qué fui yo a Medmenham? Bien sencillo. A causa de los celos y la desesperación que en mi provocaron el desvío y la honestidad de una chica. Y no se piense que ella me dijo: «Martín, apúntate para ir a Medmenham a recoger tubérculos y hortalizas». Nada de eso. Se limitó a comunicarme: «Martín, voy a inscribirme para trabajar en una granja de los alrededores de Medmenham». Y ya se sabe: si el hombre a veces no lleva a cabo lo que una mujer le exige o ruega, sí en cambio hace siempre lo que a él le parece que la mujer, por desvío o indiferencia, no desea que haga. Hociqué, como vulgarmente se dice.

Todas estas lamentaciones vienen a cuento de lo que sucedió al día siguiente de mi caída al Támesis. Yo me levanté como todas la mañanas; o, si se quiere, más nervioso y emocionado. Llamé por teléfono al hotel Brunet, y «Mademoiselle de Guenard» no estaba. Fui a la Escuela, llegué tarde y la abandoné antes de lo debido, aquejado de un curioso ataque de claustrofobia. Seguí gastando peniques en llamadas, pero mi adorada no aparecía. Almorcé y me dirigí al London College for Foreign Studens. Viaje inútil. Sólo sirvió para cambiar algunos saludos con los compañeros y poner de mal humor a Mr. Blyth, quien después de una ausencia tan larga ya se había forjado ilusiones sobre mi posible muerte. Tampoco aguanté mucho tiempo en el Instituto de Idiomas. Me marché a las cinco. Al hotel Brunet, como es lógico. Allí acabó mi búsqueda.

Le hablé desde el *comptoir*. No me dijo que subiese a sus habitaciones. Me rogó que la esperase *une petite seconde* en el salón. Estaba éste en el primer piso, y allí encaminé mis pasos, bien alicaído por cierto, ya que el salón de un hotel no me parecía el sitio más oportuno para un *rendez-vous* de enamorados.

Huguette no se hizo esperar. Llegó deslizándose —¡tal era mi encandilamiento! —, sin pisar la alfombra, casi volando... No me tendió una mano ni me regaló una sonrisa. Me miró, eso sí, mas se excusó de hacerlo, porque también se mira a un pobre y no por eso le amamos.

—Siéntate, por favor —me dijo.

Y yo repliqué:

—¿Es que vamos a sentarnos aquí, en este salón tan frío y siniestro? ¿No tienes corazón, Huguette? ¿Cómo voy a decirte cuánto pienso en una salita decorada a la pompeyana? ¡Es ridículo! ¿Por qué no vamos a tu cuarto? ¡Es precioso!

Sus ojos me inquietaron antes que sus palabras.

—Nunca más nos veremos en mis habitaciones, Martín. No es decente vernos allí.

No supe si reír o jurar.

—Amiga mía, no pensarás que busco la ocasión de desabrochar tu cinturón de castidad...

—No, Martín. Pero no es decente que nos veamos en mi cuarto. Ahora no lo es.

—¡Y dale con la decencia!...

—Siéntate y escúchame, Martín. Esta mañana... Bien. Esta mañana estuve a punto de sacar billete e irme a casa... No me interrumpas; te lo ruego. Ya ves que no me he ido. No pude. Antes tenía que verte. Sí. Verte otra vez. Y explicarte las razones que me hacen pensar que nada de lo nuestro es honrado. Hablaré en francés para que no haya errores ni equívocos.

Y habló. De carrerilla. Se notaba que lo traía todo bien maquinado. Ni aun una bachillera como ella, tan sabia, precisa y fácil de palabra, podría exponer sin prepararlo un discurso moral semejante al que me soltó. No usó más de trescientos vocablos, escuetos y terminantes, para expresar su opinión sobre nuestro juvenil e inocente *affaire*. Insistiendo, no lo consideraba decente. No creía honesto que dos personas de religión diferente se entusiasmasen, cuando ninguna de las dos estaba dispuesta a renegar de sus creencias. Un asunto así *indéfectiblement* acabaría mal. Éramos jóvenes, sanos y nos atraíamos. Sí, señor. ¡Nos atraíamos! Lo de la noche anterior lo probaba. Además, si habíamos congeniado desde el principio, no era sólo por afinidad de ideas o el quehacer común de la novela, sino principalmente por atracción física. Y eso auguraba un mal fin... Dos personas de distinto sexo, jóvenes, sanas y afines, que se enamoran sin ver en lo futuro la posibilidad de ser el uno del otro, de casarse —¡de casarse, por mis dioses penates!—, *deben* cortar por el principio. Y si no tienen valor para ello —¡su caso!— y prefieren aguardar a que el tiempo o la separación forzosa traigan el olvido, *deben* evitar siempre la soledad, que conduce a las palabras y a los gestos amorosos; palabras y gestos que día a día serán más audaces, más posesivos, más imperativos, pues el instinto, al ver cercado un futuro de consumación y saciedad —¡una posible boda!— querría y exigiría apurar el presente...

Total, nada. Yo, forzoso es reconocerlo, me quedé de una pieza y algo asustado de que un simple beso, tras un empujón a un río, pudiese originar tal derroche de conclusiones.

—¿He sido bastante explícita, Martín?

Había que verla en su butaquita pompeyana, erguida, profesoral, derramando clase y seguridad.

—¡Qué criatura, santo Dios! —murmuré en español.

Eso la impacientó un poquito, y de nuevo inquirió si había sido bastante explícita.

Cometí la descortesía de no contestarle y de formular a mi vez una pregunta algo rara. Siempre me pasa lo mismo cuando me encapricho por una chica. Siempre. No sé

de quién pude heredar este afán morboso de saber cosas. ¡Cuántas amistades he truncado por hacer preguntas fuera de lo corriente! Es una verdadera manía; lo confieso. Pero superior a mi voluntad y a mi buena crianza.

La pregunta, repito, fue algo rara:

—Huguette, casta amiga, tú serás doncella, ¿verdad?

Barrunto que en el mero principio no comprendió mi natural interés por saber de su vida. Luego actuaron sus estupendos reflejos y me sacudió un tortazo que resonó como un aplauso en el saloncito vacío.

—Bachillera De Guenard —reproché llevándome la mano a la mejilla—, no sabes seguir una broma.

—Cierto —admitió muy seria—. No he debido abofetearte. Se me fue la mano. Perdona. No hay razón para molestarse por tu curiosidad. Es normal. Si es exacto, como creo, que te interesas por mí, nada más lógico que quieras saber mi condición.

Avergonzado y vencido, murmuré:

—¿Cuándo demonios dejarás de sorprenderme, Huguette?

Lisa y llanamente, con varonil entereza, sentenció:

—Estoy como cuando nací, Martín.

—Amiga mía —suspiré—, ésa es una verdad a medias; estás más crecida, estupendamente desarrollada...

Era tal mi bochorno, que tuve ganas de besarla, de rogarle que subiésemos a sus habitaciones; sólo unos segundos, para demostrarle que su castidad fuera de época no corría peligro alguno con un galán tan respetuoso como yo... Afortunadamente, me contuve a tiempo, Suelo huir de las complicaciones; no me gustan. Y con una francesa que por un simple ósculo se pone a pensar en boda, *indéfectiblement* habría complicaciones. En vista de lo cual preferí preguntarle si tenía dinero para sufragar los gastos de un *night-club*, el de Armijo, cuya tarjeta me había dejado al marcharse. Yo, como de costumbre, no tenía una gorda.

Aquella noche bailamos hasta tarde. Pero lo hicimos como en tantas otras ocasiones: cual camaradas que simpatizan, como hermanos bien avenidos, dejando un espacio entre nosotros que no llenaría un armón de artillería.

Cuando nos despedimos delante del Hotel Brunet, me besó en una mejilla y me... ¡ofreció su frente!...

Y me dijo:

—Gracias, Martín. He pasado una noche felicísima. Estoy segura de que tú y yo podremos ser muy felices, de esta forma, durante el tiempo que falta para que cada uno regrese a su país. —Y repitió—:

—Muchas gracias, Martín.

—Gracias a ti, amiga mía. Tú has pagado el juergazo.

¡Un beso en la frente!...

¡Millones y millones de chicas joviales y divertidas, y me tocaba en suerte aquella especie de cuáquero con faldas!...

Tras aquel infausto día vinieron otros, y a mí se me encochinó el carácter. Tal como escribo: se me agrió el talante. Esto puede parecer baladí, pero no lo es tratándose de un Canel. Un miembro de esta casta sin humor es como un jilguero sin trinos. Fue terrible. Y lo malo es que no podía combatirlo con nada. Sólo aliviaba un poco mi fastidio el estudio, el trabajo, otra prueba de que mi vida marchaba desajustada. ¿Qué iba a hacer más que dedicarme al consuelo del deber cumplido a rajatabla? Estaba enquillotrado de una francesa encantadora, maravillosa, una criatura única, pero... ¿Qué le queda al hombre que se prenda de una estatua? Mirarla y admirarla; eso. Y quizá tocarla; a mí, ni ese recurso me quedaba. Un beso en la mejilla y otro beso en la frente era todo cuanto podía esperar de Huguette de Guenard. Algún apretón de manos, no muchos, y montones de miradas. Las suyas, inocentes, dichosas; las mías...

Llegué a odiarla. Mi sentimiento por ella era tan legítimo que se repartía por mitades entre el amor y el odio. Me pasaba el día pensando en el tiempo que tardaría en volver a verla. Llegaba la tarde, la veía... y a los cinco minutos estaba deseando perderla de vista.

Seguíamos escribiendo. Todas las tardes. La obra avanzaba como nunca. Era natural. Mi fervor malhumorado tenía que manifestarse de alguna forma. Y lo hacía a través del papel. En menos de una semana maté cuatro personajes. Un horror. Florecían las muertes como las amapolas. Huguette protestaba y al final optaba por callarse, comprendiendo quizá que su propia vida corría también peligro. Además, la bachillera ya no era la misma. Su antigua seguridad e independencia de criterio eran hoy sumisión. Me irritaba su encogimiento. No sabía decir más que... «Sí, Martín. Como tú digas, Martín. Claro, Martín. Tienes razón, Martín...». Y me miraba con aquellos ojos serios, inmóviles, inmensos... ¡Por todos los demonios...!

Aquella situación no podía durar mucho tiempo. La misma Huguette fue dándose cuenta de mi cambio. Ya no era Martín el superficial y simpático camarada de las felices jornadas de antaño; se había convertido en un señor taciturno, parco en el decir y gruñón por esencia. Un día, cansado y aburrido, no fui por el Instituto de Lenguas. Cuando llegó Huguette a las ocho, me encontró escribiendo. Se cumplió el rito: beso en la mejilla y presentación de frente. Aquella tarde le toqué el hueso frontal con dos dedos y le dije que se considerase besada.

Se sonrió, no sé si divertida o triste.

—No eres feliz estos días, ¿verdad, español?

—¿Quién dice tal cosa? ¡Soy feliz! ¡Y masoquista!

Algo vacilante, añadió:

—Oye, Martín. Voy a inscribirme para trabajar en una granja modelo de los

alrededores de Medmenham.

—¿Y tus delicadísimas manos, amiga mía?

—Usaré guantes.

—¿Te molestaría decirme por qué has decidido ir a esa cochiguera? No necesitas ni el dinero ni el ejercicio; eres rica y delgada.

—Creo que es lo más conveniente.

—¿Para ti, acaso? ¿Sabes que si vas allí no nos veremos en varias semanas?

—¿No sería eso lo mejor, Martín? Adelantaríamos una separación que necesariamente tiene que llegar. Y nos despediríamos como amigos. Como yo quiero.

—Palabrería. ¿Y la novela?

—Me importa menos la novela que el que tú guardes un buen recuerdo de mí.

—No hagas frases, por favor.

Algún diablejo rabudo y socarrón me tentó en ese momento y mi naturaleza respetuosa se fue al mismísimo infierno. Cometí la felonía de abrazar —¡en mi propio dormitorio!— a una chica que confiaba en mi virtud. ¡Y cómo la abracé! Con presa de plantígrado. A traición. Ella no respondió a mi abrazo. Lo mismo hubiera dado estrechar a un muerto. Mutismo y pasividad. Pero de súbito se produjo el milagro: ¡la sentí temblar! Un estremecimiento continuado, apenas perceptible; como si todo su cuerpo latiese; un levísimo pálpito, que llegaba de su interior para morir a flor de piel.

—Déjame. Martín.

La solté, ¡y se volvió de espaldas!

—Cuáquera —dije—. Me faltaba el temblor para convencerme, y ya lo tengo. Cuáquera.

—No has debido hacerlo. Estabas en tu casa.

—Lo sé. Y no me arrepiento.

—No has debido hacerlo. No. Déjame sola; te lo suplico.

—Y un cuerno, amiga mía. Si te doy unos minutos para reflexionar, seguro que me preparas un discurso moralista.

Vi que hacía ademán de coger su impermeable, y decidí dejarla sola.

No era tarde. Las dueñas estaban aún de pie. Miss Margaret leía en voz alta y su hermana escuchaba al mismo tiempo que zurcía. Se interrumpieron al entrar yo. Sonó en ese instante la puerta de la calle e inquirieron con la mirada.

—No me acusen así, señoras —pedí enfurruñado—. Si se va sin despedirse, allá ella... Miss Elisabeth, ¿quiere no mirarme con ojos tan reprobadores?

—¿Por qué ha sido esta vez, Martín? —preguntó miss Margaret.

Les conté una mentira bien gorda acerca del color de ojos de determinado personaje:

—Ponérselos azules a un tipo perverso es absurdo. Yo dije que tenían que ser

negros, hundidos, fríos; ¡ojos de muerto!

—¡Qué cosas dice usted, Martín! —se estremeció miss Elisabeth—. ¡Ojos de muerto!

—Sí, señora. Muy negros. Los azules son para las buenas personas; para las bonachonas como ustedes y yo.

—Huguette tiene los ojos oscuros —comentó inocentemente miss Elisabeth—. Unos ojos algo raros, pero muy bonitos.

—Queridas señoras, si tratan de insinuarme que otra vez tiene la razón esa francesa insoportable, pierden el tiempo. ¡Siempre Huguette!... ¿Y yo, el pupilo, qué? ¡A los lobos, claro! ¿Pues saben lo que pienso hacer? ¡Decirle al Padre Irving que están ustedes chifladas por una hereje!

—¡Qué charlatán es usted, Martín! —rió bajito miss Elisabeth.

Reanudaron la lectura y me olvidaron. Yo aguardé unos minutos, restregándome las manos y gruñendo para mí. Al fin, airado, exclamé:

—¡Está bien! ¡Iré a llamar por teléfono! ¡Pero que conste que lo hago por ustedes!

—¡Pero, Martín —sorprendióse miss Elisabeth—, si nosotras nos hemos dicho nada!

—¡Pero lo han pensado, señoras, lo han pensado!

Jean, en turno de noche, me dijo que aún no había llegado, y me prometió que le daría mi aviso tan pronto como apareciese; mi aviso «urgente». Ella no tardó mucho en llamarme. Cuando descolgué el auricular, nadie habló al otro extremo.

—Gracias —dije.

La oía respirar; nada más.

—¿Te costó trabajo telefonarme, Huguette?

—No.

—¿Es cierto eso?

—Cierto.

—Soy una mula, ¿lo sabías? Ponte el auricular en la frente; hoy no te he besado. Le envié un beso, y me emocioné y todo.

—Las hermanas, como siempre, te han dado la razón.

—Discúlpame con ellas.

—Ya lo hice. Mañana nos veremos en el Instituto, ¿verdad?

—Sí.

—Lo digo por si te da por coger un billete y marcharte a París...

—No.

Gran transformista el amor; nos convierte a los hombres en idiotas perdidos. Hay que ver, si no, la cantidad de estupideces que en un cuarto de hora puede decir por teléfono un muchacho enamorado a una chica que responde con monosílabos...

A la mañana siguiente dejé la cama con un propósito definido y ya completamente maduro. Por eso, sin encomendarme ni a mi Santo Patrono, me presenté por la tarde en el Instituto de Lenguas, fui a Secretaría y pedí informes. Me los dieron y firmé un contrato. Un contrato de peón, que es lo honroso y lo digno, pues nada enaltece más al ser humano que el trabajo agrícola.

Después subí a clase. Finalizaba la de Mr. Lemming, un buen señor con cabellera de poeta romántico y más pesado que el granito. Tan pronto como concluyó su conferencia, me dirigí a mi compañera de banco.

—¿Has firmado?

—No.

—¿Por qué?

—¿No lo sabes, Martín?

—¿Nos vamos?

—Como quieras.

La cogí del brazo en el pasillo, prendí su mano y confundí mis dedos con los suyos. No dijo nada. Respondió a mi zalema apretándomelos. Pero cuando llegamos a la primera planta, y la llevé casi en volandas hacia Secretaría, preguntó adónde íbamos. Se lo dije y afirmó que ya no le interesaba la granja modelo.

—Tendrá que interesarte. Yo he firmado hace un rato.

—Eso es una locura, Martín. ¿Y la Escuela?

—Dejemos eso. Nada de cuanto digas será nuevo para mi conciencia. ¿Firmarás?
¿Cómo no iba yo a faltar a mi deber si ella tenía unos ojos como aquéllos y una sonrisa tan hechicera?

—Firmaré, Martín; pero tendrás que soltarme.

—Firma sólo para jornada laboral y comidas. Vendremos todas las noches a dormir a Londres. ¿Te parece?

No recuerdo muy bien por dónde anduvimos hasta la hora de cenar. Paseamos, pero he olvidado por dónde. Yo supongo que si hay un diablazo que tienta a los enamorados, también habrá un diablillo que los protege... Sólo así se explica que saliéramos con vida del tráfico londinense aquella tarde de éxtasis amoroso. De la cena ya tengo más idea. Lo hicimos en el Brunet. Y luego estuvimos un gran rato en el salón. ¡Mirándonos a los ojos! A última hora toqué un poco el piano, muy quedo, para ella sola. Muy poco tiempo, ya que apareció un matrimonio francés que paraba en el hotel y nos jeringó de lo lindo...

Pero no todo es amor y romanticismo en esta vida. Lo prosaico comenzó dos días después. Tempranísimo, recogí a Huguette en su hotel y nos dirigimos a la estación de Paddington. En ella nos encontramos a Michel Krieg, el suizo de la Clase C, con su compatriota Elianne Balzac, que aunque tenía apellido de novelista era desgarrada y antipática. También se nos unió John Malimanzi, mi buen amigo moreno. Subimos

al tren, y poco tiempo después descendíamos en Maidenhead. Allí se efectuó la «concentración» de trabajadores, junto al autobús que nos llevó a Medmenham. La granja modelo estaba al pie de la carretera. Tenía muy buen aspecto, con su entrada de mansión, su enorme letrero comercial y sus modernos edificios. Lo primero que hicieron con nosotros fue ponernos en fila india y tomarnos el nombre. Luego nos condujeron a una barraca con mesas y bancos, y nos regalaron con un buen desayuno a base de leche, tostadas, un huevo por barba y arenques ahumados. Al acabar, apareció el jefe de la Granja, un tal Mr. Stone, de mediana edad y contextura, calvo y con gafas. No me fue simpático. Llevaba puesta una bata inmaculada de esas que se abren por delante. Nos soltó un discurso avieso, en el que puso de relieve el favor que nos dispensaba el Ministerio de Trabajo al permitir a unos hambrientos estudiantes continentales que comiesen decentemente durante unas semanas. Lo único que teníamos que hacer —dijo— era trabajar lo más y holgar lo menos; de esta forma marcharía todo a pedir de boca. Al marcharse, un estudiante danés con apariencia de vikingo le hizo una trompetilla sonora y nítida. Mr. Stone se detuvo en seco, pareció ir a decirnos algo, lo pensó mejor y salió del barracón seguido de un huracán de carcajadas.

Un cuarto de hora más tarde vino lo gordo: el trabajo. Recontamos sacos, los remendamos y los distribuimos por «secciones». Hubo reparto de aperos de labranza, también por «secciones». A mí me tocó «sección patatas», y me metieron en las manos un aparato que parecía un *patinette*, pero que era un «destripaterrones». Tenía un pequeño motorcito, rueda delantera dentada, tipo oruga, y cola de tubo de acero, a cuyo extremo posterior había un rastrillo con ángulo de incidencia graduable.

A Huguette le salió «sección hortalizas», y se las agenció para cambiar su puesto con la chica que me habían adscrito de pareja, la «ayudante» que recogería las patatas que mi rastrillo mecánico levantase.

Asustaba la extensión cultivada de la granja modelo. Plana como la palma de la mano, la granja parecía un inmenso tablero de ajedrez, que partiendo de la carretera y de los edificios administrativos y almacenes se extendiese a lo largo y a lo ancho de sesenta acres. Por un lado acababa en la línea de árboles que marcaba el paso del río; por el otro, sospecho que llegaría a Cornualles. Y digo que lo sospecho, porque yo nunca me atrevía a llegar tan lejos. Mi primera impresión, desde luego, fue desmoralizadora; se me antojó imposible que un grupo de treinta y siete estudiantes ineptos pudiese con aquel horror llano, enorme y cuadriculado por cultivos.

Yo inauguré mi labor encajando la rueda dentada en un surco y usando los mandos del «destripaterrones»; estaban en el manillar, como los de una motocicleta. Lo malo es que la moto le lleva a uno, y aquel cacharro tenía que ser llevado a empujones y juramentos. Cuando el ángulo del rastrillo no era el indicado, podían suceder dos cosas: o se clavaba con exceso en la tierra, y la carretilla no andaba, o

profundizaba en defecto, en cuyo caso las patatas se ensartaban en los dientes como torreznos en asador. Una calamidad.

A los cinco minutos de estropear tubérculos, me detuve y dije a Huguette que cogiese el tractor. Soy de buena gente y no podía consentir que aquel frágil y esbelto labrador de camisa a cuadros y pantalones ceñidísimos, se tronzase la cintura a fuerza de agacharse para recoger las patatas que yo iba desenterrando a mis espaldas.

Se negó terminantemente. Se la veía entusiasmada con su trabajo; movía sus enguantadas manos delante de mis narices, completamente convencida de su papel de estudiante pobre que se desriñona para pagarse los textos y el garbanzo.

—Tengamos la fiesta en paz, camarada De Guenard. Soy el jefe del equipo, y te toca obedecer.

—¡Yo hago mi trabajo; tú haces el tuyo! ¡Me han dicho que recoja patatas, y recojo patatas!

Me disculpé por anticipado y sacudí una palmada en su redondo y ajustado trasero. Verdaderamente, con aquellos pantalones tan ceñidos las manos se morían de ganas de hacerlo. Huguette se sentía tan dichosa, que hasta se divirtió con mi atrevimiento. Obedeció. Yo —¡nunca lo hubiera decidido!— me colgué el saco al cuello y, ¡hala!, a recoger patatas... Y agacharse. Y vuelta a levantarse. Patatas, patatas, patatas... Cientos, miles, millones de tubérculos salían de la tierra e iban a parar al saco. Se llenaba éste, se vaciaba en un montón sobre el surco, y a recomenzar... ¡Y luego dicen que las patatas son caras!... Nadie mejor que yo sabe lo que cuestan las patatas.

Sonó una sirena y volvimos al barracón. Almorzamos; y sin apenas sobremesa para un buen pitillo, reanudamos la recolección. Por poco tiempo, ya que a las tres comenzó a llover a cántaros, de una manera aterradora. Fue espantoso. Agua y más agua; unas gotas como huevos de paloma. Tanto llovió, que se caló el motor y hubo que parar. Yo le puse a Huguette el pañuelo en la cabeza, vacié el saco y se lo coloqué encima.

—Huguette, camarada proletaria, ¿qué te parece si rescindimos el contrato?

—¡Ah, Martín!...

—Los cielos se han hecho mar, Huguette, ¿y te ríes?

—Me mojo a tu lado, Martín. ¿Qué más puedo pedir?

En unas horas de campo había recuperado su antigua confianza y agudeza.

Aquella tarde no trabajamos más a causa del diluvio. Nos secamos como pudimos, y a la seis y media nos dieron la cena. Una vez finalizada ésta, alguien sacó un acordeón, se corrieron las mesas y los bancos, y organizamos un pequeño batiburrillo para festejar el primer día de faena.

Regresamos a Londres bastante tarde, en compañía de Antonella Fucci y Manuel Papadinomos, un griego simpático, nervioso y que olía a pelo podrido. De los treinta

y siete trabajadores agrícolas, sólo nosotros cuatro no dormíamos en los barracones de la granja modelo.

El segundo día de nuestro compromiso laboral fue peor que el primero. No cesó de llover hasta bien entrada la tarde. Mas a pesar del aguacero, nos dieron unos cubrecabeza-espaldas —sacos embreados—, y a trabajar. Para el inglés, porque nunca hasta ese momento comprendí claramente tal expresión. Es en verdad admirable el empeño de los ingleses por ver trabajar a sus asalariados. Loable. No les arredran ni las tormentas ni el fango. Sí, el fango, porque también hubo que luchar contra el fango, feroz enemigo, capaz de cambiar el curso de una guerra, según he leído alguna vez en los periódicos.

Huguette, en su entusiasmo, resultaba tan admirable como los ingleses.

Yo insistía:

—¿Rescindimos el contrato, bachillera?

—¡Un hombrón como tú, Martín!... ¡Si yo estoy encantada!...

—Tu caso es distinto al mío. Tú aún tienes la reciedumbre de tus abuelos campesinos. Apuesto que el naviero fue labrador en su juventud.

—¡Ah, Martín, el hijo del primer abuelo mío que se liberó de la tierra ganó la batalla de Poitiers!

—¡Caramba! ¿Y Charles Martel, amiga mía?

—¡Martel ya la tenía perdida! ¡Pensaba en retirar sus reales cuando atacó la caballería de mi abuelo, el gran Guillaume de Champs-Guenard! ¡El enemigo se desbandó ante él, y retornó a su país de origen: a España, que es nación de morisma!

...

Lo bucólico afectaba tanto a Huguette que le hacía recobrar su antiguo humor. Se transformaba. Exudaba vida y alegría. De una manera hartamente engorrosa para mí, que veía con malos ojos la popularidad de que gozaba entre el sexo fuerte. Los bailes que solíamos celebrar casi todas las tardes hacían rechinar mis dientes de pura cólera. Con el pretexto de que eran más los varones que las hembras, había que ceder la pareja a menudo, cortesía nada agradable para un peninsular que se respete.

La llamé coqueta y se rió en mis barbas.

—¡Estás celoso, Martín!

—Estoy ahumando. La culpa es mía por haber venido a este avispero de paganos.

—¡Si estás incluso serio, Martín! ¿Llegarás a pegarme si bailo con ese danés inquieto de manos?

Ése, precisamente, era el que me caía mal: un dinamarqués rubio y gordito, que todo el día caminaba tras los talones de las chicas y que se hinchaba de pellizcarlas.

Tan fuera de quicio andaba a causa de los celos, que en una ocasión, finalizando la primera semana de granja, tuve un incidente. Como el tiempo había mejorado e incluso hacía calor, no sé a quién se le ocurrió bañarse en el río. La idea prendió y al

día siguiente todos le imitábamos. Y, claro, las dudas que uno pudiese tener sobre la figura de Huguette se esfumaron al verla en maillot... En fin, al incidente. Ocurrió después de cenar, mientras yo me dedicaba a cambiar el vendaje del corte que en una pierna se había hecho John Malimanzi con una herramienta. El que lo provocó fue Michel Krieg, que a nuestro lado mullía la borra de su almohada.

—Oye, español —me preguntó con la mayor tranquilidad—, ¿tu amiga Guenard resulta tan bien en la cama como en bañador?

Una pregunta inocente, ingenua y estudiantil; nada de particular. Así que le pedí prestado un segundo su cabezal a medio llenar y sin descomponerme le aticé un almohadazo que le levantó del cajón de huevos holandeses sobre el que estaba sentado. Reconozco que mi conducta fue indigna; el suizo me llegaba al hombro y además era esquelético. Por ello le ayudé a incorporarse del suelo y le pedí perdón. Aseguró que no tenía importancia pero presiento que ya puede verme algún día en peligro de muerte que no me echará una mano. Como dicen en mi tierra: «Hombre pequeño, bolsa de veneno». Michel era bajo y de culo caído, y ese tipo de sujetos nunca perdonan las ofensas de los altos y airosos como yo.

El asunto debió de comentarse, porque en el tren, camino de Londres, Huguette me pidió detalles, que yo di con aire inocente.

—¡Pobre Michel! —rió por todo comentario—. ¡Tan delgado y darle un almohadazo por respuesta!

—¿Qué otra contestación podía darle? Sé cómo estás en maillot, pero ignoro cómo resultas en ese sitio.

Siguió riendo —¡lo que hace la vida de campo!— y afirmó que «eso» sólo lo sabría su marido el día que lo tuviese.

—Si me permites el inciso, casta amiga mía, te diré que no estoy muy convencido de lo que aseguras. Quizá ni tu marido llegue a saber «eso». De una cuáquera se puede esperar cualquier cosa.

—De una cuáquera sí, camarada español; pero de Huguette de Guenard, no. Mi marido nunca tendrá queja de mí.

Yo miré a la campiña inglesa, envuelta en la noche, y suspiré, acribillado por miles de traviosos gusanitos.

Huguette dijo:

—Martín, contéstame con sinceridad: ¿es posible que un camarada tan estupendo como tú quisiera saber esa indecencia de que habló el suizo?

—Desde luego que no. ¿Qué iba a hacer yo en un sitio así con una camarada como tú? Absurdo.

—Contesta, Martín; necesito saberlo.

—La respuesta, insisto, es no.

Entonces buscó mi mano, se la llevó a los labios, la besó suavemente y me la

devolvió. Yo me quedé, ¿para qué negarlo?, como gatito de solterona.

—Y ahora, imbécil —repuso aquella compleja doctora en iconoclasia—, quiero decirte que si tú ignoras lo que podrías hacer en ese sitio «con una camarada como yo», es porque eres un completo cretino. Porque «una camarada como yo», sin experiencia alguna en esas indecencias, puede contentar a un presuntuoso español mucho mejor que cualquier gorda de Stavanger.

Cogió aliento y apostilló:

—¿Queda bien claro?

No pude contestar; los gusanitos no me dejaron...

El sábado nos abonaron el primer jornal. No era gran cosa, pero me sentí lleno de sano orgullo al contar el primer dinero ganado con el sudor de mi frente y de mi cuerpo. Fue tal la ingenua alegría que el salario nos produjo a Huguette y a mí, que decidimos juntarlo y gastárnoslo a lo grande aquella misma tarde: cena, teatro y baile... Nuestros planes, sin embargo, se frustraron, porque de regreso en casa me encontré con la sorpresa de que Sebastián estaba de vuelta. Miss Elisabeth me dijo que había llamado por teléfono muy de mañana. Salí meneando tabas, después de asearme, hacia Bayswater. Le encontré en su hotel. Y bien cambiado, por cierto: delgadísimo, más cetrino que nunca y sin su ridículo bigote. Parecía rejuvenecido. Nos abrazamos, y me dijo:

—Siéntate. Y explícame qué estupidez es ésa de la granja. No he podido creer lo que me ha dicho miss Margaret.

—La culpa es tuya, viejo. A un huérfano de padre no se le deja tirado y sin consejo. Te fuiste y me hice un golfo.

Me echó un rúpice que no me echaría la tía Martine. Me llamó de todo: desde incapaz a gallego lerdo. Si yo cobraba todos los meses una beca muy por encima de mis merecimientos, y me enviaban de casa el dinero que ladinamente pedía, ¿a qué la estupidez de irme a un campamento? Cuando le confesé que la Memoria que tendría que presentar a mi vuelta a España no estaba más que en boceto, soltó un terno panameño, muy cochino, y aseguró que no merecía sus desvelos.

Con humildad, argüí:

—Es que estoy enamorado, viejo; compréndeme.

Se sirvió un vaso de *whisky* y juró:

—¿Eso de la granja es cosa de Huguette?

—En absoluto —respondí.

—Me alegro. Sentiría haberme equivocado con ella. ¿Os habéis arreglado?

Yo sonreí de tal manera, que exclamó:

—¡Estás idiotizado, caramba!

—Estoy loco por ella, viejo. ¿Quieres que te hable de Huguette? ¿Quieres...?

—¡...!

Le hablé. Durante media hora. Y a pesar de su enojo, me escuchó, bebiendo y en silencio, porque se trataba de algo referente a la vida sentimental de dos de sus jóvenes amigos.

—Si mal no recuerdo —comentó al fin—, hace cosa de mes y pico esa maravilla de que hablas era una mujer corriente, malcriada y subida a un pedestal...

—¡Ah, Sebastián, el despecho; el negro despecho!

—Idiota perdido. Ligero, voluble e inconsistente. Ya lo decía Antonio.

—No hablemos de los muertos, por favor; estoy enamorado y me escalofría la muerte.

—Sí, estás enamorado. También estuviste enamorado hace dos meses.

—Más meses, viejo; muchos más meses; lo menos tres meses.

—Compadezco a Huguette. Dentro de un trimestre, al almacén de los recuerdos. ¡Juntito a la adorable Dagny!

—Padre de los pobres —recriminé—, Huguette es otra cosa; es una mujer clave, un hilo en mi vida, la princesa azul, la última del montón...

—La madre de tus hijos, claro.

—¡Ah, Sebastián, si tú supieses...! ¡Mira mis manos y dime si alguien con estas garras de honrado labrador puede mentir!...

—Ya... ¿Y ella? pregunto yo... ¿Es feliz contigo? ¿Te has parado a pensar lo que puede ser para una chica como ésa interesarse seriamente por un sujeto como tú?... Mira, gallego, como le hagas a Huguette la marranada de considerarla una diversión más, te quiebro el bautismo. ¿Comprendido? Eres un gran chico, pero tu desmedido amor a la vida te hace a veces ser dañino para las personas serias. Y aclarado esto, llámala por teléfono y avísale que iremos a recogerla. Os invito a almorzar.

—Te invitamos nosotros. Padre de los pobres. Hoy hemos cobrado nuestro primer jornal.

—De acuerdo. Llámala. Quiero hablarle clarito. No ha debido consentir lo de la granja, con tu Memoria sin empezar. Has echado a perder el carácter de Huguette. Sólo así se comprende que haya accedido a tus maquinaciones. Y es esa cochina inconsistencia tuya; todo lo infecta... Otra cosa. ¿No hay posibilidad de que dejéis esa aventura?

Le hablé de los contratos.

Pero no le hablé de las pocas ganas que tenía de abandonar la granja modelo. Ni la abandoné. Lo que en un principio me había parecido un disparate, era una vocación inolvidable. Todo contribuyó al cambio: el tiempo espléndido, la comida excelente, el trabajo llevadero... Quemé grasas y me sentí como en época de baños veraniegos. Y me divertía. No sólo por tener a Huguette a mi lado, sino también por los magníficos y joviales camaradas que nos rodeaban. Hasta las faenas diarias llegaron a entusiasarme. Ya no era el tedioso esfuerzo de arrancar patatas. La recolección

había concluido con la primera semana. Ahora se escardaban los terrenos, se los preparaba y abonaba para otras siembras; bajo la dirección y vigilancia de los tres técnicos de la granja. Antes clasificamos por tamaños y calidades lo recolectado, almacenándolo después con jolgorio de chicos con juguetes. Siempre dirigidos, levantamos tres chabolas enormes, a manera de silos, y dentro formamos grandes pilas con la hojarasca de la cosecha. Las recibamos con cal por dentro y las cerramos herméticamente. Nadie sabía para qué eran todos aquellos manejos; nos importaban un bledo. Lo interesante era que disfrutábamos. Muchísimo. Sonaba la sirena y corríamos al río o a los barracones. Y organizábamos excursiones y bailes. Y éramos, entre todos, el grupo mejor avenido de estudiantes europeos...

¿Quién podría desperdiciar una oportunidad como la de Medmenham?

Tuvo que intervenir el destino, inoportuno, para que aquella maravillosa despreocupación finalizase. El instrumento que utilizó fue un tímido y candoroso matabiel de Matibi (Rhodesia del Sur): John Malimanzi. Un estudiante negro, que a fuerza de servicial había llegado a ser, a hacerse popular. Una especie de mascota de treinta y seis colegas blancos. Atento, sonriente, encogido, presto siempre a brindarse, a cargar sobre sus oscuras espaldas la labor de sus abusones camaradas. Una tarde, cualquier tarde, se cortó con una azada. La pierna derecha. Nadie le dio importancia. Ni yo mismo, que en alguna ocasión le ayudé a curársela. Él callaba y seguía trabajando. Se compró una pomada en una farmacia de Maidenhead, unos rollos de vendas, y ninguno se preocupó del corte de John Malimanzi, buenazo y de sonrisa clara de niño feliz.

El primero que reparó en que su herida se había enconado, fui yo. Le vi una mañana, cuando sonó la sirena, ir hacia el comedor. Cojeaba lastimosamente. Le llamé y me interesé por su herida. Me la enseñó en las duchas. Daba espanto verla. Purulenta, casi verdosa, sus bordes abultados, húmedos, destacaban sobre el ébano de su piel. Yo mismo le obligué a ir al botiquín. Le acompañé, sabiendo que si no su timidez le haría desistir. Le atendió Mabel —;miss Mabel, como ella exigía que se la llamase!—, una plumífera de administración que corría con el armario de los primeros auxilios. Dejé a John en sus manos y me fui a comer. Se presentó al poco, sonriente y agradecido: hacia mí y mi simpatía por él; hacia Mabel, que le había despachado con unas compresas de agua oxigenada y un tubo de unguento sulfamídico.

Al día siguiente vi que cojeaba más. Su herida producía peor impresión. Lo comenté con Huguette y mi amiga intervino, porque su sentido de camaradería no podía consentir que John cojease en silencio y resignado. En esas ocasiones, la bachillera De Guenard no repara en el color de piel o en el olor a establo. Huguette avisó a Elianne Balzac, quien además de fea y antipática resultó enfermera. Ella vio la herida de John y dijo que había que llamar al médico. El negro sonrió tímidamente

y prometió que por la tarde iría a Medmenham. No pudo ir. A mitad del almuerzo se puso malo, devolvió estrepitosamente y tuvimos que llevarlo a su litera del barracón de hombres. Huguette actuó de nuevo; convenció a Elianne, a Antonella y a otras dos chicas más del Grupo C, y fue a hablar con Mr. Stone. El director las recibió, como siempre, con displicencia, y se dignó visitar a John. Miró con asco la herida, dijo que era un corte infectado y ordenó a Mabel que le inyectase penicilina del botiquín. Elianne Balzac insistió en la conveniencia de llamar al médico, mas Mr. Stone dijo que eso corría de su cuenta; de la nuestra corría comenzar el trabajo vespertino ya en retraso. Esta tarde no llamó al médico. A la mañana siguiente, cuando llegamos a la granja los cuatro que dormíamos en Londres, nos encontramos con la nueva de que John tenía más fiebre y de que se había pasado la noche devolviendo y con espasmos. Sus compañeros de barracón protestaron, y Mr. Stone llamó al médico.

El rumor comenzó a correr cuando alguien vio cómo trasladaban a John al edificio administrativo. Un rumor que a todos sobrecogió: tétanos. ¡John Malimanzi tenía tétanos! El que más y el que menos de nosotros estaba martirizado a cortaduras, arañazos y excoriaciones. Prendió la aprensión, y aquella misma tarde, después del trabajo, lo menos doce salieron zumbando para Maidenhead a hacerse aplicar el suero.

Huguette y yo pedimos permiso y visitamos al enfermo. No parecía estar muy grave. Había perdido peso, sudaba a chorros y sonreía como de costumbre. Cuando Huguette, una Huguette tierna y desconocida, le hizo una leve caricia en la frente, John Malimanzi puso cara de ángel.

—¿Cómo estás, John?

Contestó a su saludo, con voz tenue, febril. Me miró a mí y me tendió la mano.

Se la estreché. La tenía seca, abrasadora.

—Amigo español, estoy bastante mal, ¿verdad?

—John, viejo cocodrilo del Limpopo, un negrazo como tú se nutre de infecciones. Saldrás de ésta con diez kilogramos más. ¿Apostamos algo?

Le hacían gracia mis cosas; siempre escuchaba con devoción en el Instituto mi rebuscada forma de hablar.

Se rió. Muy bajo. Con sonido de tambor. Cavernoso. Y me dijo:

—Sé que estoy mal, amigo español. Me duelen la espalda y el cuello. Mucho. Pero no será nada. Lo sé. Aún tengo que hacer mucho. Mucho. Mi padre no quería que viniese a Inglaterra. Pero yo me empeñé. Todos tenemos que hacer algo en este mundo. Todos. Allí, en mi tierra, me esperan. Y volveré. Quiero ser maestro, amigo español. Y enseñar a los míos. ¿No es buena idea, amiga Guenard?

Huguette experimentó un pequeño sobresalto.

—Una idea que te honra, amigo Malimanzi —respondió—. Muy propia de una camarada como tú.

Nos marchamos en ese instante, por mandato de Mabel, que entró cual un endriago, madura, enteca y agriada.

Salimos y en la escalera, Huguette, la inefable bachillera, dijo, con los ojos velados:

—¡Ser maestro y regresar con los suyos! ¿Cuándo hemos pensado tú y yo algo tan digno?

—Yo espero ser algún día catedrático, amiga mía. Viene a ser algo así como maestro, pero de salvajes.

—¡Payaso! ¡No puedes dejar las bromas ni en estos momentos!

—Límpiate esas lágrimas, madre amantísima. Se te correrá el rímel.

—¡Yo no uso rímel! ¡Y no estoy llorando! ¡Payaso! ¡Cretino!...

La carrera contra reloj entre el médico y las convulsiones musculares de John Malimanzi terminó dos días más tarde. Yo estaba con otro compañero descargando sacos de fertilizante de una camioneta, cuando vi llegar corriendo a Huguette. Se plantó delante de nosotros, jadeante, y notició:

—¡John ha muerto!

Me santigüé, y mi gesto sorprendió a aquellos herejes. Huguette reaccionó en seguida, airadamente.

—Marcas una cruz en el aire, ¿y qué? Rezarás una oración, ¿y qué?

—Justo —admití, finalizando mi Salve in mente—. Marco una Cruz y rezo una oración. ¿Y qué?

—¡Hay que hacer algo más que eso! ¡Nos estamos reuniendo delante de la Administración! ¡Debemos hacer algo! ¡John ha muerto por culpa de ese puerco de Stone!

—Huguette —repliqué seriamente—, no sabes lo que dices. John ha muerto porque él mismo se descuidó.

—¡Falso! ¡El médico dijo que un día antes quizás se hubiera podido hacer algo! ¡El día que avisó Elianne!

—Quizá. No ha dicho más que eso: quizá. Cálmate y no hagas tonterías. ¿Qué intentas? ¿Quemar la granja y ahorcar a Stone? El *maquis* ha pasado de moda, amiga mía.

Me sorprendió con un gesto que nunca hubiera creído en ella: escupió a mis pies.

—¡Eres un puerco cobarde!

Se volvió y salió volando hacia sus camaradas, presa del santo furor del motín.

La seguimos. Como había dicho, estaban reunidos delante de la Administración. Hablaban, gesticulaban, maldecían... Las más excitadas eran las mujeres. Creo que de haber alguien arrojado la primera piedra, no hubiera quedado un solo cristal en la granja. Qué hacían allí, qué esperaban, lo ignoro; probablemente todos estábamos asustados, aprensivos, pensando que lo que había pasado al negro podría ocurrirnos a

cualquiera en el próximo corte. Y como muchachos que éramos, nos apiñábamos para pedir protección y cuidados.

Yo me aproximé a Huguette. Tenía el ceño de las discusiones novelísticas. Me depreciaba, como tantas otras veces, con su silencio. Yo tampoco hablé. Me dediqué a fumar y a observar, divertido, las controversias que la muerte de John provocaba. Al fin cesaron éstas al aparecer Mr. Stone en la puerta de la Administración. Le acompañaban dos de los técnicos que dirigían nuestras labores. Mr. Stone, sólo él, descendió la escalinata del edificio. Traía la cara agria y el gesto altanero. Se acercó y empezó a hablar, seca e imperativamente; de los contratos, del trabajo interrumpido, del carácter de motín que el agrupamiento revestía... Remató su perorata conminándonos a disolvernó y a volver al trabajo; caso contrario, avisaría a la policía. Y ahí hubiera acabado todo, si mi temperamental amiga francesa no hubiese hecho otra de las suyas: al pasar Mr. Stone frente a nosotros le soltó un salivazo tremendo en plena cara. Mr. Stone estaba tan cerca, que vi claramente las contracciones de sus músculos faciales y las salpicaduras de los cristales de sus gafas.

Volvió de su sorpresa soltando unos adjetivos impropios de su flema, y avanzó hacia Huguette.

A mí me flojearon las rodillas y se me secó la boca.

—Sus palabras no me gustan, míster Stone —dije.

—¡Quítese de en medio, míster! —tronó—. ¡Esa moza me ha escupido!

—¿Y qué, míster Stone? «Saliva de francesa, sabe a fresa». Siempre lo he oído.

—¡Guárdese sus jocosidades, míster! ¡Ya he dicho que se quite de en medio! ¡A mí no me escupe ninguna moza continental!

Yo puse el dorso de mi diestra delante de la boca de Huguette, y pedí:

—Escupe.

¡Estaba blanca como la nieve; con los ojos lucientes, los puños crispados y pegados a los muslos, rumiando los insultos que aquel «puerco inglés» había proferido contra su orgullo de nieta del gran Guillaume de Champs-Guenard, anónimo vencedor de la morisma en Poitiers!

—¡Escupe! —repetí.

Obedeció, y me llevé el dorso de mi mano a los labios.

—Yo beso por donde escupe esta moza, Mr. Stone. ¿Comprende ahora por qué no me agradan sus palabras?

¡Qué momento, por mis muertos! ¡Qué momento! ¡El amo del cotarro, yo, el pasmo de los Canel, henchido como un pavo, mi vanidad gozosa y estremecida! ¡Qué momento!...

Mr. Stone se sacó los lentes, los limpió con el pañuelo, sonrió como sonríen los mayores ante las proezas de los jóvenes, y aseguró que pondría seguidamente en conocimiento del Ministerio el incumplimiento de los contratos.

—Muy justo, míster Stone. Nosotros también hemos decidido comunicar a nuestras Embajadas las condiciones infrahumanas en que se trabaja en esta granja. Esto es un campo de concentración míster Stone. Sirenas, barracones, aperos emponzoñados... ¡Infrahumano, míster Stone! Por eso hemos decidido también escribir una carta al editor del *Times*, firmada por todos, exponiendo las causas de la muerte de John Malimanzi, que en gloria esté.

Volví la cabeza hacia mis pasmados compañeros y guiñé frenéticamente los ojos.

—¿Me equivoco, camaradas?

Hubo de todo: asentimientos, gritos, aplausos, silbidos, carcajadas... Y el pérfido inglés, confundido por mi elocuencia y supongo que asustadillo por lo de la carta al editor del *Times*, se caló las gafas y subió dignamente la escalinata.

¡Qué momento, por mis muertos!... ¡No vivir mil años para recordarlo!...

—Moza —dije yo—, acabarán encerrándome en la Torre de Londres por tu culpa.

—¡Payaso! —exclamó ella.

Y brincó para colgarse de mi cuello y besarme en los labios de una manera categórica, exhaustiva, rabiosa... Una caricia exquisita. Algún día escribiré un delicado poema sáfico sobre aquel beso de Medmenham; un gran poema.

Cuando conseguí dominar algo mis cuerdas, tartamudeé:

—¿Por qué no esperas a que estemos solos, descocada?

—¡Que se vayan al infierno! ¡Tenía que besarte! ¡Eres definitivo! ¡Payaso!... ¡El más teatral, presuntuoso y adorable del Globo!...

Y me dijo al oído unas palabras, pocas, las más deliciosas palabras que puede escuchar un rapaz enamorado...

Después, ovaciones, silbidos, aplausos, felicitaciones... Cosas de gente menuda. Los varones me dieron la mano y las chicas me besaron en las mejillas. Es una pena que fuesen feas la mayoría.

En la media hora que siguió, nos convencimos mutuamente nueve de los treinta y seis que quedamos y fuimos a la Administración a pedir los contratos. No hubo objeción alguna. El propio Mr.

Stone nos hizo entrega de ellos, con una sonrisita tenebrosa en los labios.

—¿Qué hay de esa carta al editor, míster?

Yo sonreí en respuesta, un poco sorprendido de la fuerza que en un país democrático puede tener la Prensa.

Así terminó, en aquella tarde memorable, mi vida de campesino. Y al decir tarde no me refiero al día, que éste acabó de una forma aún más inolvidable. Huguette de Guenard, con la ecuanimidad alterada por mi representación teatral, se manifestó al fin como un ser de carne y hueso. Apareció por casa pasadas las ocho y media. La manera de entrar ya indicó que su ponderado magín de bachillera andaba trastocado: entró por la ventana, que yo siempre tenía abierta por lo agradables que eran ya las

noches. Se sentó en el antepecho, estiró sus largas extremidades y saltó al interior ágilmente. Seguía con su ropa de campo: pantalón ajustado de pana negra, jersey hasta el cuello y cazadora a cuadros. Talmente un guapo ladronzuelo colándose en una casa al socaire de la noche.

—¡Viva España, Don Quijote! —exclamó.

—Amiga mía, un poco más de sentido. Esta calle está llena de cotillas. La reputación de las hermanas sufrirá.

Argumentó que Inglaterra era un país donde nadie se preocupa del prójimo, y corrió las cortinas de golpe.

—¡Lo que faltaba! —suspiré—. Entrás por la ventana y cierras las cortinas. ¿Qué pensarán los vecinos?

—Martín, viejo quijote español ¿no te estarás haciendo un puntilloso?

Se colocó a mis espaldas y me acarició el pelo; jugueteó con el lóbulo de mi oreja derecha y se inclinó sobre mí para leer lo que estaba escribiendo en francés, porque últimamente casi toda la novela se escribía en ese idioma.

—¡Genial! —dijo al acabar, muy bajito y al oído—. Un poco atrevido, pero genial. Me siento orgullosa de ti.

—¿Quieres hacerme el cochino favor de no hablarme al oído? ¡Me pones nervioso, caramba!

Se rió, me revolvió el pelo y salió del cuarto para ir a saludar a las patronas. Yo me quedé sin inspiración, vacío de ideas, y cuando regresó todavía continuaba en la misma página.

Dijo:

—¡Las hermanas se han ido a dormir!

—Que descansen —dije yo.

Me tendió ambas manos.

—¡Levántate! ¡Tengo que comunicarte algo!

Y yo, claro, me levanté. Luego me echó los brazos al cuello y me susurró de nuevo en el oído:

—¡Estaba deseando que se acostasen!

—¡Por todos los demonios...! ¿Quieres no hablarme al oído? ¡Me lleno de... gusanitos caráspita!

—¿Gusanitos...? ¿Qué gusanitos?

—¡Deja en paz mi oreja, bachillera! ¡Y no te acerques tanto! ¡Fuera de mi país, todas las mujeres andáis... sin nada, rediez!

Se rió, alegre, dichosa, hechiceramente...

—Martín camarada, tengo que comunicarte algo —dijo—. ¡He decidido que nos casemos!

—¿Que has decidido... qué?

—Nos casaremos. Lo he decidido hoy... ¡Bueno! Decidido, lo que se dice decidido, lo tengo desde la noche de las elecciones... ¿Recuerdas Trafalgar Square? Nos miramos, ¿recuerdas?, y entonces me dije que haría de ti un cabal hugonote y que me casaría contigo...

—¡Te casas con tu abuelo! ¡Yo soy demasiado joven para casarme! ¡Y menos con un virago como tú! ¡Qué desvergüenza, vamos...!

—... Y hoy, después de ver cómo me defendías en la granja, he comprendido que una maravilla de hombre así hay que atraparla pronto. ¡En seguida! ¡Por eso nos casaremos pitando! ¿Tú tienes dinero?

—¡Yo soy un pobre huérfano de ingeniero muerto en la flor de su vida! ¡No tengo una gorda! ¡Y aunque tuviese millones...!

—Es una contrariedad. Porque el abuelo no querrá saber nada de mí cuando se entere de que me caso con un papista... ¿Y la tía Martine? ¿Y tu madre?

—¡Qué descaró, Señor!... ¡La tía Martine bastante exprimida está por mis hermanas! ¡Y mi madre es de las que no suelta un ochavo hasta que la entierren! ¡Además, calvinista desvergonzada, aunque yo...!

—¿Cómo vamos a hacerlo? Yo necesito casarme en seguida. ¡Lo necesito! ¡Hoy lo he comprendido!... ¡Oye! ¡Una idea! ¿Por qué no le dices a tu madre que estás viviendo en pecado con una luterana?

—¡Por todos los demonios!...

—Tú me has dicho que es una papista empecinada. Seguro que al enterarse de que su unigénito se condena en los brazos de una disidente, ¡suelta francos!...

—¡Suelta... palabrotas! ¡Me dirá que viva decentemente, descarada!

—Le replicarás que no puedes; que tu hugonota y tú no podéis estar un segundo juntos sin pensar en indecencias.

—¡Mahoma!, pero ¿tú la oyes, Mahoma...?

—Asegúrale que si suelta francos, tu hugonota está dispuesta a hacerse papista. Lo consulté con Jacqueline en Semana Santa. Cuando cogí miedo de ti y tuve que escaparme a casa. Le conté que me había chiflado por un católico... ¿Sabes lo que me dijo?

—¡No me importa!

—Me aconsejó que tratase primero de atraerte a nosotros; y que si no lo conseguía que me hiciese papista. París bien vale una misa, *n'est-ce-pas?*

—¡Qué desfachatez, San Martín de mi alma! ¡Qué asco de gabachos!...

—Pero está lo del dinero... ¿Cómo vamos a hacerlo? Yo necesito, como mínimo, millón y medio de francos al año. ¿Cuánto gana un catedrático en España?

—¡Ja...! ¡Lo que un sargento de gendarmes en tu tierra! Así que, ¡a casarse con tu honorable abuelo!...

—¿Será posible que ganen tan poco? ¡España es un país sorprendente!...

—¡España es un país admirable! ¡Protege a sus ciudadanos de las desventuras del matrimonio a base de sueldos bajos!

—Piensa algo, Martín, camarada... ¿De dónde sacaremos ese millón y medio para casarnos dentro de unas semanas?

—¿Semanas?

—Quítame las manos de la cintura, Martín, o te doy un zapatazo.

—Huguette, amiga mía... Ponderemos...

—¡Quítame la manos de la cintura, Martín! ¡Yo no soy una gorda de Stavanger! ¡A mí me llevas a la iglesia o silbas! ¿Queda bien claro?

—Huguette, preciosa, hagamos una cosa... Fíjate. Yo te firmo un papel comprometiéndome a llevarte a la iglesia tan pronto como saque cátedra. Cuestión de dos años... Y mientras tanto... ¡vivimos en pecado! ¿Qué te parece?...

—Martín, ¿tendré que usar el verbo, como tú dices?

Y pasó un día. Pasaron dos y tres días... Perdí el sentido, el apetito, el sueño. Perdí cuanto puede perder un hombre. Menos la vergüenza, se entiende. Me consideré el ser más feliz de la Tierra. Y mi amor y respeto por el Señor y Sus cosas llegó a su cima. Y mi agradecimiento por Sus infinitas bondades para conmigo, Su humilde Siervo, me hizo vivir el más beatífico de los nirvanas...

Pero vino el cuarto día y todo se descabuló.

Huguette me telefoneó por la tarde para avisarme que había sacado billete. Así. De sopetón. Yo no conseguí decir nada, replicar... Me citó frente al Natural History Museum, y allí acudí. Entonces sí que hallé palabras para suplicar, para pedir y maldecir. Me enseñó el pasaje. Para el día siguiente. Temprano. Victoria Station. Quise romperlo y no me dejó. Me dijo que había recibido un telegrama de Jacqueline rogándole que regresase cuanto antes. Le exigí que me lo mostrase. Comprendí que mentía. Se le notaba en la cara que lo del telegrama era falso. No sabía mentir. Se lo grité a voces, en plena calle, y me sonrió... Le hubiera pegado.

No sé cuánto supliqué aquella tarde.

Estuvimos sentados un gran rato en el césped de Hyde Park. Volví a insultarla y me puse casi de rodillas. Nada. Creí encontrar la explicación de su comportamiento en las inocentes caricias que habíamos cambiado los últimos días...

—Lo de siempre, ¿no? ¡Cuatro cochinos besos inquietando tu inmunda castidad! ¡Despreciable cuáquera! ¡Dime que no es eso! ¡Dímelo en la cara, mirándome a los ojos!

Y me miró. A los ojos. Con los suyos, enormes, extraños, serios, llenos de todo el afecto que sentía por mí. No supe comprenderla. ¡No supe! Su actitud era un galimatías indescifrable. Y menos me la expliqué cuando me cogió la cara entre sus manos y me sonrió con aquella sonrisa tan suya, dulce y sincera, de predestinada.

—Mi adorable camarada...

Y me besó con dulzura en los labios. Yo perdí la cabeza y la estreché contra mí besándola furiosamente en los ojos, en la frente, en el pelo...

—¿Cómo puedes pensar eso de mí, Martín? ¿Pensar que me voy por esas caricias que he tenido de ti? ¿No sabes que ya no podría vivir ahora sin ellas? ¿No lo sabes, Martín? Tú me las has enseñado; tú me estás enseñando a disfrutar de este milagroso sentimiento, ¿y supones que me voy por eso?

Aquella última tarde que pudimos pasar juntos en Inglaterra, la eché a los perros a causa de mi enojo y de mi incompreensión. La dejé en su hotel a la hora de la cena, asegurando que no iría a despedirla. Y así hubiera ocurrido de no haberse presentado Sebastián, muy de mañana, en Barnes, para recogerme. Yo aún dormía los sopores de la borrachera de la noche anterior. Me obligó a que me levantara, y tuve que acompañarle sin tiempo para afeitarme.

Cuando llegamos al hotel Brunet, ofendido como estaba, me negué a entrar. Permanecí en el coche, mientras mi amigo iba a buscarla, refunfuñando contra la dueña del monstruoso equipaje que encajaban en el pequeño Morris.

Poco menos que todo el personal del establecimiento salió a despedirla. ¡Lo que puede una buena bolsa!

—Sabía que vendrías, Martín —dijo.

—Pues estabas equivocada —dije yo—. Ese panameño entrometido me forzó. ¿Queda bien claro?

—Sebastián, ¿te importa que me sienta atrás con este español malcriado?

—Allá tú, Huguette. Mi opinión es que le contemplas demasiado.

—Padre de los pobres —gruñí—, vete al cuerno.

A mí me entusiasma estrechar manos femeninas, suaves y frágiles, y por eso aprisioné la suya en nuestro camino hacia Victoria Station. Pero al llegar me enfurruñé aún más, porque las estaciones me sientan fatalmente, me deprimen, me llenan de morriña...

Dejé que Sebastián se encargase con ella del equipaje. Me quedé solo, saqué un billete de andén en la automática, y en tanto no aparecieron me dediqué a recorrerlo con aire abstraído y malhumorado. No cambié de compostura cuando volvieron. Ni despegué los labios hasta que un altavoz avisó que faltaban cinco minutos para la salida.

Huguette quiso abreviar. Se despidió de Armijo con un beso en la mejilla. A mí me besó con suavidad en los labios, cerrando los ojos.

—Adiós, Martín.

—Así naufragues en el Canal.

Sonrió tristemente a Sebastián, me dio un ligero cachete en la cara y caminó hacia el vagón con la gracia de un maniquí de Alta Costura, *toilette* de viaje.

—Eres un lerdo gallego —dijo Sebastián.

Me tembló todo el cuerpo y aullé:

—¡¡¡Huguette...!!!

Eché a correr hacia ella, que se había vuelto. Y ella misma corrió hacia mí con una sonrisa gloriosa que iluminaba todo su rostro. La levanté en vilo, la besé, hundí mis labios en su cuello..., ¡qué sé yo lo que hice al estrecharla contra mí!... Tampoco sé el tiempo que estuvimos abrazados, mudos, en aquella estación londinense. Sólo recuerdo que volvió a resonar el altavoz, que en inglés y francés rogaba a los viajeros que subiesen al tren.

Y ella suplicó:

—Llévame al vagón, por favor, no me obedecen las piernas...

Es muy hermoso ser joven y quererse; tener fuerzas para levantar a una chica en los brazos, recorrer unos metros de andén y dejarla en el estribo de un tren que parte... Muy hermoso y muy triste.

Y decir, besando la punta de una nariz:

—¿Me escribirás, bachillera?

—¡Sí, Martín!

—¿Todos los días?

—¡Mil veces al día, Martín!

—¿Llamarás alguna tarde por teléfono? Yo nunca tengo una gorda.

—¡Sí Martín!

—¿Me esperarás en la Gare du Nord el día que llegue a París?

—¡Martín... Martín... Martín...!

—¿Qué lágrimas son ésas, bachillera De Guenard?

—¡Tengo que llorar, Martín! ¡Sólo de pensar que pude haber elegido otro Instituto de Lenguas y quedarme sin vivir este milagroso sentimiento que tú y yo gozamos!...

Arrancó el tren y yo corrí a zancadas a su lado. Me quedé materialmente sin palabras. Busqué alguna despedida y sólo se me ocurrió un gesto: me llevé el pulgar a la nariz y le hice un molinete. Y me imitó. Le saqué la lengua y me devolvió la mueca. Llegué al final del andén y aguardé a que la mano que me despedía dejase de saludar.

Luego desanduve el camino y me reuní con Sebastián...

—Soy un desdichado —dije.

—Eres un gran chico, gallego. Y Huguette, una perla. Sabe marcharse a tiempo.

Descifré el jeroglífico en ese preciso instante.

—¡Marcharse a tiempo...! ¡Has sido tú, maldita sea tu estampa! ¡Tú la has obligado a irse!

—La he aconsejado.

—¡Sebastián, maldita sea tu estampa!

—Necesitarás todo tu tiempo para conseguir una Memoria decente, gallego.

—¡Maldita sea...! ¿Por qué no te ocupas en tus propios asuntos, Padre de los pobres?

—Los asuntos de mis amigos son mis asuntos...

Tres semanas más tarde cogía un tren en Victoria Station. Me despidieron Sebastián Armijo y el coronel Novoveski. El polaco me llevó un obsequio de despedida: una pequeña plancha eléctrica de viaje.

Les dije adiós desde la ventanilla. El tren me fue alejando poco a poco de Londres, dirección Dover. Había llegado hacía ocho largos meses. Un largo período de tiempo. En él perdí a mi más íntimo amigo y me enamoré dos veces. Y contraí las mejores amistades que pueda desear un hombre cuerdo.

CAPÍTULO DIEZ

AQUELLOS CUATRO DÍAS que pasamos juntos en París, serán inolvidables.

Yo llegué a París por la tarde y sin un franco. La culpa de esto último fue de un pintor inglés, caradura, cincuentón, pelambrado y cochinísimo. Nos conocimos en Calais. En un departamento del tren. Parecía bobo, ¡pero había que verle con una baraja en la mano! Sacó una del bolsillo tan pronto como arrancamos y se puso a hacer solitarios. Luego me tentó con sonrisa de ursulina, y yo, engañado por su aspecto inocente, tragué el anzuelo. Era un tahúr de la peor calaña. A la altura de Chantilly se guardó mis once mil trescientos cuarenta francos, y yo me quedé sin un sou y silbando. Cochinísimo. En la Gare du Nord no me esperaba nadie, y el muy inglés, conmovido por mi aire de viajero perplejo en una gran estación, se sintió rumboso y me regaló cincuenta francos para coger un Metro. Yo era —dijo— joven y fuerte; dos maletas como las mías no serían mucho peso para mis brazos.

Se fue renqueando con sus bártulos de oficio y su maletín de salto, acompañado de mis obscenidades.

Cuando ya estaba pensando en telefonar con los cincuenta francos a los Magisson, primos de la tía Martine, apareció Huguette corriendo como una gacela. Venía vestida de pirata, de filibustero de las Tortugas, así Dios me valga. Con aquellas ropas y el tono dorado que ahora tenía su piel, resultaba desconocida y subyugante. Llegaba retrasada por dificultades de tráfico. Tenía resuelto hasta el problema de mi alojamiento. Jacqueline, por lo visto, quería que pasase con ellos mi breve estancia en París. Yo me opuse, sólo al principio, porque aunque parezco suelto y petulante, la alta burguesía me pone nervioso. Y aquellos franceses eran altísimos, a juzgar por el Jaguar y el *chauffeur* que esperaban en la rue Dunkerque; el primero, reluciente cual un destructor recién salido de astillero, y el segundo con más botones que una camisería...

No me equivoqué en mis presentimientos.

Los Champlitte vivían en la rue de Chazelles, muy cerca del Pare Monceau. La casa era apocalíptica. Con parte de sus cuadros, porcelanas y muebles, vendidos a bajo precio, podría nivelarse el presupuesto de algún país que yo me sé. Jacqueline también era apocalíptica. Y maquiavélica. Una dama de treinta y corto pico de años, figura muy estimable, cutis increíble y ojos parecidos a los de Huguette, pero en alegre, titilantes de vida, pletóricos de gozo y picardía. Me cortó un poco. A mí, las mujeres casadas, jóvenes y guapas, con barniz de guasa me azoran terriblemente. No lo puedo remediar. Nada más verme, por ejemplo, me dirigió una sonrisa diabólica, y dijo a su hermana:

—*Petite soeur*, tu español me entusiasma. ¡Tira de espaldas!

Yo escarbé en la alfombra con los pies, y puse en sus brazos las flores compradas

para ella en una florería de la Avenue Messine, que Huguette había pagado, como es lógico.

—¡Pero es usted gentilísimo, Martín! ¡Acaba de llegar y ya con flores!

Y vuelta con la *petite soeur*.

—*Petite soeur*, tu español es adorable. Sólo le encuentro un poco delgado. ¡Estoy segura que con diez kilos más es un tipo de leyenda!

Una cosa descaradísima, vamos. Estaba en su casa, era su invitado, y venga mofarse a mi costa, reírse de mí, que en el fondo soy un inofensivo cateto de la baja montaña lucense.

Su marido, al que conocí un hora más tarde, era otra cosa. Simpaticé con él en seguida. Un hombre severo, vestido a lo Savile Row, alto, delgado y afabilísimo; un francés supercivilizado, un tipo de esos que ya no abundan en estos tiempos de masa e indiferenciación.

Aquella familia de hugonotes llegó a intranquilizarme durante la cena, un verdadero rito, a fuerza de cordialidad y cortesanía. Me las vi negras para no desentonar, para conseguir que mi voz no resonase muy alta en aquel cuchicheo de sala de conciertos. Resultaban desmoralizadores para un rapaz tan explosivo como yo, que la goza riendo y vociferando cuando el condumio es bueno y los vinos son añejos.

Mi primera noche en la rue de Chazelles la dormí a lo lirón, no despertando hasta bien entrada la mañana. Cuando me presenté a desayunarme, René ya se había ido al Ministerio. Me acompañaron las dos hermanas. Huguette, al preguntarle por los planes de la jornada, me dijo que iríamos a Meudon; a visitar a su madre. Mi expresión de galán de honrada clase media que piensa que hay que darle tiempo al tiempo, debió de descubrir algo, porque con voz dulcísima me sugirió:

—Martín, ¿tendré que mandarte a la mierda? ¿Es que no te parece bien conocer a mi madre?

—*Fillette* —reprobó Jacqueline—, ¿cuándo vas a olvidar esas procacidades de facultad?

—*Tante Line* —casi siempre la llamaba tía—, este español está tan habituado a mis procacidades, que el día que no me las oiga no le pareceré la misma... ¿Qué, Martín, vamos a Meudon?

Iríamos a Meudon. Encantado de que me presentase a Madame de Guenard. Pero antes fui a casa de los Magisson. Por dinero. La verdad, no contar con un franco en hogar tan señorial le come a uno la hombría. Saludé, pues, a los primos de la tía Martine. Él, Gustave, es el único pariente que le queda, y como químico y socio lleva el laboratorio que a aquélla dejó su padre.

Provisto de un flamante cheque, muy contento de verme de nuevo en mi querido París, esperé a Huguette y su «Lambretta» de color corinto en la Explanada de los

Inválidos, paseando su geométrico verdor y rumiando entre estallidos de sol la grandeza eterna y dormida del Gran Corso.

La excursión en moto a Meudon, aquella mañana de calor achicharrante, sirvió, entre otras cosas, para revelarme hasta qué punto había cambiado la bachillera De Guenard en unas pocas semanas de enamoramiento. La causa de que yo advirtiese su metamorfosis fue el encuentro con unas amigas suyas. Las Vernier. Estaban apoyadas en un Renault 4/4, amarillo rabioso, delante de un magnífico chalet rodeado de magnolias. Miraban indolentemente para la avenida cuando nosotros pasamos. Al vernos, empezaron a agitar los brazos y a gritar el nombre de Huguette. Me presentó sin descender de la moto. Eran dos chicas rubias, de cabellera en casquete, y ojos azules y atrevidos. Llevaban casi todo al aire: unos pantaloncitos muy cortos y boleros que enseñaban artísticamente la pieza superior de sus *bikinis*. Dos ejemplares demoníacos para practicar el *auto-stop*... Se llamaban Gisèle, la más alta y descarada; y Marinette, la más metidita en carnes y mefistofélica. Me auscultaron con fruición de matarife.

—¿«Esto» es lo que atrapaste en las Islas, Huguette, *dear*? —preguntó Gisèle, y por mis pecados si no me desnudó con la vista—. ¡Parece un ostrogodo!

—Visi —corregí yo—. Visigodo. Son menos brutos.

—*Saperlipopette!* —exclamó la hermana—. ¡Y habla!... Huguette, *dearest*, ¿tiene hermanos?

—Cuatro hermanas.

—¡Es lástima! —quejóse Gisèle—. ¡Me gustan los ostrogodos!

—Está algo flacucho, ¿no? —y Marinette me desvistió a su vez, los párpados medios caídos—. ¿Me lo prestarás alguna tarde, Huguette, *dearest*? Sólo para echármelo por los hombros.

—Te lo prestaré después de estrenarlo.

—Ostrogodo —indagó Gisèle—, ¿todavía estás sin estrenar?

—Como un par de zapatos recién comprados. ¿Y tú?

Les hizo tanta gracia mi pregunta, que propusieron que nos juntásemos para bañarnos. Tenían su piscina sucia y vacía —dijeron— e intención de chapuzarse en la de los Saint-Albin. Ahora, al parecer, les apetecía más la de los Guenard.

—Está encharcada —dijo Huguette—. Es un nido de mosquitos y ranas. ¿Lo habéis olvidado?

—¿Ranas, *dear*? ¿Cómo es que tienes ranas en la piscina? ¡Son abominables!

—Huguette, *dearest*, mientes terriblemente mal. ¡Tú intentas hacer algo con este flacucho ostrogodo y temes que te estropeemos la sesión!

—La sesión se estropeó. Estáis tan desnudas que ya sólo pensará en vosotras.

—¿Desnudas, *dearest*? ¿Llamas desnudismo a esto?

Y Marinette, la más metidita en carnes y la más mefistofélica, se sacó el bolero y

mostró lo que juzgaba decentísimo. El ambiente, en verdad, se puso mal, pues su hermana la imitó. Por lo que encendí la moto y saludé.

Gisèle dijo:

—Huguette, *dear*, te sientas tan bien en la moto, que montas a la par máquina y ostrogodo.

—Montas como una matriarca. Siempre has sido una matriarca, *dearest*.

—Justo —remachó Gisèle—. Matriarca. ¡El hombre, al surco; la mujer, dominando!

—¡Matriarca! —fulminó Marinette.

Huguette soltó angélicamente una palabrota de Facultad y dijo que ya volveríamos a encontrarnos en un entierro.

—¡Tráenoslo por casa alguna tarde, *dear*!

—¡O alguna noche! ¡Da igual, *dearest*!

—¡Mejor por la noche! ¡Los hombres flacos, siempre por la noche!

Se quedaron vociferando en medio de la carretera, muertas de risa y tan decentitas como recién paridas. No pude menos de preguntar a mi camarada cómo había salido tan melindrosa con amistades así...

Villa «L'Alcyon» estaba en Meudon Val-Fleury, en una calle bucólica ligeramente en cuesta, desde la que se veía muy cerca el apiñamiento urbano de Clamart. Quitaba el hipo, hablando mal y pronto. Una de esas propiedades cuya vista corrompe a los muchachos de mi estilo, llenándolos de reivindicaciones anticapitalistas. Como Madame había salido de paseo en su automóvil, Huguette me enseñó la finca al llegar. Repito que de morderse los puños de ira. La casa era una réplica del Petit Trianon, con parque delantero y un huerto atrás, con parcelas de cultivo y árboles frutales tan simétricos como tropas en parada. Tenía piscina, grande e irregular de forma, llena de un agua tan cristalina como la de un torrente de montaña; no se veía un mosquito ni un batracio... También había campo de tenis y de croquet, algo abandonados.

Yo, de pura envidia, me atiborré de albaricoques, ciruelas y fresones.

Huguette reservó para el final su «refugio»: un pabelloncito a una cincuentena de metros de la piscina, a medias oculto por un cuadrado perfecto de dos filas de avellanos. Había sido el estudio de su padre, y ahora lo disfrutaba ella, después de arreglarlo a su gusto. Tenía chimenea moderna y decoración funcional. Y libros, por mi Santo Patrono: montañas de libros. Una linda *garçonnière* con dormitorio, cuarto de aseo y diminuta cocina eléctrica.

Huguette me preguntó mi opinión, con ojazos expectantes.

—Deprimente —confesé—. Me ha puesto de mal humor. Esto es un cubil de viejo solterón. No es lo indicado para una chica normal.

—Sí lo es, Martín —me dijo sonriendo dulcemente—. Lo justo para una chica

que siempre se sintió sola.

—¿Por qué no dejas en paz la soledad? Es vicio de gente estragada. Una mujer sana, inteligente y atractiva no tiene por qué sentirse sola.

—Yo soy una chica estragada, Martín, que siempre se encontró sola hasta que un día almorzamos juntos en el Brunet de Londres. ¿Recuerdas...? Intentaste besarme... ¡Qué fresco y simpático puedes ser a veces, Martín mío!...

Después conocí a Madame de Guenard. Salí malparado de la ordalía. La madre de Huguette me sorprendió. Sentada en una *bergère*, con los pies cruzados y encima de un cojín, más parecía dama mundana que hereje chiflada por lucubraciones religiosas. Pero así es la vida, llena de paradojas y contrastes. Mi regocijo comenzó cuando Huguette besó con unción mano y frente maternas, hizo las presentaciones, y mutis, avisándome que me esperaba en la piscina. A partir de ese instante, Madame de Guenard se dedicó a tomarme el pelo por espacio de veinte a treinta minutos. Con distinción, eso sí, porque era una mujer distinguida, con un pelo ceniza precioso y rostro marfilino algo ajado, donde los ojos, aún mayores que los de las hijas, brillaban con fulgor de brasa que muere. Hablamos de muchas cosas: del calor, que obligaba a tener las casas en penumbra; de París, insoportable en estío; de Meudon, perdiendo categoría de la Guerra a esta parte; de lo absurdo de veranear en el Sur, cuando lo ideal es hacerlo en los alrededores de Caen... Para Madame, el peor verano de su vida había sido el pasado, a los diecinueve años, en Dijon, en casa de unas tías solteras; recordaba con pavor la canícula y el panorama lejanísimo del Mont Blanc, rosa y níveo en los atardeceres... De todo un poco hablamos. De España, de Francia, de Colombia, por el café, que en estos tiempos era horrible, y tocamos el tema de la muerte, al expresarme Madame la impresión que le había producido el relato de la desgracia de John Malimanzi.

—Tan lejos de su casa, ¿verdad, *monsieur*?

—Muy lejos, *madame*.

—¿Qué religión tenía, *monsieur*? ¿Lo sabe usted? Huguette lo ignora.

—Supongo que pagano, *madame*.

—¡El pobre...!

A la media hora, Madame se aburrió y dijo que no podía consentir que un joven como yo se achicharrase mientras Huguette me esperaba en la piscina.

Me tendió la mano, se la besé y ya no me llamó *monsieur*.

—Es usted un joven muy agradable, Martín. Escucha usted admirablemente... A propósito, ¿le ha hablado Jacqueline de los informes que solicitamos de usted y su familia?

—Todavía no, *madame* —respondí, confundido.

—Han sido excelentes. Un amigo de René, destinado en nuestra Embajada de Madrid, trata mucho a su tía Martine. Él es quien nos ha informado.

Mi cara de verdadero asombro debió de preocuparla.

—Espero que no le haya molestado nuestra curiosidad, Martín.

—Todo lo contrario, *madame*; me siento halagado.

—Muy amable, Martín. Hasta luego, pues. Almorzaremos a la una. Recálqueselo, por favor, a mi hija. Jamás recuerda las horas de las comidas.

A punto de salir, en la puerta, su voz me hizo volver la cara.

—Debe usted hacer algo por engordar, Martín. Tan magro y descompuesto parece un Cristo románico. Quizás unas inyecciones...

—Sí, *madame*.

En la terraza solté una carcajada seca, flemática, en honor de familia tan humorística, y fui en busca del único miembro realmente serio y cabal.

Estaba tumbada sobre un colchón neumático. Tenía los ojos borrachos de sol, nublados. La muy desvergonzada, al oír mi suspiro ante el espectáculo que me ofrecía su pérfido *maillot* blanco, se puso en tensión, se alargó, por así decirlo, a base de contracción muscular. Y comenzó a vibrar su piel, como si una pequeñísima dínamo latiese dentro. Fue cautivador. La oruga fría, doctoral y ecuánime de meses atrás se convertía en una crisálida con sensibilidad de sismógrafo. Y perversidad de ingenua.

Preguntó con voz apagada, soñolienta, un si es no es voluptuosa:

—¿Qué te ha parecido mamá, camarada?

—Me llamó Cristo románico. Me recuerda a mi madre, sin despreciar a nadie y mejorando lo presente. Muy cortesana y con más retranca que misticismo. Se ha mofado miserablemente de mí. Una vergüenza. Pero creo que me ha dado su parabién. Sólo falta el honorable abuelo, ¿no? ¿El rico naviero ha leído también los informes sobre los Canel? Será un punto a mi favor. Tu madre dice que son excelentes. ¡Me siento halagado, amiga mía!

—Lo que tú sientes no es halago, Martín; es sorpresa y molestia. De ahí que estés tan raro, tan frío e inexpresivo conmigo. Te sientes sorprendido de la amabilidad y simpatía con que te acogen los míos; y molesto, porque en unas pocas horas, las que llevas en París, te has dado cuenta de que las palabras dichas en Londres sobre una boda, que tú juzgaste infantiles y propias de muchachos, fueron tomadas en serio, como solución de una vida *gatée*, echada a perder por los mimos y contemplaciones de una familia ahíta de recursos. Y es más, creo que tu sorpresa y tu molestia te han llevado a sospechar si esa facilidad con que te ofrecen esposa no encierra algo, si no indica que la esposa que con tanto empeño te brindan es una mercancía podrida, de la que hay que deshacerse cuanto antes y de cualquier forma.

Sinceramente, me quedé sin fuelle para argüir, acaso un poco abochornado porque mi suspicacia susurraba algo parecido desde horas atrás.

—¿Me equivoco, camarada?

—Tú no tienes nada de podrido, amiga mía; hueles exquisitamente.

—Te has quedado turulado. Confiésalo. La bachillera ha calado, otra vez, en tu torpe magín. No puedes ni pensar una respuesta jocosa, ligera, a lo Canel de Zululandia... ¡Recuérdame que me ría más tarde, mi pobre amigo...!

—¡Riamos de momento por tu honorable abuelo, amiga mía!

—Piensa algo, obtuso camarada. Tiene que ser fuerte. Que pruebe lo indignado que estás porque se desnuda tu puerco subconsciente... ¿Recuerdas frases muy parecidas...?

—Bachillera De Guenard, estoy en un dilema: no sé si retorcerte el pescuezo o azotar tu seco trasero.

Se incorporó de súbito y me miró con ojos furibundos.

—Enfermera —añadí—. Ese pavoroso poder asociativo de tu cacumen es morbo puro.

—¡Yo no tengo el trasero seco! ¡Lo tengo muy relleno y muy bonito! ¡Lo que pasa es que tus ojos miran a todas menos a mí!

Y se levantó de un brinquito para salir corriendo hacia el pabellón. Yo permanecí en la piscina un rato, viendo cómo unos ilotas descargaban un carro de estiércol. Me dije que con aquel calor no era día de enredar con estiércol, y decidí ir en busca de la bachillera.

Continuaba en *maillot*, sentada en el sofá, mirando con fijeza infantil hacia el hogar vacío, con las manos sobre el regazo. Al notar mi presencia, apretó la quijada e irguió la barbilla.

Dije:

—Tienes el trasero más relleno, más redondo y más bonito del mundo. Yo sólo tengo ojos para tu trasero. Sabido esto, ¿por qué no te vistes? Vienes del sol y aquí hace fresco.

Y como soy bastante travieso, al verla levantarse, sugerí:

—Si por casualidad necesitas ayuda de cámara, no dudes en avisarme. Creo que he nacido para *valet*.

—Ésa es una incorrección propia de un puerco español —replicó.

Apareció a los cinco minutos. Seria y muda como un ciprés. Ofendida. Se sentó, despreciándome.

—Bachillera De Guenard, por enésima vez repito que te falta sentido del humor. Seguro que tus caras amigas, las Vernier, se hubieran reído con mi maligno ofrecimiento.

¡Nunca tal hubiese dicho, por las barbas del profeta!

Se tornó en fiera y comenzó a mover las manos, gráciles y peligrosas, delante de mi cara.

—Ésas son las que a ti te gustan, ¿no? ¡Las Vernier! ¡Con traseros bien gordos y delanteras estallantes! ¡Ésas hacen brillar tus pupilas de puerco lúbrico! ¡Hasta Marie,

una vulgar sirvienta, encandila tus ojos indecentes!

¡Marie!... Una sirvienta sí, pero vulgar... Un cuerno. Un auténtico maniquí con acento bretón, primera doncella de los Champlitte. Sólo una mujer alterada por los celos podía llamar vulgar a la primorosa Marie... ¡Y qué celos! Absorbentes. Posesivos. Fabulosos. Me los escupió en el rostro. Me dijo cosas terribles. Yo desnudaba con la vista a todas las mujeres, empezando por el servicio doméstico y acabando por sus amigas. ¡Las Vernier! ¡Unas gordas inmundas que sudaban por las axilas al primer movimiento! ¡Yo sólo miraba a las gordas, fuesen de Stavanger o de Meudon! ¡Las delgadas como ella no atraían mis puercas atenciones! ¡Pues valía tanto como la que más, como cualquiera!... ¡Tenía ojos exóticos y almendrados!... ¡Boca sana y atrayente!... ¡La piel y el cutis sin mácula!... ¡Un cuello precioso, que René aseguraba parecía de retrato femenino de Modigliani!... ¡Y un cuerpo espigado y airoso!... ¡No necesitaba ni ceñiduras ni refajos, como todas esas gordas apestosas que me encelaban!... ¡Podía andar desnuda sin que se aflojase un solo centímetro la piel! ¡Su busto era muy bonito, por volumen y dirección!... ¡Jacqueline lo decía; y sus amigas, que se lo envidiaban, como le envidiaban las piernas, los pies y las manos, su manera de moverse, su gusto en el vestir y su sentido del perfume!... ¡Todo! ¡Porque era muy joven, muy sana y muy esbelta!... ¡Pero «eso» yo lo ignoraba! ¡Yo, que sólo tenía vista para acariciar gordas y sirvientas; yo que era un sinvergüenza, un descarado, un puerco, un rijoso, un mendigo de dinero —aunque lo devolviese—, un gorrón de tabaco rubio...!

La explosión de un Krakatoa resultó aquello... Me dejó más seco que la piedra pómez, con las rodillas desajustadas y cuajado de gusanitos. Mi expresión idiotizada la irritó aún más, y me sacudió un tortazo salvaje.

—¡Puerco! ¡Sinvergüenza! ¡Yo achicharrándome al sol durante tres semanas para que me vieses morena, distinta a Londres, para que en la Gare se repitiese el milagro de Victoria Station, y tú, puerco imbécil, cretino, payaso, me miras en la estación como a un bicho...!

—Bachillera de mi alma, preciosa hereje, otro bofetón no, por favor; tienes mano de plomo...

—¡Puerco! ¡La culpa es mía! ¡De nadie más! ¡Toda mi vida huyendo de los chicos, que me parecían unos... sapos salaces, y me voy a enamorar de un cerdo español, de un... un... garañón...! ¡Eso...!, ¡de un indiferenciado que gusta de todas menos de su prometida...!

—¡Qué barbaridades dices, preciosa mía! ¡Si me gustas más que los albaricoques!

...

—¡Martín, no me provoques; *sapristi*, no te burles...!

Agarré uno de los cojines del sofá al tiempo que ella se lanzaba en plancha, de cabeza, sobre el cojín, sobre mí... ¡Qué sugestivo, qué encantador caer sobre un sofá,

percibir contra uno el dulce e indignado peso de la chica que se quiere, inmovilizarla, entre los brazos, conseguir besar su cara...!

—Martín, puerco...

—No vuelvas a sentir celos, chiquilla; me has puesto tristísimo.

—Los tengo. Horribles. Has mirado a las Vernier. ¡Y eres sólo mío! ¡Mío! Te arrancaré los ojos. O haré lo de Antonio...

—No hables de los muertos, preciosa, ¡qué tristeza!

—Martín, puerco, no me hagas rabiar nunca... Quiero ser alegre; como tú. Y si tengo celos, no podré. El amor tiene que ser alegre, ¿verdad, adorable camarada?

—El más alegre de los sentimientos, chiquilla. Sólo lo enturbian los celos y la falta de perras. Tú tienes perras, ergo, ¡tenemos perras!... ¡Mueran los celos!...

Así son las reconciliaciones. Deliciosas. Siempre he juzgado conveniente reñir de vez en cuando con las chicas. Se exaltan, sueltan lo que piensan, recriminan, dicen palabrotas... Luego viene el arrepentimiento, sabroso, el más sabroso de todos, porque nace de palabras que se pronuncian sin querer...

Nos reconciamos de tal forma que se nos pasó la hora y tuvieron que avisarnos que Madame esperaba para almorzar. Un almuerzo inenarrable. Cómo me pondría, que al final, Madame, un tantico asustada, volvió a llamarme *monsieur*.

—Nena —dijo a su hija—, ¡qué bien conoces a mamá! Sabes lo que disfruta viendo comer a la gente, ¡y traes a *monsieur* a mi mesa!

—¡Martín es tan alto y flacucho, *maman*!

—Pero, nena, ¡si me encanta que haga los honores a mi modesta cocina!

Me puse tan mimoso a causa de aquel festín de Sardanápalo, que a media tarde Huguette se creyó la mujer más dichosa de Francia y quiso provocar la envidia de la especie con su felicidad. Localizamos a las Vernier telefónicamente y dimos con nuestros huesos en casa de unos amigos comunes, los Saint-Albin. Como tenían la casa levantada y en vísperas de marcha veraniega, nos reunimos las seis parejas en torno a la piscina. Bebimos, bailamos y charlamos. Un rato estupendo. Eran gente agradable, insulsos e intrascendentes, sin problemas y podridos de francos. La bachillera bebió un poquitín de más y se puso deliciosa. Sobre todo para un ingeniero de la Factoría Aerostática de Meudon, que cogió la perra de bailarla. Me cayó mal el fabricante de globos y me harté de la fiesta; incluso de Gisèle Vernier, que borracha perdida quiso hacer de mí un ostrogodo en campaña a pesar de la presencia del gendarme De Guenard. Nos despedimos de la jovial francesada jurándonos solemnemente no bailar más que entre nosotros mismos...

Sí. Fueron cuatro días inolvidables. Imborrables. Intensamente vividos. En ellos —¡tan pocos!— conocí más de Huguette, de su vida pasada, que en seis meses de constante camaradería. Y es que a las personas hay que tratarlas en su ambiente, rodeadas de los suyos, inmersas en el círculo de sus propias y más íntimas vivencias.

Únicamente así conocemos sus cualidades y sus defectos; y sólo así se hacen recuerdo, vivo y para siempre, cuando nos quedamos desacompañados de sus presencias.

Jacqueline me contó cosas de Huguette. Una tarde. La segunda que pasé en París. Cenábamos en un restaurante al aire libre de Neuilly, con buena orquesta y un cocinero de un virtuosismo extraordinario. Nunca he saboreado *cock-tail* de langosta tan exquisito. ¡Y qué lengua a la escarlata!... La cocina gala es fantástica. Ésta es otra de las cosas que me gustan de Francia, amén de las francesas y de París. Algunos dicen que si la mantequilla, que al coagularse en los platos convierte las mesas en pesebres. Tonterías. Un buen apetito no da tiempo a ninguna coagulación. Un apetito como el mío, que me hizo repetir tres veces de lengua y provocó sutiles comentarios en mis anfitriones. Yo me quedé tan amodorrado, que ni fuerzas ni ganas tuve para seguir la animación de Huguette, emperrada en bailar entre plato y plato, empeño a mi juicio ridículo y que desvirtúa el divino placer de la mesa. La bachillera De Guenard, aún animada por lo trasegado en casa de los Saint-Albin, estaba explosiva, azogada... Nos hizo reír mucho.

—¡Martín, puerco glotón, acabarás durmiéndote con tanta lengua! ¡Tienes abochornados a los Champlitte! ¡Sólo piensas en comer! ¡Mamá me dijo que parecía imposible que nadie, excepto un rumiante, pudiese almacenar tanto alimento en su interior! ¡Eres un puerco glotón, camarada!...

René la sacó a la pista y Jacqueline, dándome unos golpecitos en la mano, un gesto amistoso y cordial, dijo:

—Sois una pareja encantadora. René y yo estamos muy satisfechos.

Y me expresó, con una sinceridad conmovedora, la satisfacción que su marido y ella experimentaban viendo a Huguette tan alegre, tan llena de vida y entusiasmo. ¡Incluso había bebido un poquito de más!... Su cambio era un acontecimiento para todos ellos, ya que, con entera franqueza, les venía preocupando desde bastante tiempo atrás. Desde niña. Callada, retraída, leyendo a todas horas. Luego, a medida que fue creciendo, se convirtió en una de esas personas —fruto de la época según Jacqueline creía— que se pasan la vida buscando «algo», sin saber a punto fijo qué es ese «algo». Intentó hallarlo en muchas actividades y sitios. Estudió Letras, se entusiasmó un año por el alemán y lo aprendió en Suiza, quiso ser artista de teatro, pintora, se interesó por el acordeón —¡válgame el cielo!—, asistió a varios Congresos estudiantiles, llegó a trabajar en una ocupación creada ex profeso para ella por el abuelo... Pero siempre volvía a sus manías, encerrándose en el pabelloncito de Meudon durante semanas para leer, escribir versos abstrusos o estudiar a Bizancio y su civilización. Un día se matriculó por correo en un Instituto de Londres y se embarcó para las Islas. Escribía a menudo para contar su vida. A Jacqueline no le costó gran trabajo adivinar que había encontrado un grupo de amigos de su gusto.

Dos, sobre todo: Sebastián Armijo, «un latinoamericano de una calidad inaudita», y un servidor, modestia aparte, «español rubio, alto, fanático papista e increíblemente charlatán en un estilo rarísimo»... La fiebre que posteriormente le entró a causa de la novela convenció todavía más a Jacqueline y a René de que el bebé se sentía dichosa... ¡El *bebé!*... Huguette, por lo visto, era el *bebé* de sus hermanos sin hijos, la *mignonne* de su madre y la favorita de su abuela, la única persona, en palabras de Jacqueline, capaz de contradecir al plutócrata...

Tan inquieta y compleja «joya» se había metamorfoseado en pocos meses. Eso era algo que había que ¡agradecerme a mí! Jacqueline me lo dijo tan a la cara mirándome con ojos afables y cariñosos, que me sentí violento. ¡Agradecer algo a mí! ... Agradecimiento era el que yo les debía por haber mimado y estropeado a Huguette, haciéndola una introversa, una neurasténica limpia de modernismos y sedienta de ilusiones, preparándola para nuestro encuentro frente a un tablón de anuncios de un Colegio londinense, y permitiéndome así vivir el más sugestivo éxtasis amoroso de la Edad Contemporánea.

Jacqueline se rió y dijo que le enamoraban los hombres como yo, que aun después de haberse tragado un kilogramo de lengua a la escarlata siguen siendo unos románticos *enragés*...

Hubo algo aquellos días que preocupó sobremanera a Huguette: la novela. Llegué a sentirme celoso de nuestra obra. Absurdo e irracional porque ésta era parte, y quizá motivo principal, del cariño que vivíamos; pero así son de irracionales y absurdos los celos. La novela estaba abandonada desde su marcha de Inglaterra. Yo no había escrito una sola letra, ocupado en la Memoria y en las impaciencias de fin de curso. Faltaban solamente los dos últimos capítulos, que por común acuerdo habíamos decidido rematar en París. Por razones, sobre todo, de ambiente. Había que visitar distintos lugares de París; finiquitar detalles y matices. Lo hicimos la mañana del segundo día. En su Lambretta recorrimos pasajes y recreamos escenas vividas por nuestras criaturas. Sobre el escenario de la ficción, corregimos errores y valorizamos circunstancias que se nos habían escapado. De un lado para otro, desde las nueve de la mañana y achicharrados de calor, porque hasta el aire abrasaba cuando nos desplazábamos por un París castigado por un sol de misericordia. Fuimos a la Cité Universitaire, a la Sorbonne, al Luxembourg, nos sentamos en cafés, bares y terrazas y en los que nuestros personajes habían vivido y amado... Y comimos en un restaurante de Saint-Germain-des-Prés, también conocido de ellos. Tomamos café en la terraza de Deux Magots, y de nuevo a la moto, ahora en dirección a Meudon, dispuestos a pergeñar el penúltimo capítulo.

Villa «L'Alcyon» estaba mucho más agradable que París. Agradable y fresca. Encontramos a Madame sentada en el mecedor del jardín y leyendo. Le hicimos compañía un rato, antes de ponernos a la faena. Huguette se tendió en el balancín,

apoyándose en el regazo de Madame, y pidió que le rascase cabeza y espalda, cosa que hizo la madre con pericia que revelaba larga práctica. Huguette recitó del libro que leía Madame. Poemas de Valéry. Me emocionó el «Cimetière Marin» en sus labios, y, reacción estúpida, sentí celos. Disimulé, pero me reconcomí viéndolas a las dos tan unidas, tan la una de la otra. Me consideré intruso en sus vidas. Lo que era, realmente. Y comprendí que Madame nunca profesaría gran afecto al extranjero surgido en su camino de solitaria para robarle la única compañía que le quedaba.

Aquella tarde dimos fin al penúltimo capítulo. Recuerdo que el pabellón se puso como un horno y que a eso de las cinco nos fuimos a escribir al borde de la piscina; allí, entre chapuzones y terquedad rematamos un capítulo terriblemente malo. Malísimo. Ambos comprendimos que habría que rehacerlo algún día que pegase menos el sol.

Madame insistió en que cenásemos con ella, y, una vez cenados, que yo tocase el piano. Creo que no le gustó mi ejecución. Es natural. Soy mecánica pura; bajo mis dedos, el piano suena a pianola. Interpreté tres sonatas: *Patética*, *Claro de Luna* y *Para Elisa*. Un crimen. Menos mal que al marcharnos, ya de noche, en la oscuridad del garaje, Huguette me dijo, muy bajito, que había tocado maravillosamente. ¡Lo que hace el amor!...

Otro de los lugares que había que visitar era la Tour. Subir a la Tour era decisivo. En ella, en el *sommet*, se iniciaba la concatenación de hechos —¡trágicos!— que provocaría el desenlace de la novela. En el *sommet*, tres personajes se encontraban, hablaban y se decidían por distintas posturas. Nosotros, Huguette y yo, teníamos que «vivir» tal momento para matizar el último capítulo. El último y más importante, ¡en nuestro parecer!, ya que en él se condensaba, apenas en una docena de frases, la protesta blasfema de unos seres colocados en la vida sin haberlo solicitado... ¡Así es la juventud, grandilocuente, y así somos los jóvenes!...

Subimos al *sommet* la tarde del tercer día. Hacía un calor del diablo, recuerdo; la tierra, el asfalto, las casas, todo, había almacenado sol durante la mañana, y ahora lo devolvía bajo forma de calina pegajosa y agobiante. El cielo se había cubierto, presagiando una tormenta que nunca llegó a cuajar. Pero arriba, en la cima, se respiraba mejor. El vientecillo, sobre nuestras caras, bajo nuestras ropas, reconfortaba, daba vigor y ánimo. Desde arriba, París, entre cendales caliginosos, se difuminaba. Los brillos habían muerto en tejados y ventanas; en aquella masa ingente y urbana, ni un solo destello de sol, ni una mueca alegre o vivaz. Sólo bochorno, opresión, agobio, como si el cielo se hubiese hecho plomo y descendido para enlosar París.

Huguette se dejó llevar de su furor iconoclasta y renegó, como siempre, de París. París la enfermaba. Me propuso que hiciésemos pacto con el Maligno —¡como si eso fuese tan fácil!— para poder destruir París, ciénaga inmunda, charca venenosa y

cloaca donde evacuaban sus vientres lo más detestable del Globo. ¡Destruiríamos París en holocausto de los pocos ideales dignos con que el hombre aún contaba!

—¿No sería el rasgo más ético llevado a cabo por unos jóvenes, camarada? ¡Seríamos unos Eróstratos, pero a lo grande!

—Amiga mía, tu sentido de lo ético difiere del mío. No hay ideal, salvo el de la Divinidad, que valga un ladrillo.

—¡Ah, Martín, qué payaso eres! —rió—. ¿Ético tú?... ¡Eres demasiado optimista, te gusta en exceso la vida, la mujer y el buen tragar para ser ético!

Como herido, repuse:

—Yo soy ética hecha carne. Buen hijo de España, el país ético por excelencia. De España y de tipos como yo, saldrá la salvación del mundo en lo futuro. Lo ha dicho no sé quién.

—*Troné de l'air de la Canebière...!*

—Amiga mía, encuentro tu juramento y tu risa de una incorrección subida.

—¡Pero, Martín, amor mío, de España nunca saldrá otra cosa que naranjas, buenos pintores y mostos fuertes para encabezar vinos franceses!

—Amiga mía, me da en la nariz que tendré que enviarte a ese maloliente lugar que tanto citas.

—¡No discutamos, Martín, camarada! ¡Abracémonos y besémonos, aquí, cerca del cielo, por España y por Francia, por sus ciudadanos, por todos los ciudadanos del mundo! ¡Abracémonos y besémonos en las alturas por un mundo mejor, alegre y confiado, donde el hombre no tenga otra preocupación que su trascendencia divina! ¡Abracémonos y besémonos, tú y yo, dos jóvenes del mundo, nacidos bajo pabellón distinto, que han decidido juntarse para engendrar hijos con más amplias miras y criterios menos diferenciados! ¡Ah, Martín, camarada, tú y yo, amándonos, hacemos más por un futuro mejor que cien Conferencias internacionales!...

No sé lo que me sucedió en ese instante. Algo extraño e inconcebible en mí: me dominó un impulso frenético, telúrico, así Dios me valga, un deseo incontenible de revelar mis sentimientos a aquella francesa que hablaba en broma. Supongo que sería el calor. Así lo espero. No quisiera volver en mi vida a experimentar una necesidad tan imperativa y avasalladora de ponerme serio para expresarle a una chica lo que en mi interior late. Así como suena, por el Santo Obispo. Me puse serio y todo para insultarla por haber despertado en mí encandilamiento tan cochino y dominante. La insulté, sí, al tiempo que le confesaba lo enorme de mi simpatía, de mi afecto y camaradería, de mi ternura, de mi pasión y mi amor... Después, claro, me entró arrepentimiento por haber desnudado mi alma, solté unas palabrotas asquerosas en español y me recliné sobre la barandilla, mirando fijamente para abajo, para un autocar que vaciaba su cargamento de hormigas en la Avenue Anatole France.

Sentí su mano sobre mi pelo, ¡una caricia tan suya y exquisita!

—Vete al cuerno, hereje del demonio —dije—. Has hecho de mí una piltrafa; doy asco.

—¿Cómo podré pagarte las palabras que acabas de decirme, Martín? Explícamelo. A mí sólo se me ocurre llorar en gratitud; y quererte como te quiero, hasta dolerme el alma y el cuerpo... Tú sabes que te quiero, que te amo infinitamente... ¿Verdad, Martín, amor de mi vida, mi bien, mi ser, mi adorable camarada?...

Es desmoralizador querer como yo quiero. Impropio. El amor en mí es una fuerza degradante. Me incapacita, me roba facultades. Resulta paradójico que un tipo tan superficial como Martín Canel posea una capacidad amatoria semejante. No hay derecho a ser tan sensible y a la par tan vano. En estas condiciones, uno va por la vida mermado, expuesto a sufrir más de lo que humanamente es debido.

Nos abrazamos y nos besamos en las alturas, cerca de las nubes y del cielo, por muchos motivos. ¡Incluso por un futuro risueño y feliz para nuestros hijos! Abrazarse y besarse tan alto es como soñar. Es muy hermoso y muy triste soñar. Hermoso porque cuesta poco, y triste, muy triste, porque jamás se viven los sueños...

Era la tarde de la lectura en la cave, y hubo que abandonar el *sommet* de la Tour Eiffel demasiado pronto para nuestro gusto. Descendimos para volver a la realidad prosaica y calurosa, plomiza.

La lectura de la *cave* era una idea que Huguette tenía entre ceja y ceja desde que empezamos la novela. Muchas veces, cuando conseguíamos algo que nos parecía apreciable, el entusiasmo le hacía decir: «¡Esto es muy bueno! ¡Se convertirán en mármol cuando lo lea en la *cave*!». Yo no conocí su famosa tertulia subterránea hasta el día de la lectura: tan ajetreados habíamos andado en viajes a Meudon, escrituras y paseos en moto. La *cave* me causó buena impresión. Era amplia, baja de techos, con gruesos pilares de piedra, mesas, serrín y colillas por los suelos. Había bastante gente: una veintena de muchachas y muchachos, que bebían peleón y fumaban *gaulois* y *gitanes*. «La Guenard», como todos la llamaron, me los presentó uno por uno; un verdadero suplicio, porque la temperatura de las manos estaba acorde con la que reinaba en el exterior.

Lo más interesante, lo único, de la *cave* estaba en una gran hornacina. Allí con los brazos a la espalda y atados a un poste, había una talla en madera casi de tamaño natural. Una figura masculina, negra y desnuda. El cuerpo, estirado y flácido, como cayendo; la cara, una obra de arte, un prodigio de malignidad y demonismo. Hasta las órbitas, vacías, expresaban maldad, desprecio. Aquella fisonomía blasfemaba, maldecía de los poderes que la precipitaban al abismo.

Sentados a una mesa, Huguette me explicó que era *L'Ange Noir*, el patrono de la *cave* y obra de un tal Jan Vrshac, pintor y escultor yugoslavo, antiguo contertulio y hoy de regreso en su tierra.

La lectura comenzó cuando el Pontífice Máximo hizo su aparición. El pontífice era Antoine, el escritor —para mí existencialista— que había prologado el librito poético de Huguette. Antoine venía a ser el rector estético-literario de la cave. Un cuarentón subido, pequeño y enclenque, con pantalones veraniegos y camisa floreada. Si valía poca cosa de cuerpo, en materia de cabeza había que quitarse el sombrero: su bóveda craneana, exagerando por corto, tendría las dimensiones de la cúpula de San Pedro de Roma.

A mí se me atragantó desde el mero principio. Se dirigió a nuestra mesa, estrechó mi mano con otra feminoide, se sentó y se sirvió, generosamente, coñac; el buen coñac que para él me había obligado a comprar Huguette en un *bistro* de la rue de l’Eperon. Tuvo la delicadeza de alzar el vaso hacia nosotros, antes de decir:

—Perfilemos esa lectura, De Guenard. Tengo prisa. Dentro de dos horas estoy citado. Una norteamericana. Seductora y viciosa. Por cierto: ¿todavía no te has decidido a entregarme tu virginidad?

—¡Jamás he visto insistencia igual, Antoine! —rió Huguette.

—La que te mereces, De Guenard. Una doncellez tan contumaz como la tuya, hace de ti el monstruo de la Orilla Izquierda... Perfilemos: te hace monstruo, si no la has perdido ya con este buen mozo español.

—¡Aún la conservo, Antoine, precisamente para él!

El pontífice me analizó con ojos fríos, azulencos, de pescado.

—¿Es usted casto, amigo español?

—Yo soy Martín —dije.

Y me serví, avergonzado de mi prometida, un buen vaso de coñac que yo había pagado. Huguette, ajena a mi bochorno, se puso a leer, con soltura y seguridad, ante un corro de atentos oyentes; durante cerca de una hora y mientras yo me dedicaba al coñac. Cuando terminó, pude darme cuenta de que tanto ella como los espectadores fijaban su atención en Antoine, anhelantes, cual si esperasen un fallo.

Antoine sentenció:

—Negro. Muy negro. Negrísimo.

Bebió un sorbito, y añadió:

—¡Magnífico!

Solamente entonces sonaron aplausos y felicitaciones. Yo estaba medio borracho y no hice mucho caso de los plácemes ni del santo ardimiento de la bachillera. Me cuidé más de vigilar las cantidades de licor que se escanciaba Antoine, con ánimo de sacarle siempre un dedo de ventaja. Al calmarse un poco el entusiasmo de la sala, el pontífice dijo:

—Perfilemos el rito. De prisa. Tengo una cita.

Creo que con mucho menos motivo hay gentes en los manicomios.

Antoine se levantó con el vaso en la mano y se encaró con la figura de la

hornacina. Detrás de él, formamos una fila todos los que estábamos en la cave, pues yo, siguiendo instrucciones de Huguette, también tomé parte en el rito. El pontífice imprecó:

—*O, l'Ange Noir cauchemar de nos nuits sans rêves!...*

Y la fila aulló:

—*Va-t-en, toi, l'ennemi de nos rêves!...*

Antoine lanzó el contenido de su vaso a la cara del ángel sin alas y rugió al unísono con sus discípulos:

—*Merde...! Merde...! Merde...!*

Cogieron aliento e insistieron:

—*Une fois pour toutes, merde!!!...*

¡Qué rugido!... Espeluznante. Se repitió cada vez que uno de la fila arrojaba líquido al rostro. Una chica hubo, pelirroja y paticorta, que al ver su vaso vacío soltó un escupitajo sobre el ombligo de la estatua.

Yo le acerté con mi humilde chorrito en plena barbilla.

Una pena, como quedó de empapada y guarra aquella obra de arte yugoslavo.

Huguette, muerta de risa y excitación, me cogió de la mano y me miró a los ojos.

—¿Qué te ha parecido el rito, Martín? Tonifica los nervios, ¿verdad?

—¡Monstruo de la Orilla Izquierda! —dije por respuesta.

Todavía se rió más. Le permití que siguiese riendo. Mi indignación buscaba otros lugares más convenientes para estallar. No tuve que esperar mucho tiempo. Abandonamos aquel antro de orates en compañía de Antoine, quien no cesó de charlar y coquetear con Huguette. Y ésta, muy risueña, coqueteó también, sin hacer caso de mí, que arrastraba la moto con piruetas y guiños... Al llegar al boulevard Saint-Germain, Antoine se despidió de nosotros y se fue rue Danton abajo, meneando tabas y palmito.

—Macrocéfalo —gruñí—. Su cabeza es una sandía.

Una voz, indolente y atronadora, sonó a mis espaldas.

—¿Dónde has desplantado ese eucalipto australiano. De Guenard?

En la acera, en la terraza de un café, un grupo de cinco rapaces medio desnudos fumaba, bebía cerveza y se aburría mirándonos. El gracioso estaba espatarrado en la silla, con el pecho al aire; era rubio, blanducho, cabelludo y con barba de a cuarta. Huguette se acercó a la reunión, yo calcé la moto y me senté en la acera. Abrasaba. Tan cerca del suelo, me creí en un baño turco. Mareaba el vaho que desprendía el asfalto. Fumé y observé. Vi pasar coches, autobuses y personas. La Escuela de Medicina, frente a mí, estaba tan muerta como los cadáveres de su depósito. Era triste —me dije— verse tan solo y desgraciado junto a una Escuela de Medicina. Tirado en la acera, enfermo de calor, sudando, borracho por el coñac, los ruidos callejeros y la fetidez que ascendía del pavimento hasta mis narices...

—¡Levántate de ahí, Martín!... ¡Eres ridículo! ¡Con esas piernas tan largas pareces un camello en reposo!

La miré de abajo arriba, con indiferencia,

—Sigue tu camino, mujer. Te devuelvo la palabra de compromiso. Un Canel no casa con hembra de malas costumbres. Busca a tu cabezón.

Riendo, siempre riendo —¡era su tarde de despedida!—, se sentó a mi lado y me echó un brazo por los hombros. El barbudo, a nuestras espaldas, comenzó a narrar en voz alta una anécdota sobre una pulga y un elefante. Huguette también contó una historia. La de Antoine, que había estado en un *campo*, y a quien los *boches* habían hecho una judiada de lo más aviesa. Antoine sólo tenía un tema de conversación: las mujeres. Autodefensa, se llamaba su actitud. No había americana seductora; ninguna mujer podría ofrecerle nada... Antoine conocía a René desde los tiempos del Instituto, y estimaba mucho a la bachillera De Guenard, que si consentía sus bromas era porque le hacían gracia y por lástima...

—¿Satisfecho, camarada? ¿Volvemos a ser prometidos?

—Vete a reírte de tu asqueroso abuelo, hereje innoble.

Y la cogí, a traición, para tenderla sobre mi regazo y sacudir una tanda de azotes en sus redondas posaderas. No me fue difícil, pues ella se dejó hacer, agitando piernas y mordiéndose las manos a causa de su regocijo.

—¡Martín, amor mío, eres fantástico!... ¡Pegarme en Saint-Germain, a plena luz y delante del mundo! ¡Jacqueline se morirá de risa!

La solté sin perder mi seria compostura. Tres muchachos, con las manos en los bolsillos, nos observaban. Analizadores y formales. Yo me levanté y me dirigí al grupo de aburridos. El barbudo me miró con verdadera admiración.

—¡Una paliza seductora, *mon vieux*! —dijo—. La que estaba necesitando esa pestífera De Guenard.

Saqué un billete de cien francos y se lo ofrecí.

—Tu tío de Australia envía esto para que te afeites y te des un corte de pelo.

Lo cogió y se lo guardó.

—Lo que necesitaba para jabón, *mon vieux*. Gracias.

No hay estudiante más campechano ni más pobre que el parisiense.

La pestífera De Guenard charlaba con los tres mozos junto a la motocicleta. Y se restregaba con ambas manos el trasero. En semejante actitud, sus ropas masculinas le daban apariencia de pillete, el más endiablado y andrógino de los pilletes.

—¡*Andando, catin!*...

—¡Qué palabrita, camarada!...

Salimos zumbando, saludamos con gritos y tapones metálicos de botellas de cerveza. Subimos por Saint-Germain, hacia el río. A la altura de la Cámara de Diputados, la enlacé por la cintura y apoyé mi barbilla en su hombro.

—¡Ah, Martín, qué fantástico y divertido eres! ¡Qué feliz voy a ser con un tipo tan optimista y desvergonzado!

El aire, caliente, denso, me obligaba a cerrar los ojos. Hubiera sido maravilloso seguir así hasta el fin de los tiempos, el Sena a un lado, el viento abofeteando mi cara, mis brazos enlazándola, nuestras mejillas juntas, su olor y su calidez para mí solo...

—¡Monstruo de la Orilla Izquierda!...

—¡Martín, no vayamos a casa! ¡Cenemos en cualquier sitio! ¡Junto al río! ¡Los dos solos...! ¿Quieres?

Cenamos en una terraza del Quai Branly, junto al río como ella quiso. Con ayuda de la cena se me fue pasando el sopor alcohólico y nos divertimos de lo lindo. Conocimos a una pareja yanqui, a la que ayudamos a elegir platos, ya que los desventurados no entendían ni jota de francés. Quisieron que fuésemos juntos a recorrer el París nocturno. Nos disculpamos. Al marcharse nos dieron la dirección y el teléfono del hotel donde se alojaban. Eran simpáticos y joviales, pero una intromisión en nuestra exigente soledad de dos.

Vino la noche y Huguette quiso que nos sentásemos en un banco del río. Un tanto escamado, me dejé llevar de la mano hasta la orilla, y sólo me tranquilicé cuando nos acomodamos y la tuve bien sujeta.

—Nada de empujoncitos, ¿eh? Tengamos la fiesta en paz.

—¿Recuerdas, Martín...? Fue un impulso perverso. Aún no me lo explico muy bien. Rabia, quizá, por haberme enamorado de ti... ¡Estuviste soberbio! ¡Nadie más que tú es capaz de acoger con humor una broma tan pésima!...

Todo eso estaba ya muy lejano, a siglos de distancia. Lo que importaba era el presente, estos momentos, precisos, vividos en un banco, viendo discurrir el Sena a nuestros pies, quebrado por una luna amarillenta, caliginosa... ¡Era estúpido evocar lo pasado!... Un río en la noche, París que no duerme, luces, un tren que pasa sobre un puente, el faro de la Tour Eiffel girando insistente y rítmico, Huguette de Guenard y Martín Canel, enamorados en silencio..., ¿para qué pensar en lo pasado...?

Quise besarla. En los ojos. Un mimo suave y acorde con mi felicidad plena y tranquila. No pude. Me miró, sonriente, y dijo algo de un párpado dolorido. Recuerdo que encendí mi mechero para verlo. Nada. Un puntito rojo. No parecía picadura de insecto, como ella aseguraba; más bien principios de orzuelo. Es curioso, y estremecedor, el papel que juegan las pequeñas cosas en las vidas de las personas. Un simple orzuelo, y dos destinos tronzados...

También recuerdo que la besé en la punta de la nariz. Y que ella rió, graciosamente, y que me dijo, muy bajo:

—¿Te acuerdas de mis ñoñeces del principio?... Desde que he comprendido que nacimos el uno para el otro, las considero absurdas... Estas semanas me he dicho que cuando pase el tiempo, y uno de los dos desaparezca, la soledad del otro quedará para

siempre acompañada con el recuerdo de las palabras y las caricias de nuestro cariño.

—¡Una frase definitiva, bachillera De Guenard! ¡La usaremos en el último capítulo!

—¡Siempre te estás riendo de mí, payaso!

Después se quejó de la humedad, y nos fuimos.

A la mañana siguiente despertó con el ojo peor. El párpado se había hinchado y el puntito rojo convertido en un clavo de pus. Discutimos por culpa del orzuelo. Aquél era el día que los Magisson, deseosos de conocerla, nos habían invitado a almorzar. Huguette dijo que no iría. Se negó infantilmente a que la viesen los parientes de la tía Martine con el ojo en ese estado. Me pareció una chiquillada tan sin sentido, que rogué a Jacqueline, presente en la discusión, que tratase de convencerla. Pero Jacqueline, más infantil o más presumida, sólo consiguió empeorar las cosas proponiendo que llamase a los Magisson y diese cualquier disculpa. Eso era, precisamente, lo que yo no quería: dar una disculpa y que ellos pensasen que los dejábamos plantados por algo más apetecible, cosa que nunca me perdonaría la susceptible tía Martine. Tuve que llamar, sí, mas para avisarles que Huguette estaba indispuesta y que sólo contasen conmigo.

Aquel almuerzo tuvo mal de ojo, efectivamente. Y no porque los Magisson sean agoreros. Todo lo contrario. Son un matrimonio encantador, que ronda la cincuentena. Me quieren mucho. Supongo que en memoria de su único hijo, Gustave, con el que me unió una gran amistad. De niños, solíamos pasar juntos vacaciones en nuestras respectivas casas. Un día, a los dieciocho años, se metió clandestinamente en España, nos saludó en Madrid, cruzó el Estrecho y se enroló en las Fuerzas Libres. Un año más tarde moría con la gallardía de un joven dios al pasar el Rin. Le dieron una medalla y todo. Bueno. Se la dieron a los padres, que aún no se han recobrado de la desgracia.

No, repito; los Magisson no tienen nada de agoreros. Si el almuerzo estaba condenado a empezar mal y a concluir peor, no hay que achacárselo a ellos, sino al destino, ese extraño sujeto encargado de poner piedrecitas en el camino de los hombres para obstaculizar sus pasos por esta vida.

A los postres, la sirvienta vino a decirme que me llamaban por teléfono. Era René; un René con la prosopopeya alterada, que sucintamente me explicó que Huguette había sufrido un accidente en la Avenue Verdun. Llamaba desde una clínica de la rue Marbeau. Me dio las señas, y como entre sueños volví al comedor. Madeleine, elegante y avejentada, notó en seguida que algo sucedía. Me sinceré con ellos. Les conté el estúpido capricho de una chiquilla malcriada, que por tener un párpado inflamado no se atrevía a que la viesen unos conocidos de su novio. Lo que conté, les hizo gracia; a Madeleine sobre todo, quien me dijo que sus ganas de conocerla eran ahora mayores, después de saberla tan deliciosamente vanidosa.

¡Conocerla...!

Era normal y lógico su deseo; ni Madeleine ni yo, absurdamente engañado por la parquedad de René, podíamos suponer la verdadera naturaleza del accidente.

Me despedí de ellos prometiéndoles que los tendría al corriente.

Cogí un taxi en la misma calle de los Magisson, y diez minutos más tarde me detenía delante de la Clínica, muy blanca y muy coquetona; un exterior paradójico con las miserias y tristezas que dentro vivían. En un vestíbulo luminoso y encristalado, de Gran Hotel, me atendió una enfermera tan almidonada que crujía al andar. Ella me condujo por una escalera de mármol hasta el primer piso, y allí, en un pasillo mareante de limpieza y claridad, me rogó que esperase en la salita que hallaría al final. En la salita estaba René. Sentado y con la cara entre las manos. Ni se levantó ni me saludó. Su fisonomía, su aspecto, su silencio, eran más reveladores que mil palabras.

—¿Cómo está, René?

Me miró con ojos extraños.

—Ha salido hace rato del quirófano.

Eso no era lo que yo quería saber. No me interesaba el quirófano ni lo que René decía del accidente... Una calle, un carro de cerveza, un patinazo, un choque... ¿Qué más daba todo...? La manilla de un freno, un vientre desgarrado, un fortísimo *shock* visceral, una hemorragia interna... Detalles insignificantes...

—Por favor...

—Algo tan frágil, tan esbelto y lleno de vida... Destrozada... Yo la vi... Como un muñeco roto... Una chiquilla; sólo una chiquilla...

Frágil y esbelta: una quebradiza figulina de Tanagra.

René definía a Huguette de Guenard.

Huguette de Guenard, la chica seria, con buenas ropas y sutiles perfumes, que una mañana había encontrado frente al tablón de anuncios de un Instituto de Lenguas londinense, estaba siendo definida... antes de morir. Se la resumía, físicamente, ¡antes de morir! ¡Un trágico epifonema para un trágico fin! ¡Huguette de Guenard se moría! La bachillera De Guenard, el hito, la mujer clave, la princesa azul, la última del montón, la razón de mi vida... Algo así había dicho yo una vez, ¡en broma!, a Sebastián Armijo... ¡Y se moría, estaba yéndose en esta clínica parisiense! Ante una certeza tal, ¿podían interesar las razones, los detalles, la hora...? ¡A las once y media! ... ¡Cruce de la Avenue de Verdun con la rue de Aristide Briand! ¡Camino de Meudon!... Allí habíamos quedado en encontrarnos... Yo iría a la Gare Montparnasse y cogería un tren... O mejor: me llevaría el coche de la casa. ¡Un rutilante Jaguar, más rápido y cómodo que un tren de cercanías! ¡Tendríamos más tiempo para rehacer el penúltimo capítulo, que tan mal había salido dos tardes antes! ¡El penúltimo capítulo...!

Huguette de Guenard lo había dicho:

«¡Todas las novelas deben acabar mal, Martín, camarada! ¡Una buena novela tiene que ser un trozo de vida, camarada! ¡Y la vida siempre acaba mal: con la muerte! ¡No, Martín, no; no es sofisma!... ¡Nuestra novela debe acabar mal! ¡Si tenemos dignidad, camarada, no podemos consentir que unas criaturas nuestras sigan vivas cuando la última página haya caído!».

Y la última página estaba cayendo. Me lo decían las evasivas de René, su voz irritante, sin inflexiones, monocorde, calando en mis oídos como gotas de agua, una a una: una palabra, una gota; una gota, una palabra... Detalles, detalles, detalles... Miles, millones de detalles... Nimios, insubstanciales, sin valor alguno. Lo único valioso, su vida; y la mía, desacompañada... ¿Qué había dicho la noche anterior en un banco del Sena...? Algo... ¡Sí...! Palabras y caricias; soledad y recuerdo... Un presentimiento, quizás, a raíz de un beso... ¿En un ojo...? ¡Otro detalle!... El más pequeño de todos: un orzuelo... Orzuelo, vanidad, almuerzo frustrado, viaje a Meudon, accidente... ¡Una concatenación cumbre de efectos nacidos de una causa tan ridícula como un punto de pus en un párpado inferior!...

Risible. Y me reí. Muy bajo. René me miró. Sin comprenderme. Un hombre tan serio, tan severo, no podría comprender nunca mi sano sentido del humor. ¡Hubiera sido ridículo!

Había tal reproche, tal absurdo reproche en sus ojos, que tuve que levantarme, huir de ellos. Y me aproximé a la ventana. Frente a mí, más allá de un jardín cuajado de flores, en la casa vecina, una terraza, con personas. ¡Vivas! Las conté. Dos hombres y tres mujeres. Sentados bajo una sombrilla multicolor... Bebían, charlaban, reían... Parecían alegres. El mundo, la existencia es alegría pura. Siempre lo he dicho. Aquellas gentes felices pensaban como yo... Y como yo estaban vivas... ¡Vivas! ¿Es que tiene que detenerse el sol, no girar la Tierra porque alguien va a morir? No es lógico. Ni piadoso. Todos tenemos que morir... Quizá todos estemos muertos... ¡Lo estamos! Nadie vivo. ¿Qué somos los hombres más que muertos en vacaciones?...

Allí, frente a mí, en la terraza, una de las mujeres se levantó. Pasó al interior de la casa, dejando tras sí una puerta de cristales entornada. Un foco de luz nació en ella; un destello hiriente, molesto para mis ojos... Alguna razón habría para unas lágrimas mudas... Y nada mejor, ni más varonil, que un rayo de sol sobre una cristalera mal cerrada...

Unos golpecitos en mi hombro me sobresaltaron. Di un respingo y me volví. René y un anciano. ¿Cómo no le había oído entrar? Un anciano bien vestido, bajo, delgado y erguido como una caña, de blanquísimo cabello, cara arrugada, ojos pequeños, penetrantes, mandíbula casi prognática y boca tan firme como una trampa.

Adiviné que estaba en presencia del honorable abuelo, M. Jacques Jourdain.

—¿Está usted llorando, joven? —preguntó con voz imperativa, fastidiosa.

No me agradó M. Jourdain.

—Es el resol de la ventana de enfrente, señor.

—Me gustan los hombres que saben llorar cuando llega el momento, joven.

A mí, en cambio, no me gustan las frases altisonantes. Estuve a punto de decírselo, pero me tendió la diestra y pareció más humano.

—Siento haberle conocido en estas circunstancias, joven.

No recuerdo qué cortesía le devolví. Él fue a sentarse, encogió sus cortas piernas y se abstrajo Dios sabe en qué.

Después apareció Jacqueline, silenciosa y doliente. Sé que en ese instante esquivó mi vista. Lo sé. Como también sé que debía de sentirse un poco culpable del accidente, por no haber convencido a su hermana de que asistiese a un almuerzo.

Jacqueline se agachó un poco sobre su abuelo y le habló en voz tan tenue que no pude entenderla. Pero entendí a M. Jourdain.

—Ahora no, muchacha. Ahora no. Después que haya orado por ella.

M. Jacques Jourdain tenía que orar antes de verla. A mí no se me había ocurrido, y no tuve ese consuelo. Jacqueline, ahora mirándome, casi desafiante, dijo que ya se había recuperado de la anestesia y que quería verme. Sí. ¡Quería verme! Antes de morir, Porque murió. A las tres y siete minutos de la madrugada. No conté los segundos. Murió sin dejar otras huellas que las grabadas para siempre en mi corazón.

Veintidós años para la tierra y los gusanos.

Para mí, su recuerdo.

Y una tristeza que desgarrar mis entrañas, nubla mi entendimiento y debilita mi fe; porque Huguette de Guenard, la inolvidable camarada, ha muerto, y yo, a mis veintiséis años, tengo que seguir viviendo.



FERNANDO BERMÚDEZ DE CASTRO. Escritor natural de La Coruña y licenciado en Derecho. Obtuvo el Premio Planeta en 1958 con la novela *Pasos sin huellas*. Ambientó su única novela en el Londres de los años 50, ahondando en la historia de un personaje que gracias al amor consigue salir de la apatía y de su anodina existencia. La prosa fluida y a la vez precisa del autor le valieron el reconocimiento de lectores y críticos. Bermúdez de Castro aseguró tras la publicación de la novela que no volvería a publicar nada más.